

ALMUDENA MARTÍNEZ-FORNÉS

LAS HIJAS DE LEONSO XII

El trágico destino de dos hermanas huérfanas
que se casaron por amor



D.J.57

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Portada
Dedicatoria
Introducción
11 de septiembre de 1880
Del entusiasmo al desencanto
La polémica
El bautizo
De infanta a princesa
Otra oportunidad
La educación de dos princesas
El último verano feliz
La lección del rey
Papá está dormido
La reina que no fue
Nace un rey
La vida en un palacio triste
Las infantas juegan solas
Dos príncipes napolitanos en Madrid
Pendientes de Alfonsito
Contra los privilegios
En vilo por el niño rey
Entre hermanas
La muerte del aya
El enigma de los sombreros
El círculo protector
El chico que toca el violonchelo

El estreno de Miramar
Entre motines y protestas
Estalla la revuelta
Calma tras la tormenta
Hartos de la censura
Onomástica de sangre
Los primos se van a la guerra
Mamá, dime la verdad
¿España o América?
Apartadas del mundo
El regreso de los primos
El pretendiente carlista
Elegirás un buen marido
Muerte en el Tirol
Fea nos deja
La despedida de Pablo
De niña a mujer
Afinidad con Nino
La guerra de Cuba
El lado más brutal del ser humano
Barcelona se tiñe de sangre
Los herederos tienen que casarse jóvenes
La boda del primo Fernando
Un periodista en Nueva York
¡Han asesinado a Cánovas!
Doble luto en Miramar
El estreno de la princesa
El extraño comportamiento de Nino
Otro cumpleaños sangriento
Psicosis en Madrid
Una relación cortés, pero nada más
Un té en el palacete de los Calabria
Empiezan los incómodos rumores
Un enamorado loco en palacio

La reina interviene
Como en un circo romano
El esperado compromiso
Tras catorce años de luto
Un secreto a voces
Razones de Estado y de corazón
Carlos tiene que lavar su imagen
Otra vez los anarquistas
Las críticas no cesan
La muerte del general
Los preparativos de la boda
La renuncia de Carlos
La voz que todos querían oír
Destitución del confesor
Cambio de siglo
La niña que quería ser monja
Demasiados honores en un día
Una boda en estado de guerra
La hipocresía de algunos invitados
Mercedes descubre la felicidad
El nacimiento de un infante
Un futuro de esperanza
Termina la aventura americana
El primer viaje de Teresa
El flechazo de Fernando de Baviera
Separación forzosa
«Nadie viene a recibirme»
Teresa, princesa del pueblo
El bautizo más triste
Una novia para Alfonso
En manos de Dios
Fernando se hace español
La boda despierta el entusiasmo
El rey se casa con Ena

¡Tenemos la foto del atentado!
Carlos ya no está tan triste
El palacio se llena de infantes
Un extraño presentimiento
Fernando, a la guerra del Rif
Un malestar inesperado
La despedida de un ángel
Atormentado por el testamento
Solas en la eternidad
Agradecimientos
Créditos

A Emilio, por el tiempo robado.

Estuvo toda la madrugada esperando que los rayos de sol entraran por su ventana. A esas horas, su madre se levantaría, se asearía y, en el momento del desayuno, podría hablar con ella. Las dos a solas, algo que cada vez era más difícil. Mercedes trató de borrar con agua helada la huella que había dejado en su rostro una noche en vela. Había llorado de frustración hasta que, poco a poco, logró poner en orden sus argumentos y estos le parecieron tan poderosos que se sintió invencible.

Vestida, peinada, aseada, se revisó ante el espejo. Su madre no podría encontrar ningún fallo en su aspecto que distrajera su atención. Nunca, en sus casi veinte años de vida, había tenido una conversación tan seria como la que estaba dispuesta a mantener. Sin hacer ruido para no alertar a la servidumbre, la Princesa de Asturias salió de su habitación y se dirigió a los aposentos de la reina. María Cristina tomaba un frugal desayuno, pero la doncella que se lo sirvió ya se había retirado. Ella tampoco había pasado una buena noche. La reina se sorprendió al ver aparecer a su hija a esas horas.

—Mamá, necesito hablar contigo.

Doña Cristina asintió con la cabeza.

—Durante toda mi vida he procurado ser una buena princesa. Mi objetivo ha sido que tú, como reina, y los españoles os sintierais orgullosos de mí. Siempre he antepuesto las razones de Estado a cualquier otra. Cuando se me ha pedido algo, lo he hecho y, cuando se me ha desaconsejado, he renunciado a hacerlo. No me he limitado a dar lo que se esperaba de mí, sino que siempre he procurado dar mucho más. He intentado ocupar discretamente el segundo plano que me corresponde y he ayudado en todo lo posible a mi hermano.

—Nunca lo he dudado. Eres una princesa y una hija ejemplar.

—Sin embargo, mamá, esta vez no estoy dispuesta a ceder ante las exigencias políticas. Y no estoy dispuesta a ceder porque estoy convencida de

que están equivocados. Que nadie piense que antepongo las razones del corazón a las de Estado. Tú sabes que nunca lo haría. Es verdad que estoy enamorada de Carlos y que no concibo mi felicidad sin él, pero también es verdad que si no reuniera las cualidades necesarias, jamás me habría fijado en él. Tú siempre has apoyado ese noviazgo porque desde que lo conociste pensaste que podría ser un buen príncipe consorte. Sin embargo, ahora lo tenemos todo en contra y, mamá, necesito saber si Nino y yo seguimos contando con tu apoyo.

La reina nunca había oído hablar así a su hija. Pensaba que Mercedes seguía siendo aquella niña dócil y sumisa que jamás le había dado un disgusto y a la que había manejado a su antojo. Pero esa mañana descubrió que, tras aquella apariencia de fragilidad, se escondía una voluntad de acero indoblegable, y esa firmeza le hizo sentirse orgullosa como madre. A Mercedes no le movía solo la fuerza del amor; María Cristina sabía que su hija tenía razón. No existía en toda Europa un hombre más adecuado que Carlos como marido y como príncipe.

—Ambos contáis con mi apoyo y te prometo que voy a hacer todo lo posible por lograr que vuestro matrimonio se celebre. Pero, Mercedes, también es necesario informar oficialmente a las Cortes. Y esa va a ser una dura batalla. En los quince años que dura mi regencia, solo he visto a casi todos los partidos políticos ponerse de acuerdo en una cosa: la oposición a Nino. Ninguno tiene nada contra él, sino contra su padre, y por eso le rechazan. Lo más difícil va a ser convencer a cada uno de ellos de que están en un error... Pero lo conseguiremos.

—Gracias, mamá —respondió Mercedes y, tras abrazarla, hizo ademán de retirarse.

—No obstante, Mercedes, no olvides que de la misma forma que no concibes tu felicidad sin Nino, tampoco serás feliz si el pueblo rechaza a tu marido.

A María de las Mercedes Isabel Teresa Cristina Alfonso Jacinta Ana Josefa Francisca Carolina Fernanda Filomena y María de Todos los Santos, hija primogénita de los reyes Alfonso XII y María Cristina, nada le fue fácil en la vida, aunque tenía todo a favor. De niña era angelical y graciosa, pero cuando llegó a la adolescencia adquirió un aire delicado, monjil y enfermizo que no desapareció en la juventud.

Aunque en las edulcoradas crónicas periodísticas destacaban su belleza y la de su hermana, María Teresa, la verdad es que ninguna de las dos era guapa, y ellas lo sabían. Los moños con el pelo ahuecado que se llevaban a finales del siglo XIX tampoco les favorecían. Ni los flequillos rizados que estuvieron tan de moda. Quizá si su austera madre, la reina, le hubiera dado más importancia a la belleza y a los cuidados cosméticos, Mercedes y Teresa habrían aprendido a sacarse partido. Tenían una bonita silueta y sus estrechas cinturas maravillaban a las doncellas que las ayudaban a ceñirse el corsé. Pero María Cristina siempre echaba por tierra cualquier atisbo de coquetería en sus hijas. Solo cuando Mercedes cumplió diecinueve años e iba a asistir a su primer baile, su madre le consintió que se contemplara por primera vez ante un espejo de cuerpo entero que le había regalado su tía la infanta Isabel. Hasta entonces, se peinaba cada mañana ante un pequeño tocador.

Para la reina, lo importante era que sus hijas fueran buenas cristianas y miembros dignos de la familia real. Esa forma de pensar se traducían en ofrecer una imagen sobria y elegante y, únicamente cuando las ceremonias de palacio lo requerían, les permitía añadir prestancia con buenas joyas y vestidos imponentes. El desprecio de la reina a la coquetería, que Teresa no tardó en asumir, era su reacción al mal gusto de la época y a los excesos con los que se vestían y acicalaban buena parte de las aristócratas para marcar distancia con el pueblo.

Mercedes y Teresa nunca echaron de menos la belleza física. Habían heredado la llaneza de su familia paterna, los Borbón, y la elegancia de la dinastía materna, los Austria, y esa curiosa mezcla derivó en dos personalidades sorprendentes. Sabían congeniar como nadie los exquisitos modales y el saber estar con una conversación ingeniosa, llena de chispa y de divertidas y audaces ocurrencias. En cuanto Mercedes empezaba a hablar, se convertía en una mujer extraordinariamente atractiva. Teresa, en cambio,

miraba a los ojos, sabía escuchar y, a diferencia de la mayoría de los poderosos, desbordaba sencillez y cercanía. Mercedes sabía que ella no era tan querida como Teresa, que suscitaba entusiasmo en todos los que la conocían: desde la alta aristocracia a las más humildes cigarreras, pasando por aquella nueva burguesía que había empezado a surgir en la España pobre y analfabeta que le tocó vivir.

Pocos hijos han sido tan deseados como Mercedes y Teresa, aunque la llegada al mundo de ambas provocó enormes desilusiones que nadie disimuló porque en ambos casos esperaban que el recién nacido fuera un niño que garantizara la continuidad de la dinastía. Mercedes nació para ser reina, pero nunca lo fue. Cuando murió su padre, casi la coronaron, pero su madre anunció que estaba embarazada y se dejó el trono vacante durante cuatro meses con la esperanza de que naciera el ansiado varón. Incluso cuando era una niña llegaron a prepararle matrimonios de conveniencia que nunca se celebraron, pero que pretendían acabar para siempre con las guerras entre carlistas e isabelinos que enfrentaron a los españoles. Siendo joven, quisieron casarla con otros príncipes europeos para forjar alianzas políticas supuestamente beneficiosas para la nación, como en los viejos tiempos. También le intentaron arrebatar, sin éxito, el título de Princesa de Asturias y la presionaron, sin conseguirlo, para que renunciara a sus derechos dinásticos. A punto estuvieron de arruinar su felicidad cuando casi todos los políticos de su época, convulsa y crispada, se opusieron a uno de los amores más sólidos que han conocido los muros del Palacio Real.

11 de septiembre de 1880

Aquella calurosa tarde de finales de verano, Madrid aún se desperezaba tras la siesta cuando la noticia empezó a saltar de casa en casa y una actividad frenética invadió la ciudad. Los grandes señores desempolvaban sus bandas y condecoraciones, las damas se acicalaban antes de estrenar los vestidos que habían encargado para la ocasión y, en las cocinas, las criadas buscaban cualquier excusa para salir a la calle a curiosear.

A las seis de la tarde, los alabarderos de guardia habían abandonado palacio con orden de entregar las invitaciones a las doscientas cincuenta y seis personas que debían asistir al ceremonial de presentación del recién nacido. Con su venida al mundo, muchos sentían que se reanudaba la historia de España tras el paréntesis caótico de los últimos años.

Después de tantas calamidades, la llegada al mundo de un heredero de la Corona garantizaría la continuidad de la dinastía y traería un poco de estabilidad a la desdichada España. Desde que la reina Isabel II había emprendido el exilio, hacía doce años, las cosas habían ido de mal en peor. Primero, las Cortes eligieron a un monarca extranjero, Amadeo de Saboya, para que España siguiera siendo una monarquía, pero este rey italiano nunca contó con el respaldo popular ni con el de la aristocracia, que le hizo la vida imposible. Cuando, el 29 de enero de 1873, la esposa de Amadeo, Victoria, dio a luz a un infante en el Palacio Real, su llegada no suscitó ni de lejos la alegría popular que se respiraba ahora. Aquel niño era el tercer hijo de los reyes extranjeros y el primero que había nacido en España. Le pusieron de nombre Luis Amadeo, pero muy pronto tuvo que abandonar su tierra natal.

En aquella ocasión, la reina italiana se puso de parto una noche de crudo invierno y, por no molestar a esas horas a los altos cargos y a las personalidades de edad avanzada que, según el estricto protocolo español, debían asistir a su presentación, el rey dejó la ceremonia para el día siguiente. Aquel gesto de cortesía fue interpretado por los políticos del momento como una transgresión y el Parlamento estuvo dos días debatiendo agriamente esta cuestión. El monarca, que cada día se sentía más solo e incomprendido, se llevó tal disgusto que empezó a plantearse la posibilidad de abdicar.

Trece días después del parto, el rey Amadeo bajó por última vez la escalera de palacio con su hijo primogénito cogido de la mano: «Me voy de este país tan hondamente perturbado», afirmó. Dos servidores bajaron en una litera a su esposa, la reina María Victoria, que aún se recuperaba del parto, y el rey la trasladó en brazos hasta un coche mientras la nodriza llevaba a los otros dos niños. La familia real emprendió viaje hacia Portugal tras un breve reinado y España se convirtió por primera vez en una república.

Después de tres años de caos y desgobierno, la monarquía se restauró en la persona de Alfonso XII, que se había hecho un hombre en el exilio y había conocido el sabor amargo de las estrecheces económicas. El destierro había purificado a la dinastía tras el relajamiento de Isabel II. Alfonso se había comprometido desde el extranjero a ser el rey de todos los españoles, sin distinciones entre ricos y pobres, conservadores o liberales, y sus palabras habían devuelto la ilusión a un pueblo harto de guerras y enfrentamientos.

Al poco de regresar a España, el joven monarca se casó locamente enamorado con María de las Mercedes, pero a los cinco meses de la boda su esposa murió enferma de tifus y de tuberculosis, lo que volvió a llenar de tristeza a una nación que no levantaba cabeza. Apremiado por la necesidad de garantizar su descendencia, el rey viudo se volvió a casar con una archiduquesa austriaca.

No habían pasado diez meses de la segunda boda y la nueva reina se disponía a dar a luz. Ahora las cosas parecían arreglarse. El médico acababa de confirmar que María Cristina estaba de parto. La noche anterior se había sentido indispuesta y se retiró a sus habitaciones antes de lo acostumbrado, pero una vez acostada se sintió mejor. Aun así, se quedaron con ella hasta avanzada la noche su madre, la archiduquesa Isabel, la marquesa de Santa Cruz y el doctor Roedel, el facultativo que se había traído de Viena tras negarse a ser atendida por los médicos de cámara españoles, en los que la reina no confiaba. Por la mañana, las molestias persistían y se avisó al presidente del Consejo de Ministros, quien a su vez comunicó la noticia a su gabinete, mientras el mayordomo mayor de palacio se ocupó de preparar las invitaciones.

Como madre primeriza, el alumbramiento se podía alargar varias horas, pero hacía catorce años que la villa no celebraba el nacimiento de un Borbón

y, después de tantas tristezas y calamidades, por fin había una noticia alegre que festejar. En las tabernas y los cafés, en las calles próximas a palacio y en la plaza de Oriente, el gentío empezaba a amontonarse y se palpaba el entusiasmo.

En palacio se había recuperado el viejo protocolo y los ceremoniales anteriores a la república y todo estaba preparado para recibir al heredero. Allí aguardaban las dos condecoraciones más altas, los collares del Toisón de Oro y de la Orden de Carlos III, para conferírseles al Príncipe de Asturias en el caso de que la reina diera a luz un varón. También se destinó una sala a la preparación de la espléndida canastilla del bebé, donde unas damas escogidas acondicionaron y ordenaron todos los paquetes que iban llegando a palacio. Lo más selecto lo había traído de Viena la madre de la reina, pero también la madre del rey llevó primorosos regalos comprados en París. Una preciosa cuna y un cochecito aguardaban engalanados a la espera de que se rematara su decoración con un lazo azul o rosa.

No muy lejos de allí, en el café de Levante, un jovencísimo reportero del periódico *La Iberia*, Marcelino Calleja, aguardaba novedades junto al corresponsal del diario británico *The Times*, Tom Butler.

—Esperemos que esta vez todo vaya bien. Que sea un varón y crezca sano. Porque el último Borbón que nació en palacio, el infante Francisco de Asís Leopoldo, falleció tres semanas después. Y ya hemos tenido bastantes funerales con los de la reina Mercedes... —comentó el cronista español.

—No sé por qué os empeñáis en que sea un varón. En Inglaterra, estamos convencidos de que ningún hombre lo hubiera podido hacer mejor que la reina Victoria. Además, en España no tenéis ley sálica, como en otros países europeos. No veo ningún problema en que nazca una niña.

—En España, como sabes, las mujeres pueden reinar, aunque tienen preferencia los hombres en la sucesión a la Corona. Pero el problema es que, después de las guerras carlistas, solo un varón garantizará la paz. Además, la última reina que tuvimos, Isabel II, no dejó muy buen recuerdo.

—Pero no por ser mujer —le corrigió el británico—. Isabel no tenía formación para ser reina y su comportamiento personal dejó mucho que desear con tantos escándalos amorosos.

—Mira, Tom, en España es normal que una mujer no reciba una buena educación. La mayoría no sabe leer ni escribir y a muy pocos les importa que no puedan votar en las elecciones. Es más, aquí nos burlamos de las intelectuales. Pero lo que no aceptamos es que una mujer sea infiel a su marido. Por el contrario, un hombre es más hombre cuantas más amantes tenga.

—Como hace el rey Alfonso.

—Todo el mundo entiende que el rey, que es un maestro en lides eróticas, tenga que buscarse señoras con curvas fuera de palacio, porque su esposa, Doña Virtudes, tiene muchas cualidades... pero como mujer, y tú me entiendes, no vale gran cosa. Como dice el refrán, «El pecado de la carne lo primero que requiere es carne». Pero vámonos ya a palacio, no sea que, después de tanto esperar, nos perdamos la noticia.

Los dos periodistas salieron a la Puerta del Sol y tomaron la calle del Arenal hacia la plaza de Oriente, abarrotada de gente. Los coches de plaza que habían partido de Cibeles bajaban hacia las proximidades de palacio como en una romería. Aunque no lo quiso reconocer en voz alta, el corresponsal de *The Times* también empezaba a pensar que un heredero varón lo tendría más fácil en este país que cada día le parecía más peculiar.

Del entusiasmo al desencanto

Pocos embarazos habían sido tan deseados como el de María Cristina. Al sentimiento maternal se sumaba la obligación de toda reina de garantizar la continuidad de la dinastía, pero María Cristina también había llegado a pensar que si traía al mundo un heredero se ganaría el corazón del rey, con tendencia a distraerse en lechos ajenos. Desde que se casaron, Alfonso se mostraba solícito, pero nada más, y ella deseaba ser querida de verdad.

A las seis de la tarde, los dolores del parto empezaron a ser insoportables. La reina yacía en una de las dos camas de palosanto de su dormitorio, separadas por un reclinatorio con un Cristo de marfil que se había traído de Viena. A los pies de la cruz, había un ramillete de flores de azahar de la corona que lució el día de su boda y otro de pequeñas rosas blancas que llevó cuando recibió la primera comunión.

Como era costumbre, desde los templos de toda España se habían enviado reliquias a palacio para que acompañaran a la reina parturienta en el alumbramiento. En las dependencias de doña Cristina se encontraba expuesto uno de los brazos de san Juan Bautista junto al rosario que utilizó san Francisco de Asís, los báculos de santo Domingo de Silos y de san Pedro Alcántara y el bastón de santa Isabel, reina de Hungría, que se ofrecía desde 1788 a todas las reinas de España que iban a dar a luz.

María Cristina estaba acompañada por su madre, la archiduquesa Isabel; su suegra, la reina Isabel; la marquesa de Santa Cruz y el doctor Roedel. El rey salía a la antecámara y volvía a entrar al dormitorio, tratando de calmar sus nervios. Aunque la reina era muy respetuosa con la vieja etiqueta protocolaria, se había negado a dar a luz ante los altos dignatarios, como habían tenido que hacer todas sus predecesoras. Y en esa batalla la había apoyado su cuñada, la infanta Isabel.

—Alfonso, es un disparate obligar a Crista a dar a luz delante de todos esos políticos. En la antigüedad quizá fuera necesario, para asegurarse de que nadie cambiaba al bebé; pero ahora no tiene ningún sentido. Para eso está el médico —argumentó la hermana del rey.

Entre las dos mujeres lograron que se cambiara el ceremonial y, por primera vez en la historia de España, el parto de la reina no fue público y los

dignatarios esperaron fuera, en los salones próximos.

El Salón de Columnas había dejado de utilizarse como comedor después de que se instalara en él la capilla ardiente de la primera esposa de Alfonso XII, María de las Mercedes. El rey había mandado unir tres habitaciones de palacio para destinar el nuevo espacio a comedor de gala y salón de baile, pero las obras apenas habían empezado, por lo que aquella noche el Salón de Columnas retomó su antiguo uso y sirvió de escenario para la gran cena que se ofreció a los altos cargos y a las personalidades que habían sido convocados para asistir a la presentación del recién nacido: los miembros del Gobierno, el cuerpo diplomático, la jerarquía de la Iglesia y el Ejército, la Diputación de la Grandeza, los caballeros del Toisón... Aún no habían terminado de cenar, cuando se presentó el duque de Vistahermosa en el salón para anunciar que había llegado el momento esperado y les invitó a pasar a la cámara, próxima al dormitorio de la reina, donde se celebraría la presentación.

A las ocho y veinte de la tarde, el doctor Roedel trajo al mundo al recién nacido y lo entregó a la archiduquesa Isabel, madre de la reina, ante la máxima expectación de los presentes en la sala. El médico rompió el silencio: «¡Es una niña!», y esta frase corrió como la pólvora por palacio dejando a su paso un halo de decepción y desencanto. El duque de Sesto apareció en la cámara donde aguardaban las personalidades convocadas y les comunicó en nombre del rey que la reina había dado a luz a «una niña». Poco después, se presentó don Alfonso con la pequeña en un canastillo guateado colocado sobre una bandeja de plata y cubierta con encaje que su aya, la duquesa de Medina de las Torres, descubrió.

Todos los presentes pasaron de uno en uno a saludar al rey y a la niña, encabezados por el ministro de Gracia y Justicia, que fue el primero en pronunciar la palabra «infanta» con todo su significado legal. Sí, había nacido una infanta. Aunque era la primera y única hija del rey, el Gobierno quiso dejar claro desde el primer momento que la recién nacida recibiría el título de infanta, no el de Princesa de Asturias, como le habría correspondido. Haciendo una excepción a las milenarias normas de la monarquía, el título vinculado al heredero de la Corona desde hacía casi cinco siglos lo seguiría ostentando la hermana de Alfonso XII, Isabel, conocida como la Chata.

Al pueblo se le anunció el alumbramiento de la niña mediante el izado de una bandera blanca, un farol del mismo color en la Punta del Diamante del palacio y las quince salvas prescritas por el ceremonial, pero la multitud ansiaba escuchar los veintiún cañonazos que se habrían disparado si hubiera nacido un niño. A la vez, el telégrafo envió la novedad a las provincias españolas, a las embajadas y a todas las cortes europeas, y en la capilla real se ofició un tedeum.

La noticia cayó como un jarro de agua fría dentro y fuera de palacio. La inmensa alegría que sintió la reina cuando le devolvieron el bebé y pudo darle su primer beso, pronto se convirtió en una brutal decepción. Sin disimulo alguno, todas las personas de su entorno le mostraron el desencanto. Esperaban un varón que garantizara la continuidad de la monarquía por la que tanto habían luchado. El rey era joven aún, pues solo tenía veintitrés años, pero la tuberculosis ya había empezado a desgarrar sus pulmones, lo que hacía más urgente aún el nacimiento de un heredero.

En sus diez meses de casada, la reina no había logrado suscitar demasiadas simpatías. En el entorno del rey la trataban como extranjera y procuraban mantenerla alejada del pueblo. María Cristina tenía una cultura superior a todas las reinas que la precedieron y a las aristócratas que la rodeaban, pero en aquel momento nadie lo consideró una ventaja, sino un muro que la alejaba aún más. Para colmo, había introducido algunos cambios en palacio que no agradaron a los sectores más inmovilistas, partidarios de restaurar los principios anticuados de la vieja monarquía. Celosa de su privacidad, María Cristina procuró suavizar las reglas de la antigua etiqueta española para reforzar la intimidad familiar e instauró nuevas normas de higiene y comodidad en el viejo alcázar.

Para decepción de las aristócratas, la reina vestía siempre con extrema sencillez y sin apenas joyas y mostraba escaso entusiasmo por las fiestas. Prefería la intimidad del hogar, que solo interrumpía para asistir a las grandes ceremonias. Por las tardes, salía a pasear por la Casa de Campo o, cuando la acompañaba Alfonso, por el Retiro, y casi todas las noches acudía a las funciones del Teatro Real. Pero tampoco allí disfrutaba plenamente de la música, atormentada por las infidelidades de su marido con no pocas divas. Organizaba con mucha frecuencia conciertos en sus salones privados, a los

que acudían los mejores músicos del momento, españoles y extranjeros, y ella misma tocaba el piano. Pero María Cristina siempre echó de menos en Madrid la gran cultura musical que se respiraba en su tierra natal, Austria. Mientras la reina se distraía en conciertos, gran parte de la aristocracia recordaba con nostalgia los divertidos y frívolos tiempos de la reina Isabel II y encontraba a la austriaca demasiado severa y aburrida.

En su soledad, la reina cogía a la niña, la besaba y la mecía, como si quisiera compensar el desafecto de los demás, pero pronto la asaltaban las lágrimas. Le dolía enormemente que se quisiera negar a la pequeña el título de Princesa de Asturias; a su hija, que reunía los dos apellidos más ilustres de las dinastías europeas: Borbón y Habsburgo. En un nuevo intento desesperado por demostrar su amor al rey y compensarle por la decepción, le sugirió que la pequeña se llamara igual que su primera mujer, María de las Mercedes, a la que Alfonso había amado de verdad. Después, en el bautizo, le siguieron otros doce nombres. Casi tantos como los amoríos de su querido esposo.

La polémica

Los primeros pañales que envolvieron a la infantita habían sido bendecidos por el papa León XIII, tradición que dejó muy sorprendida a *la Africana*, el ama que había sido contratada para amamantar a la primogénita de los reyes por doce mil reales al año, más una pensión de seis mil para su hijo. La Africana, en realidad, era de Santander, como casi todas las nodrizas reales, porque las mujeres de esa tierra tenían fama de dar una leche de muy buena calidad. Su verdadero nombre era María Riestra, tenía veintidós años, su piel era de color moreno y su cabello abundante y de color negro, por lo que los demás empleados de palacio la apodaron la Africana.

María Riestra había sido seleccionada entre otras muchas candidatas por el médico de cámara Laureano García Camisón, quien recorrió Segovia, Burgos y Santander en busca de una nodriza para el primogénito del rey. Las aspirantes debían cumplir los siguientes requisitos: proceder de localidad sana, donde no hubiera enfermedades habituales; tener de veintiuno a veintisiete años y su cónyuge menos de treinta; complexión robusta; buena conducta moral; estar criando al segundo o, lo más, tercer hijo; haber sido vacunada en la infancia y no padecer ni haber padecido ni ella ni su marido ni las familias de ambas enfermedades habituales de la piel.

La Africana no dejaba de sorprenderse desde que había cambiado su sencillo pueblo cántabro, Peña Castillo, por la villa de Madrid, en la que en aquel momento se levantaban decenas de lujosos palacios junto a las ruinas de monumentales monasterios y conventos que habían sucumbido a la desamortización y a la revolución de 1868. Cuando aquella campesina entró por primera vez en palacio le temblaban las piernas, pero en pocos días se acostumbró a la grandiosidad, a las largas distancias, a los elegantes uniformes que le entregaron y a la luz artificial. A lo que no se acostumbraría nunca era a la etiqueta palaciega, a las largas ceremonias y a determinados ritos. «Evite usar palabras malsonantes en la casa y cuide los modales», le había recomendado el doctor García Camisón cuando le comunicó que había sido la elegida para amamantar a la hija del rey.

Al ama le habría parecido razonable que el papa hubiera bendecido el traje de cristianar de la niña o una medallita de la Virgen, pero no los pañales,

destinados inevitablemente a contener el meconio. «Cuando cuente todo esto en mi pueblo, no me van a creer», pensaba. También le sorprendió que su predecesora, el ama que había criado al rey, le hubiera enviado los pendientes y el collar de coral que había estrenado en el bautizo de don Alfonso para que se los pusiera la Africana en el bautismo de la infantita. «Como si yo no tuviera pendientes...».

A María Riestra ya le habían contado otras mujeres de su comarca lo que le iba a deparar la vida en palacio, pero se habían quedado cortas. «A las elegidas las llevan en coche de caballos y luego les dan unos vestidos lujosísimos», oyó un día que relataba en su pueblo una moza que aspiraba a convertirse en ama de cría de un príncipe. Esta se lo había oído a su vez a una nodriza ya retirada del servicio, Manuela Cobo, de la villa pasiega de San Roque de Riomiera, que había regresado a su pueblo tras amamantar a la infanta Paz, hermana de Alfonso XII. Manuela disfrutaba de una buena pensión y del reconocimiento de sus vecinos, que en las largas noches de invierno se reunían en su caldeada cocina para que les describiera cómo eran los reyes, los príncipes o los infantes que ella había conocido y las curiosidades de la vida en la corte.

«Si vierais las cocinas de palacio... Son tan grandes como la iglesia del pueblo. Allí no se prepara cada día un solo plato ni dos ni tres, sino una gran variedad y los llaman por su nombre en francés. Y lo más difícil es que la comida llegue caliente al comedor. Imaginaos cómo son de largas las distancias que desde la cocina al comedor la comida se enfría —relataba—. Muchos de los platos que se sirven vuelven intactos a la cocina, pero allí no se tira nada porque hay muchas bocas que alimentar y también son muchos los mendigos y pedigüños que se acercan cada día a palacio. Y todos se van con, al menos, su mendrugo de pan».

«Los médicos de palacio nos obligan a lavarnos las manos con frecuencia —explicaba ante la mirada sorprendida de quienes la escuchaban—. Esa gente está todo el rato lavándose. Y eso que no se manchan nunca porque imaginaos la vida que hacen...».

Otras veces les hablaba de los reales sitios que ella había conocido cuando acompañaba a la familia real en sus desplazamientos estivales. «Hay

jardines de setos altos que llaman laberintos y es fácil perderse en su interior. Se han hecho así con toda la intención, para jugar a perderse», relataba.

Las curiosas historias que contaban Manuela Cobo y otras tantas nodrizas, cuando se retiraban y regresaban a sus pueblos, alimentaban las ilusiones de decenas de humildes campesinas que tras quedarse embarazadas soñaban con amamantar también a un príncipe y cambiar radicalmente su vida y la de su familia, encadenada a una pobreza de la que era muy difícil salir con el trabajo diario. Por ello, cada vez que se anunciaba el embarazo de una reina, la noticia se recibía como un rayo de esperanza en muchos hogares humildes. Y cuando se veía aparecer en la lejanía el enorme coche de la corte o se reconocían las cabalgaduras del médico de cámara y su acompañante, el nerviosismo se apoderaba de muchas mujeres encinta.

La Africana era una de las ocho personas destinadas al servicio de la infantita. Además de la duquesa de Medina de las Torres, aya; de la señora de Tacon, teniente aya, que había desempeñado estas mismas funciones con Alfonso XII, y del ama de cría, formaban el servicio una niñera británica de unos treinta años de edad y gran experiencia en el cuidado de los niños, dos doncellas escogidas entre el personal antiguo de palacio y dos mozos de oficio. Las habitaciones reservadas a María de las Mercedes se encontraban en el entresuelo, justo encima de las de la reina y se comunicaban por una escalera interior. La Africana debía dormir junto a la cuna de la recién nacida, y su único cometido era criarla, ya que limpiar y vestir a la pequeña correspondía a otras personas.

Para solemnizar el nacimiento de la infanta, el rey donó sesenta mil reales para su distribución entre los pobres de las parroquias, sesenta mil para el refugio, sesenta mil para los establecimientos de beneficencia y otros sesenta mil al monte de piedad para el desempeño de prendas. También decidió don Alfonso que la corte vistiera de gala durante tres días. Con todos estos gestos, el rey trataba de disimular su decepción en público, pero a solas con la reina no pudo ocultar la desilusión.

—¿Me regalarás ahora un collar como el de los Balbases? —le preguntó doña Cristina tras dar a luz.

—No, Crista. Me has dado una niña, y es un varón lo que necesitaba España.

A la reina, austera y discreta a la hora de vestir, las joyas no le llamaban demasiado la atención, pero sí que le gustaban las perlas. Y el collar de perlas más maravilloso que había visto a lo largo de su vida lo descubrió en el cuello de cisne de Sofía Troubetzkoy. Esta mujer rusa de extraordinaria belleza, elegante y distinguida, de la que se decía que era hija natural del zar Alejandro, era la esposa del duque de Sesto, marqués de Alcañices y marqués de los Balbases, entre otros muchos títulos, así como íntimo amigo y confidente del rey. El primer marqués de los Balbases, Ambrosio de Spínola, conquistador de Breda, que fue inmortalizado por el pintor Velázquez en el cuadro *Las lanzas*, había aportado la primera perla de ese collar con el encargo de que cada uno de sus sucesores añadiera una más y se formara un preciosa joya que lucieran las futuras marquesas de los Balbases.

Doña Cristina se había quedado fascinada con ese collar. Lo descubrió durante el baile de gran gala que la rusa y su marido ofrecieron en honor de los reyes recién casados en el palacio donde residían, que se encontraba en el paseo del Prado esquina con la calle Alcalá.

—¿Por qué no me regalas un collar igual que el de Sofía? —preguntó la reina al rey durante la fiesta.

—Encantado, Crista, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me des el hijo que necesitamos.

Don Alfonso pidió a su amigo, el marqués de Alcañices, que encargara una réplica de ese collar y lo conservara hasta que naciera un heredero. La joya esperaba desde entonces en un estuche guateado de moaré decorado con flores de lis y una corona. Y allí siguió tras el nacimiento de su primera hija.

Al día siguiente del alumbramiento, todos los periódicos recogieron vivamente la polémica sobre la no concesión del título de Princesa de Asturias a María de las Mercedes, que finalmente recibió el de «infanta heredera», para disgusto de unos y satisfacción de otros. Cánovas del Castillo había redactado un real decreto en 1875, poco después de que se restaurara la monarquía en la persona de Alfonso XII, con la intención de nombrar Princesa de Asturias a su hermana la infanta Isabel, la Chata, y evitar cualquier posibilidad de que la madre del rey, Isabel II, volviera al trono.

Pero unos días antes de que la reina María Cristina diera a luz, el mismo Cánovas había redactado otro real decreto en sentido radicalmente contrario.

Algunos justificaron este cambio con razones económicas. La dotación del Estado al heredero de la Corona, fuese hombre o mujer, estaba establecida en dos millones de reales anuales desde el momento de su nacimiento, mientras que la de un infante era de seiscientos mil reales, pero solo a partir de que cumpliera siete años de edad. Si una Princesa de Asturias dejaba de serlo, como había ocurrido tantas veces en la historia por el nacimiento posterior de un hermano varón, se le reducía su asignación a un millón de reales con carácter vitalicio.

El periodista José Fernández Bremón explicaba las razones de la decisión del Gobierno en *La Ilustración Española y Americana*: «Suponiendo que el año próximo naciese un Príncipe de Asturias, el Estado economizaría seis millones por la dotación de un millón anual durante seis años en que la infanta no tendría asignación ninguna y, pasados los seis años, veinte mil duros anuales entre la dotación vitalicia de una ex Princesa de Asturias y una infanta».

La adaptación de la milenaria tradición de la monarquía hispánica a la conveniencia de cada momento generó un gran debate que duró meses, pero el presidente no daba su brazo a torcer y nadie sabía qué pensaba el rey sobre esta cuestión.

El periodista Marcelino Calleja leía los periódicos de la competencia desde su puesto en la redacción de *La Iberia*. No había quedado satisfecho con la información que publicaba su propio diario. Aunque en sus crónicas había optado mayoritariamente por referirse a la niña como su alteza real, lo que era válido para una princesa y para una infanta, en el editorial se daba por hecho que había nacido una Princesa de Asturias. Es más, *La Iberia* afirmaba que en un plazo de cuarenta y ocho horas el Gobierno aprobaría «con seguridad» un nuevo real decreto que le reconocería el título. Marcelino sabía que no iba a ser así. Su periódico había mezclado sus deseos con la realidad. «En menudo atolladero se ha metido Cánovas y en menudo lío nos hemos metido nosotros», comentó entre sus compañeros, cuando el director del periódico le mandó llamar a su despacho.

—Marcelino, ¿qué sabes del nuevo decreto?

—El Gobierno no va a aprobar ese nuevo decreto —respondió, a sabiendas de que esa no era la respuesta que esperaba su director.

—¿Cómo lo sabes con tanta seguridad?

—Porque Cánovas cree que no es necesario. He estado hablando con un par de ministros y me han dicho que Cánovas ha argumentado que «los reyes son jóvenes y tendrán más hijos y probablemente alguno de ellos sea varón». No quieren dar ahora el título de princesa a esta niña y que dentro de un año o dos se lo tengan que quitar para dárselo a su hermano.

—Y si la reina solo tuviera hembras...

—Dicen que en ese caso siempre estarán a tiempo de redactar un real decreto y nombrar princesa a la mayor, o sea, a Mercedes.

—¿Y el rey? ¿Va a consentir que no se reconozca a su hija como princesa?

—Nadie sabe lo que piensa el rey, pero no va a desautorizar al Gobierno. Tendría que quitarle el título a su hermana para dárselo a su hija, y eso tampoco le gustaría.

—Y los de la comisión del principado de Asturias, que vinieron a la presentación de la niña, ¿qué dicen?

—En cuanto se supo que había nacido una hembra, se retiraron y no se quedaron a su presentación.

—Marcelino —concluyó el director de *La Iberia*—, prepara una buena crónica sobre el bautizo de la niña. Nosotros seguiremos llamándola lo que es: Princesa de Asturias. Y no necesitaremos ningún real decreto que nos lo diga porque ese título le corresponde por derecho. Verás como, tarde o temprano, el Gobierno acabará cediendo.

El bautizo

A la una de la tarde del martes 14 de septiembre de 1880, la infanta heredera recibió las aguas del bautismo en la capilla del Palacio Real en una ceremonia oficiada por el cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, que no habría sido más brillante en el caso de que hubiese nacido un varón. Siguiendo viejas costumbres, una representación del pueblo podía acceder al palacio en ocasiones especiales. Desde antes de las doce un gentío se apiñaba en las inmediaciones del alcázar para ver pasar a los invitados, y en las galerías del edificio, engalanadas con ricos tapices y alfombras, se amontonaban decenas de vecinos que habían conseguido la «papeleta» con el permiso para ver desde allí, entre empujones, la regia función. Ante ellos los alabarderos, vestidos de gala, mantenían despejado el pasillo por el que debía pasar la comitiva. «Los altos que se pongan detrás, los altos detrás», gritaba una mujer bajita y regordeta que aspiraba a ocupar la primera fila.

Primero llegaron los invitados, cuyos trajes y joyas suscitaban la admiración de los curiosos. Pero quienes más llamaron la atención fueron los representantes del cuerpo diplomático de los países exóticos, que lucían pintorescos trajes nacionales, entre ellos la mujer del embajador de China, que exhibía enormes abanicos.

Una salva de artillería anunció que la familia real salía de sus habitaciones y se encaminaba hacia la capilla. Encabezaban el cortejo gentilhombres seguidos de mayordomos de semana y grandes de España. Siete aristócratas transportaban las insignias del bautismo: el marqués de Salamanca llevaba el salero; el duque de Almenara Alta, el capillo; el duque de Valencia, la vela; el duque de Villanueva de Perales, el aguamanil; el marqués de Sotomayor, la toalla; el marqués de Benemejí de Sistallo, el mazapán, y el conde de Superunda, los algodones.

En su primera aparición ante el pueblo, la infantita fue presentada en una bandeja cubierta con un paño de terciopelo rojo con flecos de oro que llevaba su aya. La seguía su madrina, la reina Isabel, acompañada por el nuncio de su santidad. La abuela paterna de la niña vestía un traje de raso blanco con mantilla del mismo color, siguiendo la costumbre de principios del siglo XX de ir con tonos claros a bodas y bautizos. Pero lo que más llamaba la atención

era su espléndida diadema de brillantes y topacios. A su izquierda, la Africana, el ama de cría de la infantita, lucía orgullosa un traje de pasiega de terciopelo encarnado bordado en oro con lazos y caídas negras. Tras ellos caminaba el rey, con el uniforme de gran gala del Ejército, acompañado por sus hermanas, las infantas Isabel, Paz y Eulalia, y su suegra, la archiduquesa Isabel, divinamente vestidas.

En el centro de la capilla aguardaba la pila de Santo Domingo de Guzmán, que había sido utilizada desde hacía casi tres siglos en los bautizos de todos los hijos de reyes. Hasta hacía muy pocos años dicha pila se custodiaba en el convento de Santo Domingo, que había sido levantado personalmente en 1218 por el fundador de la orden en un lugar muy próximo al Palacio Real. El convento albergaba preciosas obras de arte que eran orgullo de los madrileños. Sin embargo, en el momento del bautizo de María de las Mercedes, de aquel esplendoroso convento solo quedaban las ruinas y lo poco que se había podido salvar de la rapiña.

El monasterio había sido saqueado primero por los franceses en 1808 y después por los propios españoles en 1868, durante la revolución que acabó con la monarquía de Isabel II, por lo que se ordenó su demolición. Algunos de sus tesoros artísticos y documentos históricos pasaron a museos y archivos, pero otros desaparecieron o se destruyeron. Expulsadas de su convento, las monjas de Santo Domingo fueron acogidas en el convento de Santa Catalina de Siena, que en aquel momento se encontraba provisionalmente en una noble mansión de la calle Mesón de Paredes cedida por el duque de Medinaceli, a la espera de que concluyeran las obras de un nuevo convento, iniciadas hacía un año, en la calle de Claudio Coello.

Después de la revolución, las religiosas habían pedido a una familia amiga, dueña de un jardín en las afueras de Madrid, que enterrara la pila bautismal, perfectamente protegida, y mandaron hacer una réplica por si el Gobierno de la república acudía al convento a incautarla. Cuando pasó el peligro, las monjas desenterraron la pila original, se la llevaron consigo a Mesón de Paredes y, días antes del bautizo de María de las Mercedes, la enviaron a palacio en un carro de mudanza.

Tras la ceremonia religiosa, en la que se pudo oír por primera vez la queja de la niña al recibir el agua fresca sobre su cabeza, la infantita recibió las

insignias de la Banda de Damas Nobles de María Luisa y fue inscrita en el registro civil de la familia real. Si hubiese sido un varón, le habrían impuesto el Toisón de Oro, la más alta condecoración que el rey de España puede otorgar.

A quien más dolían estas discriminaciones era a su madre, la reina Cristina, que se recuperaba del parto en sus habitaciones acompañada por la camarera mayor de palacio y la dama de guardia. Desde el 23 de noviembre de 1879, día en el que puso los pies por primera vez en esta tierra, procedente de su querida Austria, se había propuesto convertirse en la más española de las reinas y adaptarse a las peculiaridades de su nuevo país. Aprendió rápidamente el idioma, incluso las palabras malsonantes que le enseñaba en broma su marido sin que ella supiera su verdadero significado; empezó a usar mantilla y peineta y se había impuesto el deber de asistir a las corridas de toros cuantas veces requirieran las circunstancias, aunque ese espectáculo le repugnaba. En las ocasiones en que no podía seguir soportando la contemplación del sufrimiento del animal, doña Cristina protegía su vista tras el abanico.

A todas esas experiencias se había ido acostumbrando, pero le costaba encajar la brutal decepción que le había manifestado toda la corte por haber dado a luz una niña. En los pocos momentos en los que la dejaban sola, doña Cristina trataba de ojear unos documentos con consejos sobre qué había que hacer para concebir varones, pero todas las recomendaciones que había leído hasta ese momento le parecían disparatadas y carentes de rigor.

Se sentía presionada por el entorno, pero sobre todo por la salud del rey, a quien ya le había visto el pañuelo manchado de sangre tras alguno de sus accesos de tos. Lejos de cuidarse, el monarca se entregaba a una actividad frenética, tanto en el ámbito oficial como en sus salidas privadas. Si Alfonso moría antes de concebir un varón, lo más probable era que su hija fuera rechazada como reina, de la misma forma que ya se le había arrebatado el título de Princesa de Asturias sin que hubiera ninguna razón de Estado que lo justificara.

Cuando terminó la ceremonia y le devolvieron a la niña, María de las Mercedes empezó a llorar reclamando su alimento. La Africana apenas tuvo tiempo para cambiarse su elegante traje de terciopelo por el uniforme habitual

antes de dar el pecho a la pequeña. Poco después, doña Cristina recuperó a su hija alimentada y limpia, la miró a los ojos y se sintió por primera vez acompañada. Esa niña iba a llenar el vacío que dejaba su marido cada vez que se empeñaba en buscar el amor en brazos ajenos.

De infanta a princesa

La infanta crecía entre algodones bajo el amor de una madre entregada y el cuidado de doncellas, ayas y amas que celebraban con alharacas cualquier balbuceo o sonrisa de la pequeña. María de las Mercedes era la atracción del Palacio Real, y cuando la sacaban a pasear, envuelta en preciosos faldones bordados por las manos más finas del reino, acaparaba las miradas de todo el personal con el que se cruzaba. A su paso suscitaba comentarios sobre la polémica que su llegada al mundo había provocado. La inexplicable decisión del Gobierno de Cánovas del Castillo de no reconocerle el título de Princesa de Asturias que le pertenecía por derecho había generado un debate que al principio se libró en los cafés, las calles y los periódicos, pero que pronto saltó al Parlamento e incluso cruzó las fronteras.

La reina buscaba en los periódicos cualquier referencia a la discriminación de su hija, pero aquel día se llevó una sorpresa cuando descubrió que también la prensa internacional se había pronunciado sobre esta cuestión. El diario británico *The Times* recordaba que en España solo imperó la ley sálica —en realidad semisálica, ya que no excluía del todo pero sí dificultaba enormemente el acceso de las mujeres a la Corona—, entre 1700, que la introdujo Felipe V, y 1830, cuando la abolió Fernando VII, y hacía referencia a las guerras carlistas que habían enfrentado al país entre los partidarios de Isabel y los de Carlos. El periódico añadía una advertencia: «Cualquier coyuntura que pudiera aprovecharse para reavivar la discusión de la validez de la ley sálica en España, que ha sido causa ya de tres largas y desastrosas guerras civiles en la península, puede servir de pretexto para que se renueven los desórdenes que parecen ser crónicos en ese desdichado país y de los que es dudoso que los pocos años del reinado del rey don Alfonso lo hayan curado».

A medida que la niña iba ganando peso, iba subiendo también el tono del debate en el Congreso entre los defensores del título de Princesa de Asturias y los que se lo negaban. El diputado de la oposición Alonso Martínez expuso un largo estudio histórico sobre la monarquía española, que le llevó a afirmar que el Gobierno de Cánovas del Castillo también le habría arrebatado el título a Isabel la Católica y acabó acusando al Ejecutivo de haber aprobado un real

decreto «inconstitucional». Y mientras los políticos diseccionaban el pasado para resolver el presente, la reina se refugiaba en su hijita, en sus lecturas, en el piano y en la costura. Tejía decenas de prendas que repartía entre los pobres. Un buen día, mientras la pequeña dormía, la madre cogió un libro para proseguir la lectura cuando de pronto detectó un papel doblado en su interior. Era un anónimo en el que se le informaba con todo tipo de detalles de la última infidelidad de su marido. Hasta que Alfonso XII expiró, la reina no cesó de recibir notas de ese tenor que llegaban por los caminos más insospechados.

Aislada en el palacio, María Cristina no tenía ninguna amiga a la que confiarle sus penas y que, probablemente, le habría informado de que su mal lo compartían otras muchas señoras de la alta sociedad española. Educadas en un conservadurismo extremo, estas privaban a sus maridos en el lecho de lo que ellos consideraban una vida sexual plena, y muchos acababan buscándola fuera del hogar.

María Cristina llegó a planear una fuga, pero fue frustrada por su cuñada, la infanta Isabel, que informó a Cánovas y este, para tranquilizar a la reina, decidió expulsar a Francia a la amante del rey, lo que motivó el enfado de Alfonso. Pero lo que retenía a María Cristina por encima de todo en el viejo alcázar madrileño era el amor a su hija y su elevado sentido del deber.

El nuevo año, 1881, empezó con un cambio en el Gobierno que devolvió la alegría a María Cristina. El liberal Práxedes Mateo Sagasta relevó al conservador Cánovas del Castillo en la presidencia del Gobierno y una de las primeras decisiones que adoptó fue aprobar un real decreto que reconociera a Mercedes el título de Princesa de Asturias. La víspera de que la niña cumpliera seis meses, el 10 de marzo, la pequeña dejó de ser infantita y se convirtió en princesa. Con este gesto, Sagasta se atrajo para siempre las simpatías de la reina.

Con la llegada de la primavera, la reina empezó a salir a pasear con su hija en el coche de caballos descubierto. La princesa crecía sana, tomaba el pecho de su ama con apetito y nunca tuvo el menor síntoma de enfermedad, pero el doctor Roedel había recomendado que la niña saliera todos los días a respirar el aire puro de Madrid. El Campo del Moro, junto al palacio, no era el lugar adecuado para sacar a la niña. Su abuela paterna, la reina Isabel,

había mandando plantar árboles allí cuando llevó el agua del canal que se bautizó con su nombre, pero después, durante la revolución de 1868, aquellos jardines fueron destruidos y cayeron en el abandono. «Hay que arreglar esta zona urgentemente, Alfonso», pidió la reina, y empezaron los trabajos de jardinería que devolvieron la belleza de tiempos no tan lejanos. Pero hasta que los jardines estuvieron adecentados, la reina tuvo que salir con su hija en coche de caballos hasta algún bosquecito de la Casa de Campo en el que se bajaban a pasear.

En general, las condiciones higiénicas de la ciudad dejaban mucho que desear. En su recorrido, quienes llevaran a la princesita debían evitar determinadas zonas con aguas estancadas o materiales en descomposición, que se habían convertido en focos de inmundicia. El interior del palacio tampoco era el lugar más sano de la villa. El edificio, que contaba con más de dos mil cuatrocientas habitaciones, se había terminado de construir en 1755 y no disponía de ninguna de las modernas comodidades. Hacía frío en invierno y calor en verano. No había calefacción centralizada y las chimeneas de las habitaciones apenas caldeaban unos pocos metros a su alrededor. Tampoco tenía ascensores y la iluminación aún era de gas. En aquel momento, gran parte de la planta principal se encontraba en obras, pero el objetivo de esas reformas no era hacer más confortable el palacio sino crear una imagen de la nueva monarquía alfonsina de acuerdo con los gustos de la época, diferente a la escenografía isabelina y alejada de la pompa dieciochesca.

Cuando los reyes se casaron, encargaron la reforma al arquitecto mayor de palacio, José Segundo de Lema, y al conde de Valencia de Don Juan, como asesor artístico. Como en todo cambio de reinado, los nuevos monarcas querían distinguirse de sus predecesores, cuyas vidas cotidianas estuvieron siempre expuestas al ceremonial de la corte, incluso en los momentos más íntimos. Alfonso y María Cristina, en cambio, defendían su privacidad y ordenaron dividir en dos mitades la parte noble del alcázar: una para uso oficial y otra privada.

Además del gran salón de baile y comedor de gala, en el que cabrían novecientas personas de pie; se crearon los nuevos salones de billar y de fumar y se modernizaron las cortinas, las telas de las paredes, las tapicerías, los muebles y el parqué de numerosos salones. El alcázar seguía siendo un

edificio imponente desde el punto de vista artístico, pero incómodo para vivir en él.

Cuando los médicos diagnosticaban una enfermedad contagiosa a alguno de los muchos empleados que vivían allí, debían valorar si era necesario trasladarle para preservar la salud de la familia real y del resto de las personas que habitaban en palacio. Quienes no tenían adonde ir eran llevados al hospital del Buen Suceso y el inspector de palacio encargaba a la Real Oficina de Farmacia que procediera a la desinfección de sus habitaciones con vapores de formaldehído y los medios que consideraran necesarios. Las modernas normas de higiene se aplicaban con rigor en el Palacio Real.

Cuando la reina salía a pasear con la princesa, la gente se paraba para saludarla con la mano o con ligeras reverencias e inclinaciones de cabeza, a las que ella respondía con un gesto de simpatía contenida, como le habían enseñado cuando era niña en el palacio familiar de Austria. «Aún puedo ganarme al pueblo», pensaba María Cristina que cada día se sentía más lejos de la aristocracia.

En aquel Madrid pequeño y provinciano, la gente se acostaba pronto. Solo trasnochaba la aristocracia ociosa y su entorno. Sus bailes y tertulias se prolongaban hasta la madrugada y las señoras con intensa vida social dormían hasta cerca del mediodía. Pero hasta en eso la reina se distinguía de la nobleza, pues María Cristina solía levantarse a la siete de la mañana.

En aquella época, las fiestas de la aristocracia ya no eran tan exclusivas como antes de la Restauración. Ahora los nobles de abolengo se mezclaban con los de nuevo cuño en los salones palaciegos, a los que también se invitaba a determinados políticos, militares, escritores, periodistas y a ricos burgueses. Los grandes palacios abrieron la mano con el fin de aumentar su círculo de amistades y de influencia. Para que los nuevos invitados se sintieran a gusto en tan refinados ambientes, los nobles tuvieron que hacer un gran esfuerzo de tolerancia democrática.

La reina pensaba que la corte en la que su hija pasaría su juventud sería muy distinta de la que ella había conocido en Austria. Mientras la princesa crecía, la villa de Madrid se transformaba. Se construían nuevos palacios y otros cambiaban de manos o se demolían. El símbolo de la vieja aristocracia, el grandioso palacio de Alcañices, en cuyos salones se conspiró para aislar al

rey Amadeo de Saboya, propiciar su caída y favorecer la proclamación de Alfonso XII, fue reducido a escombros cuando María de las Mercedes apenas tenía dos años. En su solar se levantaría pocos años después el edificio del Banco de España.

José Osorio y Silva, marqués de Alcañices, entre otros quince títulos y cuatro veces grande de España, a quien la reina culpaba injustamente de las infidelidades de su marido, había tenido que vender su palacio para pagar una deuda de entre quince y veinte millones de reales contraída para sufragar los gastos de la restauración de la monarquía de Alfonso XII y mantener a la familia real en el exilio. Fue precisamente en ese palacio donde, recién casada, Cristina se enamoró del «collar de los Balbases», que ahora aguardaba en un cofre hasta el día en que trajera al mundo un varón. También fue allí donde en 1870 se vio por primera vez en España un árbol de Navidad, costumbre traída del extranjero que rápidamente se extendió entre la alta sociedad. La propia reina empezó a poner en palacio junto al Nacimiento un precioso abeto que cada año mandaba traer de la Casa de Campo.

Con la antigua residencia de Alcañices, que tenía cuadras para ciento cincuenta caballos, además de patios, capilla, enormes salones, cámaras, gabinetes y dormitorios, solo podían rivalizar en Madrid el de la Casa de Alba y el viejo palacio de los Medinaceli, pero este último tampoco lo conoció la Princesa de Asturias, pues se demolió poco después para construir un lujoso establecimiento que recibiría el nombre de hotel Palace.

Pero existía también otro Madrid que pedía a gritos un cambio desde hacía siglos y en el que, sin embargo, todo seguía igual. Era el Madrid de los orfanatos, en los que a los niños con enfermedades incurables se les dejaba morir de hambre porque no había suficientes nodrizas ni cabras que dieran leche para alimentar a todos. El Madrid de la miseria, del que era muy difícil salir y en el que casi todos los días se suicidaba o lo intentaba alguna persona atrapada por la desesperación. El de los enfermos y los ancianos, que recibían cuidados hacinados en enormes salas gracias a la caridad. Ese Madrid sí lo conoció Mercedes. Incluso antes de que tuviera uso de razón, su madre se ocupó de mostrárselo y de que lo sintiera como algo suyo. Quizá, por eso, la princesita se sentía a gusto entre los pobres y nunca lloró, como hacían otros

niños, cuando las viejas mendigas, malolientes y cubiertas con sucios harapos, se acercaban a pedirle una limosna.

Otra oportunidad

En la primavera de 1882, la reina empezó a sospechar que estaba embarazada de nuevo y, en cuanto los médicos se lo confirmaron, recuperó la esperanza de traer al mundo un heredero. Para entonces, el rey ya había tenido dos hijos varones, Fernando y Alfonso, con su amante, la famosa cantante Elena Sanz, lo que desgarraba a María Cristina. Igual que en el parto anterior, la reina siguió desconfiando de los facultativos españoles e insistió en que fuera el doctor Roedel quien la asistiera también en este alumbramiento.

Una vez más, se encargó al médico de cámara Laureano García Camisón la elección de una nodriza para el segundo hijo de los reyes, y cuando faltaban unas semanas para el parto, a mediados de octubre, el facultativo partió al norte a buscarla. La pobreza extrema de aquella España rural y la oportunidad de estrenar una nueva existencia acomodada y digna arrastró a más de un centenar de mujeres a acudir a las citas de reconocimiento del facultativo de cámara. Tres meses antes, en julio, se había dado por finalizado el periodo de lactancia de la Princesa de Asturias, y su nodriza, la Africana, había regresado a su pueblo con una buena pensión tras haber vivido casi dos años en palacio.

La convocatoria de la plaza de ama de cría para el segundo hijo de los reyes se publicó en la Gaceta de Madrid, pero además desde la capital se pidió la máxima colaboración a los gobernadores y se les insinuó que recibirían una recompensa, aunque esta nunca se materializó. Las autoridades de Burgos y Santander remitieron a su vez una circular a todos los alcaldes de sus respectivas provincias para que difundieran el proceso de selección de la nodriza. La carta del gobernador cántabro tuvo una eficacia enorme: «Independientemente de lo que usted haga como alcalde y en cumplimiento de su deber en el terreno oficial, yo le ruego, y tengo la seguridad de que no ha de desairarme, que haga cuanto esté en su mano para que vengan al reconocimiento las mejores de las que estén en condiciones... Su afectísimo amigo, s.s.q.b.s.m. (su seguro servidor que besa su mano)».

Decenas de mujeres que aspiraban a convertirse en nodrizas del heredero de la Corona acudieron los días previstos a los Gobiernos Civiles de Burgos y Santander, y desde allí se las envió a la consulta improvisada del médico del

rey. El doctor García Camisón se instaló en la fonda de la Rafaela, en Burgos, donde reconoció a treinta y seis aspirantes a nodriza y consideró que la más adecuada era María Elvira Bernabé, natural de Santa Cruz de Juarros. Sin embargo, cuando la comisión llegó a este pueblo para contrastar la información que la aspirante había facilitado al médico, se descubrió que no había dicho toda la verdad. Tres de los testigos desvelaron que «la Elvira había amamantado durante algún tiempo a un niño de Burgos», detalle que ella había ocultado, por lo que fue rechazada, y el doctor García Camisón continuó viaje hacia Santander.

En la ciudad cántabra, el médico se alojó en la fonda de Redón, donde reconoció a cincuenta y seis aspirantes, de las que doce le parecieron «en condiciones inmejorables», e hizo fotografiar a todas ellas. La mayoría no había visto nunca una cámara de fotos. También les extrajo leche, que analizó e introdujo unas gotas en unas papeletas dobladas, cerradas y selladas con lacre, de las que se utilizaban entonces para preparados farmacéuticos en polvo. La comisión se desplazó a los pueblos de las candidatas, Cueto, Liérganes, Miera, Selaya y Guarnizo, para contrastar la información y regresó con informes positivos.

El 24 de octubre, el doctor Camisón llegó a Oviedo, donde el fracaso de la convocatoria fue absoluto. Solo comparecieron quince madres en la fonda de la Luisa y ninguna de ellas reunía condiciones para ser una buena nodriza. La comisión partió hacia Madrid con siete amas de cría preseleccionadas, que al día siguiente fueron presentadas al rey. Solo dos de ellas fueron elegidas: Sinforosa Gómez Higuera, para criar al varón o a la niña que la reina diera a luz, y Teresa Acebo Acebo, de retén. Ambas eran de Miera.

Igual que ocurrió la vez anterior, el embarazo de la reina había despertado el entusiasmo ante el ansiado nacimiento de un varón que garantizara la continuidad de la dinastía, e igual de grande, si no mayor, fue la decepción cuando el 12 de noviembre de 1882 se anunció que había nacido otra niña. El trono no quedaría firmemente asentado hasta que viniera al mundo un heredero. La mayor desilusión se la llevaron los reyes. Alfonso se sentía enfermo y presentía que su mal no tenía cura. Su preocupación era la misma que la de la mayoría de los españoles, que deseaban estabilidad y paz para que el país pudiera prosperar y abandonar el retraso en el que se encontraba.

Los pocos españoles que viajaban al extranjero contaban a su regreso maravillas de lo que habían visto fuera, y bastaba con ojear las revistas internacionales para comprobar la diferencia entre los países que progresaban y aquella España estancada en la miseria.

Para Cristina, el nacimiento de otra niña fue todavía más decepcionante que el primero. De nuevo tuvo que soportar el desprecio de aquellos aristócratas que se jactaban de haber perdido grandes fortunas para restaurar una monarquía cuya reina no era capaz de engendrar un varón.

—No te desespere, Cristina. Eres joven, solo tienes veinticuatro años y lo natural es que tengas más hijos y que algunos de ellos sean niños —le decía su madre, la única persona ante la que la reina reconocía su inquietud.

—Lo que más me preocupa es la salud de Alfonso, que cada día está más enfermo y no sigue los consejos de los médicos. Ya sabes cómo es... Cuando termina en el despacho, en lugar de descansar, se va a cazar, a montar a caballo o a no sé dónde. Cada vez le dan con más frecuencia los accesos de tos y, aunque tratamos de disimular la preocupación, el Gobierno está inquieto y los problemas de salud del rey se han convertido en uno de los temas preferidos de conversación en los salones de Madrid.

—¿Cómo sabes tú de qué se habla en los salones, Cristina, si nunca los frecuentas? —quiso saber su madre.

—Me lo cuenta Isabel, que no se pierde una fiesta. Dice que no hay reunión en la que alguna persona no le exprese su inquietud por la salud del rey.

Una vez transcurrida la ceremonia de presentación y el bautizo de la infanta, que recibió los nombres de María Teresa Isabel Eugenia del Patrocinio Diega, la reina se refugió en el cuidado de sus hijas, que afortunadamente crecían sanas y sin problemas. Cristina estaba deseando llevarlas a Austria para presentarlas a su familia, pero esperó a que la menor cumpliera los siete meses y la mayor los dos años y medio para emprender el viaje. Sin embargo, cuando el rey comunicó al Gobierno el proyecto de su esposa, algunos ministros no vieron con buenos ojos que la Princesa de Asturias y su hermana viajaran al extranjero. Argumentaron que un viaje tan largo podía ser peligroso para dos niñas de tan corta edad. La reina había adelantado que quería disfrutar de unos días en los baños de Frauzeusbad, y

el Gobierno, reacio al desplazamiento, arguyó que no había ninguna prescripción médica que aconsejara a la heredera de la Corona recibir esas aguas. María Cristina se plantó ante la negativa y respondió que si no podía viajar con sus hijas, no emprendería el viaje. Finalmente, el Gobierno cedió, y la reina y sus hijas partieron hacia Austria el 11 de junio de 1883. Mientras permaneciera en el extranjero, María Cristina utilizaría el título de marquesa de Covadonga, ya que el viaje había sido calificado «de riguroso incógnito», es decir, que no incluiría ningún acto oficial en el exterior.

A las cinco de la tarde y vestida con una falda escocesa en tonos verdosos, una chaqueta negra y un sombrero de paja con plumas del mismo color, María Cristina tomó el tren en la estación del Norte, acompañada por sus hijas y por un séquito de doce personas, encabezado por el duque de Tetuán. En Viena les recibieron los emperadores Francisco José e Isabel, que le ofrecieron un banquete de gala en el palacio imperial, y el archiduque Alberto, en cuyo palacio residieron.

El primer viaje de las hijas del rey al extranjero se prolongó un mes y veinte días, en los que Merceditas no dejó de preguntar ni uno solo por su padre. El 31 de julio las dos niñas regresaron a España con su madre en el tren expreso del Norte, que las traía de París. La reina y las infantas se apearon en la estación de El Escorial, a la que diez minutos antes había llegado el rey procedente de Madrid para recibirlas. Allí tuvo lugar el deseado reencuentro familiar. Cuando se abrió la puerta del vagón real, la primera que apareció fue la Princesa de Asturias, con una muñeca bajo el brazo que no había soltado en todo el viaje. En cuanto reconoció a su padre, que aguardaba en el andén, la niña saltó en sus brazos y no cesó de hacerle caricias a la vez que le decía, con su lengua de trapo, todo lo que le quería y le había echado de menos. Aquel día no hubo forma de arrancar a la niña de los brazos del rey, quien optó por sentarla en sus rodillas durante el traslado desde la estación hasta el palacio de El Escorial, donde la familia real ofreció chocolate y café con leche a las autoridades que les acompañaban, antes de proseguir viaje hacia La Granja para pasar el resto del verano. La reina llegó fortalecida tras el reencuentro con sus orígenes, pero no tardó en confirmar que en su vida conyugal persistían los mismos problemas de siempre. Alfonso seguía buscando el amor fuera de palacio.

A principios de 1884 fueron los reyes quienes recibieron una visita familiar procedente del extranjero. Se trataba de la infanta Paz, hermana del rey, y su marido, el príncipe Luis Fernando de Baviera. El matrimonio, que se había casado un año antes en el Palacio Real de Madrid, residía en Nymphenburg. La infanta esperaba el nacimiento de su primer hijo y deseaba que este viniera al mundo en Madrid, por lo que ella y su marido se instalaron en el alcázar. Doña Paz, que se puso de parto el 10 de mayo, fue atendida por el doctor García Camisón, el médico del rey al que la reina había despreciado, y dio a luz un varón, Fernando María.

Tras el alumbramiento, Paz sufrió una severa infección que hizo temer por su vida y que puso de manifiesto el afecto que le profesaban los madrileños. Muchos de ellos acudían cada día a palacio a interesarse por su evolución, de manera que se habilitó una sala en la que los facultativos exponían al público los partes médicos rutinarios. En otra de las habitaciones de palacio crecía el recién nacido ante la curiosidad de María de las Mercedes y Teresa, a las que llevaban todos los días a visitar a su primo hasta que la tía Paz se curó, el niño fue bautizado y los tres emprendieron regreso a Baviera.

El nacimiento de un varón en el Palacio Real añadió más presión aún a María Cristina. A la infanta Paz le habría dado igual tener una niña, pero para la reina de España traer al mundo un niño era una apremiante cuestión de Estado.

La educación de dos princesas

María Cristina aún soñaba con tener el hijo deseado, pero hasta que ese momento llegara se propuso educar a sus hijas como a futuras reinas. Sabía que la formación de una princesa y de una infanta debía empezar desde la cuna y había muchas cuestiones en las que ni la mejor de las institutrices podía suplirla. La reina decía que la verdadera educación se esculpe en el alma de las personas. Cuántas aristócratas conocía ella que cumplían las normas de etiqueta a la perfección, pero en cuanto se conversaba unos minutos con ellas demostraban una carencia absoluta de educación. Había condesas y marquesas que empezaban a hacer comentarios maliciosos de otras personas en su ausencia o aludían a temas que resultaban realmente incómodos para algunos de los presentes. Una persona bien educada jamás haría algo así.

Claro que era muy importante conocer las normas de etiqueta y de cortesía, el orden de precedencias, quién pasa primero y quién después, cómo saludar a una dama o a un caballero, cómo tratar a las visitas en función de su rango y condición... Todo aquello era imprescindible para una princesa, pero no era suficiente. Como todos los niños nacidos en palacio, sus hijas corrían el riesgo de convertirse en unas consentidas si no se les imponía una severa disciplina desde pequeñas. El orden debía empezar con los horarios de las comidas. Había dado instrucciones al servicio que se ocupaba de las niñas para que no cedieran a sus caprichos, pero en más de una ocasión la reina detectó cómo los criados les concedían a escondidas lo que ella misma les había negado minutos antes.

Lo primero que enseñó a sus hijas fue a saludar con la mano a las personas que las reconocían durante los paseos por Madrid en coche de caballos. «Tenéis que saludar sin taparos la cara. ¿Veis cómo lo hago yo? Mueve la mano despacio, Teresa. Así, muy bien». Cuando Mercedes solo tenía tres años, la reina le organizó su primer acto benéfico como princesa. Cristina aprovechó las fiestas de Navidad para que su hija invitara a almorzar a palacio a seis niños y seis niñas del colegio de San Ildefonso, pertenecientes a familias pobres del pueblo de Madrid. María de las Mercedes ocupó la cabecera de la mesa en una silla con brazos y la reina preparó paquetes de

dulces, juguetes y trajes completos para cada uno de los invitados, que su hija les entregó obedientemente. Tras el banquete infantil, los reyes pasaron al salón y los niños invitados les respondieron con discursos preparados de agradecimiento y cantaron coplas y villancicos a la espera de que sus padres les fueran a recoger.

A medida que las niñas iban creciendo, aumentaban las exigencias de la madre en cuanto a sus modales y comportamiento. Al principio, bastaba con que la princesa hiciera una pequeña genuflexión a modo de reverencia ante los reyes extranjeros que viajaban a España para visitar a Alfonso y se hospedaban en el mismo palacio. Como la niña descubrió, durante los ensayos, que suscitaba elogios y sonrisas, empezó a hacer sus peculiares reverencias a toda persona con la que se cruzaba, a pesar de los intentos de su madre por inculcarle el sentido de la jerarquía y de las precedencias. «Lo haces muy bien, Mercedes, pero solo debes hacer reverencias a quienes te digamos papá o mamá», le corregía Cristina.

María de las Mercedes y María Teresa nunca festejaron sus cumpleaños y santos con una merienda infantil, como hacían las niñas de la aristocracia o de la acomodada burguesía. Desde que cumplieron su primer año de vida, los aniversarios de las infantitas se celebraban con una recepción oficial a la que asistían las autoridades del Estado y, a veces, el cuerpo diplomático. Los primeros cumpleaños y las onomásticas de Mercedes solían celebrarse en el palacio de La Granja, donde pasaba la familia real los meses cálidos del verano y, por orden del rey, ese día corría el agua por las artísticas fuentes de los jardines mientras sonaba la banda de música de algún batallón.

A los tres años, la princesa se levantaba a las siete y media de la mañana y lo primero que debía hacer era rezar por sus padres y por España. Después podía añadir a sus oraciones ruegos por todo lo que ella quisiera. Tras el baño diario, la niña desayunaba una taza de chocolate con bizcochos y seguía un plan de paseos, juegos y comidas que estaban perfectamente reglamentados por su madre hasta las ocho y media de la noche, cuando su aya la acostaba a dormir, tras rezar breves oraciones. María Cristina solía pasar cada noche a los dormitorios para dar un beso a cada una de sus hijas y contarles historias de su tierra, Austria, y de sus antepasados maternos, entre ellos las hazañas

guerreras de su bisabuelo, el archiduque Carlos, que había sido uno de los más ilustres generales de principios del siglo XIX.

Cuando las niñas fueron creciendo, su madre les enseñó a mantener la compostura en los actos públicos a los que acompañaban a los reyes, a sentarse con la espalda recta, a estirar disimuladamente la falda antes de tomar asiento para evitar que las telas se arrugaran, a mantener las rodillas juntas, a moverse con elegancia, a caminar sin balancear apenas los brazos; a no interrumpir las conversaciones de los mayores, a comer de todo, aunque fuera una poca cantidad, y a no decir jamás «Eso no me gusta». Les enseñó a pedir las cosas por favor y dar las gracias, a utilizar correctamente los cubiertos y la servilleta. También les fue inculcando el sentido del deber, la importancia de la puntualidad, la vocación de servicio a su país y la preocupación por los más desfavorecidos. Pero, sobre todo, les imprimió un alto sentido de lo que representaban, lo que justificaba que con ellas se fuera más exigente que con cualquier otra niña de su edad.

En aquella España no estaba bien visto que las niñas o jóvenes realizaran ejercicio físico, actividad que se consideraba exclusivamente masculina. Ellas debían jugar sentadas para no arrugarse ni despeinarse y mantener su femineidad. En palacio, la excepción era montar a caballo y nadar, y María Cristina, gran amazona y nadadora, se ocupó de que sus hijas aprendieran a nadar y a cabalgar desde pequeñas.

La tranquila existencia de las hijas de los reyes se vio sobresaltada un día de finales de febrero de 1984. Mercedes tenía tres años y su hermana quince meses cuando un accidente estuvo a punto de costarles la vida. Sus niñeras las habían llevado a pasear al camino de El Pardo. Y de regreso, cuando iban a subirse al carruaje, las apartaron en el último momento al divisar a varios ciclistas que venían en dirección contraria y que podían asustar a las mulas. En efecto, cuando los animales vieron pasar aquellas elevadas bicicletas a gran velocidad, se espantaron y giraron en redondo, con tan mala fortuna que la rueda pisó un montón de guijo, el cochero cayó del pescante al suelo y el lacayo fue arrollado, mientras que las mulas salieron corriendo arrastrando el carruaje en dirección a El Pardo. Niñeras y niñas se quedaron horrorizadas ante el lamentable estado de los cocheros, que sufrieron varias contusiones, e incluso llegaron a temer por sus vidas. Sin embargo, los hombres se

repusieron y un coche que circulaba en dirección a Madrid y que había logrado parar el carruaje desbocado, se lo devolvió, de forma que pudieron regresar en él a palacio. Cuando contaron lo sucedido a la reina, María Cristina agradeció con todo cariño la previsión de las niñeras, que habían evitado una desgracia. Pero aquella tarde un escalofrío de miedo le recorrió la espalda: si a esas niñas les pasara algo, su vida sería un páramo afectivo.

El último verano feliz

El verano de 1884 fue el último que la familia real pasaría feliz, pero en aquel momento nadie lo sabía. Tras disfrutar de unos días en La Granja, los reyes, sus hijas y las hermanas del monarca emprendieron una larga gira por el norte de España que empezó con el viaje inaugural del ferrocarril a Asturias. El nuevo tren uniría Madrid y Gijón en poco más de veinte horas, aunque el primer trayecto duró mucho más. La locomotora marchaba extraordinariamente despacio en los tramos nuevos para que los ilustres viajeros pudieran admirar las avanzadas obras que habían realizado los ingenieros españoles y cuya compleja construcción había costado la vida a trescientos obreros. Además, hubo que parar a mitad de trayecto para asistir a ceremonias, misas y almuerzos. A sus cinco años, Mercedes acaparó un protagonismo especial, al tratarse del primer viaje de la Princesa de Asturias a la tierra que daba nombre al título de los herederos de la Corona española desde hacía tres siglos.

El tren, con dos vagones reales, uno para el rey y otro para la reina, partió de La Granja el 14 de agosto y al día siguiente llegó a Busdongo, donde empezaba el nuevo tramo, con sesenta y seis túneles, que había que inaugurar. Un poco más adelante, en la boca del túnel de La Perruca, que con sus tres mil setenta y seis metros era el más largo de España, tuvo lugar la ceremonia.

El arzobispo de Oviedo bendijo las dos locomotoras, que llevaban por nombre *Pelayo* y *Jovellanos*, pronunció un discurso en el que destacó la influencia divina en los avances de la ciencia y ofició una misa de campaña. Después, se procedió al empalme de la vía, y la familia real apretó los tornillos de las bridas, antes de que el secretario de la compañía ferroviaria leyera el acta de inauguración, escrita en pergamino, que firmaron los reyes, las infantas Isabel y Eulalia y la Princesa de Asturias. Mercedes firmaba, por primera vez en su vida, un documento oficial y, para llegar a la altura de la mesa, tuvo que subirse a una silla y dejar que su madre le guiara la mano, pues aún no sabía escribir. Una copia del acta se enterró en una caja sellada bajo las vías.

Más adelante, en la estación de Puente de los Fierros, se sirvió un almuerzo en el que Mercedes y Teresa ocuparon los lugares de honor que les correspondían por protocolo, pero lo hicieron sentadas sobre las rodillas de sus respectivas niñeras. El rey tomó la palabra en francés para agradecer su colaboración a los banqueros galos que habían financiado el ferrocarril, y después habló en español para recordar lo que significaba la historia de Asturias y encomiar el avance técnico que había supuesto el tren que acababan de inaugurar.

Los reyes pasaron cuatro días en Asturias y después embarcaron en buques de la Armada para visitar Ferrol, La Coruña y las Rías Bajas, pero sus hijas, Mercedes y Teresa, se quedaron en Gijón con sus tías, las infantas Isabel y Eulalia, disfrutando de la playa y los baños y de una relativa libertad. Alfonso y Cristina también tenían previsto visitar Zarauz, San Sebastián y Bilbao. No obstante, una mala noticia les obligó a suspender estos viajes y a regresar con sus hijas inmediatamente a La Granja: el cólera, que llevaba meses sembrando el terror en Europa, había llegado a España.

La lección del rey

María de las Mercedes era una niña dócil y buena, por lo que sus niñeras e institutrices solían bajar la guardia, confiadas en su buen comportamiento habitual. Esta confianza le permitía escaparse de sus habitaciones de cuando en cuando, e irrumpir sin previo aviso en las dependencias del rey, por quien sentía una enorme atracción. Aquella mañana, cuando asomó su cabecita por la ranura de la puerta del despacho de su padre, lo primero que vio fue un pañuelo lleno de sangre que Alfonso se llevaba a la boca.

—Papá, papaíto, ¿te has dado un golpe? ¿Te duele? —le preguntó, alarmada.

—No es nada, Mercedes, no te... —pero en ese momento un nuevo acceso de tos impidió al rey seguir hablando, mientras escupía más sangre en el pañuelo.

La niña salió corriendo a buscar a su madre.

—Mamá, mamá. Papá tiene sangre en la boca. Corre, ven...

—Tranquila, Mercedes, no es nada. Papá tiene una herida en la boca, pero se le pasará —respondió para tranquilizar a la pequeña. Era la respuesta que tenía preparada para el momento en el que le planteara esa pregunta, pues sabía que tarde o temprano su hija sorprendería a su padre en uno de los cada vez más frecuentes accesos de tos.

La tuberculosis consumía al rey, pero las calamidades que afligían al país no le daban tregua. Justo cuando más reposo necesitaba por lo avanzado de la enfermedad, en enero de 1885, un terremoto ocasionó enormes daños en Granada y Málaga, donde la plaga de la filoxera ya había arruinado a decenas de miles de familias. Alfonso XII, con los pulmones desgarrados, acudió a ayudar a las víctimas. Durante quince días y con un tiempo infernal, el rey hizo jornadas de doce horas a caballo y durmió en barracas mientras recorría una Andalucía devastada por la miseria y la destrucción. El rey regresó a Madrid desolado ante tanto sufrimiento. «De todo esto, no podré remediar más que el daño de los terremotos y es el menor de los que pesan», se lamentaba. En otras ciudades, el cólera dejaba un reguero de muerte y dolor a su paso.

El periodista Marcelino Calleja se encontraba en su puesto de la redacción de *La Iberia*. Sus fuentes en palacio le habían advertido de la gravedad del proceso que afectaba a Alfonso XII, pero no podría publicar ninguna información sobre esta cuestión, si no quería enfrentarse con el Gobierno. Cánovas del Castillo había puesto todo su empeño en tratar de disimular el estado del rey y habría sido capaz de censurar el periódico o sacarle un desmentido rotundo, si se le ocurría publicar lo que le habían contado.

Calleja sabía que una crónica sobre la salud del monarca solo habría generado más alarma en un país ya de por sí castigado. En cambio, sí podía ir introduciendo en sus artículos algunas líneas sobre «el cansancio del rey», «su aspecto desmejorado» o «su palidez», para ir preparando a sus lectores ante el inevitable desenlace. Aquella mañana el redactor había pedido la carpeta con los datos biográficos del monarca al archivo literario del periódico, donde se almacenaban los recortes de todo lo publicado sobre Alfonso XII. Los estaba revisando cuando su director le mandó llamar. Se temió lo peor, pero enseguida descubrió que la terrible noticia que esperaba todavía no se había producido: «Marcelino, dicen que el rey está yendo a Aranjuez para visitar a los enfermos de cólera. Confírmalo, mira a ver si te da tiempo a llegar, haz lo que sea, pero quiero una buena crónica».

Consciente de que en su estado nadie le permitiría abandonar Madrid, el rey había emprendido un viaje a escondidas a Aranjuez, una de las ciudades más castigadas por la epidemia de cólera. Marcelino no tenía forma de llegar a Aranjuez antes de que el rey emprendiera regreso, pero sabía que una de sus mejores fuentes estaba acompañando al monarca durante la visita, por lo que al regreso podría contarle todos los detalles. Además, bien pronto se dio cuenta de que la verdadera noticia se iba a producir en Madrid. Aquel gesto de ejemplaridad había despertado un entusiasmo colectivo sin precedentes en torno al monarca: «El viaje del rey se había corrido como la pólvora en la villa y un inmenso gentío se echó a la calle para darle, a su regreso, la ovación más merecida, más general y más espontánea que haya recibido jamás monarca alguno». Así empezaba la crónica que saldría publicada al día siguiente.

A las tres de la tarde no había un alfiler en los andenes de la estación de Mercancías, situada en el barrio de Pacífico, aunque hasta las cuatro y veinte no se esperaba la llegada del rey. Don Alfonso debía bajar del tren en esa estación porque era donde se encontraba el local de fumigación que había preparado la compañía ferroviaria para evitar la propagación de la epidemia.

En el centro de Madrid unos tomaban al asalto los carruajes para llegar a tiempo a la estación y otros lo hicieron a la carrera, mientras que unas pocas parejas de la Guardia Civil a caballo y numerosos agentes del orden público a pie trataban de mantener un pasillo libre para que pasara la reina María Cristina, que había acudido acompañada por la duquesa de Medina de las Torres a recibir a su esposo. Los senadores y diputados habían interrumpido sus sesiones parlamentarias para recibir al rey en la estación.

En Aranjuez, Alfonso había visitado a los enfermos del hospital civil, instalado en la llamada Casa de Marinos, y del hospital militar, improvisado en la plaza de toros, y estuvo en el convento de monjas de San Pascual, donde obligó a las religiosas a modificar su rigurosa regla y a introducir carne y vino en su dieta para fortalecer sus organismos ante la epidemia. El rey, que veía tan cercana su propia muerte, encontró palabras de afecto para animar a los enfermos.

Tras la visita, tomó el tren que venía de Murcia y que se dirigía a Madrid. Cuando el ferrocarril hizo entrada en la estación, era imposible contener a tanta gente como la que acudió a recibir al monarca con aclamaciones y vítores. Cuando se bajó del tren, Alfonso abrazó a la reina, le cedió su brazo y ambos se dirigieron con el pequeño séquito al local donde fueron fumigados durante diez minutos con vapores de timol y ácido fénico para evitar la propagación del cólera. A la salida se sucedieron las aclamaciones, los empujones y el barullo.

Los reyes accedieron entre la multitud a su carruaje y, a lo largo de todo el recorrido, desde Pacífico a Atocha, el Prado, la Carrera de San Jerónimo, la Puerta del Sol y la plaza de Oriente, miles de personas salieron a aclamarles. Unas vitoreaban a Alfonso desde sus carruajes, alineados a lo largo de las avenidas, otras desde los balcones y la mayoría en las calles. La gente abandonó por un momento los comercios, cafés y tranvías para saludar al rey.

Muchos querían llegar hasta el estribo de su coche para manifestarle su apoyo.

«¡Hay que poner preso a su majestad para que no se nos escape!», gritaba una señora, mientras un anciano se abalanzó al carruaje y besó repetidas veces la mano del rey. «¡Viva el que nos enseña el camino del deber!», gritó un hombre, y otro agregó: «Soy republicano. ¡Viva el rey!».

Cuando los reyes llegaron a palacio, sus hijas estaban asustadas. A través de las ventanas llegaba a sus habitaciones el rugido de las aclamaciones que profería una multitud cada vez más numerosa que se iba concentrando ante las puertas. «Que salgan, que salgan...», gritaba el gentío.

—Papá, ¿qué pasa? ¿Por qué hay tanta gente en la plaza? —preguntó María de las Mercedes.

—Están contentos, Mercedes, porque el rey ha cumplido con su deber —respondió Alfonso—. Ahora voy a salir al balcón a saludarles, como me están pidiendo, pero cuando termine vamos a ir de paseo mamá, vosotras dos y yo, y verás cómo nos quieren.

A las seis y media de aquella tarde de julio, los reyes, la Princesa de Asturias y la infanta Teresa salieron de paseo a la Casa de Campo. La gente que aún quedaba en la plaza de Oriente les vitoreó, y Mercedes, que ya tenía cinco años, empezó de forma inconsciente a tejer ese lazo afectivo que une a los pueblos con los príncipes desde que son niños.

Marcelino Calleja, que se había preparado esa mañana para empezar a redactar la crónica de la muerte de un rey, terminó escribiendo la página más viva de la monarquía. Esa crónica, muchos años después, le abriría un nuevo horizonte profesional.

Papá está dormido

Tras el verano, la reina empezó a sospechar de nuevo que estaba embarazada, pero su alegría se vio eclipsada por el agravamiento de la salud de Alfonso. Ya no había esperanza alguna de que la tuberculosis remitiera. Aun así, los médicos recomendaron al rey que se instalara en el palacio de El Pardo, rodeado de pinos y encinas, cuyo aire es más puro que el de Madrid. El Gobierno obligó a la reina y a sus hijas a permanecer en el Palacio Real por «razones de Estado». El objetivo era transmitir una sensación de normalidad y ocultar a los ciudadanos, que ya se temían lo peor, el preocupante estado de salud del rey.

María Cristina recorría dos veces cada día en un coche de mulas los diez kilómetros que le separaban de su esposo. En una de esas visitas, le pudo confirmar sus sospechas: esperaba un nuevo hijo, y la noticia levantó el ánimo del rey moribundo. Ahora más que nunca urgía traer al mundo un varón. Sin embargo, aún era muy pronto para dar a conocer la noticia al Gobierno y a los ciudadanos. Había que esperar hasta que la gestación alcanzara los cuatro o cinco meses, cuando el riesgo de que la criatura se malograra fuera mucho menor. Los reyes guardaron el secreto, que hasta ese momento solo compartían con el doctor Roedel.

Las niñas, extrañadas por la ausencia de su padre, al que pasaban los días sin ver, preguntaban insistentemente por él, y el rey también reclamaba la presencia de sus hijas, a las que quería abrazar y besar, por lo que su madre ordenó que las llevaran casi todas las tardes a El Pardo a visitar al monarca. Cuando Alfonso se encontraba mejor, acudía a su encuentro a caballo y les regalaba preciosos juguetes.

El periodista Marcelino Calleja, prevenido por sus fuentes, se temía lo peor cuando la tarde del 23 de noviembre fue a ver a su director.

—Me dicen que es inminente. Los médicos ya no se separan de su lecho, la reina madre, las infantas mayores y los ministros se han instalado en El Pardo. Las niñas no han salido hoy a pasear y las han mandado a rezar a la capilla del palacio.

—Pero Marcelino, ¿no decías que esta misma semana el rey había intentado salir a cazar y montar a caballo?

—Sí, pero se tuvo que volver a palacio por la fatiga. Incluso esta mañana ha estado hora y media hablando con el conde de Solms y despachando con el ministro de Estado, pero mis fuentes me dicen que se ha agravado y se debate entre la vida y la muerte —relató.

—La clave es la reina, Marcelino. Mientras ella siga volviendo cada noche a dormir a Madrid será señal de que el rey no está tan mal. Cuando empiece a agonizar, correrá a su lado y no se separará de él. Lo importante es que alguien te avise si la ve salir de palacio con prisas hacia El Pardo —le explicó su director.

—Yo no me fiaría de eso, director. Cánovas es capaz de obligarla a asistir al Teatro Real, aunque el rey esté muriéndose, para ocultar la gravedad. Hay cientos o miles de personas que acuden cada día al Palacio Real y al de El Pardo a interesarse por el rey. Hay inquietud, la Bolsa ha bajado... El Gobierno no quiere alarmar más aún a la gente.

—No creo que Cánovas sea tan cruel como para dejar morir solo al rey —insistió.

—Pues no le conoce. Para él no hay nada más importante en el mundo que los asuntos de Estado. Es capaz de eso y más... Pero, director, qué va a pasar después en España. Cuando muera el rey, el trono se quedará vacío, con una reina regente y dos niñas pequeñas.

—Serán tiempos difíciles, Marcelino. Habrá otra regencia, pero ahora concentrémonos en lo inmediato, no sea que por mirar lejos nos perdamos la noticia del día.

Aquella mañana, en cuanto llegaron las malas noticias al palacio de Oriente, los adultos de la familia real se trasladaron de forma urgente a El Pardo, donde encontraron al rey postrado en un sillón, y las niñas se quedaron en Madrid al cuidado de sus ayas, pendientes de recibir nuevo aviso. Mercedes presentía que algo malo estaba pasando y se sentó en el suelo en un rincón de su habitación que se negaba a abandonar.

María Cristina se temía lo peor y, al anochecer, los médicos tuvieron que convencerla para que accediera a retirarse de la habitación de su marido con el fin de que el rey pudiera descansar. A medianoche intentó entrar de nuevo en el dormitorio de su esposo, pero el médico de cámara la detuvo: «Señora, su majestad está descansando. No es conveniente que entre ahora».

Consiguió pasar después y se quedó aliviada al ver que, efectivamente, dormía, pero volvió a intentarlo dos o tres veces a lo largo de la madrugada, y se encontró con la misma respuesta del médico. Cuando finalmente la dejaron ver a su marido le quedaban minutos de vida. A las ocho horas y cuarenta y cinco minutos del 25 de noviembre de 1885, Alfonso expiró en una cama de hierro dorado rodeado de fotografías de su familia en la mesa de noche. Le faltaban tres días para cumplir veintiocho años y tenía dos hijas pequeñas y otro en camino. A sus pies se encontraba su perra de caza favorita, Fea, que no se apartó del lecho de su amo en toda la agonía.

En el momento que expiró, un carruaje en el que viajaban la Princesa de Asturias y la infanta Teresa, acompañadas por la duquesa de Medina de las Torres, se aproximaba al palacio de El Pardo. Alfonso había pedido de madrugada que le llevaran a sus hijas y a las siete y media de esa mañana habían salido las niñas del Palacio Real, pero cuando divisaron a lo lejos el edificio al que se había trasladado su padre, el rey ya había muerto. En ese momento, un mensajero salió de El Pardo para pedir a la duquesa que retrasara la llegada de las niñas y diera tiempo a la reina a recuperarse del estado de conmoción en el que se encontraba. Sin embargo, poco después, María Cristina pidió que le trajeran a sus hijas.

Lo primero que vieron las infantitas cuando llegaron a la habitación fue a su madre de rodillas ante el cadáver de su padre. La reina las abrazó y las sentó sobre la cama en la que yacía Alfonso para que le besaran por última vez.

—¿Por qué duerme papá? —preguntó la Princesa de Asturias mientras le acariciaba las mejillas, aún muy niña para entender el significado de la muerte.

—Pobre hija mía. ¡Cuánto has perdido! —le respondió su madre.

La despedida familiar apenas duró media hora, porque Cánovas, que había logrado acceder a la habitación, se acercó a la reina, que seguía de rodillas, y la llamó:

—Señora, me veo obligado a pedirle que me escuche un instante.

—No estoy para nada; absolutamente para nada. Dejadme, por Dios, ahora —replicó María Cristina.

—Señora, no se puede perder un momento. Hay que cumplir la Constitución —insistió el presidente del Consejo de Ministros.

María Cristina volvió a besar las manos de su marido y se incorporó.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Señora, vuestra majestad, en virtud de la Constitución, es ya la encargada de regir los destinos de España y yo estoy obligado a cesar en mis funciones, presentándole la dimisión de todo el Gobierno.

—¿Y no pueden continuar en sus puestos un poco más?

—Señora, así se hará, hasta que vuestra majestad esté en disposición de adoptar las resoluciones que juzgue oportuno.

—Está bien —asintió la reina, y retornó junto al rey muerto.

María Cristina quiso lavar y preparar el cadáver de su marido, con la ayuda del doctor Camisón, y colocó entre sus manos el crucifijo que el cardenal Bueno le regaló cuando le administró en el exilio su primera comunión a los diez años. También en el momento de la muerte se recuperaron las viejas tradiciones de palacio y los encargados de vestir al difunto rey fueron el conde de Revillagigedo, el duque de Bailén y el marqués de Mancera, cuyos padres amortajaron en 1833 a Fernando VII. Le pusieron el uniforme de gala de capitán general, el mismo que había estrenado el día de reyes de aquel año y que su hija Mercedes le había elogiado: «Papá, qué guapo estás con ese traje».

Al día siguiente nadie le había dicho todavía a la princesita que su padre había muerto, pero aquella mañana le sorprendió la extraña forma en la que doblaban las campanas: «¡No me gusta nada esa manera de tocar a misa!», exclamó. Al ver que su madre no salía de la habitación de su padre y que sus tías seguían llorando, la niña las asaeteó con mil preguntas, pero ninguna tenía valor para contarle la verdad. Ante su insistencia, su tía Isabel volvió a conducir a Mercedes y a Teresa hasta la puerta de la habitación en la que yacía el cuerpo del rey y les dijo: «Ahí está papá durmiendo. No hagáis ruido para que no se despierte».

Las niñas dedicaron el resto del día a buscar inútilmente a la perra de su padre, que había desaparecido. Juan, uno de los criados de confianza del rey, se volvía loco tratando de localizar al animalito. Recorrió el palacio, habitación por habitación, llamándola: «Fea, Fea», pero Fea no aparecía por

ninguna parte. Cuando se enteró la reina de la desaparición, dispuso que se la buscara donde fuera, pues todo lo que había amado su marido tenía un especial valor para ella. Pero cuanto se hizo fue inútil, y Fea no apareció ante la desesperación de las niñas.

Dos días después del fallecimiento, el 27, cuando acudieron a sacar el cadáver del dormitorio en el que había sido velado, la perra salió de debajo de la mesa en la que estaba el féretro, donde había permanecido horas y horas sin comer ni beber. Fea quiso seguir el ataúd y costó mucho trabajo detenerla y encerrarla en un cuarto. Sus aullidos lastimosos resonaban en la escalera y se mezclaban con los acordes de la «Marcha real» con la que se rindió honores al difunto rey. Al oírla, Mercedes trató de acudir en ayuda de la perra, pero justo en ese momento la hicieron subir a un carruaje negro junto a su madre y de nada sirvieron sus quejas.

El cortejo fúnebre partió hacia Madrid, donde se instaló la capilla ardiente en el Salón de Columnas del Palacio Real antes de proseguir camino hacia El Escorial. Tras el furgón fúnebre real con forma de urna y tirado por ocho caballos negros de Aranjuez, viajaban la reina cubierta con un manto y la Princesa de Asturias, que miraba con curiosidad el inmenso gentío a través de la ventanilla. Aquella misma tarde, Fea apareció de nuevo en el Palacio Real, porque la reina la había mandado a buscar. A Mercedes le pareció muy extraño ver a la perra sola, sin su padre, y por primera vez pensó que algo muy grave estaba pasando. A partir de ese momento, Fea ya no se separaría nunca de su lado. Niña y perra buscaban la una en la otra un poco de consuelo en su compartida orfandad.

La mañana del 30, el féretro fue trasladado a la estación del Norte, donde Alfonso recibió, ante una inmensa multitud, los últimos honores como rey: la «Marcha real» y veintiún cañonazos. En palacio, la reina viuda, sus dos hijas y la perra miraban por la ventana cómo se alejaba el tren fúnebre en el último viaje de Alfonso XII. Se dirigía al monasterio de El Escorial, donde los agustinos custodiarían sus restos mortales. Mercedes aún era muy niña para saber lo que aquello significaba, pero pronto empezó a echar de menos a su padre y comenzó a entender lo que significaba la muerte.

La reina que no fue

En el mismo momento en el que el rey expiró, su hija María de las Mercedes, como Princesa de Asturias, debía haberse convertido, a sus cinco años, en reina de España de forma automática; su madre, María Cristina, debía haber ejercido como reina regente hasta su mayoría de edad, y su hermana Teresa, de tres años, habría sido la nueva Princesa de Asturias.

La Constitución de 1876 establecía que muerto el rey se proclamaría rey a su sucesor, por lo que María de las Mercedes, como heredera de la Corona, estaba en la plenitud de sus derechos para que se la proclamase reina. De hecho, en los días que siguieron al fallecimiento de Alfonso, todo el mundo se refería a la niña como la heredera de la Corona o la nueva reina. Lo que casi nadie sabía con certeza en aquel momento era que María Cristina estaba embarazada de cuatro meses. Los periódicos habían difundido el rumor de que la reina estaba esperando un bebé, pero no había confirmación oficial. Para evitar la confusión, María Cristina informó al Gobierno de su gestación y este decidió aplazar la proclamación de Mercedes hasta después del parto, ante la posibilidad de que esta vez la reina tuviera un varón y le correspondiera a este la Corona.

De la misma forma que se negó a Mercedes el título de Princesa de Asturias nada más nacer y tuvieron que pasar varios meses y un cambio de Gobierno para que se le reconociera, ahora se le negaba su derecho a reinar por razón de su sexo. Pero, en esta ocasión, ni siquiera su madre cuestionó esta discriminación, consciente de que, si finalmente traía al mundo un varón, sería al niño al que correspondería la Corona por derecho propio, pues tendría preferencia sobre sus hermanas en la línea de sucesión.

Se revisaron las normas de todos los tiempos, pero no había ninguna ley ni texto jurídico ni precedente que estableciera lo que había que hacer en una situación similar. Lo que sí establecían las *Partidas* de Alfonso X el Sabio era que al concebido debía tenersele por nacido en todo aquello que pudiera beneficiarle, de forma que había que esperar a que naciera por si era un varón. Se llegó a plantear la posibilidad de proclamar reina a la niña María de las Mercedes y, en caso de que naciera un niño, despojarla de la Corona, pero finalmente los dos grandes partidos políticos, el conservador y el liberal, que

se alternaban en el poder desde hacía diez años, acordaron dejar el trono vacante y esperar a que María Cristina diera a luz.

Mientras tanto, la reina viuda se encargaría de la regencia, pero esta decisión sin precedentes también ocasionaba un grave problema jurídico, ya que toda regencia ha de ejercerse por representación, y en este caso no se sabía a quién iba a representar María Cristina, si al hijo que estaba por nacer, o a su hija Mercedes. Por primera y única vez en la historia, existía una regencia sin rey. Todo un dislate jurídico y legislativo que se mantuvo con firmeza gracias a la lealtad monárquica de los dos grandes partidos.

Tras la muerte de su padre, la Princesa de Asturias y la infanta Teresa acompañaron a la reina a un acto solemne en las Cortes, en el que María Cristina juró como regente su fidelidad «al heredero de la Corona constituido en la menor edad». Con esa fórmula se pretendía abarcar las dos posibilidades: que viniera al mundo un varón o una niña. Curiosamente, se consideraba menor de edad al niño todavía no nacido que la reina estaba esperando.

Sin embargo, ni ese peculiar juramento ni los equilibrios jurídicos a los que se recurrió durante todo el embarazo de la regente desataron grandes polémicas. Por el contrario, la imagen de la reina viuda prestando juramento con dos niñas enlutadas y tristes abrazadas a sus faldas suscitaba tanta ternura que, en lugar de transmitir debilidad, desarmó a los sectores políticos que estaban a la espera de cualquier resquicio para tratar de instaurar una república o a otro aspirante a la Corona. Pocas veces en la historia, la monarquía ha utilizado su arsenal afectivo de una forma tan eficaz como aquella, y probablemente de manera inconsciente.

En enero de 1886, algunos periódicos volvieron a publicar el rumor de que la reina estaba embarazada, y pocos días después se confirmó oficialmente que María Cristina se encontraba en el quinto mes de gestación. Por primera vez la prensa empezó a plantear la posibilidad de que María de las Mercedes no fuera proclamada reina en el caso de que naciera un varón.

Durante los cinco meses en los que el trono estuvo vacante, desde la muerte del rey hasta el nacimiento de su hijo, hubo que improvisar respuestas que enmendaran ese vacío. Todos los actos del Gobierno debían ser sancionados por el rey o, en caso de regencia, en su nombre, pero como no se

sabía quién iba a ser el sucesor de Alfonso XII, si Mercedes o el niño que naciera, hubo que improvisar un decreto que permitiera refrendar los actos del Ejecutivo sin precisar el nombre del monarca: «Todos los actos del Gobierno se publicarán en adelante en mi nombre, como regente del reino, durante la menor edad del príncipe o princesa que deba, legítimamente, suceder en el trono a mi difunto esposo...».

Paradójicamente, España aceptaba a una mujer como reina regente durante el tiempo que fuera necesario para que su hijo viniera al mundo y alcanzara la mayoría de edad, pero se resistía a aceptar una reina titular. El mal recuerdo que había dejado Isabel II durante su reinado y los horrores de las guerras carlistas habían marcado el destino de aquella niña que a los cinco años abandonó sus delicados trajes de encajes y suaves colores alegres para vestirse de luto.

Nace un rey

Tras la muerte del rey, la reina decretó un año de luto en la corte, seis meses de luto riguroso y otros seis de alivio. Incluso el piano de palacio dejó de sonar durante un largo tiempo. De todos modos, el próximo nacimiento de un nuevo miembro de la familia despertaba un rayo de esperanza en aquel alcázar entristecido. María Cristina había explicado a sus hijas que iban a tener un nuevo hermano o hermana y que, si era niño, se llamaría Fernando, Fernando VIII, porque así lo había querido su padre cuando supo que estaban esperando un nuevo bebé. «Pero, mamá, yo quiero que se llame Alfonso, como papá», protestó Mercedes y, cada vez que hablaban del futuro bebé en los cuatro meses que transcurrieron hasta que nació, la princesa insistía en que si era niño debería llevar el nombre de su padre.

En mayo de 1886, Madrid era un hervidero. Esta era la última oportunidad que tenía la reina de traer al mundo al deseado heredero de la Corona y el nerviosismo se había apoderado de la ciudad de forma más intensa aún que en los dos primeros alumbramientos de María Cristina. No solo los españoles estaban pendientes del nacimiento, sino que desde el extranjero se aguardaba con interés la llegada de este bebé, a juzgar por el elevado número de miembros del cuerpo diplomático que acudieron a palacio en cuanto se presentaron los primeros síntomas del parto.

El día 17 todos esperaban con impaciencia el alumbramiento del hijo póstumo de Alfonso XII: los altos dignatarios se amontonaban en los salones del palacio, y el pueblo, en la plaza de Oriente. Cuando pasadas las doce y media del mediodía los veintiún cañonazos anunciaron que era un niño, la alegría desbordó las calles. Las mujeres hablaban del bebé como si ellas mismas lo hubieran parido y España asistía al hecho insólito del nacimiento de un rey. Solo había un precedente en el mundo y había que remontarse al siglo XIV, el del rey Juan I de Francia, que murió a los cinco días de nacer.

La infanta Eulalia subió a las habitaciones de las niñas para anunciarles que habían tenido un hermanito y las llevó a conocerle. El bebé tenía ricitos rubios y los ojos oscuros. Sus tías apreciaron en él una nariz borbónica y la barbilla prognática de los Habsburgo, y las infantitas se limitaron a mirarlo con curiosidad.

La reina habría dado años de vida por haber podido compartir ese momento con Alfonso. «Si hubiera vivido medio año más...». Pero ahora tendría que sacar adelante ella sola a un rey recién nacido en un país tan peculiar como España, al que ella había llegado siete años antes. Mientras daba vueltas a estos pensamientos, se le anunció la visita del duque de Sesto, al que había cesado como jefe superior de palacio tras la muerte de Alfonso. El hombre al que ella responsabilizaba injustamente de las infidelidades de su marido traía en las manos un estuche con la réplica del famoso collar de los Balbases que el rey le había encargado para regalárselo a la reina cuando trajera al mundo un varón. «Gracias, Pepe, pero ya... ¿para qué?».

Para celebrar el nacimiento del monarca se suspendió durante tres días el luto en la corte por la muerte de Alfonso XII y la plaza de Oriente permaneció abarrotada de gente. Pero los madrileños tampoco querían que el niño se llamara Fernando. Desde el primer momento en el que supieron que había nacido un varón, frente a la fachada del palacio se les oía corear los mismos gritos: «Alfoooooonso, Alfoooooonso», «Treeeece, Treeeece». La reina finalmente cedió y el pequeño recibió los nombres de Alfonso León Fernando Santiago María Isidro Pascual Antón. Antes tuvo que convencer a los supersticiosos de su entorno, que tenían reticencias con el cardinal XIII que correspondería al nuevo rey.

Para entonces, el destino de Mercedes había cambiado drásticamente. Si en lugar de un varón, su madre hubiera tenido una tercera hija, ella se habría convertido, a los cinco años, en la cuarta reina de la monarquía española, después de Isabel la Católica, Juana la Loca e Isabel II. Sin embargo, Mercedes siguió siendo Princesa de Asturias, a la espera de que su hermano creciera, se casara y tuviera descendencia, lo que condicionaría el resto de su vida. Debía estar siempre disponible y a la altura de las circunstancias, aunque quizá nunca llegara a asumir el trono del que era heredera.

La vida en un palacio triste

La muerte de su padre cambió radicalmente la vida de Mercedes y Teresa. La reina trataba de conciliar su papel de madre con el de jefa del Estado. Se levantaba temprano para supervisar el momento del baño y aseo de sus hijos, se retiraba a tomar chocolate o té con su madre y a las nueve de la mañana recibía a los jefes de palacio. Una de las primeras decisiones que tomó fue destituir a los colaboradores de su marido que consideraba que no se habían portado bien con ella, como el duque de Sesto. En su lugar, María Cristina nombró jefe superior de palacio al marqués de Santa Cruz.

Cuando terminaba el trabajo de despacho, la reina salía a pasear por la Casa de Campo, a veces con su madre y otras sola para meditar antes de reunirse con sus hijos, que la esperaban todos los días en uno de los bosquecillos reservados. A Mercedes y Teresa les gustaba empujar el cochecito en el que llevaban a su hermano pequeño, pero también pasaban largos ratos jugando con los perros de la familia, especialmente con Fea, y en los columpios que su madre les había mandado instalar.

Fue en uno de estos balancines donde la princesa se llevó uno de los mayores sustos de su vida. Mientras su madre impulsaba su columpio, de pronto se oyó llorar a uno de los otros dos niños. La reina giró la cabeza para ver qué estaba pasando y, al distraerse, recibió un golpe en uno de los pómulos, que poco después se le inflamó a la vez que se le formó un enorme hematoma. Merceditas, que estaba aún muy afectada por la reciente muerte de su padre, al que había visto sangrar por la boca, se quedó impresionada con el aparatoso golpe de su madre, que a punto estuvo de perder un ojo, y no se tranquilizó hasta que pasaron varios días y el rostro de la reina recuperó su color habitual.

En aquella época, María Cristina oía misa a diario a las doce del mediodía en su oratorio y después almorzaba en familia en un comedor sencillo y sin más protocolo que el de mantener las habituales normas de educación. A las dos de la tarde regresaba a su gabinete y, cuando terminaba de despachar los asuntos pendientes con el presidente del Consejo, volvía a dar un paseo con sus hijas, su madre o sus cuñadas por la Casa de Campo o el camino de El Pardo. De regreso, leía la prensa nacional e internacional y se retiraba a

descansar a las once y media o doce de la noche, después de visitar los dormitorios de sus hijos. Mercedes y Teresa acababan de trasladarse a las habitaciones de sus tías, las infantas Paz y Eulalia, que habían dejado el palacio tras contraer matrimonio. Los dormitorios habían sido sometidos a importantes obras de renovación para recibir a la princesa y a la infantita.

María Cristina, que hasta entonces se había dedicado a atender a sus hijas personalmente, ahora se encontraba con mucha frecuencia ocupada en asuntos de Gobierno y las niñas pasaban más tiempo en compañía de sus ayas y niñeras. Sumergida en su difícil papel de reina regente de un país en el que apenas llevaba siete años viviendo, era consciente de que su vida familiar ya no podía seguir como antes. Ahora necesitaba más ayuda para formar a sus hijas y decidió contratar a una nueva institutriz para que se ocupara de la educación de la Princesa de Asturias.

Pero a la reina no le gustaba la forma en la que se educaba en España a los niños, en comparación con los sistemas austriaco o alemán. En sus visitas benéficas a colegios, conventos y orfanatos se había interesado por la educación que recibían los niños y lo que le habían contado la había dejado horrorizada: el 70 por ciento de las mujeres y el 60 por ciento de los hombres eran analfabetos. Hasta 1857 no había sido obligatorio en España que existieran escuelas públicas gratuitas, tanto para niños como para niñas. Aun así, estas recibían una educación diferente, adaptada a su género y a sus necesidades. El objetivo era prepararlas para que atendieran en el futuro a sus maridos e hijos. Tras hablar de este asunto con unos y con otros, llegó a la conclusión de que en España existía un extraño miedo a la cultura, como si esta supusiera una amenaza para la moral.

Las niñas de clase alta solían formarse en casa o en colegios religiosos, a la espera de que las pidieran en matrimonio. Aprendían a leer, escribir, cocinar y coser y, como mucho, un poco de historia, geografía, música, dibujo y francés que les sirviera como motivo de conversación en los salones. La mayoría de los padres españoles que disponían de recursos encomendaban sus hijos a niñeras sin preparación que les educaban como mejor podían hasta que crecían lo suficiente como para enviarlos a un internado de curas o monjas. Solo unas pocas familias recurrían a institutrices extranjeras, que aplicaban técnicas modernas de formación y enseñaban su propio idioma a

sus pupilos. Ella, que había recibido en Austria exactamente la misma educación que sus hermanos varones, se propuso dar una buena formación académica a sus hijas, aunque tuviera que traer del extranjero a las mejores institutrices.

En febrero de 1886 se instaló en el Palacio Real de Madrid la baronesa de Bassilly, una dama austriaca de gran talento y cultura que habría de hacerse cargo de la formación de la Princesa de Asturias y la infanta en aquella etapa. Más adelante, la sustituirían la británica *miss* Etta Hugues y la también austriaca *mademoiselle* Paula Czerni, que, ayudadas por escogidas profesoras, se ocuparían de la formación de las dos hermanas, sobre todo de Teresa, que mostraba una especial inclinación por la cultura.

—Mamá, ¿por qué tengo que aprender tantos idiomas, si hablando en español me entiende todo el mundo? —preguntó María de las Mercedes.

—Porque una princesa tiene que entenderse también con los extranjeros, empezando por tus primos.

—¿Y por qué no aprenden los demás español? —insistió la niña.

—Porque ellos son muchos más que nosotros. Unos hablan inglés, otros francés y otros alemán. Si te defiendes en estos cuatro idiomas, te entenderás con ellos y no tendrás que estar callada y aislada en las reuniones —explicaba pacientemente su madre.

—¿Tú también los estudiaste de niña?

—De niña estudié, además de alemán, inglés, francés e italiano. El español lo tuve que aprender de mayor, cuando me casé con papá.

—¿Y estudiabas mucho?

—Estudiaba mucho y las mismas asignaturas que mis hermanos. También hacía los ejercicios militares con ellos y practicaba los mismos deportes.

—¿Qué deportes?

—Los que más me gustaban eran la natación y la equitación.

—¿Cuándo vamos a nadar, mami?

—Más adelante, cuando llegue el verano. Después de La Granja, iremos a San Sebastián y allí podrás nadar en el mar.

En aquellas fechas, la reina empezó a incorporar a Mercedes a la actividad propia de una princesa. Con cinco años, la niña la acompañaba a entregar premios y donativos y, con seis, comenzó a firmar sus propios

retratos como heredera de la Corona. Con el fin de renovar las fotografías de la familia real, la reina encargó al jefe de palacio que concertara una cita con el fotógrafo Fernando Debás, que ya había trabajado antes con ella y con su difunto marido. Debás tenía teléfono en su estudio, su número era el 537, por lo que el marqués de Santa Cruz lo marcó y acordó con el fotógrafo el día y la hora de la sesión. Una mañana de febrero de 1887 la familia real acudió al estudio de Debás, que se encontraba en el número 31 de la calle Alcalá. A la cita asistieron la reina, con sus tres hijos, y sus cuñadas, las infantas Paz y Eulalia, con sus respectivos maridos e hijos, que se encontraban de visita en Madrid.

Para los niños, la visita al estudio del fotógrafo fue toda una diversión porque el edificio disponía de ascensor. Hacía nueve años que se había instalado el primer elevador en la capital española, en el número 5 de esa misma calle, pero los pequeños no habían tenido ocasión hasta ese día de subir en ninguno. Tras posar en grupos durante dos horas ante la cámara de Debás, la familia real descendió de nuevo en ascensor hasta el vestíbulo de la casa del fotógrafo y regresó a palacio.

—Mamá, ¿por qué no ponemos un ascensor en nuestra casa? —preguntó Mercedes, en el camino de regreso.

—Porque no nos hace ninguna falta.

—Claro que sí que hace falta. A veces vienen a verte personas muy mayores que no pueden subir las escaleras, y las tienen que llevar en sillas. Yo lo he visto.

—Ahora tenemos otras necesidades. Más adelante, ya veremos.

Mercedes sabía que cuando su madre decía aquello de «más adelante, ya veremos» quería decir que no lo haría y que tampoco quería seguir hablando del tema. A la reina no le interesaban especialmente los ascensores y tuvieron que pasar dieciséis años antes de que mandara instalarlos en el Palacio Real.

Aquel invierno y la primavera siguiente, cayó sobre María de las Mercedes una nueva responsabilidad muy difícil de asumir para una niña como ella. Un grupo de damas de la sociedad asturiana se había ofrecido a bordar el escudo de la bandera de combate del acorazado *Pelayo* y decidieron invitar a «la primera de las asturianas», o sea a la princesita, a bordar una parte del escudo, en concreto la cruz de la corona. Cuando la invitación llegó

a palacio, todos coincidieron en que, por razones de cortesía, no se podía rechazar, aunque la niña, a sus siete años, no estuviera capacitada para realizar semejante bordado. Mercedes sabía unir telas con la aguja y, guiada por su institutriz o sus ayas, hacía trajes para sus muñecas, después de descoser decenas de puntadas equivocadas. También sabía hacer pequeños bordados con hilos de colores, pero el resultado dejaba mucho que desear.

La reina decidió que una de las bordadoras que trabajaban para ella ayudara a Mercedes en el trabajo. Su rectitud no le permitía dejar a su hija al margen de una obra que se le iba a atribuir y quiso que la niña, guiada por la mano experta, dedicara todos los días un rato a la tarea de bordar la cruz para que estuviera finalizada a tiempo y fuera bendecida en el santuario de Covadonga antes de ser entregada a la tripulación del acorazado. Quienes visitaban a la familia real se quedaban asombrados con la imagen de la pequeña niña casi oculta tras el bastidor en el que la ayudaban a bordar la cruz.

Las infantas juegan solas

En cuanto llegó el verano y el calor se hizo insoportable en Madrid, María Cristina se trasladó con sus hijos al palacio de La Granja de San Ildefonso, en la provincia de Segovia, más fresca que la villa, y cuyos jardines hacían más llevaderas las altas temperaturas del estío. Además de las fuentes, que solo entraban en funcionamiento en días especiales de celebración, lo que más gustaba a la princesa de aquella residencia estival era esconderse en el laberinto vegetal y sacar de quicio a su niñera, que sufría lo indecible cuando la perdía de vista.

Gracias al recién estrenado ferrocarril, recorrer los setenta kilómetros que separan Madrid de La Granja era ahora mucho más cómodo que cuando había que hacer el trayecto en coche de caballos, pero aun así se tardaba varias horas en llegar. El 11 de julio de 1887 la familia real, acompañada de su servidumbre, salió temprano de palacio en carruajes hasta la estación de ferrocarril del Norte para coger el tren de las ocho de la mañana. Como en cada uno de sus desplazamientos, allí les esperaban los ministros de la Corona, las altas autoridades civiles y militares y los aristócratas que formaban parte de la corte. La reina y sus hijos accedieron al vagón real y la banda de música interpretó la «Marcha real» antes de que el tren empezara a circular. Una ceremonia que se repetía en cada uno de sus traslados.

Tres horas y cuarenta y cinco minutos después, el ferrocarril les dejó en La Granja. Los lugareños siempre celebraban la llegada de la familia real, que arrastraba tras ella a numerosos veraneantes y venía acompañada de ingresos económicos para los vecinos. Cada vez que la infanta Isabel salía a cazar con sus acompañantes, se movilizaba a unos cien hombres para los ojeos y a más de doscientos chiquillos de diez a doce años para que corrieran y chillaran detrás de los gamos. Estos últimos recibían por su trabajo un abundante almuerzo y siete reales de jornal que entregaban a sus madres. Si se trataba de una cabalgada, infinidad de lugareños eran contratados como peones acompañantes.

La reina solía celebrar su santo en San Ildefonso, y lo hacía con más solemnidad que su cumpleaños. Aquel verano, en el día de Santa Cristina, acudieron a misa en la colegiata, y Merceditas, que era muy persistente en sus

deseos, consiguió que su madre cediera ante una petición que llevaba tiempo reclamándole. La reina le permitió, por primera vez y como una concesión especial, cubrirse la cabeza con la clásica mantilla negra española, y la niña, que ofrecía un aspecto gracioso con el velo a sus siete años, acaparó la atención de todos los presentes. Al día siguiente, la fotografía de la princesita llegó a la redacción de *La Iberia* en Madrid y, cuando la vio el director del periódico, decidió enviar a Marcelino Calleja a La Granja para que hiciera un reportaje sobre la estancia estival de la familia real.

Tras el viaje en tren, el periodista llegó a San Ildefonso, se instaló en un hostel y salió a curiosear por los alrededores de palacio. El sol empezaba a ponerse y una brisa fresca agitaba las copas de los árboles. A esas horas, salvo fiestas especiales, era difícil que la reina y sus hijos salieran de su residencia. Cuando Calleja se disponía a buscar una fonda en la que cenar, un anciano que había salido a pasear le dio conversación.

—Así que usted es periodista. ¿Y de qué escribe? —le preguntó.

—De la familia real y de lo que pueda surgir —respondió Marcelino—. La verdad es que la vida retirada que hacen la reina y sus hijos limita mucho mis funciones de corresponsal.

—Yo he servido durante más de cincuenta años a los reyes, pero ahora ya estoy jubilado.

—Pues usted me podría ayudar. ¿Qué vida hace aquí la corte? —preguntó al viejo servidor.

—Esto está echado a perder —respondió el jubilado.

—¿Por qué dice eso?

—He servido toda mi vida a mis reyes en Aranjuez, en El Pardo y aquí. ¡Qué tiempos los de doña Isabel! Si supiera usted qué generosa y qué buena era aquella señora con todos los de la casa... Nos conocía y nos llamaba a todos por nuestro nombre con una llaneza que ya no se estila. Pero todo está ahora muy cambiado.

—¿En qué sentido ha cambiado?

—Entonces podía uno sufrir cualquier calamidad y siempre venía la señora en socorro, pero ahora más vale callar.

—¿Cuál cree usted que es el miembro de la familia real más querido?

—Pues, hombre, si eso lo sabe todo el mundo. Es la infanta doña Isabel. Tiene mucho de su madre. Es decir, que es una señora muy llana. Y luego, que es española, y a todos nos tira más lo español que lo extranjero. Si quiere usted comprobarlo, fíjese cuando salgan las señoras de paseo.

—Cuéntemelo usted, por si no tengo ocasión de verlo —insistió Marcelino.

—A la reina se la saluda con mucho respeto, no digo que no, y así debe ser, porque la reina al fin y al cabo es quien es. Pero en los saludos no hay calor. Vamos, que no hay esa cosa y ese aquel. Perdone usted, pero no sé cómo expresarme.

—Le entiendo perfectamente, siga, siga.

—A su alteza, sin embargo, se la saluda de otra manera, con más cariño. Y es natural. Los mismos duques, condes y marqueses no lo pueden disimular. Cuando se encuentran delante de la reina parece que están en misa. Pero con la infanta es otra cosa.

—¿Le parece la reina un poco estirada?

—Fíjese, cuando don Alfonso, que esté en la santa gloria, era chiquitín, recuerdo que su madre dejaba a todo el mundo llegar hasta él. Los hijos de los generales que frecuentaban la corte jugaban con el niño, y el príncipe se divertía con ellos sin etiqueta de ninguna clase. Y lo mismo pasaba con las infantitas.

—¿Y ahora ya no es igual?

—Que va. Ahora se hila más fino. Sus altezas no tienen amigas de su edad.

—Entonces, ¿siempre juegan las dos hermanas juntas? —preguntó el periodista.

—Créame usted, da compasión ver a las pobrecitas mirando de lejos con envidia y tristeza los corros de chiquillas. Y le hablo de corros formados por las hijas de los grandes, no del pueblo, ¿eh?

—Pobres niñas —lamentó Marcelino.

—Dicen que en Austria los reyes son muy severos y que allí se muestran siempre como si estuviesen en el trono. A mí, que he conocido otra cosa, no me parece eso bien. Pero, sobre todo, hagamos en Austria las cosas como se hacen en Austria, y en España como se hacen en España. ¿Verdad, señor?

—Imagino que a la corte no le debe de gustar que se aísle a la Princesa de Asturias y a la infanta.

—Claro que no sienta bien a la grandeza. He oído criticarlo en voz alta a algunos señores, porque dicen que hay condes españoles que vienen de tan buena cepa como el mismo emperador de Austria. Pero a mí quienes me dan pena son esas niñas, que no tienen la culpa de nada y están creciendo aisladas... Me va a disculpar, señor, pero se está haciendo tarde y tengo que regresar a casa, que mi esposa debe de estar esperándome con la mesa puesta y se va a alarmar si me retraso.

—Buenas noches, señor, y espero volver a verle en estos días —se despidió Calleja, sorprendido con el relato que le había hecho el viejo servidor. Él ya sabía que la reina parecía sentirse más cómoda con el pueblo que con la aristocracia, pero no se podía imaginar que también hubiera construido un muro entre sus hijas y las de la nobleza.

En los días siguientes, el periodista pudo confirmar con sus propios ojos que cuanto le había dicho el anciano era cierto: la Princesa de Asturias y la infanta Teresa salían a pasear en compañía de sus ayas e institutrices, pero jugaban aisladas sin mezclarse con otras niñas.

Tal y como había prometido la reina a sus hijas, a mediados de agosto se desplazaron a San Sebastián, donde se instalaron en el palacio de Ayete, propiedad de la duquesa de Bailén, que lo cedió a la familia real como residencia estival. Ese iba a ser su primer verano en la capital guipuzcoana y María Cristina temía que el recuerdo de la última guerra entre carlistas e isabelinos, librada once años antes, pudiera enturbiar la estancia de la familia real. Al poco de llegar, la reina ofreció una recepción en Ayete, y la sorpresa grata fue descubrir que muchos de los asistentes, sobre todo las señoras que habían sido carlistas, la acogían con mucho afecto.

En cuanto el tiempo se lo permitió, María Cristina y sus hijas tomaron su primer baño en el mar. Pero cuando llegaron a la playa, a las diez de la mañana, se encontraron con un numeroso grupo de curiosos que habían acudido exclusivamente para ver a la reina en traje de baño. Cristina había ordenado acercar la caseta de baños lo máximo posible al borde del mar para asegurarse cierta intimidad. En aquella época las casetas de playa comunes solían disponer de ruedas, como si fueran carromatos, y un par de bueyes las

aproximaban o las alejaban de la orilla en función de las mareas. Sin embargo, la gran caseta que se había instalado para la familia real contaba con un nuevo mecanismo, un motor de vapor, que la deslizaba sin necesidad de tracción animal sobre dos raíles de sesenta metros de longitud que se metían en el mar. Todo aquello suponía un curioso espectáculo para lugareños y veraneantes.

La nueva caseta real tenía dos amplios pabellones, uno para la reina, con colgaduras de damasco rojo y muselina blanca en las paredes, y otro para la princesa y su hermana, decorado en rosa y azul pero con los mismos muebles que el de su madre. Ambos tenían plantas y flores y un lavabo de palosanto que hacía juego con el marco del espejo, pero delante del lavabo de las niñas había una pequeña banqueta para que se subieran y llegaran a la altura del tocador. En la fachada de la caseta que daba al mar había una terraza con toldo y cinco escalones por los que se accedía al agua. El baño quedaba protegido de la visión desde el exterior con plantas altas estratégicamente colocadas. Del suministro de las flores y las plantas se ocupaba Pierre Ducasse, director de los jardines del palacio de Ayete, pero la instalación anual de la caseta, que al finalizar la temporada se desmontaba, movilizaba también a otros artesanos, como proveedores de objetos de perfumería, ebanistas y pintores.

Igual que ocurría en palacio, cada vez que la reina llegaba a la caseta real de baños se izaba en el mástil su estandarte de color morado, de acuerdo con el protocolo. Curiosamente, se anunciaba su presencia cuando la familia real quería precisamente todo lo contrario: pasar inadvertida. Aquel día, al detectar el elevado número de curiosos que aspiraban a contemplar el primer baño de María Cristina, la regente ideó un plan. La reina mandó bañarse en primer lugar a una de sus doncellas, que se le parecía en altura y constitución, y cuando todas las miradas estaban fijadas en ella, salió María Cristina con un traje de baño negro, una capa blanca y un sombrero de paja y se adentró en el mar. Mientras tanto, Mercedes y Teresa jugaban en la arena bajo la mirada de sus niñeras y el cuidado de los bañeros, experimentados nadadores contratados para la ocasión.

Por las tardes, la reina y sus dos hijas solían hacer excursiones por el País Vasco. En Loyola visitaron el monasterio y la casa donde nació el fundador

de la Compañía de Jesús, san Ignacio. En Azpeitia, todos los vecinos se echaron a la calle para recibirles y, a su paso, se quitaron las boinas en señal de respeto. También pasaron por Hernani, Oñate y el monasterio de Nuestra Señora de Aránzazu, por Zumárraga y el santuario de los Miqueletes, por Bilbao y el santuario de Begoña, por Lequeitio y Fuenterrabía. En el valle de Zubieta, decidieron bajar de los coches y pedir agua en un caserío, donde estuvieron hablando con los campesinos sin que ellos las reconocieran. En todo su recorrido, no hubo el menor gesto hostil, sino todo lo contrario. María Cristina se sintió tan a gusto en San Sebastián que decidió comprar unos terrenos para construir su propia casa de campo. También se propuso aprender vasco, para lo que contrató a un profesor que acudía todos los días a Ayete a darle una hora de clase y enseñó algunas sencillas palabras a las niñas.

En una de las excursiones, en la que la reina y su hija mayor visitaron una fábrica, uno de los obreros regaló a la princesita una boina y, pocos días después, Mercedes logró que su madre le dejara asistir con ella puesta a contemplar el baile que la comparsa de los jardineros de San Sebastián había organizado en honor de la María Cristina. La boina era de color rojo, que en aquellos años era el símbolo de los liberales en el País Vasco, donde los carlistas la llevaban de color blanco. El gesto de la niña causó buena impresión entre el público y una semana después la princesa y su hermana Teresa acudieron a un partido de pelota con boinas encarnadas. Sin embargo, allí mismo comprobaron que muchas de las señoras de la aristocracia madrileña que habían ido a ver el espectáculo lucían también boinas de color rojo, y la reina quiso cortar inmediatamente esa tendencia que podría terminar enfrentando de nuevo a un bando y al otro.

Mercedes celebró en San Sebastián su séptimo cumpleaños. Ese día su madre hizo una excepción e invitó a las hijas de los marqueses de Casa Irujo y de Aguilar de Campóo para que jugaran con ella y con su hermana Teresa. Además, le regaló una preciosa muñeca con un equipo completo de vestidos, zapatos y sombreros, pero Mercedes disfrutó muy poco tiempo del obsequio. Obsesionada con las historias de niños santos que le contaba su niñera y aleccionada por el ejemplo de su madre, que constantemente estaba haciendo

donativos y obras de caridad, decidió regalar la muñeca en secreto a la hija de uno de los jardineros del palacio que había participado en la comparsa.

Durante varios días estuvo buscando al jardinero por el parque, hasta que dio con él y, antes de que su institutriz pudiera oír de lo que hablaban, le dijo que quería ver a su hija. Esa misma tarde el hombre se presentó con la niña en Ayete y, en cuanto la princesa la vio, corrió a su habitación para recoger la muñeca y regalársela. Cuando la institutriz se dio cuenta de la operación, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—*Miss Bassilly*, es mejor que no le digamos nada a mi madre —rogó Mercedes.

—Pero cuando pasen los días te preguntará por la muñeca. Pensará que no te ha gustado.

—Cómo no me iba a gustar.

—Entonces, ¿por qué has regalado precisamente esa muñeca a esa niña?

—Porque el otro día, después de la comparsa, en la merienda con los niños, me dijo que vivía sola con su padre y la muñeca le hará compañía.

—No diré nada a la reina —le prometió la institutriz—, pero acabará descubriendo que ha pasado algo con su regalo.

Transcurridos unos días, cuando la reina paseaba sola por el parque, entregada a sus meditaciones, el jardinero se armó de valor y se le acercó:

—Discúlpeme, majestad, y perdone mi atrevimiento, pero solo quería decirle que su hija, la princesa quiero decir, es una bendición del cielo.

—Muchas gracias, pero ¿lo dice por algo en especial? —inquirió María Cristina, extrañada por el repentino comentario del jardinero.

—Mi hija está feliz con la muñeca que la princesa le regaló —le aclaró.

—Me alegro mucho de que la muñeca le gustara a su hija... Y es verdad, la princesa es una bendición del cielo. Pero, disculpe mi curiosidad, ¿cómo le hizo llegar la muñeca a su niña? —preguntó la reina.

El jardinero le contó que ella misma le había buscado por el parque para decirle que quería ver a su hija.

—Majestad, no la molesto más. Solo quería darle las gracias.

—Gracias a usted, también. Me ha dado un motivo más para sentirme orgullosa de mi hija.

Dos príncipes napolitanos en Madrid

En el verano de 1888 la reina regente recibió una visita que, muchos años después, cambiaría la vida de Mercedes, pero que en aquel momento lo que ocasionó fue un enorme revuelo político. En cuanto se tuvo conocimiento de que el conde de Caserta había viajado a Madrid, las redacciones de los periódicos se convirtieron en un hervidero. Alfonso de Borbón y Austria, conde de Caserta, estaba doblemente emparentado con la familia real española. Descendía del tercer hijo varón de Carlos III, quien al venir a España para ocupar el trono le dejó el de Nápoles, y además era primo hermano de María Cristina. Pero lo que preocupaba en aquel momento eran hechos mucho más recientes. En la última guerra carlista, que transcurrió entre 1870 y 1876, el conde de Caserta había estado luchando a las órdenes de don Carlos, quien se consideraba el legítimo heredero de la Corona española. Los carlistas querían imponer una monarquía ultracatólica, tradicional y absolutista en una España con amplios sectores liberales. Desde que finalizó la guerra, Caserta vivía en Cannes (Francia), exiliado y en precaria situación económica. Pero ¿a qué había venido el conde a Madrid?

Esa era la pregunta a la que el periodista Marcelino Calleja se había propuesto encontrar respuesta cuando aquella tarde se acercó, como tantas otras, al Palacio Real. El portero mayor de la mayordomía del alcázar, don Inocencio Cayetano Rodríguez, le conocía y siempre le dejaba pasar, sabiendo que se dirigiría al despacho de algunos de los funcionarios que le solían contar lo que ocurría en la casa. Don Inocencio era un curioso personaje que había pasado toda su vida en palacio. Cuando murió Fernando VII, ya servía en las caballerizas, por lo que había sobrevivido a tres reinados, una revolución y una república. Era prudente, discreto y enemigo de los chismes, como le exigía el lugar en el que estaba trabajando. Cuando se le preguntaba si una persona determinada había entrado o salido de palacio, respondía con otra pregunta: «¿Y usted para qué quiere saber eso?», y si le insistían, echaba tal bronca al curioso, que solía irse arrepentido de su osadía. Pero don Inocencio le tenía afecto a Marcelino. Además, el periodista le contaba lo que ocurría en la planta principal del palacio, y él le correspondía contándole lo que sucedía en la puerta.

—Buenos días, don Inocencio, ¿sabe si ha venido el conde de Caserta?

—Buenos días, ha de estar arriba y ya me dirás a qué ha venido, si es que lo sabes.

—En cuanto lo descubra se lo contaré.

Marcelino había tenido muy poco tiempo para documentarse sobre quién era este señor del que, en realidad, no había oído hablar nunca antes. Sabía que era militar de vocación y hermano del último rey de las Dos Sicilias, destronado por Víctor Manuel; que había nacido en el palacio real de Caserta en 1841, se había casado con doña María Antonieta, hija del conde de Trápani, tenía diez hijos —seis varones y cuatro niñas— y escasa fortuna. Además, era hermano del fallecido conde de Girgenti, el marido de la infanta Isabel.

Cuando el periodista caminaba por la galería del palacio hacia uno de los despachos divisó a lo lejos a un hombre que perfectamente podría ser el que buscaba. Era alto y distinguido, tenía bigote y perilla al uso militar y vestía levita, en lugar de uniforme. Le acompañaban algunas personas, entre ellas altos cargos de la corte, alguno de los cuales conocía a Calleja. «No puedo perder esta oportunidad —pensó—. El no ya lo tengo».

—Buenos días, alteza.

—Buenos días —le respondió con un ligero acento italiano que le confirmó su identidad.

—Mi nombre es Marcelino Calleja, periodista español... —empezó a presentarse, pero el conde ya no le escuchaba. Pasó de largo, rodeado por el séquito, y no le dio opción a preguntarle nada más.

El periodista esperó a que los altos cargos de palacio acompañaran a Caserta hasta el coche de caballos que le estaba aguardando en uno de los patios y regresaran después a sus despachos.

—¿A qué se debe la visita del conde de Caserta a su majestad? —preguntó a uno de sus informadores habituales.

—Vete al hotel de Roma y encontrarás la respuesta —le respondió.

Calleja abandonó rápidamente el palacio y corrió hacia el citado establecimiento, que era el hotel más lujoso de Madrid. En aquel palacete afrancesado, situado en el número 23 de la calle Caballero de Gracia, se hospedaban casi todos los nobles, embajadores y artistas pudientes que

llegaban a Madrid. El periodista cruzó el patio delantero del edificio mientras admiraba la fachada de granito, accedió al vestíbulo y entregó su tarjeta a uno de los conserjes para que se la hiciera llegar al conde de Caserta. «Ojalá me reciba», pensó. Poco después, un empleado del hotel le pidió que subiera a las habitaciones marcadas con el número 40 y, cuando llamó a la puerta, le abrió un hombre que le invitó a pasar a un salón sencillo pero amueblado con buen gusto. Don Alfonso no le hizo esperar. Apenas llevaba unos minutos cuando le vio acercarse. Tras el saludo en español, le preguntó si podían continuar en francés. Calleja asintió. Caserta le indicó que tomara asiento en un sofá próximo al suyo y empezó a hablar.

—Le he hecho venir porque este es un lugar más adecuado para hablar que el que usted me proponía —sentenció.

—Disculpe, alteza, que le abordara de esa forma, pero no tenía otra opción.

—Yo le contaré a qué he venido, pero le ruego que no mencione esta conversación. No escriba que yo se lo he contado, ¿me entiende? De otra forma, mañana podría tener una cola de periodistas a la espera de que les contara lo mismo. Hubiera preferido haber pasado inadvertido, pero ahora es mejor que usted sepa la verdad y no tenga que inventarse nada.

—De acuerdo, alteza, ¿cuál ha sido el motivo de su visita?

—He venido a presentar mis respetos a su majestad, que es mi prima, como usted sabe, y a solicitar su autorización para que dos de mis hijos, Fernando y Carlos, que quieren seguir la carrera militar, se formen en España y en el futuro puedan servir en el Ejército español.

—¿Y le ha dado ya una respuesta su majestad?

—Por cortesía, creo que esa pregunta se la deben responder en palacio, pero le adelanto que el almuerzo que me ha ofrecido mi prima ha sido muy cordial y que, si Dios quiere, pronto ingresarán mis hijos en la Academia Militar de Toledo.

—¿Para qué cuerpo se prepararán?

—Todavía no lo sabemos. Primero seguirán los estudios generales y, después, ya veremos.

—Perdóneme que le pregunte algo tan delicado, pero ¿su majestad no está dolida con usted por haber combatido en las filas carlistas?

—Yo no he sido jamás un hombre político. Solo soy un militar. Cuando don Carlos hizo un llamamiento para combatir la república, yo me alisté en sus filas, pero una vez terminada la guerra, me separé completamente del carlismo. No he conservado más que relaciones de pura amistad con algunos de sus principales jefes y, desde entonces, han pasado trece años.

—Entonces, entiendo que no informó a don Carlos del motivo de su visita a Madrid.

—Yo no tengo por qué hacerlo. Mi único deber era pedir la venia a mi hermano, el rey Francisco II, para que mis hijos se puedan formar en España, y me la dio gustosamente.

—¿Cómo son sus relaciones con la familia real española?

—No pueden ser más afectuosas. La reina Isabel fue madrina de uno de mis hijos. Estimé mucho al rey don Alfonso y hoy por hoy guardo la mayor simpatía y el mayor respeto por su ilustre viuda. El hecho de que traiga a mis hijos a estudiar sus carreras en España lo indica claramente.

—Además de visitar a la reina, ¿tiene previsto reunirse con alguien más?

—Sí, con mi cuñada, la infanta Isabel, que quiere mucho a mis hijos y voy a pedirle que se ocupe de ellos cuando se instalen en Madrid... Señor Calleja, creo que ya le he contado todo lo que tiene que saber —afirmó, al tiempo que hacía ademán de levantarse para estrecharle la mano y dar por finalizada la entrevista.

—Muchas gracias, alteza, por haberme recibido —se despidió Marcelino, y emprendió regreso a la redacción.

Con los datos que le había facilitado personalmente el conde de Caserta, su periódico ofreció al día siguiente la mejor información de toda la prensa sobre la visita del príncipe napolitano a Madrid. Pero la verdad suele ser mucho menos llamativa que la mentira y en los días siguientes empezaron a publicarse otras versiones llenas de fantasía sobre las supuestas verdaderas razones de la visita. En círculos carlistas se alimentó el rumor de que el conde había venido a Madrid para negociar con la reina la «abdicación» de don Carlos, que vivía exiliado en Venecia. Antes de que naciera Alfonso XIII, los carlistas habían propuesto como solución al conflicto entre las dos ramas borbónicas que María Cristina aceptara casar a su hija mayor, Mercedes, con el primogénito de don Carlos, don Jaime. Ahora, la visita de Caserta a la

reina había reavivado estas conspiraciones. Algunos aseguraban que el conde había venido a pedir la mano de la princesita de siete años.

Ante el aluvión de falsedades que se publicaron, Caserta se vio obligado a enviar a los periódicos un comunicado sobre los verdaderos motivos de su reunión con la reina, pero aun así las versiones conspirativas continuaron circulando. Un mes después de su primera visita, cuando regresó a Madrid con sus dos hijos, decidió conceder una entrevista para acabar de una vez con todas las fábulas que se habían publicado. Aclarada la verdad, regresó a su residencia de Cannes, Villa María Teresa, tras dejar a sus hijos instalados en España.

Fernando acababa de cumplir diecinueve años y Carlos tenía diecisiete. Los dos príncipes eran altos, atractivos y de exquisitos modales. Fernando era abierto y conversador, y Carlos tímido e introvertido, pero los dos tenían un aire cosmopolita que contrastaba con la mayoría de los jóvenes españoles de su edad. Entre ellos hablaban en italiano y en francés, sabían algo de alemán e inglés y ahora tendrían que aprender español a marchas forzadas. Aunque no tenían fortuna, pronto se convirtieron en el objetivo disimulado de varias jóvenes cuyas madres soñaban con mejorar el linaje familiar. Sin embargo, no era fácil acceder a los hijos de Caserta, pues siempre estaban acompañados por su jefe de estudios, el teniente coronel Sainz de la Maza, o por su tía, la infanta Isabel, que les protegían de cualquier amistad inadecuada. El destino de ambos chicos estaba trazado desde antes de su nacimiento y debía transcurrir paralelo al de una joven de sangre real. Ahora solo hacía falta que nada ni nadie lo alterara.

Los dos príncipes napolitanos comenzaron su formación militar al tiempo que descubrieron la ajetreada vida social madrileña. Apenas llevaban unos días en su nuevo país cuando acudieron a un certamen de tiro al blanco en Carabanchel, donde tuvieron oportunidad de conocer a la reina, quien semanas más tarde les recibió en el Palacio Real y les presentó a sus hijos, el rey Alfonso, la princesa Mercedes y la infanta Teresa. A María Cristina le causaron una impresión inmejorable y muy pronto les asignó un lugar destacado en las ceremonias oficiales.

El primer acto público de la corte al que asistieron estos jóvenes fue el lavatorio de pies a los pobres que los reyes de España hacían todos los Jueves

Santos en el Palacio Real, a imitación de Jesucristo, como gesto de humildad. María Cristina, vestida de raso negro y con una capa de terciopelo bordada, lavó, secó y besó el pie a doce mujeres sin recursos. Siguiendo la tradición, la ceremonia se celebró en el Salón de Columnas, que estaba abarrotado de público. Además del Gobierno y la corte, asistieron el cuerpo diplomático, destacados invitados, como los dos príncipes napolitanos, que acudieron vestidos de frac, y vecinos del pueblo de Madrid que habían logrado una papeleta para ver la pintoresca escena. Entre el público había ancianas señoras que se jactaban de haber asistido a todos los lavatorios desde tiempos de Isabel II. Tampoco faltaban extranjeros que habían oído hablar de esta peculiar costumbre española.

Aquella ceremonia había sido instaurada por el rey Fernando de Castilla en 1242 y a lo largo de los siglos había experimentado diversas modificaciones; la última, en 1865, cuando se introdujo el sorteo para la elección de los pobres que, hasta entonces, eran seleccionados por recomendaciones. Quienes aspiraban a participar en el lavatorio y el posterior almuerzo debían apuntarse en una lista y cumplir las siguientes condiciones: ser español, mayor de sesenta años, feligrés de alguna parroquia de Madrid, pobre de solemnidad y no padecer enfermedad contagiosa alguna.

Una vez elegidos por sorteo, se designaba a un sastre que el Jueves Santo debía presentar a los trece hombres y a las doce mujeres limpios y con ropa nueva. Los hombres debían llevar capa, pantalón, chaquetón y chaleco de color café oscuro; camisa de hilo, medias blancas, zapatos negros de becerro, pañuelo blanco y sombrero de copa. El traje de las mujeres consistía en vestido redondo de estameña negro, mantilla de franela con franja de terciopelo, camisa de hilo, medias blancas, zapatos negros de becerro, un pañuelo blanco para el cuello y otro de bolsillo, y mantón de lana negro.

El primer farmacéutico de cámara, asistido por mozos, debía ocuparse entonces de que se lavara la pierna derecha de cada uno de ellos con agua templada, desde la rodilla al pie, y de perfumarla con esencia de flores.

Tras el lavatorio de los pies, la reina sirvió la comida a trece pobres, todos ellos hombres, sentados a la mesa en el lujoso salón. Pero, en realidad, ninguno de ellos probó bocado, pues María Cristina solo les mostraba los platos que, a continuación, se retiraban y varios servidores de palacio

repartían los alimentos en veinticinco cestas que se distribuyeron entre estas personas sin recursos.

Semanas después, Fernando y Carlos asistieron a una nueva ceremonia religiosa en palacio, donde se les asignó un puesto muy destacado en una tribuna próxima a la principal, pero a la salida prefirieron unirse a sus pequeñas primas, Mercedes y Teresa, que aún eran demasiado jóvenes para asistir a la capilla pública, por lo que vieron pasar la comitiva desde una habitación próxima.

Además de seguir su formación militar y de asistir a actos puntuales en palacio, Fernando y Carlos tenían tiempo para acudir a las carreras de caballos en el hipódromo de la Castellana, a las de velocípedos en el Retiro y a los toros, pero su verdadera pasión era la caza, que compartían con la infanta Isabel. Ocasionalmente, asistieron a algunos de los bailes de disfraces que organizaba la aristocracia para llenar sus largas horas de ocio y aburrimiento. Eran bailes en los que las damas se llegaban a empolvar el cabello como en la corte de Luis XV o se divertían haciéndose trasladar en literas de tiempos pasados llevadas a mano por lacayos mientras competían entre ellas con sofisticados modelos recién llegados de París y joyas de incalculable valor.

La frivolidad de algunas aristócratas, sobre todo las de nuevo cuño, había llegado hasta el extremo de encargarse para su uso personal telas de batista tan sutiles y finas que no se podían usar más que una vez porque se deshacían, y se jactaban de ello. Otras acudían a estas fiestas con joyas tan valiosas que exigían que una pareja de la Guardia Civil se instalara en sus propios carruajes y las custodiara en los trayectos de ida y vuelta a su casa. Las autoridades les consentían estos privilegios y otros muchos más.

A la reina nunca le gustó ese ambiente y mucho menos esas fiestas. Tras enviudar, no había vuelto a pisar un salón. Su actitud era completamente inusual, porque la mayoría de las personas que se consideraban importantes querían acudir a esas reuniones en las que coincidían aristócratas, ministros, políticos, jóvenes casaderos, ricos burgueses, brillantes periodistas y cantantes o actores de moda. Si uno quería pedir una recomendación, estar informado de los últimos chismes o acercarse a los círculos de influencia, tenía que conseguir que le aceptaran en ese círculo de poder. Lo difícil era

lograr la primera invitación. Después, bastaba con saber estar y mostrarse agradable para que en ese mismo baile o reunión le invitaran a otros. Lo peor que podía pasar es que los que se consideraban elegantes le etiquetaran a uno de cursi pues eso significaba la expulsión definitiva del círculo, y no había marcha atrás. Nadie que se preciara querría tener un cursi entre sus invitados. Por el contrario, cuando alguien verdaderamente importante aceptaba la invitación a alguno de esos bailes, la ostentación con la que los anfitriones le rendían honores se hacía insoportable.

Las damas, que suspiraban por recibir a príncipes e infantas que dieran brillo a sus mansiones, acusaban a María Cristina de haber recluso a toda la familia real en el fondo del palacio de Oriente, donde tampoco se celebraban más actos que ceremonias oficiales o religiosas y algún que otro concierto o representaciones privadas de teatro. El alejamiento de la reina era tan evidente que cuando ella y su familia salían a pasear en coche de caballos, preferían hacerlo por la Casa de Campo o el camino de El Pardo, en lugar de recorrer los lugares habituales de la alta sociedad.

Como todo el mundo sabía, los elegantes paseaban cada tarde en lujosos carruajes por el Retiro primero y por la Castellana después, para subir ya de noche por la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo hasta Sol. La proximidad con la que se observaban de coche a coche permitía a los pasajeros entablar conversación y a las damas exhibir sus galas. La vida de estas gentes adineradas consistía en mirar, sonreír y figurar, ajenas a una realidad social que pedía a gritos salir de la pobreza y la injusticia.

Pendientes de Alfonsito

A Mercedes y Teresa les divertían las travesuras y ocurrencias de su hermano pequeño, con quien la reina se mostraba mucho más permisiva e indulgente de lo que era con ellas. A pesar de su corta edad, el niño asistía a algunos actos oficiales y con tres años ya se sentaba en el trono junto a su madre y sus hermanas en presencia del Gobierno, las autoridades del Estado y los miembros de la corte.

La princesa y la infantita, por su proximidad en la línea de protocolo, ayudaban a su madre a mantener controlado al pequeño rey, pero algunos actos eran excesivamente largos y, al menor descuido, el niño salía corriendo. «Mamá, mira lo que está haciendo Alfonso», advirtió Mercedes a la reina en una de las ceremonias oficiales mientras trataba de contener la risa. El niño se había encaramado sobre uno de los leones de bronce del Salón del Trono del Palacio Real y hubo que arrancarle de allí a la fuerza y volverle a sentar en el sillón desde el que debía seguir el acto. María Cristina solía encomendar a la princesa la tarea de retirar con discreción al pequeño rey cuando empezaba a mostrarse cansado de ese tipo de actividades.

Ese verano, en San Sebastián, muchos curiosos acudían a observar en la playa de la Concha el cuidado con el que María de las Mercedes se bañaba en el mar con su hermano, el niño rey, al que no soltaba de sus brazos hasta que salían del agua, siempre bajo la mirada atenta de los bañeros, expertos nadadores que vigilaban a los niños. «El mar Cantábrico es muy cambiante y muy peligroso, Mercedes. Aunque sepas nadar, no te fíes», recomendaba María Cristina a la niña. La princesa ya había visto con sus propios ojos sacar del mar a algunas personas medio ahogadas, a las que colocaban en pendientes con la cabeza más baja que los pies para que expulsaran toda el agua que habían tragado y, si eran niños, los levantaban por los pies. Y no quería que le sucediera nada parecido, por lo que era cauta a la hora de alejarse de la orilla, más aún cuando llevaba a su hermano pequeño en brazos.

Fue precisamente en el verano de 1889 cuando Mercedes y sus dos hermanos conocieron a su abuelo paterno, el rey Francisco de Asís, que vivía en París y les visitó en San Sebastián. La abuela, la reina Isabel, sí que había viajado en varias ocasiones a España, pero siempre lo había hecho sola. A sus

nietos no les llamaba la atención que ambos vivieran separados. Aquel día, su madre la llevó a la estación a esperar a su abuelo y, cuando este llegó, a bordo del Sud Express, fue a besar la mano de su madre, pero la reina no lo consintió y, en su lugar, le abrazó. Después Francisco de Asís besó muy cariñosamente a Merceditas y, tras recibir el saludo de las autoridades, los tres se trasladaron al palacio de Ayete, donde abrazó también con mucha efusión a sus otros dos nietos.

Durante su estancia en San Sebastián, el rey abuelo se hospedó en el hotel Continental, pero aquel día se quedó a almorzar con la familia y, cuando terminaron de comer, recibió aviso de que había llegado un gran baúl, que pidió se lo llevaran al salón. El viejo rey lo abrió y aparecieron en su interior muchísimos juguetes tan modernos que en España nunca se había visto nada igual. A Alfonso le entregó un muñeco automático que hacía juegos de manos y un nadador mecánico, y a la princesa y a la infanta, unas muñecas preciosas con vestidos y accesorios de gran lujo.

Aquella noche el rey Francisco acompañó a la reina y a sus hijos a la plaza de la Constitución, donde se quemaron fuegos artificiales y se corrió el *zezen susko* (toro de fuego). A Merceditas hubo que explicarle que se trataba de un toro de madera conducido por hombres, y no un animal de verdad, porque le horrorizaba que se maltratara a los animales.

A finales de septiembre, la familia real emprendió regreso a Madrid, con la tradicional ceremonia que acompañaba a todos sus desplazamientos, y a los pocos días de llegar se encontró con la polémica que había estallado en torno a los dos hijos del conde de Caserta que se habían instalado en España.

Contra los privilegios

Los príncipes napolitanos habían sido acogidos con todo afecto por la familia real, que les abrió las puertas de sus palacios de par en par y, aunque los dos jóvenes eran prudentes y llevaban una vida discreta, desde algunos sectores políticos se les observaba con lupa a la espera de que cometieran el más mínimo error. No llevaban un año en España, cuando una mañana se despertaron con una desagradable noticia.

—Fernando, ¿has visto *El Día*? Mira lo que dice de nosotros —advirtió Carlos.

—Ya sabes que no me interesan nada esas crónicas sociales tan tontas.

—No. Esta vez no es eso. Ojalá fuera una crónica social. Un diputado ha pedido explicaciones sobre nosotros al ministro de la Guerra en el Parlamento.

—¿En el Parlamento?

—Sí, te leo: un diputado, un tal García Alix, pregunta que «por qué razón han declarado alféreces de artillería a dos hijos del conde de Caserta sin haber hecho estudios en la academia de dicha arma, y sin que en la Gaceta haya aparecido el real decreto reconociéndoles nacionalidad española».

—Pero si nunca hemos pedido la nacionalidad española... —precisó Fernando.

—Ya, pero él debe de creer que sí. Sigo leyendo: «Pide explicaciones al ministro de la Guerra sobre este asunto y añade que cree que al cuerpo de artillería le ha de causar disgusto tener dos oficiales que lo son por un privilegio contrario a la ley».

—El disgusto se lo va a llevar nuestro padre cuando se entere de que nos acusan de privilegio.

—Supongo que todo esto se aclarará, pero de momento es muy desagradable que hablen en esos términos de nosotros. Nos acusan de haber sido nombrados alféreces sin haber hecho los tres años de estudios en la Academia General. Y dicen que no hemos hecho los exámenes... Me pregunto qué pensará la reina.

—Tenemos que contárselo al teniente coronel Sainz de la Maza y que él nos diga qué podemos hacer.

—Sí. Ahora, cuando venga a recogernos, le enseñamos los periódicos.

El jefe de estudios ya conocía los hechos y traía consigo varias páginas arrancadas de distintos diarios que arrojaban más leña al fuego provocado por el diputado. Sainz de la Maza empezó a leerles la pregunta que recogía el diario *La Época*: «¿Cómo los dos hijos del conde de Caserta, que fue jefe de partidas carlistas, se pasean por las calles de Madrid con el uniforme de alféreces de artillería sin haber cursado los estudios oportunos ni tener nacionalidad española?».

—Pero es más hiriente aún lo que dice *El Correo Militar* —añadió el teniente coronel y siguió leyendo—: «¿Cree legítimo y patriótico el ministro de la Guerra que a unos extranjeros que no se han naturalizado españoles antes de cursar sus estudios en la Academia Militar se les dé una preferencia sobre los españoles, sobre los hijos de militares que han muerto defendiendo a su patria y al Gobierno constituido contra las huestes carlistas mandadas por el italiano conde de Caserta? No cabe duda de que se perjudica notablemente a españoles, pues esas dos plazas de alféreces de artillería incluidas en plantilla (pues no puede haber oficiales honorarios) se quitan a dos españoles que han cursado sus estudios a la luz del día y bajo el amparo de la ley».

—¡Qué barbaridad! ¿Qué podemos hacer para aclarar todo esto? —preguntó Carlos.

—Sus altezas no pueden hacer nada —contestó el profesor—. Es el Gobierno quien lo tiene que aclarar. Me he informado y esta tarde responderá el ministro de la Guerra en el Congreso. La sesión empieza a las tres.

—Si no me debiera a la reina y a nuestro padre, ganas me darían de enviarle a mis padrinos a ese diputado García Alix —masculló Fernando.

—Altezas, no mencionen esa posibilidad ni en broma —advirtió Sainz de la Maza, utilizando un tono mucho más firme y autoritario de cuantos le habían oído hasta entonces—. Suficiente desgracia tuvo la familia real hace veinte años con la muerte en un lance de don Enrique de Borbón. Ya saben que los duelos están condenados por la Iglesia y fueron prohibidos por vuestro antepasado el rey Felipe V. En el caso de que sobrevivieran al lance, serían condenados a penas de cárcel, perderían sus bienes y serían excomulgados. Y si murieran, no podrían ser enterrados en sagrada sepultura.

Eso sí que deshonraría a vuestra familia, y no las acusaciones de este diputado.

—Mi teniente coronel, no nos vamos a batir. Tiene nuestra palabra — prometió Fernando—. Lo he dicho porque es lo primero que se me ha ocurrido, pero retiro mis palabras.

Cuando comprobó que el militar se había convencido de que no era su intención resolver ese asunto en un duelo, Fernando retomó el hilo de la conversación.

—Pero lo cierto es que, aunque estén prohibidos, son muy frecuentes los duelos en Madrid, y también entre los militares.

—Es verdad. El equivocado sentido del honor de algunos españoles, que todavía no han logrado desprenderse del ideal caballeresco, les lleva a tomarse la justicia por su mano —explicó el jefe de estudios de los príncipes—. He conocido a muchos aristócratas, militares, políticos y periodistas que han resuelto sus diferencias, muchas veces por motivos insignificantes, en lances de honor, ya fueran con espada, florete o pistola. Algunos de ellos acumulan ya más de veinte o treinta duelos.

—Pero yo nunca me batiría con un político, que estaría en inferioridad de condiciones frente a un militar joven y entrenado como yo —afirmó Carlos.

—No se equivoquen, altezas, no crean que los políticos o periodistas están menos entrenados que los militares.

—Pero ¿dónde practican?

—En Madrid hay muchas salas de armas donde se ejercitan los jóvenes y no tan jóvenes. Las más famosas son las de los maestros de esgrima Abelardo Sanz, Pedro Carbonell y Aquiles Broutin. Si lo desean, un día les llevaré para que vean un combate deportivo entre maestros. Y si se trata de pistolas, sus altezas ya han visto la precisión con la que apuntan no solo los oficiales, también los civiles que acuden a la Escuela de Tiro de Carabanchel o al Círculo Militar.

—Lo que más me sorprende de Madrid es que haya tantos duelos entre periodistas y escritores.

—Aquí es muy frecuente que se critiquen los unos a los otros en sus crónicas periodísticas y, a veces, utilizan unas expresiones tan subidas de tono e insultantes, incluso con ataques personales, que quien se siente

ultrajado considera que la única forma de salvar su honor es batirse en duelo. En algunas redacciones hay salas de armas, en las que se entrenan los periodistas en tan provechoso arte para ellos.

—Nos han contado que las tertulias de los cafés también pueden ser muy peligrosas —apostilló Carlos.

—Sí. Algunos escritores tienen un concepto tan alto de sí mismos que cuando otros colegas les plantean una discrepancia intelectual, la discusión termina con un lance de honor al amanecer.

—Procuraremos no llevar la contraria nunca a los periodistas y escritores españoles —bromeó Fernando para dar por finalizada la conversación y retomar las graves acusaciones que se estaban vertiendo sobre ellos en el Parlamento español—. Pero, volviendo al diputado que nos acusa, ¿qué debemos hacer?

—Señores —dijo el jefe de estudios con tono solemne—, permítanme que les dé un consejo: lo que está claro es que su padre sigue teniendo demasiados enemigos en España, y están apuntando al rostro de sus hijos. Altezas, les advierto, no pueden cometer un solo error porque esos enemigos se les echarán encima. La única forma de permanecer en España en paz es manteniendo un comportamiento intachable, sin privilegio alguno, y, aun así, intentarán desprestigiarles con mentiras o medias verdades.

Fernando y Carlos comprendieron en ese momento que no podrían cometer un solo fallo porque corrían el riesgo de arruinar su futuro profesional y toda su vida. Ese país que aparentemente les había acogido con los brazos abiertos escondía un lado hostil que empezaban a descubrir.

Tal y como indicó su jefe de estudios, a las tres de aquella tarde empezó la sesión parlamentaria en el Congreso de los Diputados, pero ni la polémica sobre los hijos de Caserta ni las otras cuestiones del orden del día suscitaron el interés de los políticos, ya que solo había siete diputados y un ministro en todo el hemiciclo. La tribuna de la prensa, sin embargo, estaba mucho más animada. Entre los periodistas se encontraba Marcelino Calleja. Habitualmente no cubría la información parlamentaria, pero como en aquella ocasión se iba a abordar una cuestión que afectaba a los parientes de la reina, su director le había pedido que él se encargara del debate.

—La verdad es que debate, lo que se dice debate, ha habido poco —informaba después al responsable del periódico.

—Cuéntame, Marcelino.

—El ministro de la Guerra ha dejado claro que no se ha infringido ninguna ley ni reglamento para favorecer a los hijos del conde de Caserta porque no forman parte del Ejército, no tienen plaza ni sueldo de alféreces y tampoco son españoles, requisito indispensable para ello.

—Pero si no forman parte del Ejército, ¿por qué llevan el uniforme militar? —preguntó el director del periódico.

—Según el ministro, con los dos príncipes napolitanos se ha hecho exactamente lo mismo que se hizo antes con otros alumnos extranjeros que han querido recibir formación militar en España. Es decir, se les ha concedido la gracia de lucir el uniforme de la academia militar en la que han ingresado como alumnos tras realizar los oportunos exámenes —relató el periodista.

—¿Han hecho los exámenes? ¿Estás seguro? —preguntó su jefe.

—El ministro ha explicado que los príncipes querían ir a la Academia General de Toledo, pero que finalmente adquirieron los conocimientos necesarios bajo la dirección de un distinguido jefe de Estado Mayor y se sometieron a los exámenes ante un Tribunal de la Dirección de Instrucción Militar en los que obtuvieron «unos resultados muy brillantes». Estas han sido las palabras textuales del ministro.

—Por lo tanto, lo único que se les ha ahorrado ha sido el paso por la Academia General.

—En efecto, ahora son alumnos de la Academia de Artillería de Segovia.

—¿Y qué dice el diputado García Alix? —insistió el director de *La Iberia*.

—García Alix asegura que el Ministerio de la Guerra ya tenía dictada una orden por la que se nombraba oficiales a los príncipes sin pasar por las academias militares, pero que, gracias a su protesta, esa orden se anuló.

—Me temo que eso es lo que ha pasado.

Los príncipes Fernando y Carlos quedaron satisfechos con las explicaciones que había dado el ministro en el Parlamento. De todos modos, a partir de ese momento no había crónica social sobre los hijos del conde de Caserta que no especificara si llevaban o no el uniforme militar en cada uno

de los actos a los que asistían. Quien no quedó satisfecho con las aclaraciones fue el diputado García Alix, que, tres meses después, volvía a llevar la cuestión al Congreso. El ministro de la Guerra le respondió que en las academias militares de todas las naciones de Europa estudiaban príncipes extranjeros, y que España no podía ser diferente en eso. También le recordó que los hijos de Caserta estaban en la academia sin ocupar plaza y pagando pensión.

A pesar de todas las explicaciones, empezó a surgir cierta hostilidad contra los sobrinos de la infanta Isabel. A los dos jóvenes se les dispensaba un trato preferencial como miembros de la familia real, y algunos sectores hicieron creer que esos privilegios se extendían también a su vida militar. En una ocasión, un grupo de generales aguardaba en el Palacio Real para ser recibido en audiencia cuando aparecieron los dos jóvenes alféreces, que pasaron antes que sus superiores militares por su condición de príncipes. Este episodio protocolario contribuyó a ahondar el resentimiento contra ellos.

Fernando y Carlos continuaron su formación castrense con la mayor discreción y dedicación posible, y mantuvieron su relación próxima con la reina y sus tres hijos. Eran los únicos hombres adultos de la familia y, por lo tanto, los únicos jóvenes que entraban en palacio y a los que se podía tratar en condiciones de igualdad. La presencia de los dos príncipes en el alcázar era muy bien recibida, especialmente por María de las Mercedes y María Teresa, que sentían admiración por sus primos mayores.

Cuando la familia real se trasladaba a La Granja, los príncipes solían aprovechar los permisos para visitarla desde la cercana academia de Segovia y en su tiempo libre acompañaban a su tía la infanta Isabel en sus frecuentes cacerías, cenas, bailes o asistencias a los más variados espectáculos. En Segovia, Fernando y Carlos vivían en la casa de un sacerdote y nunca se sumaron a las salidas nocturnas de sus compañeros. Los hermanos preferían madrugar antes que trasnochar para dedicarse a su deporte favorito: la caza. Tenían permiso para tirar en Riofrío y allí acudían con sus amigos más íntimos en busca de ciervos y venados. Cuando llegaban las codornices, su afición cinegética les llevaba a levantarse con el alba para salir a cazar con red y reclamo y estar de vuelta a tiempo de asistir a clase. Sus compañeros les tuteaban y les trataban en condiciones de igualdad.

Ajenas a la hostilidad que alimentaban desde ciertos sectores, algunas aristócratas empezaron a poner los ojos encima de los dos jóvenes, de escasa fortuna pero alto linaje, para sus hijas casaderas. El hecho de que fueran dos príncipes destronados les hacía pensar ingenuamente que podían saltarse el muro, casi infranqueable, que también separaba a las familias reales de la nobleza. Si un príncipe o princesa se casaba con una persona que no tuviera sangre real, por muchos títulos nobiliarios que acumulara, quedaría en ese momento excluido de la línea de la sucesión por contraer matrimonio morganático. Incluso las casas reales destronadas respetaban en el exilio esa vieja regla de oro elevada a norma escrita en la Pragmática Sanción de Carlos III que prohibía los matrimonios desiguales.

En vilo por el niño rey

El invierno siguiente, en 1890, cuando Alfonso no había cumplido aún los cuatro años, dio un susto de muerte a su madre, a sus hermanas, al Gobierno y a España entera, a los que tuvo en vilo durante quince días. La gripe se hizo especialmente virulenta aquel año en Madrid, donde se duplicó la mortalidad habitual, y el niño cayó gravemente enfermo. Además de su abuela paterna, la reina Isabel, de su madre y de su tía la infanta Isabel, dos ministros hacían guardia de forma permanente en palacio, donde incluso se quedaban a dormir, a la espera de cualquier novedad. Tres médicos velaban por la salud del rey en turnos de ocho horas y en la capilla real se sucedían las misas por su pronta recuperación. El papa había concedido una licencia como gracia especial para que se pudieran officiar hasta quince misas diarias en la capilla del palacio y la primera empezaba a las dos de la mañana.

Mercedes y Teresa aguardaban en sus habitaciones cualquier novedad sobre la salud de su hermano, al que tenían prohibido visitar. Del cuidado de las niñas se ocupaban la baronesa de Bassilly y la señorita de compañía, Anita, hija del difunto general Servet. A sus nueve años, Mercedes se daba cuenta de la gravedad de la situación y se mostraba seria y entristecida, sin ganas de entretenerse con ninguno de los juegos que le proponían sus cuidadoras. Mercedes notaba que todos los ojos estaban puestos en ella: si su hermano moría, la princesa sería proclamada reina, y la niña lo sabía. A la pena por la posible muerte de Alfonsito se sumaba la preocupación por lo que se le venía encima. Había visto sufrir a su padre, primero, y a su madre, después, y le atormentaba la idea. Un día oyó a su tía decir: «Pobre Mercedes, no sabe lo cerca que está del trono», y aquellas palabras le hicieron creer que lo que le pudiera ocurrir, si le pasaba algo a su hermano, no debía ser nada bueno.

A las embajadas de España en el extranjero llegaban enviados de los gobiernos pidiendo información sobre el estado del rey niño y en el alcázar se recibían todos los días montones de telegramas de las casas reales extranjeras, de las instituciones españolas y de particulares, en los que se hacían votos por la pronta recuperación de Alfonso. Algunos telegramas proponían supuestas fórmulas y remedios para combatir la enfermedad que afectaba al pequeño y

que los médicos de palacio no sabían cómo afrontar. Desde que se supo que Alfonso XIII estaba enfermo, los alrededores del palacio se vieron invadidos por un inmenso gentío, como el día que nació, pero ahora el ambiente que se respiraba era mucho más triste.

En el noveno día de enfermedad, la preocupación se reflejaba en los rostros de los empleados de palacio. Para colmo, esa mañana se oyeron varios cañonazos en Madrid, y muchas personas se dirigieron apresuradamente al alcázar convencidas de que era el anuncio de la muerte del rey. Pero la alarma era infundada: los disparos de cañón provenían de unos ejercicios de tiro. El parte médico de esa mañana no ofrecía novedad y quienes salían de las habitaciones de la familia real eran interrogados por los periodistas que aguardaban en la galería. El marqués de la Habana bajó lentamente las escaleras con andar triste.

—¿Qué impresiones trae usted, señor marqués? —preguntó el redactor Marcelino Calleja.

—No he de ocultarlas. Mis impresiones son tristes, pero yo no soy médico y nada puedo decir. Me las dicta mi amor a la familia real, mi anhelo de ver pronto bueno y sano a su majestad el rey y cierta zozobra que sentimos los viejos al ver las desdichas de los niños.

A las cuatro de la tarde, el doctor Sánchez Ocaña salió de palacio.

—Doctor, ¿puede contarnos algo? —le interpellaron los periodistas.

—No hay nada que contar, el rey sigue lo mismo —dijo, y se subió en el coche.

En el interior del alcázar, la reina llevaba siete días sin acostarse y seguía con la misma bata con la que se cubrió la madrugada que había enfermado su hijo. Apenas tomaba un consomé a la hora del almuerzo y no se separaba de la cama del rey, donde daba algunas cabezadas, agotada por el cansancio. Aquella tarde, cuando se encontraba en el dormitorio de Alfonsito, pidió que le sirvieran una taza de leche y unos bizcochos. Cuando el niño los vio, reclamó uno para él, pero los médicos prefirieron servirle un sopicaldo, que Alfonso tomó con apetito. Para las horas siguientes le prescribieron pequeñas cantidades de caldo con vino de jerez, pero como el niño seguía postrado añadieron a su dieta leche con ron. Esa noche, la del 11 de enero, Alfonso se sentía mejor y pidió que le llevaran a sus hermanas, a las que no veía desde

que había caído enfermo. Como transcurría el tiempo y las niñas no aparecían, el rey reclamó al doctor Candelas que las fuera a buscar.

—Cálmese vuestra majestad. Las habitaciones están lejos y, por eso, vuestra hermanita tarda en subir, pero llegará enseguida.

—No, no es verdad. Me están engañando. También dije ayer que las quería ver, y no me las trajeron.

Al momento llegó la princesa, con los ojos llorosos. Merceditas se había demorado porque en una habitación inmediata había encontrado a su madre, a la que llevaba tres días sin ver, y se había arrojado llorando a sus brazos. Nada más entrar en la alcoba del rey, la niña le cubrió de besos con los ojos llenos de lágrimas.

—No llores, Pola, no llores. Estoy bien. Pronto podré levantarme y jugar contigo —le dijo su hermanito.

Para no emocionar más al rey, se dispuso que ese día no pasara su hermana Teresa a la alcoba.

A las once de la noche, según las costumbres de palacio, quedaba interrumpida la comunicación entre el exterior y el interior del edificio. En ese momento, los alabarderos sustituían sus lanzas por fusiles armados con bayonetas para formar la guardia y los soldados de centinela alejaban al público de las puertas. Sin embargo, dadas las circunstancias especiales motivadas por la salud del niño rey, aquellos días se hizo la excepción y se permitió a los periodistas acceder al alcázar durante toda la noche, igual que a las autoridades, para que informaran de cualquier novedad en tiempo real.

Tras quince días en los que se temió por la vida del rey, la gripe quedó finalmente superada y Mercedes y Teresa recuperaron su alegría habitual, pero Alfonso se quedó tan debilitado que necesitó varias semanas para restablecerse del todo. La reina impuso a partir de ese momento unas severas normas de higiene y un régimen de vida destinado a robustecer la frágil salud del monarca. Sus horas de sueño y sus comidas, que consistían en un entremés, dos platos y un postre, eran supervisadas por los médicos y sus esparcimientos se limitaban a paseos y juegos en la Casa de Campo o en El Pardo. En el Campo del Moro, junto al palacio, María Cristina mandó instalar pesas, columpios, escalas, trapecios y pasos de gigante para que el niño fortaleciera su organismo con ejercicios gimnásticos.

Meses después de la convalecencia, Alfonso había dado un enorme estirón, su madre recuperaba el sosiego habitual y la familia real se desplazó a San Sebastián, pero un nuevo acontecimiento volvió a alterar el ánimo de la reina. En el verano de 1890 todo Madrid estaba pendiente de una sentencia: la de la autora del crimen de Fuencarral. Cuando se declaró culpable a Higinia Balaguer, criada de una rica viuda, Luciana Borcino, que había sido asesinada en su domicilio de la citada calle, los estudiantes salieron a protestar contra el veredicto. En los cafés y las tabernas, los clientes se enzarzaban en eternas discusiones sobre la verdadera autoría del asesinato. Para unos, Higinia representaba a la clase pobre desprotegida, mientras que el verdadero autor del crimen era el hijo de la viuda, un juerguista chulo y entregado a los vicios, que representaba a la clase rica y ociosa que vivía de las rentas sin dar un palo al agua.

Era la primera vez en la historia de España que los periódicos habían hecho un seguimiento exhaustivo del juicio y los ciudadanos conocían todos los detalles del sumario, las contradicciones de los más de seiscientos testigos que declararon y las distintas versiones que relató Higinia sobre el crimen. A pesar de las dudas, el tribunal declaró culpable a la criada y la condenó a garrote vil, el sistema aparentemente menos cruento para aplicar la pena de muerte.

La sentencia escandalizó a una gran parte de la opinión pública y las quejas llegaron al palacio de Ayete, en San Sebastián. Empezaron a recibirse cartas formales y telegramas en los que se pedía a María Cristina que ejerciera su prerrogativa real y reclamara el indulto de Higinia al Gobierno. La reina, que ya había hecho uso de su facultad en anteriores ocasiones, estaba dispuesta a ejercerla una vez más. Incluso la princesa Mercedes y su hermana María Teresa habían oído hablar de ese crimen y de que se culpabilizaba con pocas pruebas a la criada de la mujer asesinada. Las doncellas y los mozos de cuadra, los jardineros de palacio, lacayos y cocheros no hablaban de otra cosa desde hacía semanas, y era imposible no estar al corriente.

—Mamá, ¿tú crees que fue la criada la que mató a esa señora? — preguntó Mercedes a la reina.

—No lo sé, Pola. Tengo mis dudas.

—¿Y tú no puedes impedir que la maten?

—Hablaré con el Gobierno, pero ellos tienen la última palabra.

—¿Y si la matan y luego se descubre que no era ella?

—Sería un error imperdonable.

—¿Tiene hijos la criada? —preguntó Teresa.

—No. No tiene hijos.

—Deberían dejarla en la cárcel hasta que descubran qué paso de verdad —insistió Mercedes.

—Eso es lo que pienso yo, pero ya os he explicado que es el Gobierno el que decide... Hablando de otra cosa, ¿qué ocurrió ayer cuando salisteis a dar el paseo?

—No pasó nada, mamá. Solo que se desbocó uno de los caballos de un coche que venía de frente y casi se nos echa encima, pero Manolo, el cochero, lo consiguió esquivar.

A María Cristina la condena a muerte de Higinia Balaguer le quitaba el sueño, pero no quería seguir hablando de ese asunto con sus hijas. Sus mayores enfrentamientos con el Gobierno durante los cinco años que duraba su regencia se habían debido precisamente a sus peticiones de indulto. Si por ella fuera, aboliría la pena de muerte, pero los políticos argumentaban que en los países sin pena capital las tasas de asesinatos eran mucho más elevadas y que en España se dispararían los crímenes y la inseguridad, ya de por sí muy alta.

Tal y como se temía, el Gobierno de Cánovas del Castillo no tenía la más mínima intención de indultar a Higinia Balaguer, y enseguida le hizo ver a la reina que sería un error que pidiera su indulto. «Ello restaría autoridad a la justicia y contribuiría a avivar aún más la división que este juicio ha provocado en la sociedad. Incluso, podría ser interpretado como una muestra de deslealtad institucional en estos momentos tan delicados», le argumentaron.

A las ocho de la mañana del 19 de julio Higinia Balaguer fue conducida al patíbulo instalado en la plaza que había frente a la cárcel Modelo de Madrid. A esa misma hora, en San Sebastián, la reina se arrodillaba en su oratorio y permanecía rezando mucho más tiempo del que duró la ejecución.

En Madrid, unas quince mil personas asistieron al macabro espectáculo, unos atraídos por la curiosidad, otros esperanzados hasta el último momento con la idea de que llegara el indulto y algunos en señal de protesta. La joven rea, vestida con un hábito de color negro y con dos escapularios en el cuello, fue sentada en el banquillo y atada con cuerdas al palo del cadalso. El verdugo, Francisco Zamora, rodeó con su siniestro artilugio la garganta de la criada, cubrió su cabeza con un pañuelo negro y dio cuatro vueltas a la manivela con la que acabó con su vida. Nueve horas después, el cadáver de Higinia permanecía expuesto bajo el ardiente sol en el mismo lugar, donde aún aguardaban miles de personas.

El verdugo se quejaba con desvergüenza ante las personas más próximas al patíbulo: «La manivela que he usado hoy no me gusta. Lo menos he tenido que dar cuatro vueltas. Con la de Valladolid hubiera sido otra cosa. Con aquella, con solo dos vueltas, habría acabado enseguida». Dicho esto, subió al tablado, descolgó el cadáver con la ayuda de unos religiosos, recogió sus bártulos y se fue: «Hasta otra vez».

Al cadáver de la difunta se le cambió el hábito negro por otro marrón de san Francisco, el cuerpo se introdujo en un sencillo féretro oscuro con una cruz blanca y el capellán rezó un responso. Los restos de Higinia fueron colocados en un furgón que a las cinco y medio de la tarde enfiló las calles de Areneros, Sagasta, Jorge Juan y la carretera de Aragón hacia el cementerio del Este, donde fueron enterrados en la parcela 35 letra A. Aquella fue la última ejecución pública que se celebró en Madrid.

Entre hermanas

En casa todos tenían apodos cariñosos. A Mercedes la llamaban Pola o Pitusa; a Teresa, Gorriona, y a Alfonso, Bubi, mientras que los primos napolitanos eran Nando y Nino. Sin embargo, nadie que no fuera miembro de la familia real podía dirigirse con estos apelativos ni al rey ni a sus hermanas. En una ocasión, un personaje de palacio se dirigió a Alfonso con un «Oye, Bubi», y el niño con toda firmeza le frenó en seco: «Para mamá soy Bubi, para ti soy el rey». Su madre le había inculcado desde muy pequeño el sentido de la autoridad que representaba y solo unas pocas personas estaban autorizadas para llamar la atención del niño cuando se portaba mal.

—Teresa, ¿te has enterado de la última trastada de Alfonso? —preguntó Mercedes a su hermana.

—No. ¿Qué ha hecho ahora?

—Se ha asomado a uno de los balcones que dan a la plaza de la Armería para ver el relevo de la Guardia y cuando los militares le han reconocido, han presentado armas y han tocado la «Marcha real».

—Mercedes, la verdad es que no me parece tan grave —comentó Teresa.

—Es que no he terminado. Te sigo contando: como estaba jugando con sus amigos, antes de que terminara el himno, se ha retirado del balcón y, cuando vio que cesaba la música, empezó a salir y entrar por los distintos balcones para que siguieran tocando. El público que estaba en la plaza también le ha reconocido, se ha muerto de risa con la travesura y le ha aplaudido.

—Menuda ocurrencia. ¿Lo sabe mamá?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Pues le ha regañado, ya sabes lo severa que es con esas cuestiones, y le ha quitado el fusil de juguete que le regaló el abuelo, pero en el fondo también le ha hecho gracia la ocurrencia.

—¿No tienes la impresión de que mamá es más dura con nosotras que con Bubi?

—Por supuesto, Teresa. A nosotras mamá no nos deja ni siquiera elegir las telas de nuestros vestidos.

—El otro día oí a unas doncellas que hablaban entre ellas... Ya sé que no está bien escuchar conversaciones ajenas, pero las oí por casualidad. Hablaban de Bubi, y decían que era muy difícil que ese niño saliera normal.

—¿Normal? ¿A qué se referían?

—Decían que un niño criado entre mujeres es un peligro. Y mencionaron a mamá, a las dos abuelas, a la tía Isabel, al aya y a nosotras dos. «Entre mujeres y encima rey. Majestad para arriba, majestad para abajo, y es un chiquillo», le dijo la una a la otra.

—Quizá tengan razón. Si papá viviera, todo sería diferente. Bubi sería Príncipe de Asturias y yo infanta, como tú.

—Pola, ¿tú te acuerdas de cómo era papá? Me refiero a su cara, a los ojos, a su voz...

—Sí, Teresa. Le recuerdo muy bien y todas las noches, cuando me voy a dormir, hago un esfuerzo para que no se me borre de la cabeza.

—Qué suerte. Yo tengo que mirar los retratos y las fotos, y le pido a la señora de Tacón que me cuente cosas de cuando era pequeña y vivía papá. Pero hay una cosa que no me sabe explicar y a lo mejor tú la sabes. ¿Tú sabes qué hay que hacer para tener niños? Es que siempre me pareció muy raro que mamá tuviera a Bubi seis meses después de que muriera papá.

—Pareces tonta. Mira que preguntarle a la señora de Tacón. ¿No sabes que es la única que no tiene hijos?

—También se lo pregunté un día a mamá, pero no quiso decirme nada. No le gusta hablar de eso. Yo creo que le pone triste que le recordemos a papá. A lo mejor, como mamá deseaba tener un hijo con todas sus fuerzas, papá se lo pidió a Dios cuando llegó al cielo, y Dios se lo concedió.

—Yo creo que hay que hacer algo más, pero tampoco estoy segura.

La muerte del aya

En el verano de 1891, María de las Mercedes y María Teresa volvieron a sentirse un poco más huérfanas de lo que ya eran. Su teniente aya, Francisca Tacón y Ache, murió a los ochenta años. La señora de Tacón era una gran dama cariñosa y leal a la familia, pero a la que se le había parado el reloj a principios de siglo. Aya de dos generaciones de la familia real, empezó su servicio con los cinco hijos de Isabel II y continuó con los tres de Alfonso XII. Pertenece a la escuela severa de la marquesa de Malpica y Santa Cruz y era la mayor defensora de la más rígida etiqueta en el Palacio Real. La reina y sus tías acudieron al entierro en el cementerio del Este, pero la princesa y la infanta todavía eran muy jóvenes para asistir a esas ceremonias.

Cuando nació Merceditas, la señora de Tacón ya tenía sesenta y nueve años, y la reina nombró aya de su hija a la duquesa de Medina de las Torres, pero el rey llamó a la señora de Tacón y le dijo: «Ya puedes estar contenta, te nombro aya abuela». Y la venerable dama se consagró como teniente aya a la crianza de la primogénita de Alfonso XII con el mismo cariño que había puesto en el cuidado del rey y de sus tías. Cinco años después, cuando vino al mundo Alfonso XIII, la reina viuda le permitió que siguiera desempeñando sus funciones por no darle un disgusto. María Cristina le hizo llegar varias sugerencias para que se jubilara, pero la aya real no quería ni oír hablar de abandonar su servicio a la Corona. En agradecimiento a su dedicación y lealtad, la reina le había concedido un año antes de su muerte el condado de Peralta.

Nadie conocía tan bien a las hijas de María Cristina como la señora de Tacón, que atesoraba muchas anécdotas de las niñas. Un día, cuando Mercedes tenía cinco años, la niña se atrincheró enfadada en un rincón de su habitación. En un ataque de rebeldía, se negaba a vestirse para acudir a una de sus clases, y la señora de Tacón, incapaz de imponer su autoridad, pidió que llamaran a la duquesa Medina de las Torres para que hiciera obedecer a la princesa.

Cuando la duquesa entró en la habitación, Mercedes continuaba enfadada en el rincón y el aya preguntó:

—¿Qué pasa en palacio? La tropa está formada y la plaza de la Armería está llena de gente. Dicen que se han oído gritos y lloros de una niña.

—No sabemos nada —respondió la señora de Tacón.

—Pues algo pasa —insistió la duquesa.

Pero la princesa continuaba en su rincón muy seria y enfadada.

—Pues hay que saber lo que pasa —se inventó la duquesa— porque en la antecámara está el periodista Mencheta y lo va a contar todo en *La Correspondencia*.

Fue oír esto y la princesa salió dócilmente de su rincón. A partir de ese momento, cada vez que Mercedes se mostraba desobediente, sus ayas le advertían: «Bueno, señora, haga vuestra alteza lo que quiera, pero se lo diremos a Mencheta», y la niña obedecía inmediatamente, aunque probablemente no supiera quién era el conocido periodista Francisco Peris Mencheta.

A Merceditas y a Teresa les aburrían las lecciones de protocolo y urbanidad de la señora de Tacón, algunas tan anticuadas que les producían risa, pero sentían un gran cariño por aquella señora mucho más exigente en cuanto a formas que su propia madre. Si por ella hubiera sido, habría retomado todas las costumbres protocolarias que imperaban antes de la Restauración. Una de las principales obsesiones de la señora de Tacón era conseguir que los niños de la familia real conociesen los títulos de los grandes y de las damas que frecuentaban palacio para que los designasen por ellos, pero los pequeños no tenían ningún interés en satisfacerla, especialmente el rey niño, al que le gustaba llamar a los aristócratas por su nombre de pila y cometer infracciones de etiqueta que escandalizaban a la venerable aya.

La señora de Tacón no era la única de la alta servidumbre de palacio que pensaba de una forma tan tradicional, pero sí la que más podía influir, por su proximidad, en la nueva generación de la familia real. Aun así, no pudo luchar contra los nuevos tiempos de modernidad que entraban como aire fresco por las ventanas del viejo alcázar.

A la señora de Tacón la sucedió la condesa de Mirasol, Rosa Arístegui y Doz, que tenía cuarenta y seis años y a la que todos llamaban Rosita. Tenía un carácter dulce y bondadoso, pero a la vez enérgico. Casada con su primo,

Carlos Gordon de Wardhouse y Prendergast, se quedó viuda muy joven, con treinta y un años y un hijo pequeño. Su hermano, Luis, murió en 1886 defendiendo la monarquía frente a la sublevación republicana de Villacampa, y Rosita heredó el condado de Mirasol y la lealtad a la Corona.

Rosita era culta e inteligente y dirigía con exigencia la formación de la Princesa de Asturias y de la infanta María Teresa, pero también tenía una tertulia en el Palacio Real que frecuentaban destacados políticos.

El enigma de los sombreros

La reina quería que Mercedes recibiera la primera comunión en la basílica de Covadonga, donde reposan los restos de don Pelayo, el monarca que comenzó la Reconquista de España en el siglo VIII, tras vencer a los musulmanes en las montañas de Asturias. Desde hacía más de trescientos años, los Príncipes de Asturias acudían a la Cueva Santa para recibir simbólicamente el título de herederos de la Corona española, y María de las Mercedes todavía no había cumplido con esa tradición. En Covadonga, Alfonso XII había recibido el sacramento de la confirmación, y su hija podía recibir la primera comunión.

Sin embargo, las dificultades del traslado de la familia real y de las autoridades eclesiásticas y civiles que debían asistir al acto impidieron que se cumpliera el deseo de la reina. La princesa recibió finalmente la primera comunión el 16 de julio de 1892 en una ceremonia íntima y familiar que se celebró a las ocho y media de la mañana en la capilla del Palacio Real. Tiempo atrás la Iglesia había retrasado la edad recomendada para recibir este Sacramento con el fin de que los niños a los que se administrase tuviesen uso de razón, y Mercedes la recibió con once años.

A esa edad, la niña era plenamente consciente de la importancia del sacramento que iba a recibir y, aunque el Palacio Real había sido engalanado con sus mejores tesoros, Mercedes cruzó la galería mirando el suelo, como si quisiera evitar que algún detalle la pudiera distraer en ese momento de recogimiento espiritual. Lucía un vestido blanco de batista con lazos de seda del mismo color, una corona de flores ceñía su cabeza de la que descendía un velo de tul que dejaba ver su larga melena rubia y en las manos sostenía un devocionario de marfil. Ya dentro de la capilla, la princesa se arrodilló en el reclinatorio y llamaba la atención su concentración religiosa.

Días antes, Mercedes tuvo que confesarse por primera vez. Su madre había tenido el acierto de elegir a un joven sacerdote franciscano, el padre Serafín, para que preparara a la niña ante su primera comunión y este fue el encargado de absolver sus primeros pecados y, de paso, resolver uno de los mayores misterios que guardaban los muros de palacio. Desde hacía dos años, parte de las visitas que llegaban al alcázar se iban con la absurda

impresión de que la cabeza les había crecido o les había menguado, porque sus sombreros ya no les encajaban con la misma perfección que horas antes. Algunos volvían al palacio, convencidos de que se habían llevado un sombrero equivocado, pero donde los habían dejado no quedaba ninguno más que se prestara al equívoco. El propio Serafín había sufrido también esa extraña sensación a la salida del alcázar: a veces le crecía la cabeza y otras le menguaba.

—Padre Serafín, tengo que confesar un pecado muy grave —advirtió Mercedes, atemorizada de la que se le iba a venir encima.

—Hablad, alteza —invitó el sacerdote, sorprendido de que una niña de once años, y más aún la Princesa de Asturias, tuviera ese sentimiento de culpabilidad.

—Yo soy la que cambia los sombreros de las visitas.

—¿Cómo que cambiáis los sombreros?

—Usted habrá notado que el sombrero que deja cuando llega a palacio a veces no es el mismo que recibe cuando se va —empezó a explicar la avergonzada niña.

—Claro que lo he notado.

—Pues la culpa es mía. Como todos los sombreros de los invitados se dejan ordenados con números en la misma estancia, yo los cambio por otros iguales, pero unas tallas más grandes o más pequeñas. Hay un armario al lado con más sombreros que nadie utiliza y a veces encuentro uno parecido para sustituir al verdadero.

—¿Para qué lo hacíais? ¿Qué ganabais con eso?

—Empezó como un experimento. Cambié los sombreros de Cánovas y Sagasta para ver si también se les cambiaban las ideas porque eso pasaba en un cuento de hadas que tengo. Mamá siempre está muy preocupada por culpa de esos dos políticos. Dice que «basta que uno diga blanco, para que el otro diga negro». Y el cambio de sombreros funcionó, porque oí que se habían puesto de acuerdo en una cosa muy importante, pero no sé cuál era. Eso ocurrió hace dos años, y después el efecto mágico dejó de funcionar porque se compraron sombreros nuevos.

—Alteza, la magia no existe y creer en esas cosas va contra la religión católica.

—Ya sé que la magia no existe, pero la primera vez que cambié los sombreros funcionó. Además, hace dos años creía en la magia porque mamá invitó a un mago para que nos hiciera una demostración e hizo desaparecer muchas cosas que luego aparecían en otro sitio. Después mamá me explicó que eran trucos, pero no magia.

—Pero, por lo que me cuenta, ha seguido escondiendo sombreros.

—Pero ya no lo hacía por magia sino porque mi hermana y yo nos aburríamos en casa y con esa broma nos divertíamos. Era muy gracioso ver desde la ventana a los invitados poniéndose un sombrero que no era de su talla...

El sacerdote no pudo reprimir una sonrisa benevolente al conocer la travesura de la niña, pero enseguida recuperó el semblante serio.

—Pero, padre, ya no lo voy a volver a hacer nunca más. Estoy muy arrepentida.

—Alteza, lo primero que debéis hacer es no volver a cambiar los sombreros. Además, rezaréis un rosario diario durante los veinte días que quedan para que recibáis la comunión y apartaréis la magia de vuestra vida. Cuando busquéis un milagro, orad a Dios: más vale su bendición que todos los amuletos del mundo juntos. Pero hay algo más: esa habilidad especial que tenéis para obrar sin ser advertida debéis utilizarla exclusivamente para hacer el bien.

—Sí, padre.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis. In nomine patris et filii et spiritus sancti, amen.*

Tras la confesión, Mercedes corrió a contárselo a su hermana María Teresa, su cómplice en la travesura.

—Gorriona, he tenido que confesar al padre Serafín lo de los sombreros.

—¿Y le has contado que yo también lo hago?

—Sí, le he dicho que lo hacíamos para no aburrirnos y me ha puesto una penitencia, pero eso es secreto y no te lo puedo contar —relató a su hermana.

—Entonces, Pola, ¿yo también estoy ahora en pecado mortal?

—Estás en pecado, pero no creo que sea mortal.

—¿Y voy a tener que confesar, aunque aún no vaya a recibir la comunión?

—No creo.

—Pero si me ocurriera algo, iría al infierno.

—No lo sé, mejor pregúntale al padre Serafín.

Teresa acudió a hablar con el sacerdote, y este la tranquilizó: lo único que tenía que hacer era no volver a cambiar los sombreros. Mercedes, sin embargo, dedicó mucho tiempo a pensar cómo llevar a la práctica el mandato que le había dado el padre Serafín, según el cual, debía hacer el bien sin que se supiera que era ella. Su margen de actuación era muy reducido. Seguramente que fuera de palacio habría muchas personas a las que podría ayudar, pero en todas sus salidas la acompañaban siempre ayas que controlaban sus movimientos. La reina les había puesto una nueva institutriz, la señorita Paula, que no les quitaba ojo a ella ni a su hermana. Podía intentar escaparse, pero si la descubrían el castigo de su madre sería terrible. Además, ella sola en la calle tampoco sabría qué hacer ni adónde dirigirse. Quizá tuviera que esperar a hacerse mayor para cumplir ese mandato.

El círculo protector

Mercedes y Teresa sabían que el miembro más importante de la familia era su hermano, pero en lugar de sentir celos se volcaban en cuidarle. Todas las personas de palacio, desde la reina al último servidor, vivían preocupados por la quebradiza salud de Alfonso, y las dos hermanas se sumaron a la red protectora tejida en torno al rey, cuyo carácter empezó a forjarse entre mimos y faldas. A la vez, la reina había inculcado en su hijo un alto sentido de la autoridad para evitar que nadie se aprovechara de la minoría de edad del niño e intentara manejarle a su antojo. Esa actitud le inmunizaba frente a las camarillas interesadas que ya empezaban a revolotear a su alrededor, pero le daba cierto aire de altivez que el niño compensaba con un buen corazón.

El pequeño rey salía todos los días en coche de caballos a la Casa de Campo y, a su paso por el Campo del Moro, le aguardaban numerosos pobres que pedían limosna. Entre ellos, había una niña de la misma edad que Alfonso, cuya mirada triste se había quedado clavada en los ojos del rey. La pequeña, cubierta de harapos, sufría una pronunciada cojera, por lo que le costaba un enorme trabajo seguir al carruaje real hasta que este se paraba y se bajaban el aya o la niñera para repartir unas monedas.

—Ya está ahí la cojita. Dale dinero —ordenaba el rey niño a su aya.

Cuando la mendiga recibía la limosna, Alfonso se sentía aliviado, pero no lograba olvidarse de ella el resto del día.

—¿Que hará ahora la cojita, mamá? ¿Estará almorzando como yo? —preguntó a la reina cuando se disponían a comer en palacio.

—Almorzará también... pero no como tú —le respondió la reina—. Almorzará pan solo, como todos los pobres.

El niño miró a su madre sin decir nada durante un rato y siguió comiendo.

—¿Por qué no le mandas algo a la cojita? —sugirió por fin.

La reina, que quería provocar la compasión de su hijo, no contestó, y Alfonso siguió callado un rato hasta que volvió a insistir.

—Mamá, si yo mandara como tú, le llevaría dulces a la cojita. Mira, estos —dijo, y señaló una de las fuentes colocadas sobre la mesa.

—Pues mira, Bubi, para alegrar a la cojita y a otros pobres como ella, te dejo que hoy mandes como yo —concedió finalmente la reina.

Aquella tarde, antes de salir de paseo, Alfonso pidió a su niñera que llevara los dulces para la cojita y para los demás, pero cuando regresaron a palacio el recuerdo de esa niña siguió atormentándole día y noche. No comprendía que su madre, que siempre había sido sensible ante ese tipo de situaciones, no hiciera nada más que darle unos dulces para aliviar el estado de esa pobre niña coja cubierta de harapos. Alfonso recurrió a su hermana mayor, que en ese momento estaba ordenando su colección de sellos. Semanas atrás, el secretario de la embajada de Argentina le había entregado uno muy curioso, emitido en su país con motivo del cuarto aniversario del Descubrimiento de América. Ese sello solo fue válido ese día, el 12 de octubre de 1892, y Mercedes le acababa de asignar un lugar destacado en sus álbumes.

—Pola, necesito tu ayuda. ¿Me has oído hablar de la cojita?

—Sí, claro, a la que llevaste unos dulces.

—¿No podríamos hacer nada más por ella?

—¿Se lo has preguntado a mamá?

—Me dijo que en esto mandaba yo, y le llevé los dulces. Pero ya se los habrá comido. Me da pena que esté todo el tiempo en la calle, con frío y calor, pidiendo limosna. ¿Tú crees que tendrá casa? ¿Y padres?

—No lo sé.

—¿De qué me sirve ser rey si no puedo ayudar a la cojita, dime?

—Claro que la puedes ayudar, Bubi. Dile a mama que quieres pagarle un orfanato o un colegio.

—¿Sabrá la cojita que soy yo quien paga su colegio?

—No debe saberlo. El padre Serafín dice que la mano izquierda no debe saber lo que haces con la derecha. Además, si se corre la voz, vendrán todos los niños tullidos de España a pedirte limosna, y no podrás ayudar a todos.

A los pocos días de comunicar a su madre la decisión, Alfonso salió de paseo en el coche de caballos hacia la Casa de Campo. Cuando bajó las cuestras que conducen al Campo del Moro buscó con la mirada a la cojita, pero la niña ya no estaba.

Ya no estaba la cojita, pero había otros pobres: hombres y mujeres, niños y ancianos, sanos y tullidos, cuya vida dependía exclusivamente de la caridad ajena. En Madrid, igual que en las otras ciudades españolas, había comedores

benéficos y asilos, que les daban cena, cama y desayuno, pero estos establecimientos dependían exclusivamente de la caridad y con sus recursos limitados no llegaban a todos.

Las damas de la alta sociedad organizaban rifas y bailes benéficos y la familia real era la primera en aportar importantes cantidades. La Corona y las demás instituciones hacían donaciones ante situaciones puntuales de necesidad y constantemente se ponían en marcha colectas con las que mantener los orfanatos, hospitales, asilos o colegios. Se recaudaba dinero para los obreros que habían perdido su trabajo, para las viudas de los pescadores muertos en naufragios o de los mineros fallecidos en hundimientos. Cada vez que ocurría una desgracia, ya fuera un terremoto o unas inundaciones, se ponía en marcha un mecanismo que reunía fondos para ayudar a los afectados en una situación extrema, pero existía también una pobreza constante que formaba parte de la rutina y de la normalidad. Estaba integrada en el paisaje urbano y rural de España y era muy difícil salir de ella solo con el trabajo y el esfuerzo diario. No había empleo para todos, y el que había apenas daba para subsistir. Las clases más acomodadas contemplaban con una mezcla de indiferencia y resignación esa España pobre que siempre había existido.

En aquellos días, a Mercedes y Alfonso se les encomendó la tarea de sacar de las urnas las papeletas para el sorteo de pobres que participarían en la ceremonia del lavatorio de pies y serían favorecidos con el almuerzo benéfico del Jueves Santo. Seiscientos hombres y mujeres vestidos con harapos habían acudido ese invierno a las galerías del palacio para apuntar su nombre —o que se lo apuntaran, pues casi ninguno sabía escribir— en la lista de aspirantes a conseguir una de las veinticinco cestas de alimentos donadas por la familia real, ya fuera para consumirlos ellos mismos con sus familias o para vender su contenido.

—Pola, ¿cuántas papeletas hay en cada urna? —preguntó el niño rey a su hermana.

—Hay unas trescientas en cada una. Y tenemos que sacar catorce números tú y trece yo. Los dos últimos que saquemos serán los suplentes, por si alguno falla. Si ninguno falla el próximo Jueves Santo, ellos serán los primeros de la lista el año que viene. Tu sacarás los que correspondan a los

hombres, y yo a las mujeres. Solo veinticinco de los seiscientos que se han apuntado tendrán cesta de comida.

—¿Y los demás? ¿No recibirán nada? —quiso saber Alfonso.

—No —respondió Mercedes.

—Pues vaya —lamentó el rey compungido.

El chico que toca el violonchelo

A principios de aquel verano, la infanta Isabel recibió una curiosa visita: se trataba de una mujer humilde que llegó a palacio con tres de sus hijos: el mayor, que se llamaba Pablo, tenía diecisiete años; Luis tenía tres y el pequeño, Enrique, era un bebé. El conde de Morphy, que fue secretario de Alfonso XII y ahora lo era de María Cristina, había pedido a la infanta Isabel que recibiera a esa familia y escuchara al mayor de los hijos tocar el violonchelo. A Morphy le habría encantado ser un gran músico, incluso había compuesto algunas obras, pero acabó siendo un gran estudioso de la música y protector de los jóvenes artistas que querían labrarse un camino en la vida.

Días atrás, aquella humilde mujer, que se llamaba Pilar Defilló, le había visitado para entregarle una carta de recomendación del pianista Isaac Albéniz, que se había formado en el prestigioso Conservatorio de Bruselas gracias a una beca de Alfonso XII. Albéniz había oído al joven Pablo en el café Tost de Barcelona, donde aquel niño dotado con un talento extraordinario se ganaba la vida tocando tres horas cada noche.

Cuando Morphy oyó tocar a Pablo se quedó impresionado ante el virtuosismo de aquel chico, que tocaba el violonchelo de una forma completamente diferente a como lo hacían todos los demás músicos, y se lo comentó a doña Isabel. «Utiliza una técnica diferente, mucho menos rígida, y esa libertad de movimientos que transmiten sus brazos hace que la música suene diferente», explicó el conde a la infanta.

Doña Isabel citó a la familia en palacio, pero cuando Pablo se dispuso a tocar, su hermano Enrique empezó a llorar. El niño no se calmaba y con su llanto impedía escuchar el violonchelo. O se callaba el bebé o se arruinaría la oportunidad del mayor. Ahí mismo, delante de la infanta, la madre del joven músico se puso a dar el pecho al pequeño Enrique, y a Isabel, cercana y campechana, le gustó el gesto porque demostraba que el cariño maternal estaba por encima del protocolo, pero sobre todo le fascinó la forma de tocar de aquel chico y se lo comentó a la reina, quien días después le citó, le escuchó y enseguida se dio cuenta de que Pablo tenía talento.

A partir de aquel momento, el joven empezó a acudir a palacio tres días a la semana y María Cristina se convirtió «en una segunda madre» para Pablo,

según reconoció después él mismo. Su presencia habitual en el alcázar hizo que los tres hijos de la reina le cogieran mucho cariño, sobre todo Alfonso, quien acababa tirado por el suelo jugando con el joven ocho años mayor. A Mercedes le encantaba oírle tocar el violonchelo, pero también disfrutaba con las conversaciones de aquel joven, hijo del organista de una parroquia y que tenía un don especial para la música. Pablo le hablaba de los nuevos compositores, cuyos nombres nunca había oído mencionar, y de las últimas tendencias musicales que estaban irrumpiendo en Europa. A veces, Mercedes tocaba el piano a cuatro manos con el chico. Un día, mientras interpretaban una pieza, el niño rey entró en el salón y les interrumpió:

—¿Cuándo vas a terminar? —quiso saber Alfonsito.

—¿Es que no le gusta la música? —le preguntó el joven.

—Sí, pero me gustan más los soldados y los cañones —respondió.

Entre la reina y el conde de Morphy se ocuparon de la formación del chico. María Cristina le concedió una pensión de doscientas cincuenta pesetas anuales y Pablo Casals se matriculó en el Conservatorio de Música y Declamación de Madrid. El conde, que había sido preceptor de Alfonso XII, citaba todos los días a Pablo en su propia casa y le hacía estudiar cultura general con los libros que había utilizado el difunto rey de joven y que tenían anotaciones suyas en los márgenes. Morphy había empezado a instruir a Alfonso cuando tenía siete años y todavía era Príncipe de Asturias. Desde entonces nunca se separó de él —le acompañó en el exilio y con él regresó a Madrid en la Restauración— hasta que la muerte se llevó al joven rey a los veintiocho años. «El rey y tú sois mis descendientes masculinos», le decía Morphy a Pablo.

El estreno de Miramar

En el verano de 1893 María de las Mercedes y María Teresa estaban deseando estrenar la nueva casa de campo que su madre había mandado construir en San Sebastián y que pronto empezó a ser conocida como el palacio de Miramar. El trayecto en tren desde Madrid se les hizo eterno, aunque solo duró poco más de catorce horas. Afortunadamente, su madre había hecho llegar a las autoridades vascas su deseo de que no se organizaran ceremonias ni se instalaran arcos triunfales para recibir a la familia real, pues querían llegar «como unos veraneantes más». Mercedes y Teresa estaban impacientes por instalarse en Miramar. Querían ver cómo había quedado la casa, el jardín y especialmente sus nuevas habitaciones, desde las que se veía el mar.

A ellas les había ocurrido como a su madre. El primer verano que pasaron en Donostia, el de 1887, ambas se dieron cuenta de que no podía existir otro lugar mejor para pasar el estío. Cuando María Cristina manifestó que quería convertir a San Sebastián en su residencia estival, el ayuntamiento donostiarra se ofreció a adquirir el palacio de Ayete para ponerlo a disposición de la familia real, pero la reina se negó rotundamente. «De ninguna manera, mi estancia en San Sebastián no debe ser gravosa para la ciudad», afirmó.

Al principio, Mercedes y Teresa pensaron que su madre compraría Ayete a la duquesa de Bailén, lo que les habría parecido una buena idea, pero enseguida se dieron cuenta de que tenía otros planes. Algunas tardes las llevaba de excursión por la ciudad y sus alrededores y, de repente, mandaba parar al cochero para observar detenidamente el entorno, hasta que encontró un lugar que le gustaba por encima de todos los demás. Era la finca que el conde de Moriana tenía en Miraconcha, una preciosa posesión con un frondoso bosque desde el que se divisaba la playa de la Concha con la isla Santa Clara al fondo. Al año siguiente, el 7 de julio de 1888, María Cristina la compró por doscientas mil pesetas procedentes de su fortuna personal.

La reina fue ampliando el terreno con la adquisición de otras parcelas, entre ellas una de titularidad pública en la que se encontraba la llamada parroquia del Antiguo, y el ayuntamiento se ofreció a trasladar el templo a

otro emplazamiento. Para aumentar el espacio del jardín y que este llegara hasta la costa, también fue necesario desviar la carretera y enterrarla en un falso túnel que se construyó con esa intención.

Una tarde de verano, Mercedes acompañó a su madre a visitar el terreno y la reina le contó que en ese lugar se había levantado en el siglo XII el monasterio de San Sebastián el Antiguo y tiempo después se construyó un convento de monjas dominicas.

—Dicen que de ese convento escapó la Monja Alférez. ¿Has oído hablar de ella alguna vez? —preguntó la reina a su hija.

—¿De una monja alférez? No, no he oído nunca hablar de ella.

—Pues era una monja que se llamaba Catalina de Eraso, pero se escapó del convento que estaba precisamente aquí. Se hizo pasar por hombre y desarrolló su vida como un militar, primero en España y después en América. Solo se descubrió que era una mujer cuando ella misma lo desveló para evitar que la ajusticiaran por una disputa.

—¿Y no la mataron? —preguntó Mercedes.

—No. Eso la salvó.

Tras cuatro años de obras, que a Mercedes y a Teresa se les hicieron interminables y que costaron tres millones de pesetas, pagadas íntegramente por la reina, el palacete estaba terminado y amueblado. Para construir el edificio, inspirado en un *cottage* inglés de la época, se contrató a un arquitecto británico, Selden Wornum, y al arquitecto municipal donostiarra José Goicoa, con el encargo de que la casa fuera especialmente confortable. El palacio disponía de tres plantas y sótano y contaba con todos los adelantos técnicos, de manera que la iluminación de sus estancias era eléctrica y disponía de estación telegráfica y de un teléfono que conectaba directamente con Madrid.

En la planta baja, decorada con cierto lujo, estaban los salones, el despacho de la reina, la biblioteca y el comedor, y en el primer piso, los dormitorios, mucho más austeros que la planta inferior. Los de María de las Mercedes y María Teresa daban al mar —tal y como les había prometido su madre—, las paredes estaban pintadas en blanco, sin apenas molduras, y disponían de varias dependencias destinadas al baño, aseo y *toilette*. Además,

las alcobas se comunicaban por una terraza exterior con los dormitorios de su hermano y de sus ayas. La buhardilla estaba destinada al servicio.

También los muebles del palacio fueron comprados en su mayoría en Inglaterra, y durante semanas estuvieron atracando en el puerto de San Sebastián barcos con decenas de cajas y baúles destinados a Miramar. Tres días antes de que llegara la familia real, el inspector general de los reales palacios, don Ramón Zarco del Valle, partió hacia San Sebastián para asegurarse de que todo estuviera dispuesto para recibir a la reina y a sus hijos, que se instalaron por primera vez en Miramar el 19 de julio.

Las dos niñas estaban deseando curiosear la casa y sus habitaciones, pero cuando llegaron con su familia al palacio se llevaron el chasco de descubrir que las autoridades les estaban esperando para darles la bienvenida.

—Pero, mamá, ¿no me dijiste que no habría ceremonias? ¿Y que esta casa era nuestra? —preguntó Mercedes a la reina.

—Sí, Pola, la casa es nuestra residencia privada, pero han querido venir a recibirnos, y eso es bueno. Sé amable con ellos.

—Me parece raro que las autoridades nos reciban en nuestra casa —le susurró al oído.

—No protestes, que luego tendrás tiempo para hacer lo que quieras —ordenó la reina.

Doña Cristina, que empezaba a detectar algunos signos de rebeldía en su habitualmente dócil hija mayor, convertida ahora en una adolescente, le pidió que no se separara de su lado durante la recepción a las autoridades y observara cómo había que tratar a los invitados. Para sorpresa de la princesa, la reina conocía el nombre de cada uno de los concejales y diputados provinciales, y les hablaba de sus asuntos, como si viviera todo el año en San Sebastián. Al alcalde le dijo:

—Me he fijado durante el camino y he visto que este año hay pocos anuncios de alquiler colgados en los balcones de las casas, lo cual indica que ya hay aquí muchos forasteros.

—Efectivamente —contestó el alcalde—. Este año hay más veraneantes que los anteriores.

—Me alegro mucho porque eso beneficia a una población que me es muy querida. También me siento muy complacida porque este año no han

instalado arcos triunfales por nuestra llegada. A mí me gusta llegar aquí en confianza como si entrara en mi propia casa, acompañando a mi familia — agregó la reina, y María de las Mercedes pensó que quizá esa frase escondiera un reproche al recibimiento que les habían hecho, pero como se lo dijo con tanta amabilidad se quedó con la duda.

A un grupo de diputados provinciales, María Cristina les comentó:

—Ya estoy en mi elemento. Este fresco es delicioso y lo deseaba porque como el rey ha pasado la escarlatina, es seguro que aquí se repondrá y que todos nos pondremos mejor. Además, me alegro mucho de estar ya instalada en mi casa.

Al director de telégrafos, le felicitó por la instalación del teléfono y del servicio eléctrico que había llevado a cabo en Miramar y a cada grupo le dirigió una frase cariñosa antes de retirarse a sus habitaciones para descansar.

Entre la familia real, invitados, alta y baja servidumbre, escoltas y miembros de la Guardia Real, en el palacio de Miramar se alojaban noventa y dos personas. La reina también había pagado el desplazamiento de su comitiva hasta San Sebastián. Por el uso del vagón real y el traslado del servicio, de la escolta y del equipaje había abonado una factura de treinta mil trescientas trece pesetas. Ninguna de aquellas noventa y dos personas se podía imaginar en aquel momento que una serie de acontecimientos trágicos empañaría aquel verano. Como un presagio de lo que pasaría después, aquella tarde descargó una fuerte tormenta y una chispa carbonizó el guión morado de la reina María Cristina que ondeaba en el palacio de Miramar.

Entre motines y protestas

Pocos días después de que la familia real se instalara en Miramar llegó la infanta Isabel, cuya presencia siempre agradaba a la Princesa de Asturias y a la infanta Teresa. A diferencia de su madre, que adoraba la etiqueta y el protocolo, su tía era llana y sencilla y se trataba con todo el mundo sin importarle su origen social. Isabel se instaló en el nuevo palacio la víspera del santo de la reina. Esa misma tarde, con el pretexto de felicitar a María Cristina, habían llegado a Miramar unos senadores vascos, que le pidieron que intercediera ante el Gobierno en favor de los intereses de la región.

Los políticos vascos se sentían amenazados por el recorte presupuestario que preparaba el ministro de Hacienda, Germán Gamazo, un hombre que hasta ese momento había gozado de gran popularidad porque había acabado con los últimos vestigios de la esclavitud en Cuba. Aunque fue Alfonso XII quien abolió en 1880 este repugnante sistema en el único dominio español en el que aún persistía, aquella ley establecía que los antiguos esclavos quedarían durante algún tiempo bajo el patronato de quienes fueron sus dueños. Seis años después, el entonces ministro de Ultramar, Gamazo, llevó a la reina regente el decreto de disolución del patronato de la esclavitud, que daría la plena libertad a los veintiséis mil antiguos esclavos que aún había en Cuba. Y esa fue la ley que María Cristina sancionó con mayor satisfacción en su larga regencia. Por fin, España dejaba de ser una excepción entre los países civilizados.

Sin embargo, ese mismo ministro se enfrentaba ahora a la tarea ingrata de cerrar unos presupuestos con unos recortes de treinta millones de pesetas que habían provocado el descontento de amplios sectores en toda España. Los senadores vascos veían amenazados los fueros que, desde hacía cientos de años, disfrutaba esa tierra.

Mercedes y Teresa se mostraban impacientes por bajar a la playa, estrenar sus nuevos trajes de baño de franela y nadar en el mar. No obstante, su madre había dispuesto que el primer día de playa —que suponía todo un acontecimiento para los vascos y veraneantes— debía bajar la familia real al completo y, por el momento, la reina estaba demasiado ocupada. No solo tenía muchos asuntos que atender sino que además quería redistribuir algunos

muebles en Miramar y adecuar la decoración a su gusto. A las niñas no les quedó más remedio que contentarse con otro tipo de distracciones. Pero a Mercedes ya no le gustaban tanto los juegos que hasta ahora había compartido con su hermana menor y, mientras Teresa se divertía con Alfonso, la princesa prefería cultivar en solitario su vida interior. Mercedes coleccionaba plantas que ella misma recolectaba y, una vez secas, las guardaba en preciosos álbumes. También coleccionaba sellos, hacía labores de punto, pintaba y devoraba los libros que le permitían leer. Pero su verdadera pasión era la música. Ninguna otra manifestación artística había logrado hacerla sentir lo que sentía con la música.

La princesa dedicaba varias horas cada día a tocar el piano y cuando por alguna razón interrumpía esta costumbre, notaba que sus dedos perdían agilidad. Y si tocar le apasionaba, casi le gustaba más escuchar. Adoraba todo tipo de música de calidad, antigua y moderna, clásica y popular, cantada o interpretada. Estaba siempre informada de las últimas tendencias, de las que recibía noticias a través de los jóvenes músicos becados por la reina y de revistas ilustradas extranjeras.

Mercedes pasaba largas horas de soledad junto a Fea mirando el mar. A veces pensaba que hubiera preferido haber nacido en una familia normal y poder jugar con otras chicas de su edad. Se sentía sola e incomprendida. Por muy jóvenes que fueran sus institutrices, profesoras o ayas, con ellas no podía compartir los sueños, los proyectos y las dudas que se le pasaban por la cabeza, y su hermana era todavía demasiado pequeña para entenderla. «Cuánto daría yo por tener una amiga», se lamentaba Mercedes.

Un día, mientras leía en su habitación, oyó unas voces que llegaban del jardín. Era el orfeón de Bilbao, que había acudido a cantar a su madre, quien almorzaba en el nuevo comedor con la tía Isabel. La reina pidió a los cantantes que interpretaran el «Gernikako arbola», que era un *zortziko* que le entusiasmaba. A Mercedes también le gustaba esa canción que había oído en muchas de las excursiones que hacía con su madre por los alrededores de San Sebastián y se sabía la letra de memoria. En cuanto aparecía una banda de música en alguna plaza vasca, los lugareños siempre pedían que se tocara esa melodía y empezaban a cantar al unísono. Como la reina y sus hijos no la comprendían, pidieron al profesor de vasco de María Cristina que se la

escribiera y tradujera, y este les explicó que era un himno dedicado a un viejo roble que había en el pueblo de Guernica y que lo había compuesto el poeta José María Iparraguirre en Madrid cuarenta años antes. Aquel *zortzico*, que pronto adquirió connotaciones políticas, la acompañaría durante todos los veranos en San Sebastián.

Cuando por fin amaneció un día soleado y la familia real consiguió darse el primer chapuzón del año, Mercedes sintió que el verano empezaba en ese momento para ella. Lo que no se imaginaba es que esa sensación de libertad iba a durar muy poco tiempo. A finales de agosto, el descontento por los recortes económicos que había comenzado a manifestarse en diversas ciudades españolas llegó a San Sebastián con una violencia inusitada.

Estalla la revuelta

El periodista Marcelino Calleja empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo en aquella ciudad. Llevaba varios días sin enviar crónicas a su periódico porque no tenía nada interesante que contar. La familia real apenas salía de palacio y lo que hacían el resto de los veraneantes carecía de interés. Aquel 27 de agosto deambulaba por el centro de San Sebastián cuando decidió acercarse al bulevar, donde cada noche tocaba la banda de música y se convertía en animado punto de encuentro de turistas y lugareños. Nada hacía pensar que la tensión estallaría allí, pero cuando el público pidió que se tocara el «Gernikako arbola», el director de la banda se negó, y aquel gesto bastó para prender la mecha de una protesta.

Un hombre joven y corpulento, que se encontraba detrás de Calleja, empezó a gritar: «¡Vivan los fueros!», y mientras unos le coreaban, otros lanzaron nuevos gritos contra el Gobierno: «¡Abajo Sagasta!», «¡Muera Sagasta!», «¡Fuera el Gobierno!». Los veraneantes se retiraron atemorizados y muchos de los lugareños, sin aparente organización, se dirigieron hacia el hotel de Londres, donde se hospedaba el presidente del Gobierno. Al principio eran unas doscientas personas, pero por el camino se fueron sumando más y, cuando llegaron a la residencia temporal de Sagasta, empezaron a lanzar piedras y ladrillos contra las puertas y ventanas del establecimiento.

Marcelino los seguía a cierta distancia, tratando de adivinar qué se proponían. Los gritos de la turba, que llegó a adentrarse hasta la escalinata del hotel, eran ensordecedores. El periodista pensó que habían ido a buscar a Sagasta y temió por la integridad del presidente del Gobierno, quien permaneció dentro del hotel durante las dos horas que duró el ataque. «¡Dios mío, voy a presenciar un magnicidio!», pensó.

Las escasas fuerzas de orden público no podían contener a la muchedumbre y el Gobierno decidió enviar a los soldados para sofocar la protesta. Al verlos llegar, la muchedumbre se enfrentó con ellos al tiempo que cantaba «La Marsellesa» y el «Gernikako arbola». Para disolver el motín, hubo descargas de fusilería que ocasionaron varias muertes y un centenar de heridos. Marcelino pudo protegerse en un portal, pero a punto estuvo de

recibir un sablazo. En cuanto quedó restablecido el orden, se dirigió a la oficina de telégrafos para enviar una breve nota a la redacción: «Anoche estalló un motín en San Sebastián. Al grito de “¡vivan los fueros!” y “¡muera Sagasta!”, una turba se dirigió al hotel donde se hospeda el presidente del Consejo de Ministros. Avisado el Ejército, disolvió a la muchedumbre con desproporcionada violencia: cuatro muertos y un centenar de heridos. La familia real, sin novedad en Miramar».

Tras enviar el telegrama, el periodista se retiró a su pensión a descansar, pero aquella noche le costó conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos le asaltaban las imágenes del ataque, los gritos de los heridos y la mirada helada de uno de los hombres que cayó muerto muy cerca de donde él se encontraba. Las preguntas se le amontonaban: «¿Qué pasará mañana? ¿Decidirá la familia real regresar a Madrid? ¿Habrá más protestas? ¿Será el inicio de una revolución? ¿Y qué hará Sagasta?».

Calleja dedicó la mañana siguiente a analizar la situación: en el palacio de Miramar, donde permanecía la familia real, se había reforzado la seguridad y, en señal de duelo por las víctimas de la noche anterior, María Cristina había suspendido la música que todos los días amenizaba los almuerzos. Este gesto se interpretó como una censura al Gobierno por la violencia con la que respondió a las protestas.

También se habían extremado las medidas de seguridad en el hotel de Londres, donde dos parejas de la Guardia Civil protegían al presidente. El resto de la ciudad estaba desierta. Muchos veraneantes habían decidido abandonar San Sebastián tras el motín de la noche anterior. Las autoridades locales se avergonzaban del comportamiento que habían tenido algunos vecinos exaltados durante la protesta y, a la vez, criticaban la dureza con la que se había reprimido el motín. Con esos testimonios y, sobre todo, con lo que el periodista había presenciado la noche anterior, redactó una larga crónica que envió por correo urgente a su periódico.

Aquella noche regresó al bulevar, que estaba mucho menos animado de lo habitual. La gente pensaba que la banda de música no tocaría en señal de duelo por los hechos de la víspera, pero a las nueve y media de la noche empezó a interpretar la sinfonía de *Semíramis* sin apenas público que la escuchara. Al oír la música, unos lugareños que se encontraban en las

proximidades se acercaron al quiosco en el que tocaba la banda y empezaron a gritar: «¡Fuera! ¡Fuera!». Las pocas personas que habían acudido al bulevar huyeron despavoridas mientras los comerciantes de las calles próximas cerraban sus tiendas. La banda siguió tocando y trataba de imponer los acordes a los silbidos del grupo hasta que uno de los manifestantes lanzó una piedra y derribó el atril de un músico. En ese momento la música cesó y empezó de nuevo la protesta al grito de «¡vivan los fueros!». La turba se dirigió al Teatro Circo, que aquella noche estaba lleno porque representaban con mucho éxito la comedia *Los hugonotes*, de Echegaray. Los exaltados rompieron las puertas de acceso al teatro, las sillas y los veladores del café, y el público se retiró atemorizado. Algunos amigos de Sagasta acudieron al hotel de Londres para prevenirle y recomendarle que abandonara el establecimiento. El presidente se trasladó al Gobierno militar y la ciudad quedó tomada por el Ejército.

Calleja acudió de nuevo a la oficina de telégrafos para enviar una breve nota a la redacción sobre el segundo motín, pero no le dejaron pasar al interior del edificio: Sagasta estaba telegrafando a Madrid y, hasta que el presidente no saliera, debía aguardar en la puerta, donde también esperaban otros periodistas. Era casi medianoche cuando vieron aparecer al político.

—Presidente, ¿qué va a hacer? —le preguntaron.

—Me vuelvo al hotel de Londres. He salido de allí por temor a nuevas agresiones, y por no perjudicar a las señoras que se encuentran hospedadas en el hotel. Pero una vez restablecido el orden, regreso allí, porque mi presencia no puede causar ya inquietud alguna.

—¿Va a declarar el estado de sitio? —le plantearon los periodistas.

—No creo que sea necesario. Confío en que no se reproducirán los sucesos de las noches últimas. Pero si así no fuera, los alborotadores serán reprimidos y castigados severamente. Y si a pesar de todo, fuera necesario, claro está que declararíamos el estado de sitio —afirmó Sagasta, y se subió al coche de caballos que le llevaría de nuevo al hotel.

Calleja envió el escueto telegrama y emprendió el regreso a su pensión. A las doce de la noche, casi todas las calles estaban tomadas militarmente por guardias civiles y soldados. En las bocacalles se daba la voz de alerta y el «quién vive». Muy pocos transeúntes circulaban por la parte vieja de la

ciudad, donde aún quedaban restos del motín. A esa hora llovía mucho. Al pasar por la taberna Goñi, en la calle Puyuelo, Marcelino vio un grupo de guardias civiles y migueletes que interrogaban al tabernero, ya que en su local se habían refugiado unos cuarenta exaltados cuando se desalojó el bulevar.

A la mañana siguiente, Calleja se acercó al palacio de Miramar, al que también había acudido Sagasta para informar a la reina, y después paseó por la ciudad, que permanecía desierta. Las tiendas estaban cerradas y las terrazas de los cafés vacías. El alcalde había anunciado por pregón que esa noche no habría música en el bulevar. En el casino tampoco habría concierto. El periodista entró en uno de los pocos cafés que tenía clientes, se sentó en una mesa céntrica, que le permitía oír las conversaciones ajenas, y pidió una taza de chocolate.

—Mientras haya tropas en las calles, habrá motines —comentó uno de los contertulios de la mesa de la derecha.

—Mejor sería que declararan el estado de sitio, porque lo que están haciendo ahora es sacar a las tropas a la calle como si fueran a hacer una batalla —lamentó otro hombre.

—Pues en Bilbao están igual que aquí: van a protesta diaria —añadió un tercero.

En la barra del café había varios periódicos y, entre ellos, descubrió un ejemplar de *La Iberia* con fecha de la víspera, que incluía la primera crónica que envió. Con sorpresa descubrió que le habían eliminado uno de los gritos de la protesta, el de «¡muera Sagasta!». No era la primera vez que le ocurría. El llamado «gabinete negro» de Gobernación había borrado «inocentemente» esas dos palabras del telegrama que envió la noche del primer motín. «Afortunadamente, existe el correo postal, aunque malo y lento, y de las crónicas mandadas por correo no me lo habrán podido borrar», pensó.

Por tercera noche consecutiva, Marcelino regresó al bulevar, que al principio estaba desierto, pero poco a poco se fueron congregando personas hasta llegar a unas trescientas. Unos lanzaban gritos de defensa de los fueros vascos y otros, arengas, pero fueron disueltos enérgicamente por las fuerzas del orden. Al llegar a la pensión, Calleja empezó a escribir su crónica: «Llevamos tres días de desorden en la ciudad más tranquila de España, donde

no se conocían los motines. La excitación que reina le dio calor, pero la torpeza del Gobierno le dio vida. Solo la regente está a la altura de las circunstancias y ha decretado el luto en palacio en señal de duelo por las víctimas de los motines...».

Tomada militarmente y con las calles desiertas, San Sebastián había dejado de ser el lugar ideal para pasar el verano. En apenas tres días, siete mil quinientos veraneantes abandonaron la ciudad, los daños económicos al comercio se cifraron en trescientas treinta y seis mil ciento noventa y cinco pesetas y la familia real, que se había negado a partir, llevaba cuatro días sin salir del palacio de Miramar, donde Mercedes y Teresa empezaban a desesperarse de aburrimiento.

La situación era insostenible y un grupo de propietarios e industriales monárquicos pidió al gobernador que retirara la fuerza pública de las calles. A cambio, ellos mismos se comprometían a mantener el orden y a denunciar a los perturbadores. El gobernador aceptó y ordenó la retirada de las tropas. Aquella noche en el bulevar la banda de música tocó hasta tres veces el «Gernikako arbola», que fue coreado ante las autoridades por más de mil personas que se descubrieron la cabeza y agitaron con entusiasmo sus boinas. También hubo un par de gritos de «¡vivan los fueros!» sin mayores consecuencias. El mismo himno que, cuatro noches antes, había desatado los motines devolvió a San Sebastián la tranquilidad de siempre. Pero la ciudad ya no recuperó aquel verano su animación habitual porque los veraneantes habían huido asustados por la violencia.

Calma tras la tormenta

María de las Mercedes y María Teresa retomaron aliviadas su vida normal y las excursiones con el resto de la familia real. La primera salida tras los motines consistió en un breve paseo hasta Puertas Coloradas, en el que recibieron muestras de respeto por parte de los transeúntes, pero sin grandes entusiasmos. Al día siguiente, la reina y sus tres hijos realizaron una excursión al Igueldo, y se hicieron acompañar por la misma escolta de siempre, las dos parejas habituales de la Guardia Civil.

Aquel primer verano en Miramar no estaba siendo como se lo imaginaban María de las Mercedes, María Teresa ni los demás miembros de la familia real. La reina tenía motivos para regresar urgentemente a Madrid, pues no cesaban de llegar noticias alarmantes de todos los rincones de España. Los motines por los recortes presupuestarios se sucedían en las diferentes provincias. El Gobierno quería cerrar juzgados, suprimir el servicio de correos en los pueblos pequeños, subir impuestos... Hacía falta dinero para sofocar los movimientos que pedían la independencia en Cuba, y de algún lugar había que sacarlo. Sin embargo, la reina tenía dos razones poderosas para continuar en San Sebastián: la primera, quería mantener la presencia de la Corona en esa ciudad frente a los miles de veraneantes que la habían abandonado tras los motines, y la segunda, aún no habían terminado las obras de modernización que se estaban acometiendo en sus dependencias del Palacio Real de Madrid. Pero, además, el presidente del Gobierno guardaba cama en el hotel de Londres, afectado por un enfriamiento y por cólicos biliares que le impedían regresar a la capital.

A María de las Mercedes el largo encierro en Miramar le agudizó el sentimiento de soledad y tristeza que la invadía. Sus hermanos se entretenían con juegos que a ella la cansaban enseguida. Apenas se concentraba en las clases de inglés y francés y se pasaba las horas con la mirada perdida en el mar. Ojeaba los periódicos, que describían un país agitado por las protestas y los recortes económicos. «Mamá, me temo que todo el mundo está enfadado con el Gobierno». La reina se armaba de paciencia ante el decaimiento de su hija, que estaba acusando los cambios de carácter propios de la adolescencia. A veces tocaba el piano durante horas y horas de forma ininterrumpida y

después se le pasaban los días sin subir la tapa del teclado. En ocasiones, hablaba sin cesar durante el almuerzo y en otras no pronunciaba palabra en toda la comida o respondía casi con monosílabos. Lo mismo ocurría con sus afectos: tan pronto era extremadamente cariñosa como aparentaba frialdad. María Cristina lo atribuyó a la edad, pero Alfonso y María Teresa no comprendían los cambios que estaba experimentando Pola.

El 11 de septiembre la princesa cumplió trece años y con ese motivo la bandera nacional ondeó en todos los edificios oficiales de España. Además, las tropas de la guarnición vistieron de gala, pero en el palacio de Miramar no hubo ningún acto especial. El cumpleaños se celebró en familia. A las dos de la tarde estalló una furiosa tempestad y durante una hora llovió y granizó como no se había visto antes. Por la tarde se reprodujo la tormenta y cayó un rayo seguido de un estruendoso trueno que sobrecogió a los donostiarras. Mercedes pasó la mayor parte del día ensimismada, contemplando el temporal desde la ventana de su habitación. María Cristina trató de animarla.

—Pola, querida —la interrumpió—. ¿Sabes quién va a venir pasado mañana a Miramar a dar un concierto?

—No tengo ni idea, mamá.

—Me lo acaban de confirmar. Vendrán Albéniz a tocar el piano y Tabuyo a cantar *zortzicos*.

—Qué bien, mamá. Me alegro mucho de que tengamos una visita tan agradable, porque menudo verano estamos pasando.

En efecto, dos días después se celebró el concierto. Albéniz tocó una polonesa de Chopin, la *Invitación al vals* de Weber y dos composiciones suyas, que fascinaron a Mercedes, y la reina pidió a Tabuyo que cantara el «Gernikako arbola». «El rey y las infantas lo cantan con frecuencia», explicó la regente.

Pero la visita más curiosa del verano se produjo una semana después, cuando apareció en Miramar el conde de Estradas a bordo de un vehículo automático movido por un motor de petróleo que le había costado la astronómica cifra de cinco mil pesetas. El aristócrata había viajado en ese artilugio desde sus posesiones de Carrese, en el Pirineo francés y, una vez en palacio, invitó a la reina y a sus hijos a tomar asiento en el coche y les dio una vuelta por los jardines de Miramar.

—Me ha parecido oírte comentar que el coche recorre dieciséis kilómetros cada hora, ¿es así? —preguntó la princesa al conde de Estrada.

—En efecto, ese es el promedio de velocidad.

—Pero un caballo corre más —apostilló Teresa—. A galope tranquilo se recorren unos veinte kilómetros a la hora. Y, si se trata de un buen ejemplar y le azuzamos, podemos ir mucho más deprisa.

—Sí, altezas, pero yo creo que algún día los coches correrán más rápido que los caballos, lo que ocurre es que aún hay muchos problemas técnicos que solucionar. Los caballos se cansan, pero los automóviles se calientan y se averían y, mientras que los caballos necesitan alimentarse, a los automóviles hay que ponerles petróleo.

—Supongo que en los caminos será más fácil encontrar forraje para los caballos que petróleo para los automóviles... —comentó Mercedes.

—Ese es otro problema con el que nos encontramos quienes practicamos este deporte del automovilismo. Para los desplazamientos largos, tengo que calcular el consumo y pedir que me envíen los barriles a las estaciones de ferrocarril por las que tengo previsto pasar. Si hago mal algún cálculo o me falla el proveedor y me quedo sin combustible, el coche se para y no anda más.

—¿Crees que estos coches automáticos sustituirán a los tirados por caballos? —preguntó la princesa.

—No le quepa la menor duda, alteza. Algún día todos los coches serán como este... Pero no sé si viviremos lo suficiente para verlo. Hay mucha gente que se ríe de estos vehículos, pero yo estoy convencido de que son el futuro.

Hartos de la censura

Marcelino Calleja apuraba sus últimas horas en San Sebastián antes de regresar a Madrid. Había enviado una breve nota a su periódico sobre el extraño artilugio que se había comprado el excéntrico aristócrata para desplazarse, y decidió acudir al café de la Marina, frecuentado por otros periodistas de la ciudad a los que había conocido a lo largo del verano. Allí estaban los corresponsales de *La Época* y de *El País* y algunos redactores de periódicos vascos.

—Nuestros sacrificios y esfuerzos han sido inútiles —se lamentó uno de ellos.

—No sé para qué hemos corrido tantos riesgos durante los motines —apostilló otro.

—Pues yo me he gastado una fortuna en telegramas que nunca han llegado a su destino —añadió un tercero.

—Buenas tardes, amigos —saludó Marcelino—. No hace falta que me deis más pistas: sé perfectamente de qué estáis hablando. Se trata del «gabinete negro» de Gobernación, de esa mano «inocente» que reescribe nuestras crónicas.

—En efecto, Marcelino, únete a nuestra protesta contra la censura.

—Como sabéis, yo nunca había estado antes en San Sebastián. Al principio, me sorprendió lo lejos que están las oficinas de telégrafos. ¿A quién se le ocurriría instalarlas en un extremo de la ciudad? Cuando llegué, por fin, a la puerta del edificio, descubrí que aún tenía que subir dos pisos. ¡Como para unas prisas! Después, sufrí en mis propias carnes sus deficiencias...

—Fue cuando te enteraste de que durante las tormentas el servicio deja de funcionar, ¿verdad? —le interrumpió uno de sus compañeros.

—Y que tienen preferencia los telegramas oficiales —añadió otro.

—Y a veces los envíos oficiales se prolongan durante horas y horas —agregó un tercero.

—Es que las máquinas, además de malas, deben de ser muy antiguas... —insistió Marcelino.

—Pero no cambiéis de tema —zanjó el corresponsal de *La Época*—. Lo más grave de todo es la censura.

—Por supuesto. Es una condena ver nuestra firma al pie de telegramas confusos y mutilados que disfrazan la verdad.

—No hay corresponsal que pueda responder de sus despachos tal y como llegan a su redacción —afirmó Calleja.

—Pues contémoslo en nuestras próximas crónicas. Mejor será que nuestros lectores sepan lo que está pasando.

Cuando Marcelino regresó a Madrid, le dieron la peor noticia que esperaba recibir: su periódico, *La Iberia*, en el que había aprendido todo lo que sabía hasta ese momento de su profesión y muchas otras cosas de la vida, echaba el cierre. Después de trece años entregado en cuerpo y alma al diario, tendría que empezar de nuevo. Lo que no se imaginaba era que, a veces, Dios escribe recto con renglones torcidos.

Onomástica de sangre

El verano más complicado de cuantos recordaba María de las Mercedes parecía llegar a su fin. Las obras de reforma del Palacio Real madrileño ya habían concluido y Sagasta, restablecido de sus cólicos, se encontraba de regreso en Madrid. La reina había dispuesto que en cuanto pasara la celebración del santo de la Princesa de Asturias retornarían a la capital. Aquella mañana del 24 de septiembre de 1893 en las cocinas de Miramar se preparaba un menú especial para celebrar la onomástica cuando se recibió un telegrama urgente de Barcelona.

Al finalizar el desfile militar celebrado en la Gran Vía de Barcelona para solemnizar el santo de la heredera de la Corona, el capitán general de Cataluña, Arsenio Martínez Campos, había sufrido un atentado. El general resultó herido levemente, pero otras dieciséis personas presentaban lesiones de diversa consideración; una de ellas, un guardia civil al que la bomba destrozó las piernas y el vientre, estaba muy grave.

La familia real suspendió todo tipo de celebración y la reina se encerró en su despacho a la espera de recibir más información. María de las Mercedes y María Teresa sabían perfectamente quién era el general Martínez Campos, pues su madre se lo había presentado en muchas ocasiones. Les había dicho que era uno de los hombres que más ayudó a su padre en la restauración de la monarquía, y ellas nunca podrían olvidar a las personas que se habían portado bien con su progenitor.

—No puedo evitar pensar que el desfile se ha celebrado porque hoy era mi santo... —se lamentó Mercedes ante su hermana.

—Quizá lo hubiesen hecho también otro día —le respondió Teresa.

A la estación telegráfica de Miramar estuvieron llegando despachos durante todo el día. «Detenido autor atentado». Era un anarquista que se llamaba Paulino Pallás, a quien varios guardias civiles le vieron lanzar una de las dos bombas Orsini que arrojó a los pies del caballo del general Martínez Campos. La explosión provocó una herida en una pierna al general, que además sufrió una contusión en el hombro al caer del caballo. La bomba destrozó las patas delanteras y el pecho del animal, que murió en el acto. Otros cinco caballos resultaron heridos. Al ver el enorme destrozo

ocasionado por las bombas, el terrorista lanzó al aire su gorra y, entusiasmado, gritó: «¡Viva la anarquía!». Inmediatamente después fue detenido.

Esa misma imagen de horror hizo que la multitud huyera despavorida y en la avalancha se produjeron más muertos y heridos. Cuando empezaron las carreras, un niño de seis años quedó separado de su madre, la gente le atropelló y el pequeño murió aplastado bajo los pies de los que huían. Un hombre francés, empujado por la multitud, cayó encima de otro con tan mala fortuna que se clavó el bastón en un ojo. Para agravar aún más la situación, en el paseo lateral de la Gran Vía había unos cien carruajes estacionados y, con la estampida, muchos caballos se desbocaron y atropellaron a su vez a decenas de personas.

A Miramar seguían llegando telegramas con negras noticias: «Muere guardia civil herido en atentado. Otros dos agentes muy graves». «Jefe Estado Mayor, general Castellví, grave». A una de las heridas, Rosalía Barbé, de veinticuatro años, hubo que amputarle la pierna.

Al día siguiente del atentado, Barcelona se echó a la calle para despedir al guardia civil muerto. Hombres y mujeres de todas las clases sociales le brindaron una despedida conmovedora. Sobre el féretro de cinc, que llevaron en hombros sus compañeros, se colocó el tricornio y el sable del agente fallecido. Les seguía en una carretela el general Martínez Campos, a quien las heridas no le permitían recorrer a pie tan largo trayecto.

En San Sebastián, la familia real aceleró los preparativos del viaje de regreso a Madrid y la reina entregó nueve mil ochocientas pesetas a distintas organizaciones con fines benéficos, como la Misericordia, el asilo de niños, las hermanitas de los pobres, el Círculo Católico Obrero, el refugio, las siervas de María y al alcalde de San Sebastián, con el encargo de que repartiera sus ayudas entre los pobres de acuerdo con los párrocos.

Cuando la familia real se disponía a abandonar el palacio, llegó otra mala noticia: Sagasta se había fracturado el peroné de la pierna derecha tras una caída fortuita mientras paseaba por uno de los laterales del canal del Lozoya. Después de transmitir un telegrama a la vivienda del presidente del Gobierno, la reina dio orden de que le enviaran información detallada sobre la evolución

del político a las distintas estaciones por las que iría pasando el tren de regreso a Madrid y salió de Miramar con sus tres hijos y la alta servidumbre.

Mercedes no recordaba haber visto a tanta gente en las calles de San Sebastián como la noche que emprendieron regreso a Madrid. La multitud cantaba, a modo de despedida, el «Gernikako arbola» y lanzaba vivas a la familia real, como queriendo compensar un verano con demasiadas complicaciones.

—Mamá, ¿son normales las cosas que están pasando? —preguntó a su madre en el coche que les llevaba a la estación—. Primero, los motines; después, las bombas; ahora, el presidente del Gobierno se rompe una pierna...

—Quiera Dios, Pola, que todo haya sido una mala racha, pero ya hablaremos en otro momento. Ahora sonríe y saluda a todas esas personas que han salido a despedirnos. Si nos ven preocupadas, pensarán que las cosas están mucho peor de lo que están.

En cuanto el tren arrancó, tras la habitual ceremonia en la estación, Mercedes pasó al vagón de la reina para continuar la conversación a solas antes de retirarse a dormir, pero María Cristina estaba dando instrucciones a sus colaboradores para que, en cuanto llegaran a Madrid y se instalaran en el alcázar, el jefe superior de palacio, duque de Medina Sidonia, saliera a visitar a Sagasta en su nombre. Mercedes se reunió con sus hermanos, que se distraían tratando de componer un rompecabezas, pero aquel juego no atrajo su atención y se retiró a uno de sus asientos a leer uno de los libros que le había recomendado la señorita Paula.

Cuando el tren paró en Vitoria, la reina recibió información detallada de la evolución del presidente. Tras la caída, Sagasta fue trasladado en brazos hasta la casa de un guarda del canal, cuya mujer le administró árnica para reducir el dolor y le prestó dos mantas porque tenía un frío intenso. Desde allí, fue conducido en su carruaje hasta su vivienda de la plaza de Celenque, a la que hubo que subirle también en brazos. Cuando su criado le desnudó entre terribles dolores, presentaba enormes hematomas en la pierna y una impresionante inflamación. Además de la fractura del peroné, sufría distensión de las articulaciones y dislocación del tobillo. Los médicos tuvieron que reducir la fractura y la luxación, le aplicaron unos vendajes y le

administraron una solución de morfina y azahar con agua destilada que tranquilizó al presidente. Para bajar la inflamación, le humedecían cada cierto tiempo el apósito con agua fría. En la portería de su vivienda se había colgado el parte facultativo junto a numerosas hojas en blanco para que firmaran quienes acudían a interesarse por su salud. Ante la imposibilidad de trasladar al presidente del Gobierno, los próximos Consejos de Ministros se celebrarían en la residencia de Sagasta.

Los primos se van a la guerra

Mercedes no podía creerse lo que había oído comentar por casualidad en las galerías de palacio. A sus trece años, empezaba a sentir que el mundo apacible y seguro que la rodeaba corría el riesgo de desmoronarse. La única que podía sacarla de dudas era su madre, pero la reina tenía dadas instrucciones muy precisas para que no se la interrumpiera en sus horas de trabajo. Si ella o sus hermanos necesitaban consultarle algo urgente, tenían que hacerlo por cartitas que entregaban metidas en un sobre a la alta servidumbre de palacio. Pero eso solo funcionaba cuando se trataba de preguntas sencillas, como «¿Qué vestido me pongo para el paseo?» o «¿Puedo montar tal caballo?». En este caso, era mejor hablar personalmente con su madre, por lo que prefirió aguardar pacientemente hasta la hora del almuerzo para preguntarle.

—Mamá, mami, ¿es verdad que ha empezado la guerra y que Carlos y Fernando se han alistado? —planteó la princesa.

—Sí, Mercedes.

—Pero ¿y si les matan? —interrogó angustiada la niña a su madre.

—Fernando y Carlos han pedido permiso a su padre para alistarse y este se lo ha concedido. Después, han solicitado mi autorización, y yo también se la he dado.

—¿Y no te da miedo que les pueda pasar algo en la guerra?

—El deber de una reina es animar a los militares a que defiendan la nación cuando ha sido atacada. Yo no podría mandar a otros soldados a luchar si disuadiera de hacerlo a mi propia familia. Tu padre también luchó en la guerra, y tu abuela, la reina Isabel, no intentó frenarle.

—Pero la abuela debió de estar muy preocupada mientras duró la guerra —insistió la niña.

—Claro que estaba preocupada y rezaba mucho por él, pero también estaba orgullosa de la valentía de su hijo.

—Entonces, ¿debemos estar orgullosos de Carlos y Fernando?

—Por supuesto, Pola, porque además el gesto de Fernando y de Carlos es muy hermoso. Como sabes, ellos no son españoles y no tienen ninguna obligación de defender Melilla. Sin embargo, ya llevan cinco años viviendo

en España y sirviendo al Ejército en el que se han formado, y han considerado que era su deber luchar por la nación que les ha acogido. Y, Mercedes, aunque no es correcto hablar de dinero, hay algo que quiero que sepas y que no olvides nunca: Fernando y Carlos no reciben ni han recibido nunca sueldo del Ejército español.

—¿Y de qué viven?

—Su familia tampoco es rica, pues los Caserta perdieron casi todas sus propiedades cuando les destronaron. Aunque su padre les asignó una pequeña dotación, les hubiera venido muy bien un sueldo... Dicho esto, lo único que tu puedes hacer por Fernando y Carlos y por los demás soldados españoles es rezar para que vuelvan triunfantes lo antes posible y sanos y salvos.

Tres días antes, el 3 de octubre de 1893, unos seis mil guerreros de las distintas tribus magrebíes que habitaban las montañas que bordean Melilla habían atacado a los cuatrocientos soldados que protegían el perímetro de la ciudad. Los españoles pudieron afrontar la desventaja numérica desde el recinto fortificado, aunque con importantes bajas, pero al defenderse derribaron con los cañones una mezquita. A partir de ese momento, aquel conflicto que empezó siendo territorial derivó en una llamada de los musulmanes a la guerra santa. A la vez que los guerreros marroquíes se sumaban a la yihad, desde la península se enviaban soldados españoles para reforzar la defensa de Melilla.

Nadie confiaba en una solución diplomática del conflicto, porque el sultán de Marruecos se encontraba en aquellos días en una lejana localidad más allá del Atlas y el mensajero con la reclamación del Gobierno español tardaría diecisiete días en llegar y otros tantos en volver con la respuesta. La solución inmediata era, por tanto, militar. La movilización de las tropas ocasionaría unos gastos muy elevados al Estado, pero nadie criticó en aquel momento la decisión.

En cuanto conocieron los hechos, los hijos del conde de Caserta pidieron permiso a la reina para ofrecerse como voluntarios a defender el enclave español. Esa misma mañana María Cristina transmitió la petición de sus sobrinos al Consejo de Ministros, reunido en el alcázar, y el Gobierno aprobó el alistamiento de Fernando y Carlos de Borbón. Al primero le destinó a las

órdenes del capitán Gómez de la Calle y al segundo a las del general García Margallo.

Fernando y Carlos regresaron a palacio para despedirse de su tía y de sus primos, y María de las Mercedes se dio cuenta en aquel momento del inmenso cariño que sentía por ellos. La idea de que les ocurriera algo y no les volviera a ver la llenaba de tristeza. Ese mismo sentimiento lo compartían miles de madres, hermanas, hijas y novias de otros tantos militares que marcharon en aquellos días hacia Melilla. Todo el mundo parecía estar de acuerdo en que si España era atacada, había que enviar a las tropas a defenderla; pero nadie estaba preparado para perder a un ser querido en el campo de batalla.

Los hijos del conde de Caserta viajaron inmediatamente hacia Melilla, donde muy pronto salieron a combatir contra los guerreros marroquíes. A Carlos le tocaron las posiciones más peligrosas, que eran las que siempre escogía su general, quien se lanzaba al campo de batalla dispuesto a morir. Margallo se exponía a sí mismo y a quienes le acompañaban.

Tal y como había hecho el verano anterior en Miramar, la princesa volvió a mostrar interés por lo que decían los periódicos y empezó a leer con enorme preocupación las crónicas que llegaban de Melilla en busca de cualquier detalle sobre sus primos. Los periodistas mencionaban de cuando en cuando a Fernando y con más frecuencia a Carlos. Destacaban la valentía con la que los dos oficiales salían a luchar.

Las noticias que más llamaban la atención de la niña eran las de los padres y madres de soldados heridos que trataban de viajar a Melilla para cuidar a sus hijos. El Ejército no solía permitir esta práctica pero, guiados por un amor extremo, los progenitores lograban viajar ocultos, como polizones, en los vapores que cruzaban el Mediterráneo. Mercedes se ponía en la piel de las familias: «Yo también intentaría viajar a Melilla si fuera la madre de un soldado herido», pensaba.

En los periódicos, descubrió otra noticia que llamó su atención: el hombre que el día de su santo había lanzado las dos bombas en Barcelona contra Martínez Campos y que había sido condenado a muerte dejó escrita una carta que se publicó dos días después de su fusilamiento. En ella decía que la sociedad estaba «mal constituida y peor gobernada» y por ello quería

destruirla. Afirmaba que respetaba al general Martínez Campos, «como soldado y como caballero, pero he querido herirlo, he querido deshacer uno de los muchos pilares sobre los que descansa el actual estado de las cosas en España». Y añadía: «Al realizar mi acto no me impulsaba otro móvil que el de sacrificar mi vida en beneficio de mis hermanos de desgracia...». Los argumentos de aquel hombre le parecían muy extraños. Tendría que preguntar a sus profesoras quiénes eran los anarquistas y por qué actuaban de aquella manera.

Pero en aquel momento las noticias que más preocupaban a María de las Mercedes eran las procedentes de Melilla. El 27 de octubre Margallo y sus hombres salieron a combatir y por la noche no habían regresado a la plaza militar. Enviaron a dos presidiarios a intentar comunicarse con el general, pero tampoco volvieron esa noche ni en la madrugada ni en la mañana siguiente. Las noticias que llegaban a Madrid eran pocas e inquietantes. Los musulmanes habían cortado los cables telefónicos que comunicaban la plaza con los fuertes y muchas de las palomas mensajeras que utilizaba el Ejército para enviar los informes caían en las garras de los gavilanes al poco tiempo de emprender el vuelo. Asistir a los heridos se había convertido en una operación altamente complicada, ya que las mulas que tiraban de los carros para ir a recogerlos caían al suelo muertas o heridas por las balas enemigas.

La reina y el Gobierno aguardaban inquietos noticias del general Margallo. Mercedes preguntaba a su madre por sus primos, pero empezó a sospechar que ella no le contaba toda la verdad. El día y medio que estuvieron sin saber nada del general se hizo interminable en el alcázar, y cuando finalmente llegaron noticias del frente, no podían ser más tristes. Margallo y sus militares habían pasado toda la noche en el fuerte de Cabrerizas Altas, sin poder salir por los ataques de los marroquíes. Desde la plaza se decidió enviarles por la mañana unos carros con víveres, fuertemente protegidos. Cuando el general los vio llegar, decidió salir del fuerte para reforzar la defensa, pero apenas había recorrido cien metros cuando cayó muerto con tres heridas de bala: una en la mejilla, otra en la oreja y la tercera en el cuello. Margallo murió a las diez de la mañana, pero su muerte se ocultó a los soldados del fuerte para no desmoralizarles. No se les comunicó la muerte del general hasta que vencieron y los enemigos huyeron. «Aquí todo

el mundo cree que Margallo salió ayer de la plaza dispuesto a que le mataran», aseguraba el enviado especial de *La Correspondencia de España*. Las crónicas añadían que en el fuerte habían quedado otros cinco militares muertos y ochenta y dos heridos. «Cualquiera de ellos podía ser Carlos», pensó la princesa llena de angustia.

Mamá, dime la verdad

Mercedes siguió leyendo el periódico y, de repente, le dio un vuelco el corazón: «Ayer tarde se han recibido algunos telegramas particulares de Melilla diciendo que se ignora el paradero del hijo del conde de Caserta». Buscó más información, pero eso era todo. Leyó los otros periódicos y en *La Dinastía* encontró otra noticia inquietante: «A consecuencia de los últimos sucesos, ha muerto el teniente coronel del regimiento de Cuba, don Buenaventura Cano, y está herido el hijo del conde de Caserta, teniente de artillería. Hay además treinta muertos y cien heridos». También *La Unión Católica* hacía referencia a su primo, al que ya se conocía por el título de su padre: «Entre los heridos está el conde de Caserta, cuyo caballo recibió tres balazos».

La princesa cogió los periódicos, se dirigió al despacho de la reina y pidió al jefe superior de palacio hablar con su madre. María Cristina, que estaba revisando el correo, la hizo pasar inmediatamente.

—Mamá, por favor, dime la verdad, ¿cómo están Fernando y Carlos? ¿Están vivos? He leído en un periódico que uno de ellos está herido y en otro diario que está desaparecido. Ya sé que no quieres que me preocupe, pero soy lo suficientemente mayor como para que me digas la verdad —le imploró.

—Tranquila, Pola, tus primos están bien. Te estoy diciendo la verdad —respondió la reina.

—¿Y los periódicos? ¿Por qué se van a inventar que está herido o desaparecido, si no lo está? —insistió.

—Los periodistas están teniendo muchas dificultades para enviar sus telegramas desde Melilla y, a veces, se publican sus crónicas con retraso, que es lo que ha pasado hoy. Fue hace dos días cuando no se sabía nada de Carlos. Él estaba con el general Margallo cuando le mataron y hasta que no terminó el combate nadie supo qué había ocurrido en el fuerte. Es verdad que hirieron a su caballo, pero Carlos solo tiene lesiones superficiales. De hecho, no le van a trasladar a la península para que se restablezca porque los médicos dicen que en unos pocos días podrá estar combatiendo de nuevo.

—¡Qué alegría, mamá! —exclamó Mercedes y corrió a abrazar a su madre, aliviada con la noticia—. Pero ¿cuándo va a acabar esta guerra?

—No lo sé. Esperemos que muy pronto, pero lo cierto es que no ha transcurrido ni un mes y ya han muerto muchos hombres. Las guerras se sabe cuando empiezan, pero nunca cuándo terminan —respondió la reina. Después de tranquilizar a su hija, María Cristina agregó—: Pola, te recuerdo que hace unos días llegó el piano que tanto deseabas y que ya está instalado y afinado, a la espera de que lo estrenes.

—Sí, mamá, pero estaba tan preocupada que no tenía ganas de hacer nada. Ahora estoy deseando tocarlo.

La reina había adquirido un gran piano de cola a la casa Steinway de Nueva York, similar a otro que había comprado para el palacio de Miramar. Igual que hizo en aquella ocasión, María Cristina invitó al maestro Albéniz para que inaugurara con un concierto el nuevo instrumento musical. Después de aquella racha de sobresaltos y malas noticias, la familia real intentaba recuperar la vida apacible y ordenada de siempre.

Sin embargo, la tranquilidad apenas duró unos pocos días en el palacio. A las dos y media de la tarde del 3 de noviembre la bahía de Santander fue escenario de la mayor tragedia civil de la historia de España: quinientas noventa personas perdieron la vida y quinientas veinticinco resultaron heridas al explotar el barco *Cabo Machichaco*, que se encontraba atracado en el muelle de Santander con más de cincuenta toneladas de dinamita a bordo que no habían sido declaradas. La mayor parte de las autoridades civiles y militares de la ciudad murieron en la explosión, así como los bomberos y las tripulaciones de otros barcos que acudieron en auxilio del *Machichaco*.

En la medianoche del 7 de noviembre otra noticia urgente obligó a interrumpir el sueño de la reina. Había estallado una bomba en el Teatro Liceo de Barcelona dejando un reguero de muertos y heridos. María Cristina apenas logró descansar unas horas aquella noche, aunque tuvo que esperar a la mañana para conocer los detalles del atentado.

La noche anterior se había inaugurado la temporada de ópera en el teatro barcelonés, símbolo de la burguesía catalana. Se representaba *Guillermo Tell*, de Rossini, y durante el segundo acto un hombre que asistía a la función desde la quinta planta del teatro arrojó por la barandilla dos bombas Orsini al patio de butacas. La primera estalló en la fila trece y la segunda cayó en las faldas de una mujer, que murió en el acto y amortiguó con su cuerpo el golpe,

lo que evitó la detonación del segundo artefacto explosivo. El panorama era terrible: siete personas perdieron la vida como consecuencia de las graves heridas y otras trece agonizaban ensangrentadas en medio del caos y la confusión. Acomodadores y músicos de la orquesta trataban de auxiliar a los heridos y el público intentaba huir despavorido mientras la policía bloqueaba la salida del teatro para detener al autor del atentado. Aun así, este logró escapar. En el Palacio Real, como en la mayoría de los hogares españoles, la noticia provocó una enorme conmoción.

—*Miss Paula*, ¿tú crees que han sido otra vez los anarquistas? —preguntó la Princesa de Asturias a su institutriz.

—Tiene todo el aspecto de que han sido ellos por el tipo de bomba empleado, por el público contra el que han atentado, por el lugar escogido... —le respondió.

—¿Y quiénes son los anarquistas?

—Ellos dicen que lo que quieren es cambiar el mundo, pero en realidad son unos asesinos con coartada. No les importa morir si lo hacen matando a los que consideran sus enemigos, que son todos los que no piensan como ellos.

—¿Y hay muchos anarquistas? —insistió María de las Mercedes.

—No se sabe cuántos hay porque viven ocultos. Si la policía los descubre, los detiene; por lo que ellos procuran pasar inadvertidos. Pero, alteza, creo que hemos hablado bastante de los anarquistas y del tiempo presente, y ya va siendo hora de empezar a repasar las lecciones de historia, aunque algún día esto también será historia.

Tras el atentado del Liceo, el miedo a nuevas matanzas vació los teatros de Barcelona durante algún tiempo y, a finales de enero de 1894, la policía logró detener al autor del ataque, que había huido a su pueblo natal de Teruel. Se llamaba Santiago Salvador Franch, había emigrado con dieciséis años a Barcelona, donde estableció una taberna que fracasó y desde entonces se ganaba la vida vendiendo alcohol de contrabando. Empezó a frecuentar círculos anarquistas y conoció personalmente a Paulino Pallás, el autor del atentado contra Martínez Campos y a quien deseaba emular. Cuando Pallás fue ejecutado, Salvador Franch quiso vengar su muerte. Con ese fin consiguió hacerse con dos bombas Orsini, pidió a su mujer la peseta que costaba una

localidad en el gallinero del Liceo y perpetró el atentado contra la burguesía a la que quería aniquilar. Durante el juicio, Salvador Franch aseguró que «me era indiferente matar a unos o a otros. Mi deseo consistía en sembrar el terror y el espanto».

¿España o América?

El periodista Marcelino Calleja estaba lleno de dudas. A sus treinta años se encontraba sin saber qué hacer. Desde que murieron sus padres tenía su vida familiar vacía, pero hasta ese momento no se había dado cuenta. El trabajo en el periódico le había mantenido tan ocupado que no había tenido tiempo de pensar en sí mismo. Ni siquiera se había planteado la posibilidad de casarse y fundar una familia. Tampoco había conocido a ninguna mujer por la que mereciera la pena cambiar su forma de vida y adquirir un compromiso. Ahora tenía que elegir entre dar un giro radical o continuar haciendo en otro diario lo mismo que había hecho hasta ahora. Lo primero le producía vértigo ante la incertidumbre y lo segundo, aburrimiento porque creía que todas las cabeceras estaban demasiado condicionadas por los partidos políticos. Tras el cierre de *La Iberia*, le habían ofrecido incorporarse a la redacción de otros periódicos, pero en aquel momento sentía la necesidad de alejarse de esa profesión.

En uno de los cafés que solía frecuentar había conocido a un veterano periodista, Jerónimo Becker, con quien compartió sus reflexiones.

—Marcelino, tú tienes talento, pero no tienes referencias, y un periodista sin referencias no tiene capacidad para analizar. Se convierte en un mero narrador de hechos. Eres como un loro que repite lo que oye, y eso es aburridísimo. Si a ti te aburre escribirlo, leerlo es un auténtico tostón.

—¿Referencias? ¿A qué te refieres con referencias? —preguntó Marcelino.

—A la capacidad de comparar hechos, situaciones. Tienes que salir de España, viajar, ver, observar y escuchar. Cuando veas cómo resuelven los problemas los demás, podrás contemplar la realidad española con suficiente distancia y entonces, solo entonces, estarás preparado para analizarla.

—¿Pero tú crees que algún periódico español va a querer publicar el análisis de un periodista independiente y con criterio?

—Si hasta ahora te has ganado la vida como un periodista del montón, más fácil te será ganártela cuando aportes algo diferente. Ya no basta con escribir bien; también es necesario contar historias y analizarlas. El periodista tiene que ser más culto que el lector y tener más información que él. Y para

eso tienes que leer constantemente, viajar, conocer el mundo y poder comparar.

—¿Y adónde debo ir?

—Da igual, a Europa o a América.

—Pero viajar es muy caro. Se me acabarían los ahorros enseguida.

—Lo natural es que en pocas semanas encuentres un trabajo que te permita vivir. Vete a Argentina, a Venezuela, a México... Y vuelve dentro de unos años.

Los consejos de Becker fueron calando en Marcelino, quien cada vez se sentía más decidido a cruzar el Atlántico. Aquella noche tardó horas en conciliar el sueño, agitado por la idea del viaje, y pocas semanas después su decisión de partir era firme. Tras consultar con amigos y conocidos, estos le hicieron ver que necesitaba una carta de recomendación que le abriera las puertas en su destino. Todos los meses llegaban miles de emigrantes españoles e italianos a las Américas en busca de un trabajo y, sin la carta de recomendación, podría tardar mucho tiempo en encontrar el empleo que necesitaba. Solo conocía a una persona que pudiera echarle una mano: el diplomático Ricardo Díaz González, cuyo hermano, ingeniero de profesión, había emigrado años atrás a Venezuela con la intención de participar en la construcción del ferrocarril de La Guaira a Caracas.

Díaz González se quedó asombrado con la repentina decisión de Marcelino, pero le entregó la carta de recomendación más elogiosa que se pudiera imaginar. El periodista le contó que pondría en alquiler la casa que le habían dejado sus padres, por si las cosas le salían mal y tenía que regresar con una mano delante y otra detrás. Su intención era viajar solo con sus ahorros. El pasaje hasta América oscilaba entre las ciento noventa pesetas que costaba el billete en tercera clase y las quinientas de un camarote de primera. Había muchas navieras españolas, italianas y holandesas que enlazaban los puertos españoles con los americanos, y aunque todas ofrecían unas condiciones lujosas, con camareros y cocineros a bordo, alumbrado eléctrico e incluso ventiladores en los camarotes, Marcelino sabía que en muchas ocasiones no se cumplían todas esas promesas. Aunque no debía despilfarrar una peseta, los testimonios de los emigrantes que iban en tercera le disuadieron de viajar en esa clase. Pagaría las doscientas cincuenta pesetas

que le costaba ir en segunda. Si compraba un pasaje de ida y vuelta, y regresaba antes de que transcurriera un año, le hacían un descuento del 50 por ciento. Su idea era permanecer más tiempo, pero si las cosas le iban mal, al menos tendría la vuelta asegurada.

Todos los días 15 de cada mes salía desde Cádiz un barco de la Compañía Transatlántica Española que hacía escala en Las Palmas, Santa Cruz, Puerto Rico, La Habana, Puerto Limón, Sabanilla, Curaçao y Puerto Cabello antes de llegar a La Guaira. Necesitaba reunir la documentación que se le exigía y para ello tenía que ir al ayuntamiento, a sanidad, al consulado, al juzgado y al cuartel del Ejército.

Marcelino dedicó casi un mes a realizar los trámites y a despedirse de sus amigos y conocidos. Después preparó su equipaje, cambió sus ahorros por monedas de oro y el 15 de diciembre de 1893 partió en tren hasta Cádiz, donde embarcó en un vapor rumbo a América. Se había propuesto escribir un cuaderno de viaje, a modo de diario, que empezó en cuanto el tren abandonó la estación. A medida que el ferrocarril se alejaba, aumentaba su sensación de libertad, pero también de vértigo ante la incertidumbre que le aguardaba. Anotaba sus impresiones y las descripciones de los pueblos que atravesaba hasta que llegó al puerto de Cádiz, donde descubrió una multitud de emigrantes harapientos y con cara de hambre que se despedían de sus familias antes de embarcar. Los más fuertes daban ánimos a sus padres, esposas o hijos y les prometían que pronto les mandarían dinero para que fueran a reunirse con ellos. Los más débiles desistían en el último momento y renunciaban al viaje. La mayoría soportaba la despedida con un nudo en la garganta, mezcla de pena y temor. Cuando el barco se alejó de la costa, Marcelino quiso grabar en su memoria su última imagen de España. «¿Quién sabe si algún día volveré o no?», se preguntó.

Marcelino aprovechó la travesía para recorrer todas las estancias del barco. Se estremeció al descubrir las deplorables condiciones de quienes viajaban en tercera clase y el lujo insultante de los camarotes de primera. Conoció a honestos trabajadores que aspiraban a salir de la pobreza, a estafadores que buscaban nuevas víctimas, a mozos que huían clandestinamente del servicio militar, a esposas que iban a reunirse con sus maridos, a madres solteras que buscaban un ambiente con menos prejuicios

morales que sus pueblos, a mujeres con niños que iban en busca de unos maridos que habían dejado de dar señales de vida, a aventureros, a religiosos e incluso a niños que viajaban solos.

Pero el tercer día de navegación conoció a otro hombre, algo mayor que él, que casi siempre estaba en cubierta observando el mar, las puestas de sol o las estrellas. Igual que él, tomaba notas en un cuaderno. Se llamaba Alejandro Salcedo, era científico e iba a participar en un viaje de exploración por el Orinoco. Como él, desembarcaría en La Guaira y se dirigiría a Caracas para recabar los permisos necesarios e incorporarse al resto de la expedición. Pronto se hicieron grandes amigos.

La primera vez que Calleja se asombró ante un espectáculo de la naturaleza fue cuando divisó el Teide al aproximarse el barco a Tenerife. No entendía cómo era posible que a esas latitudes tan cálidas se conservaran en su cima las nieves perpetuas.

—Es la altitud, Marcelino, la que marca la temperatura del Teide; no la latitud —le explicó Alejandro.

El científico también le ayudaba a divisar las ballenas a lo lejos, a distinguir los delfines de los tiburones y, en cuanto se acercaron a aguas más cálidas, le explicó por qué el mar de los Sargazos estaba cubierto de algas secas y de restos de embarcaciones, agrupados por las corrientes marinas. Calleja se asombraba con los peces voladores y todos los atardeceres acompañaba a Salcedo a tratar de divisar el famoso rayo verde en las puestas de sol del que hablaba Julio Verne.

—Pero ¿estás seguro de que existe? Porque llevamos dos semanas, y hasta ahora no hemos visto ninguno —se impacientaba el periodista.

Entre las historias humanas que había conocido en el barco y los hallazgos científicos que le descubría Alejandro, Marcelino empezó a comprender a qué se refería Jerónimo Becker cuando le decía «Tú no tienes referencias». En apenas una semana, había descubierto un mundo que hasta ahora no sabía no que existía.

—Cuando tenía mi columna en el periódico, a veces no sabía qué contar, y ahora que tengo tantas cosas que contar, sin embargo, no tengo dónde hacerlo —se lamentaba Marcelino ante su nuevo amigo.

Calleja y Salcedo se propusieron bajar del barco en todas las escalas en las que se les permitiera y, mientras embarcaban y desembarcaban pasajeros y mercancías, ellos aprovechaban para conocer aquellas poblaciones tan distintas a cuanto habían visto hasta entonces. En una de esas escalas, Marcelino propuso a su compañero visitar un prostíbulo.

—¿Estás loco, Marcelino? Esas mujeres tienen gérmenes de viajeros procedentes de todo el mundo. Espérate a Caracas y ya buscaremos algún lugar higiénico —exclamó su amigo para disuadirle y Calleja obedeció.

Cuando llegaron a La Habana, les sorprendió volver a estar en territorio español, después de tantos días de navegación. Justo antes de atracar en Puerto Limón, Calleja se sintió indispuesto con una fuerte diarrea y fiebre que le impidieron desembarcar hasta su destino. Salcedo le hacía beber un extraño brebaje de agua, limón, azúcar y bicarbonato, con el que pronto se recuperó.

Los últimos días en el barco fueron de despedida. En las escalas se habían subido algunos españoles que regresaban a su país en circunstancias muy diferentes. Los había que volvían ricos, pero otros lo hacían enfermos o tan pobres como cuando salieron. Aun así, todos les dieron algún consejo que Marcelino y Alejandro escuchaban con atención. Cuando llegaron a su destino y abandonaron el barco en La Guaira, a Calleja y Salcedo les aguardaba una escena estremecedora. El capitán del buque exigía a un pobre hombre que volviera a subir a la embarcación y regresara a España. El hombre se había comprometido a pagar su viaje trabajando durante la travesía, pero como había caído enfermo no había podido cumplir su promesa.

—Alejandro, ¿qué podemos hacer? —preguntó Calleja.

—Vamos a tratar de convencer al capitán para que le deje.

Pero el capitán era un hombre endurecido. Decía que había sido engañado en muchas ocasiones anteriores y que no iba a aceptar «ni un engaño más». Mientras discutían, el hombre lloraba sentado en el suelo del muelle al ver todos sus sueños rotos, pero incluso, en esas circunstancias, mantenía un aire de respetabilidad.

—Está bien, basta ya. ¿A cuánto asciende el importe del pasaje? —preguntó Marcelino al capitán en un arrebato de humanidad.

—Con ciento treinta pesetas queda zanjada su deuda, porque los primeros días sí trabajó.

Marcelino hurgó en su saquito de cuero y, sin pensarlo mucho, entregó al capitán el equivalente en oro. El hombre no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Señor, le juro que algún día, en cuanto pueda, se lo devolveré. Tengo una enorme deuda con usted, que ha confiado en mí sin conocerme de nada. Dígame qué puedo hacer por usted y permítame presentarme. Quiero saber el nombre del ángel que me ha enviado Dios en este momento tan difícil.

—Me llamo Marcelino Calleja, soy periodista y vengo de Madrid a buscar trabajo a Venezuela.

—Manuel Cienfuegos, para servirle, señor. Yo también vengo a buscar trabajo. Hago instalaciones eléctricas, pero tenía la mala costumbre de no cobrar por adelantado y en la última que hice gasté todos mis ahorros en el material y la mano de obra, y nunca me pagaron.

Marcelino, Alejandro y Manuel viajaron juntos hasta Caracas y se hospedaron en la misma pensión hasta que, transcurridos unos días, el científico se despidió rumbo al Orinoco y el electricista partió hacia El Hatillo, donde se le contrató para participar en el proyecto de construcción de la central hidroeléctrica El Encantado, que aprovecharía la fuerza del río Guaire para alumbrar la ciudad de Caracas. Marcelino se quedó en la capital, a la espera de que regresara de viaje Juan, el hermano de Ricardo Díaz González, y entregarle su carta de recomendación. Apenas le quedaba dinero para subsistir un par de semanas.

Cuando el ingeniero Juan Díez Fernández regresó a Caracas y encontró la tarjeta de Marcelino Calleja con el mensaje de que venía de parte de su hermano, le envió recado a la pensión para que fuera a visitarle.

—Mire, Marcelino, yo necesito un ayudante de confianza, sano y prudente, que sepa escribir correctamente y que me ayude con todos los trámites necesarios para realizar los trabajos. Tendrá que acompañarme en los viajes. Este país está haciendo caminos, carreteras, túneles y tendidos ferroviarios, pero los gobernantes, que son quienes contratan, también quieren llevarse su parte. Aquí sigue habiendo la misma... llamémosla burocracia... que antes de la independencia. A veces, es más difícil llegar a

un acuerdo con ellos que resolver las dificultades técnicas de la obra, y le aseguro que son muchas.

—Con toda honestidad, tengo que confesarle que no tengo ningún conocimiento de ingeniería —precisó Marcelino.

—Ese conocimiento lo tengo yo, lo que espero de usted es que me descargue del trabajo burocrático: los informes, las licencias, los contratos... y que me sea leal.

—En ese caso, cuando usted disponga, me incorporo.

Marcelino empezó a trabajar inmediatamente con Juan Díaz González con las funciones más extrañas que se hubiera podido imaginar. A veces su cometido consistía en asistir a debates parlamentarios para descubrir quiénes eran los diputados que más defendían o se oponían a una obra determinada. Pasaba días en los edificios administrativos tratando de obtener licencias y, en pocos meses, se recorrió gran parte del país, cuya naturaleza nunca dejó de asombrarle.

En muy poco tiempo se ganó la confianza de Juan Díez, que dejó de tratarle como a un empleado y le introdujo en su vida familiar y social. Empezó a recibir invitaciones y, en cuanto se corrió la voz de que en su anterior puesto de trabajo tenía como responsabilidad escribir de la familia real española, se convirtió en una de las presencias más deseadas en cualquier reunión social. Todos querían saber cómo eran la reina y sus hijos, qué comían, cómo vestían, cómo sonaban sus voces, si María Cristina tenía acento, cómo trataban al servicio, a qué hora se levantaban y acostaban, cuáles eran sus aficiones y si era verdad que el difunto Alfonso XII había tenido muchísimas amantes.

Juan Díez le pagaba generosamente y a Marcelino le asombraba la cantidad de dinero que cobraba, pero también lo que gastaba. Vivía en una buena casa de alquiler, disponía de coche y cochero y había tenido que encargarse elegantes fracs y levitas de tejidos frescos importados de Londres para poder mantener su vida profesional y social. En aquella Caracas, ir bien vestido era la mejor tarjeta de presentación para que se le abrieran todas las puertas. «Marcelino, ahorra parte de lo que ganas, porque aquí cada dos por tres caen los gobiernos, y no sabemos si los próximos querrán seguir

modernizando este país, ni si querrán seguir contando con mis trabajos, o preferirán que los hagan otros», le advertía Juan.

Calleja tomó buena nota del consejo y, a partir de ese momento, puso orden en sus gastos y empezó a ahorrar buena parte de sus ingresos.

Apartadas del mundo

A la infanta Isabel, asidua a fiestas, reuniones y cotillones, le preocupaba la vida monacal que llevaba su cuñada, la reina, y que esta imponía a sus hijos, especialmente a Mercedes, que, a sus trece años, apenas salía de palacio, si acaso para dar un paseo en coche de caballos por la Casa de Campo o el camino de El Pardo. Igual que a María Teresa, su madre la mantenía aislada de cualquier «mala influencia» mientras la formaba para ser una perfecta Princesa de Asturias. Hasta que su hermano Alfonso, que aún tenía nueve años, se casara y tuviera descendencia, Mercedes sería la heredera de la Corona, por lo que su madre no podía relajarse lo más mínimo con la educación de la niña.

Hacía ya ocho años que había muerto Alfonso, pero María Cristina mantenía el luto en sus vestidos y en sus costumbres. Isabel lamentaba que sus sobrinas no conocieran jóvenes de su edad con los que compartir piñatas, cabalgadas, reuniones y bailes. La infanta había trasladado su preocupación en varias ocasiones a su madre, la reina Isabel, cuyas costumbres en materia de hombres habían sido extremadamente relajadas.

—Si siguen así mis nietas, van a crecer tan lejos de todo hombre que a este paso el único que se casará con alguna de ellas será el obispo de Sión — afirmó con desparpajo la reina destronada.

No era fácil plantear esta cuestión directamente a María Cristina, que se sentía orgullosa de estar criando a sus hijas en un ambiente limpio de frivolidad. Una tarde, mientras conversaba con la reina, a la infanta Isabel se le ocurrió un plan.

—No me digas, Cristina, que aún no sabes cómo se baila el *pas de quatre* — comentó la infanta a su cuñada.

—Pero, Isabel, ¿cómo lo voy a saber? Ya sabes que no voy a bailes y mis hijas aún son muy jóvenes para asistir a ellos.

—La primera vez que yo vi el *pas de quatre* fue el pasado verano, en el casino de Biarritz, donde se puso de moda y, desde entonces, se ha ido extendiendo por los bailes de San Sebastián y de Madrid. Ahora no hay salón en el que no se baile.

—Pero ¿qué tiene ese baile de especial? —preguntó la reina, sorprendida por el interés de su cuñada.

—Ay, Cristina, no querrás que me ponga a bailar yo aquí sola. Te propongo una idea: si te apetece, invitamos a unas parejas de jóvenes conocidos y que te hagan una demostración.

—Me parece una idea estupenda y a las niñas las distraerá.

El 2 de febrero de 1894 varios jóvenes distinguidos de la aristocracia acudieron a las seis de la tarde al Palacio Real, invitados por la infanta doña Isabel, con el fin de bailar un *pas de quatre* delante de la reina. Como si acudieran a una gran fiesta, los chicos fueron a palacio con frac, algunos de ellos con el lazo rojo que les distinguía como grandes de España, y las jóvenes lucían vestidos de baile escotados y de telas tan finas que volaban con el menor movimiento. La ligereza de las invitadas contrastaba con la austeridad de la anfitriona, María Cristina, que iba ataviada con uno de sus habituales trajes de terciopelo negro con encaje blanco cerrado hasta la barbilla. La Princesa de Asturias y su hermana, la infanta Teresa, llevaban unos bonitos vestidos de color rosa con encaje, más apropiados para la infanta, que aún era una niña, que para María de las Mercedes, que ya empezaba a tener cuerpo de mujer. A la exhibición también asistieron las familias de los jóvenes bailarines y las damas que formaban la alta servidumbre de palacio. Aparentemente, en nada se diferenciaba aquella reunión de un gran baile.

Cuando la reina y sus hijas estuvieron preparadas para contemplar la exhibición, los bailarines se colocaron en sus puestos y las parejas empezaron a avanzar hacia adelante cogidas de la mano y a paso lento. A medida que iban alcanzando un punto determinado del salón, las parejas arrancaban a bailar, de una en una, a ritmo de vals. El contraste con el suave balanceo de las que aún no habían empezado a girar producía un hermoso efecto en quienes lo contemplaban. Los pies de María de las Mercedes se habrían puesto a bailar solos si la contención que le había inculcado su madre no los hubiera frenado. Por supuesto que ella sabía bailar el vals, y el cotillón, el rigodón, la mazurca y algunas otras danzas más. Como todas las niñas de la buena sociedad, había recibido clases de bailes de salón desde que era muy pequeña, pero, a sus trece años, no había asistido jamás a una puesta en

escena parecida. Le gustó el baile y la música, pero también le maravillaron los vestidos de las invitadas, mucho más atractivos que los trajes de calle y de ceremonia que le mostraban las modistas de la corte en los figurines llegados de París. Las jóvenes lucían también unos favorecedores peinados que resaltaban las pequeñas joyas que llevaban.

Cuando terminó la exhibición, María de las Mercedes estuvo conversando con ellas. Aquellas jóvenes, tres o cuatro años mayores que la princesa, eran mucho más alegres, simpáticas y divertidas que la mayoría de las señoras que la rodeaban. Pola tenía muy pocas ocasiones de tratar a chicas de su generación.

El regreso de los primos

Semanas después del baile, llegó a palacio la noticia que todos estaban esperando: Fernando y Carlos de Borbón-Dos Sicilias regresaban a Madrid después de pasar casi seis meses en Melilla. Durante su estancia en el enclave español, Carlos había suscitado cerrados elogios a su «dignísimo comportamiento» en la contienda. El teniente de artillería viajó hacia la península la noche del 22 de marzo de 1894 a bordo del barco *Rabat*, junto con otros militares y con sesenta mulas que regresaban a sus bases habituales tras sofocar el conflicto con los marroquíes.

Cuando María de las Mercedes vio aparecer a su apuesto primo en uno de los salones privados del Palacio Real se abalanzó hacia él y le dio un abrazo tan espontáneo que hizo estremecerse a la reina. «Por mucha contención que yo les haya inculcado, está claro que mis hijas llevan sangre española», pensó. Con el rostro bronceado por el sol y el uniforme militar, Carlos resultaba extraordinariamente atractivo a sus veintitrés años. Aunque era muy tímido en su trato social, con sus primas pequeñas se sentía a gusto y no ocultó la inmensa alegría que le producía volver a verlas, sobre todo a Pola, a la que encontró muy cambiada tras los seis meses que había durado su ausencia.

—Carlos, tendrás muchas cosas que contarnos, pero antes de empezar a escucharte, quiero felicitarte por la valentía y eficacia que has demostrado en Melilla. Las únicas buenas noticias que ha dado el Gobierno en estos meses han sido los elogios a tu desempeño.

Las felicitaciones de la reina sonrojaron al príncipe.

—La verdad es que no ha sido para tanto. Yo solo he cumplido con mi deber. Los elogios deberían ir dirigidos a los que han perdido la vida en la batalla, como el general Margallo y muchos otros compañeros.

—Hemos estado muy preocupados por ti, Nino, sobre todo cuando te hirieron —comentó Mercedes.

—Bueno, pero no todo ha sido tan duro —explicó Carlos—. También ha habido momentos muy divertidos y pintorescos, como el que vivimos justo antes de embarcar para regresar a la península.

—¿Qué pasó, Nino? —quiso saber Alfonso, curioso por conocer las experiencias de su valiente primo.

—Cuando llegamos al puerto, acababa de atracar el vapor *Spoir*, que traía de Orán reses para el consumo, porque aún quedan en Melilla muchos soldados que alimentar. Bueno, pues algunas de las reses eran tan bravas que costó mucho controlarlas y el muelle se convirtió en una especie de plaza de toros improvisada.

—Pero ¿qué ocurrió? —preguntó la reina.

—Pues que varios soldados quisieron hacer alarde de su condición torera y terminaron por el suelo con magulladuras, entre las risas de los que contemplábamos la escena.

—O sea, Carlos, que lo que no lograron los marroquíes en sus ataques a punto estuvieron de conseguirlo las vacas —bromeó María Cristina.

En cuanto sus deberes castrenses les dejaban tiempo libre, los príncipes napolitanos visitaban a la familia real, ya fuera en Madrid, en La Granja, en Aranjuez o en San Sebastián, como ocurrió aquel verano de 1894. Fernando y Carlos se hospedaron en el hotel de Londres, pero acompañaban a la reina y a sus hijos en la mayor parte de sus salidas, se tratara de actos oficiales o de excursiones privadas. La presencia de los príncipes napolitanos hizo que aquellos días fueran inolvidables para María de las Mercedes, María Teresa y Alfonsito.

—Pola, ¿a ti quién te gusta más, Nando o Nino? —quiso saber Teresa.

—A mí Nino, ¿y a ti?

—Yo creo que me gusta más Nando —respondió Teresa.

El pretendiente carlista

A los pocos días de que la reina y sus hijos se instalaran en el palacio de Miramar, llegó a España don Jaime de Borbón, hijo del pretendiente carlista a la Corona española. Jaime tenía veinticuatro años, había nacido en Suiza, vivía en Italia, donde residía con su padre, y nunca había visitado la nación a cuyo trono aspiraba. Ante los temores a que se le acusara de no conocer España, decidió emprender un largo viaje para estar al tanto de las costumbres de la tierra de su familia. Le acompañaba el diputado carlista Tirso de Olazábal, hombre de confianza de su padre.

—Don Jaime dice que está aprendiendo a tocar la guitarra y las castañuelas —relató el jefe de palacio a la reina.

—¿Y pensará que así le considerarán más español? —preguntó María Cristina.

—Se quería comprar un sombrero cordobés, pero don Tirso Olazábal no se lo permitió. La otra noche fue a un tablao flamenco en Sevilla, a ese que se llama El Burrero y que es tan famoso —añadió el jefe de palacio.

—Y seguro que se dejará ver en los toros —apostilló María Cristina—, que es lo único que yo no estaría dispuesta a hacer.

—En efecto, señora, quiere ir a ver torear a Guerra. Pero lo que más le puede interesar a vuestra majestad es lo que ha dicho respecto a la Princesa de Asturias.

—Por supuesto, continúa —rogó María Cristina.

—Un periodista de *La Correspondencia* le preguntó si el objetivo de su viaje era preparar una boda con la princesa y le respondió: «Desmiéntalo usted absolutamente. Pero si más adelante, por los azares de los sucesos, la familia real saliera de España y mi padre fuera gustoso, pensaría en ello».

—Curiosa declaración.

—Pero a otro periodista, el del *Heraldo*, que le preguntó lo mismo, le dijo lo siguiente: «¿Tengo yo cara de rey consorte? Además, eso no resolvería nada porque tendría que ser un rey constitucional y liberal, y a eso no me avengo».

—Qué tranquilidad. Ello me evita el mal trago de tener que rechazarle si viene a pedirme la mano de mi hija.

—También ha dicho que está convencido de que si hiciera un llamamiento, se levantarían muchísimos carlistas, pero que no quiere hacer una guerra y sacrificar vidas estérilmente porque, al final, la fruta madurará.

—¿Y qué más ha hecho en su viaje por España? —preguntó la reina.

—La Guardia Civil le ha estado vigilando desde que cruzó la frontera, aunque utilizó el nombre de Battenberg para no llamar la atención y su acompañante le llamaba Juanito para disimular. Pasó rápidamente por las provincias vascas, donde recibió a amigos de su padre. Estuvo en Covadonga, en Asturias, y firmó en el libro de visitas con su nombre al revés, y en Valencia visitó el Círculo Tradicionalista, donde puso sus iniciales en un cuadro y añadió un «Viva C. VII». También fue a un debate en el Congreso de los Diputados, en el que intervino Gamazo, cuyo discurso le gustó mucho. Por lo demás, ha recibido a varios carlistas y ha aprovechado sus viajes en tren y sus estancias en fondas para preguntar a la gente sus opiniones. Ya ha abandonado España y está en San Juan de Luz, donde ha hecho declaraciones a la prensa: dice que ha visto tanta miseria en el pueblo que solo se explica porque la Administración, en vez de defender los intereses de la gente, actúa como una sanguijuela.

—Lo de la miseria es cierto. Es en lo único que estoy de acuerdo con él. España sigue siendo casi tan pobre como cuando llegué. Pero ¿qué más podemos hacer? —preguntó la reina sin esperar una respuesta que nadie conocía.

Aquel verano, María de las Mercedes también pasó su cumpleaños en San Sebastián, pero no hubo ninguna celebración especial más allá de las oficiales. Además, ese 11 de septiembre no recibió ni un solo telegrama de felicitación ya que el telégrafo de Miramar se había averiado como consecuencia de las últimas tormentas. Sin embargo, la noche de su santo, el 24 del mismo mes, la reina invitó a palacio al violinista Pablo de Sarasate para que ofreciera un concierto, que a la princesa le encantó y, poco antes de que empezara, su hermano Alfonso le pidió que se asomara al jardín.

—Pola, ven, mira qué sorpresa.

Cuando Mercedes salió, vio su nombre escrito con luces en medio de la bahía de San Sebastián. El barco de la Armada *Conde de Venadito* había desplegado sus luces eléctricas cubiertas con vasos de colores para que

podiera leerse el nombre de la Princesa de Asturias, que se quedó maravillada. Ese día, Mercedes recibió también un regalo muy original: unos gemelos fotográficos que a la mañana siguiente bajó a la playa para tomar imágenes de su familia.

A sus catorce años, la princesa ya se había acostumbrado a que acontecimientos de muy diverso tipo le arruinaran una celebración; pero su hermano Alfonso, de nueve, todavía era muy pequeño para entenderlo, y aquella tarde, cuando se canceló el plan con el que llevaba días soñando, el niño rey lloró y pateó de rabia. Se presentaba el batallón infantil de San Sebastián y, ya le habían vestido y peinado para asistir a la fiesta, en la que desfilarían un montón de niños, cuando llegó la noticia de que había muerto el conde de París, por lo que se canceló su asistencia. El niño lloró y protestó: «Ya podían haber guardado el telegrama hasta mañana», afirmó. Estas palabras fueron puestas en conocimiento de la reina, que le impuso un severo castigo: le prohibió tocar durante un mes el fusil de madera igual al de los miqueletes que le habían regalado. Alfonso buscaba el consuelo en su hermana María Teresa, más comprensiva que Mercedes con sus habituales travesuras.

Elegirás un buen marido

A mediados de octubre la reina y sus hijos regresaron a Madrid en tren, y, pocos días después, se desató un fuerte rumor en la ciudad. Había viajado a la capital española el barón de Metzingen, consejero del emperador Guillermo de Alemania, y algunos diarios atribuyeron al emisario la misión especial de tratar el matrimonio de la Princesa de Asturias con un príncipe alemán. Sin embargo, pronto se aclaró que el citado barón había sido nombrado primer secretario de la embajada y que había viajado a España para tomar posesión de su cargo.

A esas alturas, Mercedes ya se había acostumbrado a escuchar rumores sobre supuestos prometidos, y estos chismes no la inquietaban lo más mínimo. Su madre le había explicado todo lo que debía saber sobre su matrimonio, y a ella le había parecido razonable.

—Hasta que Alfonso sea mayor, se case y tenga un hijo, tú serás la heredera de la Corona, lo que quiere decir que podrías convertirte en reina si a tu hermano, Dios no lo quiera, le ocurriera algo. Y si Alfonso no tuviera hijos, sería tu primer hijo el que reinaría —explicó María Cristina a su hija.

—Sí, mamá, lo sé —apuntó Pola.

—Teniendo en cuenta que Bubi tiene nueve años, es muy probable que durante los próximos diez años tú sigas siendo Princesa de Asturias —añadió la reina.

—¿Y tendré que esperar a que Bubi se case y tenga un hijo para casarme yo? —preguntó inquieta Mercedes.

—No, Pola. Tú te casarás cuando te corresponda, cuando encuentres a la persona adecuada y os enamoréis. Tendrá que ser un buen marido y un buen consorte, que sea capaz de asumir esas responsabilidades, para que los dos seáis muy felices.

—Como papá y tú —afirmó Pola.

La reina sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Nueve años después de la muerte de su marido, se le habían ido borrando del recuerdo sus infidelidades, pero aquel comentario de su hija despertó los viejos fantasmas de su vida conyugal.

—Perdona, mamá, por mi comentario. He conseguido ponerte triste, y no es lo que quería.

—No te preocupes, Pola. No ha sido tu comentario. En realidad, no ha pasado ni un solo día en el que no me acuerde de tu padre, y yo quisiera que tú encontraras un hombre por el que sintieras lo mismo que yo sentí por él. Y que él te corresponda. Pero hay una cosa más: no basta con estar enamorado; es necesario también que esa persona reúna las condiciones necesarias para ser un buen Príncipe de Asturias o incluso un rey consorte, si fuera necesario.

—Lo sé. Llevo toda la vida oyéndolo decir: las princesas nos tenemos que casar con reyes, príncipes o infantes —apostilló Mercedes.

—Pero no todos los príncipes son buenos como maridos —precisó la reina—. Incluso entre ellos, hay que elegir bien. Hay hombres a los que le gusta jugar o beber y algunos tienen costumbres poco sanas, lo que puede hacer muy infelices a sus esposas —afirmó María Cristina.

—O están enfermos, como le ocurrió a la pobre tía Isabel cuando se casó con el conde de Girgenti. Debió de sufrir mucho con la epilepsia de su marido. Y dicen que él se suicidó, que se ahorcó. ¿Es verdad, mami? —quiso saber Mercedes.

—Pobre Gaetano... Ya sabes que era mi primo y yo le quería mucho. Era guapo, tímido y tan honesto que prefirió vivir en la estrechez antes que gastar la dote de Isabel. Pero sufría unos terribles ataques de epilepsia y del último ya no se recuperó —relató la reina sin aclarar si murió como consecuencia del ataque o si se suicidó después.

—La tía Isabel se quedó viuda muy joven, con diecinueve años, y nunca más se volvió a casar...

—A los pocos años de enviudar, tu padre fue proclamado rey y ella se dedicó a ayudarlo como Princesa de Asturias. Tuvo que trabajar mucho para convertir de nuevo esta casa en un Palacio Real. Y acompañó a tu padre hasta que se casó con María de las Mercedes, que como sabes murió...

—Sí, por eso me pusiste su nombre —interrumpió Pola.

—Isabel podía haberse casado otra vez. Pretendientes no le faltaron, pero prefirió quedarse junto a su hermano, primero, y conmigo después, algo que yo le agradeceré siempre porque para mí ha sido y es de una gran ayuda.

—Mamá, debe de ser muy difícil elegir un buen marido —le planteó Mercedes.

—Pues sí que lo es. Es la decisión más importante de la vida porque de ella puede depender que seas feliz o desgraciada. Y si es una decisión difícil para cualquier persona, más difícil lo es para una heredera de la Corona.

—¿Por qué es más difícil para nosotros?

—Porque a la esposa de un médico no se le exige saber medicina; ni al marido de una costurera que sepa coser. Pero los príncipes y reyes consortes sí deben estar preparados para compartir el peso de la corona. Cuando yo me casé, nunca me imaginé que me quedaría viuda y recaería sobre mí la responsabilidad de reinar.

—Pero, mamá, a muchas princesas las han casado por razones de Estado con reyes y príncipes a los que no conocían, y luego han sido muy desgraciadas. Yo no quiero que me pase eso.

—Pola, querida, para mí lo más importante es tu felicidad y te prometo que jamás tendrás que casarte por razones de Estado con un príncipe al que no quieras. Pero tampoco debes casarte con un hombre que no sea capaz de compartir tus responsabilidades. Tú sabes lo que costó a tu padre restaurar la monarquía y no podemos tirar todos esos esfuerzos por la borda. Papá nunca nos lo perdonaría.

Muerte en el Tirol

El 27 de diciembre de 1894 falleció en el exilio, en Arco, pequeña localidad del Tirol, el rey Francisco de las Dos Sicilias, tío de los príncipes Fernando y Carlos, a quien todo el mundo conocía como «el hijo de la santa». A su madre, la princesa María Cristina de Saboya, que murió por las complicaciones del parto en el que nació su único hijo, se le atribuían muchos milagros, pero otro hecho que alimentaba su supuesta santidad era que su cadáver seguía intacto casi sesenta años después de su fallecimiento.

El difunto monarca, que no había conocido a su madre, tampoco pudo disfrutar de su única hija, Cristina, porque la niña murió a los tres meses de nacer durante una epidemia de cólera. Sin descendencia directa, en la línea de sucesión le seguían sus doce hermanos, hijos de la segunda mujer de su padre, que tras enviudar se había vuelto a casar con María Teresa de Austria. El mayor era Ludovico, pero se había suicidado en París en 1886, por lo que le sucedió Alfonso, conde de Caserta, que aquellas Navidades de 1894 se convirtió en rey del desaparecido reino de las Dos Sicilias.

Caserta también heredó los bienes de Francisco, entre ellos el palacio Caprarola, una antigua propiedad de los Farnesio que aún les quedaba cerca de Roma, pero el rey destronado dejó la mayor parte de su patrimonio en usufructo a la viuda, Sofía de Baviera, que tenía cincuenta y tres años. La vida junto a esta bella princesa había sido un continuo idilio, tanto en la etapa que reinaron como en el exilio. Una vez derrocados, ambos se instalaron en París, en un modesto apartamento de la quinta planta del hotel Vouillemont, situado en la rue Boissy d'Anglas. Era tan pequeño que una misma habitación servía alternativamente de despacho, comedor y salón. Francisco II hacía la vida de un pequeño burgués y se le podía ver montando en tranvía junto a un humilde comerciante. Tenía muchos conocidos, que le saludaban con el respeto debido a la majestad caída.

Algunos pensaban que la modestia con que vivía iba a llegar a su fin cuando murió su tía, la emperatriz Ana de Saboya, que le dejó una cuantiosa fortuna. Sin embargo, Francisco II siguió viviendo en su pequeño apartamento, sin ostentación alguna. Todos los años visitaba a su amigo el archiduque Alberto en Baviera y, en una de estas excursiones, le sorprendió

la muerte en Arco debido a la diabetes que padecía. Cuando murió, los periódicos parisinos dijeron que de su cambio de fortuna «solo se habían enterado los pobres de París». También legó novecientos mil francos para obras de beneficencia en sus antiguos reinos de Nápoles y Calabria.

A los dos príncipes napolitanos la noticia de la muerte de su tío les sorprendió en Sevilla. Cuando emprendieron camino hacia Tirol, hicieron noche en Madrid, donde se quedaron a dormir en las habitaciones de la planta baja del Palacio Real y almorzaron con la familia real antes de tomar el expreso de Francia. La muerte de Francisco II tiñó de negro las cortes europeas. En recuerdo del difunto rey, la reina de España decretó que la corte vistiera de luto durante veintiún días, once riguroso y diez de alivio.

A las seis de la mañana del día de Reyes se oficiaron en el Tirol los funerales del destronado rey Francisco, que fueron presididos por el conde de Caserta y sus dos hijos y reunieron a la numerosa familia Borbón-Dos Sicilias y a las casas reales de casi toda Europa. Durante las exequias se produjo un desagradable incidente familiar. Alfonso Caserta coincidió en el hotel en el que se alojaba con su hermano pequeño Pasquale, conde de Bari, quien recientemente había reconocido al nuevo rey de la Italia unificada, Víctor Manuel, cuyo gobierno se había anexionado el extinguido reino de las Dos Sicilias y había incautado todos sus bienes a los príncipes napolitanos. Al encontrarse con su hermano en un salón del hotel, el conde de Caserta dio un paso atrás y después, visiblemente irritado, le dijo: «¿Pero cómo tenéis valor de presentaros aquí después de lo que habéis hecho?». Sin darle tiempo a responder, Caserta dio la espalda al conde de Bari, al que consideraba un traidor a su propia familia.

Precisamente, Pasquale había hecho todo lo contrario de lo que iba a hacer Alfonso. Siguiendo la última voluntad del rey Francisco, el conde de Caserta hizo pública su protesta contra la anexión a Italia del reino de su familia y se reservó enteramente los legítimos derechos que le correspondían como jefe de la casa real. Por deseo del difunto monarca, Caserta también otorgó a su hijo mayor, Fernando, el título de duque de Calabria, que corresponde a los herederos de las Dos Sicilias. Al cumplir la voluntad del difunto rey, Caserta renunciaba a disfrutar de su fortuna personal, que seguía confiscada por el Gobierno de Italia.

El nuevo estatus familiar no alteró, en aquel momento, la vida de los dos príncipes napolitanos, que continuaron su carrera militar en España. Pero pocos meses después, volvieron a arreciar las críticas a su permanencia en el Ejército. El destacado papel que habían desempeñado en Melilla, donde ambos recibieron elogios por su valentía, no impidió que se volviera a cuestionar la presencia de «dos extranjeros» en un regimiento de artillería. En mayo de 1895, el periódico *El País* recordaba al ministro de la Guerra que la ley constitutiva del Ejército establecía en su artículo 20 que «para pertenecer al Ejército es circunstancia precisa ser español», y que tanto Fernando como Carlos de Borbón-Dos Sicilias eran extranjeros.

«La ley es igual para todos, y pedimos al señor ministro de la Guerra que se cumpla la ley, y que se prohíba usar el uniforme del Ejército español a quienes la ley no lo permite», reclamaba el diario. Además, se preguntaba si «se podrá castigar al soldado que, sabedor de la verdad, niegue el saludo y la obediencia a quienes nada son ni representan en el Ejército».

Ese tipo de noticias, que denunciaban unos hechos verídicos y comprobables, afectaban muy negativamente a la imagen de los príncipes napolitanos pero también a la reina, que consentía ese trato de favor hacia sus sobrinos. Fernando y Carlos no recibían retribución alguna por parte del Ejército, al que servían de forma honorífica, y vivían discretamente sin causar el menor problema, pero la ley exigía que fueran españoles, y no lo eran. Ni eran españoles ni lo podían ser, ya que entendían que como herederos del reino de las Dos Sicilias tenían que conservar su nacionalidad napolitana, aunque su reino ya no existiera porque había sido anexionado a Italia.

Cuando esta polémica empezaba a agitarse, un golpe de suerte la diluyó. Una nueva noticia distrajo entonces la atención de los militares y las críticas de algunos sectores a los príncipes napolitanos volvieron a caer en el olvido. Un capitán del Ejército llamado Clavijo había atentado contra el general Fernando Primo de Rivera, al que disparó en el pecho causándole graves heridas. El veterano oficial hacía responsable al general de una larga lista de penalidades e injusticias que había sufrido en su vida castrense, con constantes traslados de un destino a otro —Cuba incluido— y atrasos hasta de dieciocho meses en el pago de sus retribuciones, lo que le llevó a pasar hambre y a tener que caminar descalzo, entre otras penurias. «Sé que voy a

morir, pero digo la verdad», afirmó ante el tribunal. Mientras Primo de Rivera se debatía entre la vida y la muerte, a Clavijo se le formó consejo de guerra y fue fusilado en la primavera de 1895. Nadie volvió a interesarse aquella primavera por la nacionalidad de dos príncipes extranjeros que servían sin recibir sueldo alguno al Ejército español.

Fea nos deja

En aquellos días, el principal motivo de preocupación dentro y fuera de palacio seguía siendo Cuba, de donde cada vez llegaban noticias más alarmantes. El Estado, incapaz de asumir más gastos, dejaba en la indigencia a las familias de los soldados que perdían la vida o quedaban incapacitados para trabajar defendiendo la colonia española. Una vez más, se recurrió a organizar actos benéficos para recoger fondos con los que ayudar a las familias de los militares. Y la familia real sería la primera en responder a la llamada solidaria.

—¿De verdad, vamos a ir a la plaza de toros, mamá? —preguntó Mercedes.

—Sí, Pola, pero no vamos a ver a ninguna corrida —puntualizó la reina, que había inculcado en sus hijas el rechazo a ese espectáculo.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Será un festival con desfiles de bandas militares, maniobras a caballo y exhibiciones de saltos. Nada de animales muertos. Te gustará. Y con el dinero de las entradas del público se reunirá una cantidad para las familias de los soldados.

Por primera vez en muchos años, la familia real al completo ocupó el palco regio de la plaza de toros de Madrid para asistir a un espectáculo que nada tenía que ver con las corridas. La reina acudió acompañada por sus tres hijos y sus dos cuñadas, las infantas Isabel y Eulalia.

Aquella noche, cuando Mercedes regresó a palacio, por primera vez desde hacía casi diez años, su perra Fea no acudió a recibirla. El animalito apenas tuvo fuerzas para levantar la cabeza y mover débilmente el rabo cuando la princesa entró en su dormitorio y, extrañada por el comportamiento de la perra, la vio enroscada en el cojín que le servía de cama. «Pero Fea, ¿qué te pasa, mi niña? ¿Estás malita?», preguntó a la vez que se arrodillaba ante el lecho del animal. «Déjame que te mire», dijo y, cuando giró el cuerpo de la perra, a esta se le escapó un gemido de dolor. Mercedes mandó llamar al médico y, cuando este apareció alarmado, le pidió que explorara a Fea.

Con ciertas dudas por la naturaleza del paciente, el doctor sacó el fonendoscopio, el mismo que empleaba para todos sus pacientes, incluida la

familia real, y buscó el corazón entre el pelo de la perra, mientras Mercedes la sostenía. Después le palpó detenidamente el abdomen y se lo auscultó, le tocó las extremidades, le abrió la boca y olió el aliento. Le tocó la nariz, que le pareció bastante más seca de lo habitual en los perros. Miró sus ojos, sin brillo, y le buscó la yugular en el cuello para tomarle el pulso. Aunque desconocía cuál era el número de pulsaciones que debía presentar un perro sano de ese tamaño, la prueba le permitió apreciar la debilidad del animal.

—Alteza, ¿cuántos años tiene la perra?

—Unos doce, porque papá murió hace casi diez años y dicen que entonces tenía dos o así.

—Me temo que está llegando al final de sus días.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada para salvarla? —imploró Mercedes con un nudo de tristeza en la voz.

—La enfermedad que tiene se llama vejez, y de momento es incurable. Pero no creo que su partida sea tan inminente. Tengo la impresión de que no se mueve porque le duelen los huesos, pero no palpo ninguna rotura ni inflamación. Quizá tenga reuma, como los humanos. Pero, al no moverse, no ha bebido agua y, por eso, se ha deshidratado, como se puede observar en las fosas nasales, que los perros suelen mantener húmedas, y ella las tiene secas. El latido cardíaco es muy débil. Tampoco ha vaciado sus intestinos, pero eso no tiene tanta importancia.

—¿Qué podemos hacer?

—Podemos intentar aliviar un poco su malestar. Por ejemplo, ¿dónde está su bebedero? —preguntó el médico.

—Suele estar en el cuarto de baño, porque cuando bebe, salpica y estropea el parque.

—Pues lo primero que hay que hacer es acercar la perra al bebedero, o el bebedero a la perra. Y hay que observar si bebe. Si no lo hace, la ayudaremos a tragar un poco de agua introduciéndole una jeringuilla por la boca, y la administraremos un reconstituyente disuelto en agua, que la animará. No me importa que no ingiera alimento, pero hay que asegurarse de que bebe.

—Voy a buscar el bebedero —indicó Mercedes mientras se dirigía al cuarto de baño.

Cuando Mercedes acercó a la perra el cuenco con agua, Fea levantó la cabeza y dio unos lametazos.

—Bien, bien —aplaudió el doctor—. Ahora tenemos otro problema. ¿Dónde hace sus necesidades?

—La sacan tres o cuatro veces al día al jardín —respondió Mercedes.

—Pues me temo que ahora deberán llevarla en brazos hasta el jardín y, aun así, tened preparadas unas toallas junto a su almohadón porque es probable que no pueda esperar. Con los años, los esfínteres se vuelven más difíciles de controlar. No la regañe si se le escapa algo.

—¿Y no tiene nada para el dolor de huesos?

—Por su aspecto, creo que el dolor es tolerable. Si veis que va a más, volvedme a avisar. Hay fármacos que quitan el dolor, pero me temo que, en su estado, también le acortarán la vida.

—Muchas gracias, doctor.

—Buenas noches, alteza. Mañana volveré a visitar a la paciente.

Cuando Mercedes se quedó a solas con Fea, se desvistió sin avisar a la doncella, se puso el camisón y se sentó en el suelo junto a la perra. Nadie le había mostrado jamás tanto cariño como aquel animal con el que había compartido los últimos diez años de su vida. El primer recuerdo que tenía de ella fue el día que murió su padre y estuvo buscándola por todas partes, en vano, porque la perra se había escondido debajo de la cama donde yacía el cadáver. Recordaba sus aullidos lastimeros cuando abandonaron El Pardo y el reencuentro en Madrid. Desde entonces, nunca se habían separado más que unas pocas horas. Cuando de niña se encerraba a llorar en su habitación, Fea le lamía las lágrimas y, como ella no se dejaba, la pelea terminaba en un juego. «No te mueras, Fea, yo te necesito aquí. Piensa en lo sola que me vas a dejar». Cuando sintió que el sueño la vencía, Mercedes acarició por última vez a la perrita y se metió en la cama. A la mañana siguiente, Fea seguía allí, en su rincón y, tal como había advertido el médico, la perra no había podido aguantar y había hecho sus necesidades en medio de la habitación. La princesa las recogió antes de que entraran las doncellas. «No te preocupes, Fea, nadie se va a enterar de que has ensuciado el parque», le dijo a la perra.

Mercedes se aseó y vistió rápidamente. Quería estar lista lo antes posible para llevar a la perra al jardín y ver si, una vez allí, se mantenía en pie.

Habitualmente, la misma doncella que le servía el desayuno en sus habitaciones, le abría las puertas y esta se iba sola por las escaleras destinadas al servicio hasta la zona de caballerizas, donde olfateaba a su gusto hasta que emprendía el regreso junto a la princesa por el mismo camino. Aquella mañana, cuando la doncella dejó la bandeja con el chocolate y los bizcochos, la perra no se movió, y Mercedes le indicó que ella misma la sacaría en cuanto desayunara.

Con Fea en brazos, Pola recorrió las galerías de palacio, bajó las escaleras y se dirigió a los jardines. Cada vez que se cruzaba con algún miembro de la servidumbre, estos se ofrecían a cargar la perra; pero Mercedes no aceptó la ayuda. Cuando encontró un lugar que le pareció apropiado, dejó suavemente a Fea en el suelo. La perra se movió con un andar cansino, olfateó, orinó y a los pocos minutos regresó junto a su dueña y se sentó. La princesa volvió a cogerla en brazos y regresó a sus habitaciones, donde dejó a Fea en su almohadón, mientras ella y su hermana recibían sus clases en una estancia próxima.

Tres veces al día durante tres semanas, Mercedes estuvo repitiendo la misma operación, acompañada por Teresa. La perra apenas comía más que unos trocitos diminutos de carne o de bizcocho que la princesa le llevaba a la boca, pero bebía con gusto el agua con el reconstituyente que le preparaba el doctor. La reina asistía con pena a la agonía de la perra que había sido de su marido y dejaba que su hija y el médico le prodigaran todos los cuidados posibles. Pero quince días después, el estado de Fea se agravó. Dejó de beber y de orinar y apenas abría los ojos cuando oía las palabras de cariño de Mercedes. A cualquier movimiento respondía con tenues gemidos porque ya no tenía fuerzas ni para quejarse.

—Doctor, si fuera una persona, ¿qué haría con ella? —preguntó la princesa.

—Llamaría a un sacerdote para que le diera los santos óleos.

—No me refiero a eso. Quiero decir si le pondría alguna medicación.

—Ayudaría a mitigar el dolor con morfina, pero nunca se la he puesto a un perro. No sé si en su organismo funciona igual.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que se muera antes?

—Supongo que sí.

—Quizá eso sea lo mejor. Déjeme pensarlo.

Mercedes fue a buscar al padre Serafín, que siempre se había mostrado cariñoso con los perros de la casa.

—Padre, ya sé que hay personas que no entienden que se dispense a los animales tantos cuidados como estoy dando yo a mi perra, cuando hay tantos seres humanos necesitados.

—Alteza, os conozco desde que teníais doce años y siempre habéis tratado de ayudar a todas las personas que habéis podido; es lógico que ahora cuidéis de vuestra perra. Yo soy franciscano y ya sabéis cómo amaba san Francisco a los animales. Acordaos del «hermano lobo».

—Mi perra está sufriendo y el médico me ha dicho que si fuera un ser humano le daría morfina, pero que eso podría adelantarle la muerte.

—¿Le va a dar a morfina al perro? —se sorprendió el sacerdote, extrañado por el tratamiento.

—No quiero que sufra.

—Quitar un sufrimiento no puede ser pecado.

—Pero ¿y si se muere antes de tiempo por darle morfina?

—Alteza, no olvidéis que, aunque la queráis como a una persona, sigue siendo un perro. Dadle la morfina. Dios solo verá en ello vuestros deseos de aliviar el padecimiento de la perra.

Aquella noche, el doctor inyectó una pequeñísima dosis de morfina a Fea y, al poco rato, sus músculos agarrotados por el dolor se fueron relajando hasta que se quedó dormida. El médico volvió a auscultarla para asegurarse de que el corazón había aguantado la dosis. «Creo que ha funcionado, alteza, tocad a vuestra perra y veréis que ya no está encogida». Mercedes durmió intranquila aquella noche y, a la mañana siguiente, cuando saltó de la cama para ver a la perra, comprendió que había dejado de existir. Su cuerpo estaba frío, pero le pareció ver en su cara una expresión relajada. Esa misma mañana, la princesa enterró a su perra en un alejado rincón del jardín. La acompañaron su madre, sus hermanos y algunos empleados de palacio que habían cogido cariño al animal de Alfonso XII, pero había otros que, al ver la escena, pensaron que en aquel palacio todos habían enloquecido.

La despedida de Pablo

Aquella primavera también quedó marcada por la despedida de Pablo Casals. El violonchelista había terminado su formación en el Conservatorio de Música de Madrid y se disponía a ingresar en el prestigioso Conservatorio de Bruselas. La reina, que le había nombrado caballero de la Real Orden de Isabel La Católica, le concedió una pensión para su estancia en Bélgica. La familia real sentía un gran afecto por el músico que había estado acudiendo a palacio dos o tres veces a la semana durante dos años. Mercedes sentía que perdía a su gran asesor musical, el hombre que le había descubierto a los músicos más modernos, y Teresa le había tomado gran cariño al joven artista. Sin embargo, los planes de María Cristina respecto a su protegido se torcieron en cuanto Pablo Casals llegó a Bruselas.

El músico llevó una carta de recomendación al director de la escuela belga, François Gevaert, quien quedó impresionado con el talento de Pablo como compositor y como violonchelista, y le pidió que regresara a la mañana siguiente para presentarle al profesor de violonchelo del conservatorio, Édouard Jacobs, a quien Casals estaba deseando conocer.

Cuando al día siguiente el joven acudió a clase, los demás alumnos le recibieron con cierta hostilidad. Aquellos chicos europeos imitaban en su aspecto a los músicos de la época y, aunque eran unos mediocres intérpretes si se comparaban con Casals, derrochaban orgullo y arrogancia. Se habían dejado el pelo largo y eran innecesariamente afectados a la hora de tocar el violonchelo. Pablo, en cambio, era español, de baja estatura, tenía el cabello corto y era tan parco en palabras como en su peculiar manera de tocar. Cuando la clase llegó a su fin, el profesor Jacobs, que hasta entonces le había ignorado, reparó por fin en él.

—¿Eres tú el españolito del que me ha hablado el director? ¿Podrías tocar alguna de estas piezas? —le preguntó, y le enumeró en tono sarcástico tres obras de difícil interpretación por si sabía tocar alguna.

—Conozco las tres —respondió Casals.

—Este chico lo sabe todo —apostilló Jacobs, y le retó, entre risas coreadas por los demás alumnos, a que tocara el *Souvenir de Spa*, de Servais,

una composición extraordinariamente compleja de ejecutar—. Muéstranos lo bien que toca —le indicó irónicamente.

Casals logró crecerse ante la humillación y empezó a tocar como si la música le saliera del alma, como si toda su dignidad se la jugara con esa interpretación. Aquella ejecución brillante y grandiosa, interpretada con admirable virtuosismo, dejó asombrados al profesor y a los alumnos. Cuando terminó, Jacobs pidió a los estudiantes que abandonaran la clase para hablar en privado con Casals. Le pidió disculpas y le prometió, contraviniendo todas las normas, que el año próximo le concedería el premio anual del conservatorio. Pero ya era demasiado tarde.

—No. Usted me ha humillado en público, y no puedo quedarme aquí —le respondió.

El joven violonchelista abandonó Bruselas y partió hacia París, en contra del criterio de la reina, quien le recriminó que había perdido por culpa de su orgullo una magnífica oportunidad para formarse, por lo que María Cristina renunció a patrocinarle y le retiró la pensión que le había concedido. Una vez informadas de lo que había sucedido, Mercedes y Teresa dieron la razón a Pablo y pidieron a su madre que no fuera tan dura con él, pero la reina no estaba dispuesta a rectificar su decisión.

De niña a mujer

—No me encuentro bien, mamá. Creo que me he constipado —se quejó Mercedes.

María Cristina le puso la mano en la frente y notó una alta temperatura, por lo que pidió a las doncellas que preparan el dormitorio de su hija para que se acostara inmediatamente y mandó avisar al médico. La Princesa de Asturias tenía tos, los ojos rojos, los párpados hinchados y la nariz congestionada, y el doctor ordenó su aislamiento para evitar el contagio a los demás miembros de la familia real. Cuando dos días después, una erupción invadió el rostro de María de las Mercedes, el médico vio confirmadas sus sospechas: sin duda alguna, la niña había contraído sarampión.

A sus catorce años, Pola vio horrorizada cómo un sarpullido rojo se le iba extendiendo por todo el cuerpo y le producía picor. Pocos días después, la erupción se oscureció hasta adquirir un color pardo y la piel se le empezó a escamar. A pesar de su horrible aspecto, el médico decía que todo iba bien y que, gracias a Dios, no se habían producido complicaciones, pero Mercedes nunca se había sentido tan mal como aquellos diez días.

En palacio se habían suspendido las celebraciones programadas, incluso el Corpus Christie y la fiesta que la reina iba a celebrar en los jardines del Campo del Moro. Cuando el médico la autorizó finalmente a levantarse de la cama y puso fin a su aislamiento, la obligó a mantener unos días más de semirreposo y no le permitió salir a dar su primer paseo hasta que transcurrió casi un mes del inicio de la enfermedad. Todo ello retrasó el traslado de la familia real a San Sebastián hasta finales del mes de julio.

Durante la convalecencia, Mercedes dio tal estirón que casi había alcanzado a su madre en estatura, y a los vestidos que se había encargado para la nueva temporada hubo que sacarles el bajo unos centímetros. «El sarampión ha convertido a la niña en mujer», advertía su aya a la reina, y lo cierto es que, a partir de ese momento, Pola, que hasta entonces había hecho una vida de niña, empezó a adentrarse poco a poco en el mundo de los adultos y a ocupar un lugar en las ceremonias oficiales.

También algunos sectores de la sociedad empezaron a contar con María de las Mercedes para sus propios fines y trataron de implicarla en asuntos de

Gobierno con los que ella no tenía nada que ver. El primer intento llegó a finales de agosto, cuando se recibió en el palacio de Miramar un telegrama dirigido a la Princesa de Asturias en el que el Centro de Asturianos de Madrid le rogaba con el mayor interés que influyera en su madre para conseguir un indulto. Se trataba del reo Ramón Feito Suárez, que había sido condenado a muerte en el último consejo de guerra de Melilla por el asesinato de Raimundo Casado Martín. Era la primera vez que una petición de indulto iba dirigida a Mercedes en lugar de a la reina, por lo que el escrito fue estudiado detenidamente en palacio y presentado al Gobierno.

Al margen de las circunstancias judiciales del caso, que lo podían hacer merecedor o no de un indulto, la decisión arrastraría otro tipo de consecuencias que había que sopesar. Lo que se hiciera en ese momento sentaría un precedente. Si se denegaba, se transmitiría a la opinión pública una imagen de nula influencia por parte de la Princesa de Asturias, cuyos sentimientos eran claramente contrarios a la pena de muerte y favorables al perdón; pero si se accedía a la petición, la heredera de la Corona recibiría un aluvión de peticiones de indultos que serían inasumibles para el Gobierno. Finalmente, se optó por una decisión intermedia: el asesino no fue indultado, pero su pena de muerte fue conmutada por la cadena perpetua.

Mercedes y Teresa, igual que Alfonso, mantenían en San Sebastián su programa de clases y estudios, pero aun así disponían de tiempo para bajar todas las mañanas a la playa y hacer excursiones por la tarde, como la que tenían previsto realizar con su madre a bordo del crucero de la Armada española *Isla de Luzón*, en el que iban a navegar hasta la costa francesa. Afortunadamente, ni la reina ni sus hijos solían marearse en esas travesías, pero lo complicado de las excursiones marítimas en San Sebastián era acceder al barco, pues no había en toda la bahía un embarcadero cómodo. Dadas las dimensiones del buque, que aguardaba anclado en el mar, la familia real debía desplazarse hasta él en una pequeña escampavía, pero embarcar en esta también resultaba arriesgado.

Había tres opciones, pero ninguna era buena. La reina y sus hijos podían acercarse al barco desde las estribaciones de Miramar saltando sobre las rocas que asomaban al bajar la marea. Otra opción era embarcar desde la caseta de baños, pero ello exigía hacer equilibrio sobre las tablas que se colocaban para

la ocasión, o podían bajar por las escurridizas y estrechas escaleras de piedra de la dársena, que solían estar cubiertas de verdín.

Cuando finalmente consiguieron embarcar aquella tarde en el *Isla de Luzón*, la reina, Mercedes y Teresa se sentaron en la toldilla del barco para disfrutar de la travesía. La mar estaba algo rizada, pero el barco avanzaba suavemente frente a unas costas de una belleza deslumbrante. Mientras, el niño rey no paraba de dar vueltas por el crucero y asaetear a preguntas al comandante, Juan Pastorín. Alfonso pronto descubrió la presencia de un enorme perro de raza terranova y de color canela que tenía tantas ganas de jugar como él.

—¿Cómo se llama tu perro? —preguntó el rey al comandante.

—Le llamamos Luzón, como al barco, pero en realidad no es del todo mío —respondió el militar.

—¿De quién es, entonces? —insistió el niño mientras acariciaba al animal.

—Le rescatamos como a un pobre náufrago en unos riscos frente a Gibraltar. Los marineros del *Luzón* le recogieron y le trajeron a bordo exhausto y hambriento. Unos ingleses que contemplaron la escena del rescate les dijeron que ya habían visto al perro tres días antes en aquellos riscos.

—O sea que los ingleses lo vieron, pero no fueron a socorrerle, y los españoles sí lo hicieron —apostilló Alfonsito, orgulloso del gesto humanitario de sus compatriotas.

—En efecto —subrayó el comandante, que no pudo ocultar una sonrisa ante el comentario del niño rey—. Una vez en el barco, el perro recibió agua, alimentos y muchos cuidados, y aun así tardó varios días en recuperarse.

—¿Obedece cuando se le habla en español? —quiso saber Alfonso.

—Cuando le rescatamos no entendía ninguna orden. Le hablaron en casi todas las lenguas vivas de Europa, y no hacía caso alguno, por lo que no hemos podido descubrir su nacionalidad, pero ahora va aprendiendo el español: ya responde por su nombre y entiende algunas cosas que le han enseñado los marineros.

—¿Es posible que alguien abandonara al pobre perro en aquellos riscos? —quiso saber la princesa.

—Creemos que se debió de caer de alguno de los muchos barcos que cada día cruzan el Estrecho de Gibraltar y que el perro consiguió llegar a nado hasta las rocas donde le encontraron los marineros.

Cuando el *Isla de Luzón* se encontraba a seis millas de la plaza de Biarritz, el barco cambió el rumbo para emprender regreso y la reina ofreció a los oficiales y a sus acompañantes una merienda regada con champán, pero tres militares y una institutriz no pudieron disfrutarla ya que se encontraban bajo los efectos de un fuerte mareo y no se recuperaron hasta que regresaron a tierra. Al pasar ante el puerto de Pasajes, el niño rey izó en persona el pabellón real, que había sido arriado mientras navegaban frente a la costa francesa, y pronto la excursión llegó a su fin.

Igual de difícil que embarcar era desembarcar. La escampavía *Guipuzcoana* recogió a la familia real en el *Luzón*, la trasladó hasta la caseta de baños de la playa de San Sebastián y fue allí donde la princesa vaciló al saltar a tierra y terminó en el agua. Lo peor para Pola no fue el pequeño chapuzón sino aguantar las bromas de sus hermanos y la exageración con la que los periódicos relataron la anécdota en los días siguientes. Pero, a pesar de aquel pequeño incidente, Mercedes volvió a embarcar en la *Guipuzcoana* en varias ocasiones aquel verano, porque desde este barco salía a contemplar en solitario las regatas de balandros que se disputaban en la bahía de San Sebastián. Navegar le producía una sensación infinita de libertad.

Afinidad con Nino

En aquellas fechas, Mercedes cumplió quince años y su madre le regaló, por primera vez, unas joyas: dos solitarios espléndidos, que pronto empezaría a lucir en las ceremonias palatinas. Pero ese día recibió otra sorpresa que le causó enorme alegría: la visita de sus primos napolitanos, que habían viajado hasta San Sebastián para acompañar a la princesa en su aniversario. Fernando y Carlos llegaron al palacio de Miramar con su hermano Genaro, quien había decidido seguir los pasos de los mayores y servir en el Ejército español. A diferencia de Nando y Nino, que habían escogido artillería y pronto ingresarían en la Escuela Superior de Guerra, Genaro quería entrar en la Escuela Naval. Su formación se le encomendó al coronel de Estado Mayor, Sainz de la Maza, que también se había hecho cargo en su día de Fernando y Carlos.

Al día siguiente los tres primos acompañaron a la familia real a la playa, donde compartieron baños de mar y después regresaron todos juntos caminando hasta Miramar. Esa misma tarde, tras almorzar en palacio, salieron de excursión hasta Pasajes en un *break* tirado por cuatro caballos y a la vuelta se pararon en el rompeolas para ver la mar, que estaba picada. Genaro abandonó San Sebastián porque tenía que preparar su ingreso en la academia, pero sus hermanos se quedaron unos días más.

Mercedes se sentía cada vez más compenetrada con Nino y notaba que se iba reduciendo la diferencia de edad entre ambos. Los diez años que hasta hace poco les separaban como un muro infranqueable parecían diluirse a medida que la princesa iba creciendo. Nino también se sentía a gusto con Pola. Cuando estaba con ella, a la que conocía desde niña, desaparecía el problema de su timidez, que le impedía relacionarse con normalidad con la mayoría de la gente. Carlos acompañaba a sus primas a recoger florecillas de lavanda con las que, después, en sus largas horas de soledad, rellenaban saquitos bordados con sus iniciales. Juntos subían abruptas colinas, a pesar de las quejas del aya que siempre acompañaba a la princesa y a la infanta, en busca de las plantas más delicadas para incorporarlas a los álbumes de Mercedes y Teresa.

Aquellos días en compañía de los primos fueron los más felices del verano, pero cuando Fernando y Carlos abandonaron San Sebastián, una nueva noticia trágica volvió teñir de luto las vacaciones de la familia real. El barco *Sánchez Barcáiztegui*, de la Armada española, había naufragado en las costas de Cuba y decenas de marinos habían perdido la vida.

—¿Cuántas personas han muerto, mamá? —preguntó Mercedes a la reina.

—Todavía no se sabe exactamente. Parece ser que entre treinta y cuarenta. Está siendo muy difícil rescatar sus cuerpos.

—Pero hay buzos buscándolos, ¿verdad?

—El barco hundido está rodeado de tiburones —repuso la reina—, y sería una imprudencia que los buzos bajaran en esas circunstancias.

—Qué espanto. ¿Y cómo los van a rescatar, entonces? ¿No irán a dejarlos allí? —quiso saber Teresa.

—Estaban preparando unas jaulas de hierro para sumergirlas y proteger a los buzos —explicó María Cristina.

—Si tardan mucho, no habrá nada que rescatar —sentenció Mercedes.

Aquella misma tarde, la reina y sus tres hijos volvieron a embarcar en el *Isla de Luzón*, donde se ofició un réquiem por las víctimas del barco naufragado en Cuba. María Cristina vistió de negro riguroso; el rey, de marinero, y Mercedes y María Teresa, de azul oscuro. La ceremonia fue muy emotiva y, cuando desembarcaron, los cuatro regresaron a Miramar muy tristes.

A finales de aquel verano, a Mercedes le atribuyeron un nuevo prometido. En esta ocasión, se trataba de uno de los nietos del zar de Rusia, hijo de la duquesa de Vladimiro, María Pavlovna, quien visitaba a la reina con mucha frecuencia. Sin embargo, nada había de cierto en aquel supuesto compromiso. En lugar de un futuro esposo, lo que la reina buscó para sus hijas en aquel momento fue un profesor que instruyera con mayor exigencia a la heredera de la Corona. Teresa sentía una inclinación natural hacia los libros y le gustaba estudiar, pero Mercedes tenía cierta tendencia a distraerse. Para ello, la reina eligió a Francisco de Paula Arrillaga y de Garro, un ingeniero navarro de cuarenta y nueve años y amplios conocimientos, especialmente en geografía y estadística.

María Cristina también introdujo cambios en la educación del niño rey, que pronto cumpliría diez años. La reina sustituyó por hombres a las ayas, institutrices y doncellas que servían a su hijo, encargó a dos militares que se ocuparan de su formación académica y militar, dispuso que el niño pasara a ocupar nuevas habitaciones en palacio y le asignó al viejo Prudencio como ayudante de cámara, el mismo que había servido a Alfonso XII. Los dos militares vivían en el alcázar y, en todo momento, uno de los dos acompañaba al niño rey. Comían, salían y dormían con él. Para ello, se turnaban cada veinticuatro horas. Las únicas mujeres que seguían instruyendo a Alfonso eran las profesoras de francés e inglés.

La guerra de Cuba

A la vuelta del verano, Mercedes trataba de concentrarse en su formación académica, pero las noticias que llegaban de Cuba y que alertaban de revueltas separatistas la llenaban de inquietud. Cada vez que alguien mencionaba los problemas de la colonia española, la princesa sentía un escalofrío de miedo provocado por el temor a que Fernando y Carlos quisieran alistarse como voluntarios de la misma forma que lo hicieron dos años antes cuando los guerreros marroquíes atacaron Melilla. «Cuba está mucho más lejos que Melilla, y es mucho más peligroso», explicó la princesa a su hermana.

Tal y como temía, en noviembre de 1895, los dos príncipes napolitanos lograron convencer a sus padres, los condes de Caserta, para que les autorizaran a alistarse en la contienda de Cuba. Alfonso Caserta, militar de vocación, compartía el deseo de sus hijos de defender a la nación que les había recibido con los brazos abiertos, especialmente en aquellos momentos en los que se sentía amenazada su integridad territorial. De hecho, él también había combatido en su juventud en las tropas carlistas, que igualmente eran españolas; pero en aquel momento le parecía una imprudencia, desde el punto de vista dinástico, exponer la vida del heredero de la Corona de las Dos Sicilias, que era su hijo Fernando, y también la de Carlos, que ocupaba el segundo lugar en la línea de sucesión. A pesar de sus reticencias iniciales, no le quedó otra opción que ceder: «Un militar se forma durante toda su vida para la guerra, y no tendría ningún sentido eludir el combate cuando llega la hora de verdad», argumentaba a su esposa.

Los mismos periódicos que pocos meses antes criticaban la permanencia de los dos príncipes «extranjeros» en el Ejército español calificaban ahora de «acto noble» el gesto de los dos tenientes honorarios de artillería, «tanto más loable porque no van a recibir recompensa económica por ello ni les obliga deber alguno». Una conducta «digna del mayor aplauso y gratitud del país», afirmaban.

El 8 de diciembre Fernando y Carlos partieron de Cádiz en el vapor *San Fernando* hacia Cuba y cinco días antes su tía la infanta Isabel les organizó, a modo de despedida, una cacería en el real sitio de La Zarzuela. Durante la

jornada, en la que estuvieron acompañados por el general Primo de Rivera, el duque de Sotomayor, el marqués de la Romana y el doctor Ledesma, entre otros, abatieron sesenta y cuatro perdices y ciento setenta y cuatro conejos. También la reina les ofreció un almuerzo en el Palacio Real, donde recibieron las muestras de cariño de sus tres primos. María de las Mercedes y Teresa tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no romper a llorar delante de Fernando y Carlos. No solo les preocupaban los peligros del combate y de la larga travesía; también habían leído que en Cuba morían más soldados por las enfermedades y los rigores del clima tropical que por las balas del enemigo.

—Prometedme que nos vais a escribir todas las semanas —imploró la princesa a sus primos.

—Os escribiremos con toda la frecuencia que podamos, Pola, pero si una semana no recibís carta, no vayáis a pensar que nos ha ocurrido alguna desgracia. En la guerra nunca se sabe cuándo se puede escribir ni cuándo se puede enviar una carta. Además, pensad que cada barco lleva cientos de sacas de correspondencia y algunas se pierden —le explicó Carlos.

Justo en el momento de la despedida, poco antes de que sus primos partieran hacia la estación, donde debían tomar el tren que les llevaría a Cádiz, las dos hermanas entregaron un escapulario de Nuestra Señora de la Merced a cada uno de ellos. «Queremos que llevéis esto siempre con vosotros; os protegerá en América», les dijo Teresa. Tras los abrazos de despedida, la princesa sintió un nudo que le agarrotaba la garganta y no pudo pronunciar palabra alguna. En cuanto sus primos abandonaron el salón, Mercedes corrió a sus habitaciones a llorar, temerosa de que no les volviera a ver nunca más. Y aquella tarde lloró por ellos y por todas las familias que estaban pasando por lo mismo, pero también lloró por ella misma, por la niña que había dejado de ser y por la vida que veía pasar desde la ventana de su habitación, pero que ella no podía vivir plenamente como los demás.

Dos semanas después, los príncipes napolitanos desembarcaron en La Habana y fueron presentados al general Weyler, quien los destinó a servir en la artillería de montaña. Fernando y Carlos intervinieron en uno de los combates más sangrientos, pero también más brillantes de la guerra: el de Mamey, donde el general Bernal elogió su comportamiento valiente y eficaz.

Tal y como le habían prometido a su prima, los dos hermanos enviaron cartas semanales al Palacio Real en las que ofrecían la versión más amable y edulcorada que se podían imaginar de su estancia en Cuba. Más que de la guerra, en sus misivas hablaban de las curiosidades tropicales.

El 3 de marzo de 1896 se recibió un telegrama en el Palacio Real que decía lo siguiente: «Al mayordomo mayor de palacio, el general en jefe: brillante combate en Mamey, límite provincias Matanzas, Santa Clara, columna general Bernal, antes Echagüe. Entre distinguidos figuran príncipes Fernando y Carlos de Borbón. Firmado: Weyler».

A finales de ese mismo mes, los enviados especiales de los periódicos volvían a destacar en sus crónicas el valor de los príncipes napolitanos, quienes lograron hacer funcionar las piezas de artillería en circunstancias muy difíciles, lo que contribuyó en gran parte al brillante resultado de la acción, a pesar de la enorme desproporción de tropas: mil seiscientos en el Ejército español frente a cinco mil separatistas.

El lado más brutal del ser humano

Mientras los primos combatían en Cuba, Mercedes se iba incorporando, poco a poco, a las habituales ceremonias de palacio y aquella Semana Santa asistió por primera vez al indulto del Viernes Santo. En aquella época la familia real celebraba estas fiestas religiosas en el alcázar, por cuyas galerías salían las imágenes en procesión. La reina había logrado en el interior de palacio el verdadero ambiente de recogimiento y austeridad que, en su opinión, debía acompañar a estas fechas, sin las estridencias que protagonizaban algunas damas de la alta sociedad.

Esos días todas las señoras de Madrid se vestían de negro, se cubrían la cabeza con mantillas de encaje del mismo color, salían a ver las procesiones y recorrían las siete estaciones en Nuestra Señora de Atocha, la Paloma, San Isidro, Maravillas, San José, Cristo de Medinaceli y San Cayetano. En Semana Santa no podían circular los coches de caballos, porque se consideraba irreverente, de forma que hombres y mujeres tenían que ir caminando de una iglesia a otra. El largo paseo, unido al riguroso ayuno al que obligaban esas fechas, convertía las fiestas religiosas en jornadas agotadoras para algunas señoras de la alta sociedad poco entrenadas en el esfuerzo. Con el fin de hacer más llevadera su devoción, ellas mismas establecieron la costumbre de hacerse seguir durante su peregrinaje por sus criados vestidos de librea y que estos portaran una de las antiguas literas de mano, ya en desuso pero muy útiles en aquellas circunstancias, para que las trasladaran de regreso a sus mansiones o cuando se sintieran cansadas. En palacio no se veían bien esas prácticas.

Aquel Viernes Santo, en cuanto la reina terminó de adorar la cruz, se le acercó el obispo de Sión y le presentó una bandeja de plata con siete expedientes de penas de muerte atados con una cinta negra.

—Señora, ¿perdona vuestra majestad a estos reos? —preguntó el prelado a la reina.

—Yo los perdono para que Dios me perdone —respondió María Cristina y, siguiendo la tradición, depositó en la bandeja una onza de oro de Fernando VII.

Los siete reos indultados, que procedían de diferentes rincones de España —El Escorial, Toledo, Cáceres, Navarra, Vizcaya, Cuba y Filipinas— habían sido condenados a muerte por crímenes horribles, pero el más repugnante de todos ellos era el que había cometido Crisanto Jorge Cano, de veinticuatro años, natural de Zarzalejo, cuyo relato conmocionó al país y descubrió a Mercedes el lado más brutal de una realidad que hasta ese momento no sabía que existía.

Aquel hombre al que la reina acababa de indultar por incomprensible indicación del Gobierno había secuestrado la noche de Navidad al niño de tres años Pedrín Bravo Bravo, al que sometió a continuas violaciones y torturas en la casa en la que habitaba con su mujer, sus tres cuñadas, su cuñado y sus sobrinos. Tras un mes de tormento y vejaciones, estranguló al pequeño en los últimos días de enero y abandonó su cuerpecito en el campo, confiado en que los lobos y las alimañas lo harían desaparecer sin dejar rastro de su brutalidad. Sin embargo, un guarda llamado Bernabé y su perro, Cascales, encontraron el cadáver del niño y, tras las pertinentes averiguaciones, se pudo dar con el asesino y reconstruir el crimen. Entre lo que leía en los periódicos y los comentarios que oía al servicio, la princesa consiguió hacerse una idea aproximada de lo que aquel hombre había hecho al niño, y se quedó horrorizada. Jamás se habría imaginado que pudieran existir ese tipo de perversiones.

Tras el sorprendente indulto real, tuvo lugar la procesión del Santísimo, que recorrió las galerías del palacio, y posteriormente, las del santo clavo y el *lignum crucis*, preciosas reliquias que la princesa pasó a adorar en el oratorio privado de su madre. Las ceremonias continuaron de nuevo en la capilla real con el sermón de las siete palabras y las rogativas, en las que se pidió al cielo la pronta terminación de la guerra de Cuba.

La guerra aún tardó dos años en concluir, pero la estancia de los príncipes napolitanos en la colonia no se prolongó mucho. A mediados de abril, Fernando y Carlos fueron llamados a Madrid, por lo que emprendieron regreso en el vapor correo de Cuba, que atracó en Cádiz el 27 de ese mes y, al día siguiente, tomaron el expreso con dirección a Madrid, donde fueron recibidos con toda alegría por la familia real. Los dos tenientes lucían en sus pechos la Gran Cruz de María Cristina, condecoración que habían ganado en

el combate de Mamey. Los príncipes tampoco permanecieron mucho tiempo en la corte, ya que su padre, el conde de Caserta, les había ordenado reunirse con él. Tras visitar al ministro de la Guerra para darle cuenta de las últimas novedades de la insurrección, partieron hacia el encuentro con su progenitor. «En cuanto atendamos la llamada de nuestro padre, queremos regresar a Las Antillas porque nos gusta mucho la vida de campaña», afirmó Carlos al ministro. Sin embargo, ninguno de los dos hermanos volvió después a Cuba, donde las cosas se estaban poniendo muy difíciles para el Ejército español. Fernando y Carlos ingresaron entonces en la Escuela Superior de Guerra para hacer el curso de Estado Mayor.

Barcelona se tiñe de sangre

La víspera del Corpus un empleado del servicio de recogida de basura de Barcelona había encontrado junto a la catedral un bulto envuelto con un trapo blanco. Al destaparlo descubrió dos bombas Orsini exactamente iguales a las que explotaron en el Liceo. El operario trasladó cuidadosamente las bombas a los juzgados y se las mostró a las autoridades. Se pensó que los artefactos estaban destinados a estallar en la catedral, pero que en el último momento, ante la elevada presencia policial, quien debía colocarlas no se atrevió a hacerlo y decidió abandonarlas en la calle. «Si hubieran estallado momentos antes o después de la procesión, esta capital estaría de luto», advertían los periódicos, que recogían la noticia aliviados porque se hubiera evitado otro atentado anarquista.

Lo que nadie se imaginaba en aquel momento es que aquellas dos bombas no eran las únicas. A las nueve menos veinte de la noche del 7 de junio de 1896, cuando la procesión del Corpus regresaba a la iglesia de Santa María del Mar, una horrible explosión, seguida de un estruendo de cristales rotos, tiñó de sangre las calles del centro de Barcelona. El pánico se apoderó de la muchedumbre, que huía en estampida del lugar del atentado, donde yacían seis cadáveres y decenas de heridos con las extremidades desgarradas. La bomba les había sorprendido de rodillas al paso de la custodia. Una niña de seis años agonizaba entre los brazos de su madre. Horas después, los muertos se elevaron a doce y los heridos a setenta. El artefacto iba dirigido a las autoridades que encabezaban la procesión, entre ellas el obispo de Barcelona, el gobernador y el capitán general de Cataluña, pero cayó sobre las mujeres, los niños y ancianos que las seguían. Todas las víctimas pertenecían a las clases menos favorecidas y en su mayoría eran jornaleros o niños. Los médicos pronto advirtieron que las casas de muchos de los heridos eran tan humildes y se hallaban en un estado tan lamentable que no reunían las condiciones mínimas de asepsia para que se pudieran curar sus heridas, por lo que hubo que trasladarlos al dispensario.

Las trágicas noticias empezaron a llegar esa misma noche al Palacio Real. Mercedes y Teresa sabían que cualquier desgracia que ocurriera en España o que afectara a españoles, aunque estuvieran en el extranjero, trastocaría la

vida en palacio. Desde que tenían uso de razón, habían visto cómo los acontecimientos trágicos alteraban sus propias vidas, obligándolas a suspender salidas y a vestir de luto. Pero la familia real no se implicaba solo desde el punto de vista formal; la reina y sobre todo Mercedes, que ya era suficientemente adulta como para entender lo que estaba ocurriendo, compartían el dolor de las víctimas con mucha más cercanía de lo que cabía esperar.

A la mañana siguiente del atentado del Corpus, la reina firmó, a propuesta del Gobierno y de las autoridades catalanas, un real decreto con el que suspendió las garantías constitucionales en Barcelona «como medida indispensable para poder perseguir con buen éxito a los autores del sangriento atentado».

La princesa no sabía qué significaba aquello y decidió preguntárselo a su profesor.

—Don Francisco, ¿han vuelto a ser los anarquistas, verdad?

—Son los únicos capaces de cometer una atrocidad así.

—¿Y qué es la suspensión de las garantías constitucionales?

—Cuando sucede algún acontecimiento especialmente grave, las Cortes o el Gobierno pueden restringir algunos derechos de las personas para mantener el orden y la seguridad. Por ejemplo, se puede suspender el derecho a la libertad de circulación, el derecho de reunión, el derecho a la inviolabilidad del domicilio... Y a eso se llama suspender las garantías constitucionales.

—¿Y no le parece un poco raro que un Gobierno constitucional tenga que suspender las garantías constitucionales?

—Es una medida excepcional para una situación excepcional. Todas las Constituciones del mundo contemplan esa medida. No es cosa buena que haya que aplicarla, pero peor sería que no se detuviera a los autores de este atentado y siguieran matando.

También en Madrid se reforzaron las medidas de seguridad ante la posibilidad de que los anarquistas planearan nuevos atentados y la familia real restringió sus salidas durante un tiempo. Mientras, en Barcelona empezó una persecución feroz de anarquistas y cerca de cuatrocientas personas, consideradas revolucionarias, fueron detenidas y encarceladas en los

calabozos del Castillo de Montjuic. Noventa de ellos fueron sometidos a consejo de guerra y cinco condenados a muerte, pero también empezó una campaña desde el extranjero contra el Gobierno español al que se acusaba de haber obtenido las confesiones bajo tortura y de haber actuado con una dureza desproporcionada.

Los herederos tienen que casarse jóvenes

A los veintiséis años, la prioridad de un príncipe heredero, aunque estuviera en el exilio, era contraer matrimonio con otra princesa para garantizar la continuidad de la dinastía. Y ese era el motivo por el que el conde de Caserta había mandado llamar a sus hijos. Había llegado el momento de empezar a pensar en la boda de Fernando, pero también en la de Carlos, que tenía veinticuatro años. La fortuna de los Caserta era muy escasa y muy elevado el número de hermanos que habrían de repartírsela, por lo que solo podrían abrirse un camino con futuro mediante buenos matrimonios con sus primos de las otras casas reales europeas. El abanico de princesas en edad casadera era muy amplio. Durante su infancia y adolescencia en Cannes y en los posteriores viajes que hicieron siendo ya jóvenes, los hijos del conde de Caserta habían mantenido una relación muy estrecha con sus parientes de Baviera y de Austria, por lo que conocían, aunque solo fuera superficialmente, a la mayoría de las candidatas.

Fernando, el mayor, se prometió con la princesa María Luisa de Baviera, hija del futuro rey Luis III y de la archiduquesa María Teresa de Austria, hermana de la reina regente de España. A Carlos se le presentó a la princesa Clementina de Bélgica, que a sus veintitrés años se había enamorado del príncipe Víctor Napoleón, de la casa imperial de Francia. El padre de Clementina, el rey Leopoldo II, no le permitía casarse con el hombre de sus sueños, que pertenecía a una dinastía enemiga y sin legitimidad para las familias reales históricas, y pensó que el atractivo príncipe Carlos conseguiría que su hija se olvidara para siempre del heredero francés.

En aquella época la reina Victoria de Inglaterra solía veranear en Menton, en la Costa Azul, donde recibía la visita de numerosos parientes reales. Bastaba con invitar a la princesa Clementina en las mismas fechas que al príncipe Carlos para que ambos se conocieran y empezaran una relación. En cuanto se vieron, los dos jóvenes se sintieron atraídos: a Carlos le gustó su prima belga, a la que prodigaba un trato exquisito, y Clementina dio una oportunidad al guapo príncipe napolitano.

El compromiso de Fernando con María Luisa de Baviera se anunció en el verano de 1896 y la noticia llenó de alegría a la familia real española. Sin

embargo, el anuncio llegó acompañado de los rumores sobre el incipiente noviazgo de Carlos y Clementina, y estos cayeron como un jarro de agua fría en el Palacio Real. Ni a la reina María Cristina ni mucho menos a la infanta Isabel les gustaba esa boda. Los chismes corrían como la pólvora en las casas reales europeas y sabían que Clementina estaba locamente enamorada de Víctor Napoleón. Las dos cuñadas querían a su sobrino Carlos y estaban convencidas de que aquel matrimonio nunca sería feliz, pero además ambas albergaban la esperanza de reservar a Nino para la Princesa de Asturias, cuya mirada adolescente brillaba cada vez que su guapo primo visitaba a la familia real.

A sus quince años, Mercedes aún era demasiado joven para que su madre y su tía estuvieran pensando en bodas, pero lo que tenían muy claro es que el matrimonio de Pola sería en su día un delicado asunto de Estado, ya que se trataba de la heredera de la Corona, y su futuro marido tenía que estar a la altura de esa circunstancia. Si a Alfonsito le ocurría algo, o no tenía hijos, Mercedes sería reina de España y su cónyuge tendría que reunir las actitudes y aptitudes necesarias para desempeñar la función de consorte. Cánovas del Castillo era partidario de casar a la Princesa de Asturias con el hijo del pretendiente carlista, para unir las dos ramas familiares enfrentadas, pero María Cristina tenía otro candidato para su hija.

Nino era prudente, discreto, serio y honesto; servía con méritos demostrados en el Ejército español; era sano y guapo, cariñoso y galante, y había crecido en la austeridad de una familia venida a menos. Hasta el defecto de su extrema timidez se podría considerar una virtud en el caso de un consorte porque nunca buscaría brillar más que su esposa. En toda la corte europea no encontrarían un príncipe mejor para la Princesa de Asturias. Como Carlos y Clementina todavía no se habían comprometido oficialmente, María Cristina e Isabel confiaban en la intimidad en que aquella boda no llegara a celebrarse.

Los deseos de la reina y la infanta pronto se convirtieron en una realidad. Clementina valoraba las cualidades de Carlos, pero en su fuero interno seguía enamorada de Víctor Napoleón. Estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuera necesario para casarse con el hombre al que amaba por encima de todo y no podía seguir alimentando en vano las esperanzas del príncipe napolitano.

Para decepción de sus respectivas familias y alivio de la reina española, la princesa belga dio un paso atrás y dejó de ver a Carlos. «Nino está bien, es muy guapo. Le creo un joven serio, franco y honesto —relataba Clementina a los parientes que le preguntaban—. De él se hacen grandes elogios. Es muy piadoso y tiene todas las cualidades requeridas. A pesar de todo, su extrema timidez le hace parecer poco inteligente. Le encuentro muy bien y su familia es excelente, pero casi no puedo juzgarle, pues debido a su timidez apenas sí puedo hablar con él».

Las noticias llegaron volando a España, pero cuando parecía que la tranquilidad reinaba de nuevo, los temores de María Cristina e Isabel volvieron a dispararse ante una nueva amenaza sentimental. Tras romper con Carlos, Clementina se creyó en la obligación de buscarle una novia que la reemplazara y pensó en su sobrina, la archiduquesa Isabel, que era nieta del emperador Francisco José. Isabel tenía veintitrés años y una enorme fortuna que habría sido de enorme ayuda para los Caserta. Clementina llamó a su hermana, Estefanía de Austria, para recomendarle a Carlos como yerno ideal y la madre de la candidata tomó buena nota de la sugerencia.

Aquellos días la familia real estaba pendiente desde Miramar de la botadura del acorazado *Princesa de Asturias*, al que se había bautizado así en honor de María de las Mercedes. Sin embargo, el bautizo de aquel barco, que había sido construido en los astilleros públicos de Cádiz, en lugar de constituir un motivo de orgullo nacional se convirtió en una nueva fuente de disgustos y consternación. Afortunadamente, ni la reina ni su hija se desplazaron a San Fernando, con lo que se evitaron tener que soportar una humillación en público, pero desde San Sebastián siguieron con decepción el triste espectáculo que supuso la botadura de aquel barco.

El 8 de octubre una gran muchedumbre se acercó a San Fernando para contemplar la ceremonia, y a las dos y media de la tarde, entre los acordes de la «Marcha real» y los vivas del público, el *Princesa de Asturias* empezó a deslizarse hacia el mar. Para sorpresa de los asistentes, el barco apenas avanzó unos pocos metros y se paró en seco. A pesar de todos los esfuerzos realizados por los operarios, el acorazado se resistía a moverse y aún le quedaban por delante ochenta metros para alcanzar el agua. Ante la decepción general, la botadura se aplazó para el día siguiente, cuando varios

remolcadores lograron que el barco avanzara cuatro metros, pero se volvió a parar. Al rato, se deslizó otros trece metros y nuevamente frenó, quedando parcialmente dentro del agua, lo que hizo temer que se quebrara. La botadura volvió a aplazarse para más adelante, pero el día 17, y sin que estuviese programado, unas mareas muy vivas lanzaron el barco al agua de forma espontánea, lo que desencadenó las burlas más crueles sobre la ingeniería naval española. «Parece que todo ha de salir mal», lamentaba la reina ante su hija, una de las pocas personas con las que Cristina podía compartir ese tipo de pensamientos.

Mientras tanto, a finales del verano, se celebró en Cetinga la petición de mano de la princesa María Luisa de Baviera por parte de Fernando de Borbón-Dos Sicilias y, tras los festejos, Carlos regresó a España con su hermano Genaro. Como la familia real se encontraba instalada en el palacio de Miramar, los dos príncipes napolitanos se dirigieron a San Sebastián y se hospedaron en el hotel de Londres, donde pasaron un par de días antes de continuar viaje hacia Madrid. Poco después, llegó a Miramar el príncipe Fernando, a quien todos felicitaron por su compromiso matrimonial. Tras la boda, los recién casados se instalarían en Madrid, por lo que la relación que el duque de Calabria mantenía con la familia real española seguiría siendo tan estrecha como en los últimos años.

—Os tengo que comunicar otra buena noticia —añadió Nando a la reina y a sus primos.

—¿Otra buena noticia? —preguntó María Cristina, temerosa de que se tratara algún nuevo noviazgo o compromiso de Nino.

—Mamá está esperando otra vez —anunció Fernando.

—Qué alegría, Nando. María Antonieta esperando otra vez. Qué naturaleza más asombrosa. Va a traer al mundo a su undécimo hijo —comentó la reina.

—Sí, y el nacimiento de un nuevo hermano ha condicionado la fecha de mi boda, porque no me gustaría que la madrina se pusiera de parto en plena ceremonia... —bromeó Nando, entre las risas de los demás.

—¿Y para cuándo lo espera? —inquirió Mercedes.

—Si Dios quiere, mi hermanito nacerá el próximo mes de enero, por lo que la boda la celebraremos en primavera.

Aunque ya eran tres los príncipes napolitanos que se encontraban instalados en España, ninguno de ellos viajó a Cuba, de donde llegaban cada día noticias más preocupantes. Los deseos de independencia y libertad se habían contagiado también a Filipinas, y aquella España pobre y endeudada apenas podía sofocar unas revueltas ocurridas a miles de kilómetros de distancia. Con la guerra ya empezada, el Ejército seguía a la espera de recibir más barcos, encargados en el último momento a los astilleros británicos, así como los fusiles Mauser que la industria de Eibar fabricaba a destajo.

Aunque seguían presentándose voluntarios para combatir a los insurgentes, también aumentaban las redenciones a metálico, que era la forma legal que tenían los mozos comprendidos en el cupo de Ultramar de pagar una cantidad de dinero al Estado y evitar a su alistamiento. Muchas familias hacían enormes esfuerzos para reunir las mil quinientas pesetas necesarias y liberar a sus hijos de un servicio militar en el que se iban a jugar la vida por una nación que se resquebrajaba.

Los testimonios de los soldados que conseguían regresar a su tierra, a veces mutilados e inválidos, otras descalzos, enfermos y desnutridos, disuadían los deseos patrióticos de quienes aún estaban dispuestos a cruzar el Atlántico para luchar en una guerra que muchos daban por perdida. Los barcos de la Compañía Transatlántica empezaron a llegar a las costas españolas llenos de cadáveres de los soldados que morían durante la travesía, la mayoría de disentería, paludismo, fiebre amarilla y diarrea. Miles de jóvenes españoles yacían en hospitales y sanatorios improvisados, algunos pocos con heridas de guerra; muchos de ellos con padecimientos tropicales, a la espera de alguna ayuda benéfica que les permitiera regresar a su pueblo y curarse o morir rodeados de sus seres queridos.

En algunas regiones, como Cataluña y Castilla la Vieja, el 25 por ciento de los llamados a filas se liberaba de tal obligación mediante el pago al Estado de la cantidad establecida para su redención. Quienes no tenían ahorros para abonar el dinero organizaban colectas entre los conocidos o incluso se llegaron a hacer funciones benéficas en teatros para reunir los fondos necesarios y librarse del servicio militar. Las familias más pobres se vieron abocadas a hipotecarse de por vida para conseguir el crédito con el que redimir al hijo.

Pero la guerra también creó oportunidades de negocio para políticos, financieros, industriales y terratenientes sin escrúpulos, que no dudaron en enriquecerse aún más a costa del suculento negocio legal de los préstamos a las familias más pobres para evitar que sus hijos fueran a la guerra. Desde el Palacio Real, la reina viuda contemplaba la inmensa ola de desolación, pobreza y hambre que sumergía a los españoles en uno de los momentos más oscuros de su historia.

A finales de 1896, España necesitaba cuatrocientos millones de pesetas para financiar la guerra de Cuba y los mercados internacionales solo se los prestaban a unos intereses tan altos que resultaban inasumibles, por lo que Cánovas del Castillo decidió poner en marcha, por primera vez, una operación arriesgada pero mucho más económica: hizo un llamamiento patriótico y pidió el dinero prestado a los españoles. El empréstito nacional fue un éxito y, en menos de cuarenta y ocho horas se reunieron más de quinientos noventa y un millones de pesetas. Ricos y pobres respondieron al llamamiento con enorme generosidad. La princesa aportó trescientas mil pesetas y su hermana María Teresa, doscientas mil, mientras que la infanta Isabel se sumó con doscientas cincuenta mil. Después de Madrid, que reunió trescientos cinco millones, Barcelona y Vizcaya fueron las provincias que más dinero aportaron, con 77,8 millones la primera y 37,6 la segunda. «España ha dado al extranjero una hermosa muestra de poder económico», comentó la reina.

La boda del primo Fernando

El año se estrenó con nuevos rumores de boda para la Princesa de Asturias. La prensa le atribuía ahora otro pretendiente. En esta ocasión se trataba del conde de Turín, hijo de don Amadeo de Saboya, que había sido rey de España durante un corto periodo de tiempo. Con aquella boda, se decía, quedaría compensada la familia Saboya del mal sabor de boca que le dejó su obligada salida de España.

A Mercedes no le afectaban lo más mínimo estos rumores. La joven seguía concentrada en su vida interior: su música, sus estudios, sus colecciones de sellos y plantas y las representaciones de obras teatro que las compañías o los propios miembros de la familia real interpretaban en palacio ante la Corte. Pero aquella primavera la princesa también se propuso mejorar su equitación y empezó a entrenar en el picadero de palacio con el precioso alazán que le había comprado su madre. Para ello, había encargado algunos trajes de amazona al modista Magallón, un sastre que se había formado en París y en Londres antes de instalarse en Madrid. Aunque cosía todo tipo de trajes, su verdadera especialidad era el corte de amazona, al que le imprimía un sello personal de inspiración británica y de elegancia inimitable. A la princesa le favorecían enormemente estos trajes.

Aquella Semana Santa el Palacio Real se convirtió en punto de encuentro familiar. La tía Paz, que llevaba ocho años sin venir a España, se instaló en el alcázar con su marido, el príncipe Luis Fernando de Baviera, y sus tres hijos, Fernando, de doce años; Alberto, de once, y María del Pilar, de seis. La reina y la infanta Isabel habían acudido a la estación a recibirles acompañadas por los príncipes Fernando y Carlos. Entre las ceremonias religiosas, las recepciones y las cenas ofrecidas en honor de los Baviera, las fiestas se pasaron volando.

En aquellos días, la reina también concedió el Toisón de Oro a Fernando ante su próximo matrimonio con María Teresa de Baviera, pero aquel gesto no hizo del todo feliz al sobrino de María Cristina.

—Claro que admiro al archiduque Federico Carlos como figura militar, pero me disgusta llevar el mismo Toisón que un protestante —lamentó

Fernando ante el que fue su preceptor, Joaquín Sainz de la Maza, coronel de Estado Mayor.

María Cristina había escogido para condecorar a su querido sobrino el mismo collar que Alfonso XII otorgó en su día al archiduque Federico Carlos, quien había desempeñado un brillante papel como militar en la guerra franco-prusiana de 1870. De acuerdo con lo establecido por la orden, los herederos de los caballeros del Toisón debían devolver a su muerte el valioso collar a la Corona española. Por lo tanto, cada una de estas condecoraciones había pertenecido a numerosos caballeros y guardaba su propia historia.

Nando estaba muy orgulloso de poder lucir el día de su boda el Toisón de Oro sobre su severo uniforme de artillería del Ejército español, pero había una cuestión que no le agradaba lo más mínimo: Federico Carlos fue protestante y él era profundamente católico.

—Alteza, eso tiene fácil solución —agregó Sainz de la Maza.

—Lo único que se me ocurre es pedirle a la reina que me lo cambie por otro, pero no lo pienso hacer. Sería una descortesía imperdonable por mi parte —añadió.

—No, señor, hay otra solución más sencilla: si le parece bien, podemos bendecir el Toisón y borrar de esa forma su pasado protestante.

—Me parece una idea excelente —respondió el príncipe.

Días después de aquella conversación, se celebró la solemne ceremonia de bendición del Toisón, que ofició el padre Isidro Fariñas en la capilla de la casa de Sainz de la Maza, a la que asistieron los tres príncipes napolitanos que residían en Madrid y sus más cercanos amigos.

Con el Toisón reconvertido a la fe católica, el príncipe Fernando de las Dos Sicilias, duque de Calabria, contrajo matrimonio el último día de mayo de 1897 con la princesa María Luisa de Baviera. La boda se celebró en Múnich, que amaneció engalanada con banderas y escudos reales en todos los balcones de los edificios y, al pasar el cortejo de la novia ante el colegio de las Hermanas Superiores, todas las ventanas se abrieron y aparecieron en ellas las alumnas vestidas con deslumbrantes trajes blancos que arrojaron una lluvia de pétalos sobre la princesa. Al enlace asistió la infanta doña Isabel, tía del novio, en representación de toda la familia real española.

En aquellos días también llegaron a palacio nuevas noticias de Pablo Casals. La vida en París no había sido como el músico deseaba y, tras pasar una etapa difícil, en la que tuvo que tocar en cabarés para sobrevivir, regresó a Barcelona, donde le aceptaron como violonchelista en la Gran Orquesta del Teatro del Liceo. En la ciudad catalana coincidió con Isaac Albéniz, Agustín Rubio, Enrique Fernández Arbós, Saint-Saëns y Enrique Granados, y había empezado a hacer una gira por toda España con este último que le llevaría a Madrid. Mercedes pidió a la reina que les invitara a tocar en palacio. Casals tocó el violonchelo acompañado por Granados al piano y, cuando terminó el concierto, que resultó magnífico, María Cristina, que ya había olvidado su enfado con Casals, le regaló una esmeralda y un nuevo violonchelo, un Gagliano. El músico mandó incrustar la piedra preciosa en el arco de violonchelista.

Un periodista en Nueva York

Cuando en 1897 el gobierno de Joaquín Crespo en Venezuela empezó a tambalearse y este fuera asesinado después por los militares que se alzaron en armas, Marcelino Calleja disponía de suficientes ahorros para abandonar Caracas y emprender viaje hacia Estados Unidos, de los que todo el mundo hablaba como la gran potencia industrial emergente.

Esta vez no tuvo la menor duda y compró directamente un pasaje de primera clase para viajar en barco desde La Guaira a Nueva York. La travesía fue francamente agradable en su camarote de lujo y la buena mar le acompañó hasta el destino. El barco hizo escala en pintorescas islas caribeñas antes de llegar a la ciudad estadounidense, donde Marcelino se quedó impresionado cuando la inmensa Estatua de la Libertad salió a recibirle.

La mayor parte de los pasajeros de primera clase se hospedaron en el lujoso hotel Waldorf, que acababa de abrir sus puertas, pero a Marcelino le pareció demasiado caro y le recomendaron otro establecimiento mucho más económico, el Brighton, situado en pleno centro de Manhattan. Pagó un mes de alojamiento por adelantado y, en cuanto se instaló en su habitación, preguntó dónde podía encargarse unos trajes y un abrigo para hacer frente a las temperaturas de Nueva York, mucho más frías que las que había dejado en Venezuela. Le recomendaron dos grandes almacenes, Macy's y Lord & Taylor, en los que encontraría cualquier cosa que pudiera necesitar. De camino al sastre, empezó a descubrir aquella maravillosa ciudad de actividad frenética. En Lord & Taylor mandó hacer varios trajes que le hicieron pagar por adelantado, detalle que le sorprendió. «Será porque soy extranjero», pensó, pero pronto se dio cuenta de que en Estados Unidos el único pasaporte que abría todas las puertas era el dinero. También compró un elegante abrigo de confección que parecía hecho a su medida y que se llevó puesto.

Empezó a pasear sin un rumbo concreto y, cuando pasó por delante del Museo Metropolitano, decidió entrar a visitarlo. De regreso al hotel, descubrió una iglesia católica, San Patricio, y se asomó al interior del templo. Sentado en uno de sus bancos y en aquel ambiente de serenidad, reflexionó sobre su vida. Cuatro años después de haber dejado el periodismo, quería retomarlo. Aunque su inglés no era lo suficientemente bueno como para

ganarse la vida escribiendo en ese idioma, sí que podría ofrecerse como corresponsal a alguno de los periódicos españoles. No le pagarían mucho, pero entre esos ingresos y sus ahorros, podría sobrevivir. También tenía la opción de colaborar con alguna de las publicaciones que se editaban en castellano en Nueva York, a donde habían emigrado muchos españoles procedentes de Cuba.

Compró un montón de periódicos y se instaló en el hotel para leerlos detenidamente. El periodismo que se hacía en Nueva York era muy distinto del que había conocido en España y en Venezuela, donde se escribía para las clases dirigentes y cultas. Allí había periódicos destinados a las grandes masas y las nuevas técnicas industriales permitían que estos tuvieran muchas más páginas e inmensas tiradas. Pero había otro detalle que le llamó la atención: casi todos los diarios desprendían una actitud abiertamente antiespañola en el conflicto cubano. Hablaban de la monarquía como un sistema anticuado y ofrecían la visión más negativa posible de la conquista y la colonia. Admitían como una única verdad la versión de los historiadores británicos e incluían tiras que caricaturizaban con burlas lo que había sido el imperio español, mientras que erigían como a héroes a personajes deplorables como era el corsario Francis Drake.

A la mañana siguiente, Marcelino preguntó en el hotel por un banco en el que depositar sus ahorros y le indicaron que, en cuanto cruzara el Central Park, llegaría a una avenida en la que encontraría varios. Aquel parque en medio de la ciudad le dejó maravillado y distrajo tanto su atención que no se dio cuenta de que dos individuos le estaban siguiendo hasta que notó un fuerte golpe en la cabeza, que le dejó sin sentido. Cuando recuperó la conciencia, lo primero que vio fue un guarda que trataba de prestarle auxilio y lo segundo que comprobó fue que sus ahorros se habían esfumado. A partir de ese momento, no tardó en descubrir que Nueva York era, en realidad, una ciudad muy dura.

Junto con su dinero, los ladrones se habían llevado el documento de viaje que le acreditaba como español, por lo que tras denunciar el robo acudió al consulado, donde le entregaron un salvoconducto. Le urgía encontrar un trabajo, explicó lleno de angustia al funcionario español, pero este le dio pocas esperanzas.

—Aquí los únicos españoles que tienen trabajo asegurado son los vascos, que aceptan ganarse la vida como pastores en el Oeste, y yo no le veo a usted haciendo eso —le respondió.

—¿Podría facilitarme las direcciones de las redacciones de los diarios que se editan aquí en español? —reclamó.

—¿Le puedo hacer una pregunta en confianza? —le susurró el funcionario.

—Por supuesto.

—¿Usted ha tomado partido en el problema cubano?

—Pues lo que se dice tomar partido, no. Me duele mucho que España pierda sus últimas colonias en Ultramar, pero creo que ya es tarde para actuar.

—Yo le puedo dar las direcciones de los diarios, pero me temo que usted va a perder el tiempo y que les va a dar una preciosa oportunidad para humillarle.

—No entiendo qué me quiere decir.

—Casi todos esos periódicos son órganos de los independentistas cubanos, y usted es un español de Madrid completamente ajeno a ese conflicto. Están en bandos distintos.

—Ya entiendo.

—Déjeme su dirección y, cuando tenga que abandonar el hotel, venga a comunicar su nueva dirección. Si me entero de algún trabajo válido para usted, le mandaré aviso.

—Muchas gracias —se despidió Calleja antes de salir abatido de la oficina consular.

Cuando regresó al hotel y contó lo que le había sucedido al cruzar el parque, notó muy poca empatía entre los empleados.

—Nueva York es una dura ciudad cuando no se tiene dinero —le dijeron y, a partir de ese momento, todo lo que consumía en el hotel se lo hacían pagar en el momento con el poco dinero que había tenido la prudencia de dejar en su habitación el mal día que se le ocurrió ir caminando al banco.

Dedicó una jornada entera a enviar cartas a los periódicos españoles para ofrecerse como corresponsal y puso en el remite la dirección del hotel, aunque probablemente cuando le enviaran respuesta, ya habría tenido que

abandonarlo, pero el recepcionista se comprometió a guardárselas. Sin tiempo que perder, empezó a buscar trabajo y un alojamiento más barato. Recorrió oficinas, bancos, museos, empresas de todo tipo y, enseguida, se dio cuenta de que no le sería nada fácil.

—¿Es usted italiano? —le preguntaban en algunos establecimientos.

—No, español —aclaraba, y notaba cierta decepción en sus interlocutores.

Cuando solo le quedaba una semana de hotel pagado, empezó a bajar sus aspiraciones laborales y descubrió una oferta de trabajo a la que podría optar: «*New York Tribune* precisa ayudante de linotipista». Sabía perfectamente cómo funcionaba esta máquina porque había pasado mil horas junto a ella en el taller de *La Iberia*, e incluso la había utilizado alguna vez para demostrar al operario que solía manejarla que era posible componer un artículo sin erratas. «Si eso es lo más cerca que puedo estar de una redacción, allí estaré», se dijo a sí mismo. Esa misma mañana le habían llevado al hotel los trajes que había encargado en Lord & Taylor y que ahora le parecían demasiado elegantes para su nuevo estatus. Se vistió con el más sencillo de los tres, se pasó por una biblioteca para buscar en algún libro de fotocomposición los nombres en inglés de las piezas de la linotipia y se dirigió a la sede del *New York Tribune*.

Al jefe de talleres le sorprendió que un hombre tan bien vestido aspirara a esa plaza cuando el traje que llevaba costaba más que lo que iba a ganar en un mes, pero pensó que lo debía haber pedido prestado a algún amigo acomodado para presentarse a la prueba. Enseguida se dio cuenta de que aquel aspirante sabía lo que era una linotipia, cómo funcionaba y los riesgos de intoxicarse con el plomo a los que se exponía si cometía algún error. Claro que se habían presentado otros candidatos, pero la mayoría eran chicos jóvenes que no habían visto una de esas máquinas en su vida y a los que tardaría bastante tiempo en enseñar hasta que pudiera dejarles solos.

Calleja consiguió el trabajo y se incorporó esa misma noche a su nuevo puesto. Entraba a las ocho de la tarde y la hora prevista de salida eran las tres de la mañana, pero a veces había que cambiar ediciones por noticias de última hora, y el horario se prolongaba indefinidamente. Entre otros cometidos, Marcelino debía recoger los textos que habían escrito los periodistas, llevarlos al corrector y, una vez supervisados por este, entregarlos

al linotipista. También tenía que ocuparse de que las matrices de las letras con las que se componían los textos estuvieran limpias y la máquina, perfectamente lubricada. Su sueldo le daría para vivir muy modestamente, pero ese trabajo le permitiría conocer el funcionamiento íntegro de un periódico dotado con las técnicas más modernas.

¡Han asesinado a Cánovas!

El verano de 1897 transcurría plácidamente para la familia real en San Sebastián hasta que a principios de agosto llegó al palacio de Miramar una terrible noticia que conmocionó a todos: el presidente del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo, había sido asesinado. Para la Princesa de Asturias y para su hermana, aquel hombre formaba parte de sus vidas desde que eran unas niñas. Aunque no era miembro de su familia ni de la alta servidumbre, Cánovas había compartido con sus padres, su hermano y con ellas mismas los momentos más importantes. Mercedes y Teresa sabían que el político no congeniaba con su madre, pero por encima de todo había sido la persona que ayudó a restaurar la monarquía en España tras la república, y la familia real tenía que estarle eternamente agradecida. Con ellas siempre había sido cariñoso y agradable. A Pola le habían contado que, cuando nació, él no quiso darle el título de Princesa de Asturias, pero Mercedes no le guardaba rencor por ello. Cánovas siempre la reconoció plenamente como heredera de la Corona y, además, era de los que la habían ayudado a comprender el alto papel que estaba llamada a ocupar si le ocurría algo a su hermano.

En cuanto llegó la trágica noticia a Miramar, la reina recibió instrucciones del Gobierno para que llenara el vacío gubernamental que la muerte de Cánovas había provocado. El único ministro que estaba en San Sebastián era el de Estado, Carlos O'Donnell, quien llevó a la regente el real decreto con el nuevo nombramiento para que lo firmara: «En nombre de mi augusto hijo, el rey don Alfonso XIII, y como reina regente del reino, vengo en disponer que el teniente general don Marcelo de Azcárraga y Palmero se encargue interinamente de la presidencia de mi Consejo de Ministros, conservando el cargo de ministro de la Guerra».

La reina escribió una cariñosa carta a Joaquina, la viuda de Cánovas, que aún se encontraba en el balneario de Santa Águeda, en Cestona, donde había tenido lugar el asesinato, y envió al duque de Sotomayor en su representación. A continuación, decretó el luto riguroso en la corte, se vistió de negro y comunicó al Gobierno su deseo de que se dispensaran los mayores honores fúnebres al político conservador. Azcárraga estuvo revisando los precedentes de jefes de Gobierno muertos en ejercicio para proceder de igual

manera y solo encontró los de los generales Narváez y Prim, pero no había ningún civil que hubiera fallecido desempeñando esas funciones en el actual periodo constitucional. Por ello, decretó que a Cánovas se le tributaran honores fúnebres de capitán general del Ejército que muere con mando en plaza.

Mercedes leyó el informe que el Gobierno había enviado a Miramar con los detalles del asesinato.

Poco después de las doce y media del mediodía, el presidente del Consejo de Ministros salió con su esposa de su habitación del balneario, que se encontraba en la planta principal, y se dirigían al comedor, situado en la planta baja, para almorzar. En la escalera, doña Joaquina se encontró con una señora conocida, con la que se paró a hablar. Cánovas salió del edificio y se dispuso a esperarla en un banco próximo a la puerta, donde sacó un periódico y empezó a ojearlo.

En ese momento, un hombre le descerrajó un tiro que le dio en la cabeza. Cánovas se levantó y, antes de caer, recibió un segundo tiro en el pecho. El tercero le entró por la espalda, ya en el suelo. Al oír los disparos, su esposa salió rápidamente y descubrió el cuerpo de su marido rodeado por un charco de sangre. Llena de espanto, increpó al asesino, que aún sostenía el revólver en la mano, y este, lleno de calma, la respondió. «A usted la respeto porque es una señora honrada. Pero yo he cumplido con un deber y estoy tranquilo: he vengado a mis hermanos de Montjuic».

La policía, que acudió al oír los tiros, detuvo al asesino y contuvo a la esposa de Cánovas, que intentaba abalanzarse encima de él. Al presidente del Gobierno, que yacía inconsciente, se le trasladó al interior del hotel, cuyo médico comprobó que las tres heridas eran mortales de necesidad, por lo que decidió llamar a un sacerdote. Una hora después, dejaba de existir.

Los periódicos del día siguiente añadían que los clientes del balneario se disputaban el honor de velar su cuerpo hasta que pudo ser trasladado a Vitoria y desde allí en tren a Madrid. También relataban que el asesino se había hospedado en el hotel, donde pagaba hospedaje de segunda, pero que por complacencia del propietario del balneario se le había dado mesa de primera. Hacía una vida muy aislada y nadie le trataba. Tenía barba negra recortada y usaba gafas. Vestía traje oscuro y sombrero negro de fieltro flexible. Su descripción hacía sospechar de que se trataba del anarquista napolitano Miguel Angiolillo.

«No puede ser casualidad: los anarquistas han intentado asesinar a los dos hombres que ayudaron a nuestro padre a restaurar la monarquía, el general Martínez Campos, con el que afortunadamente fallaron, y Cánovas del Castillo, a quien han conseguido matar», comentó la princesa a su hermana

menor, que estaba tan conmovida como ella. Poco después, cuando coincidieron con su madre, Mercedes le planteó sus dudas.

—Mamá, ¿es verdad que Cánovas no llevaba protección?

—Es verdad, Mercedes. La había rechazado, igual que Sagasta, que tampoco la quiere llevar.

—¿Por qué no quería protección? —insistió.

—Decía que era muy molesto llevarla. Para vosotras es algo natural, porque siempre habéis estado acompañadas por ayas, institutrices y guardias reales; pero las personas que se han desplazado solas se sienten muy incómodas cuando llevan protección. He discutido este asunto con Cánovas y con Sagasta, por separado, y ambos decían lo mismo: que con los anarquistas no hay protección que valga.

—Siempre será mejor llevarla, ¿no?

—Por supuesto, pero ellos decían que si les lanzaban una bomba, morirían también sus guardias, y si tenían previsto dispararles, lo harían de todas las maneras, porque a estos asesinos no les importa morir si mueren matando. Además, Cánovas decía que no podía poner protección a cada español, y no olvides que los anarquistas han asesinado a un mayor número de ciudadanos comunes que a políticos.

Doble luto en Miramar

Al día siguiente del asesinato de Cánovas del Castillo, una nueva desgracia sumió a Mercedes y a Teresa en la tristeza más profunda. Su profesora de francés, *mademoiselle* Ana Menassade, a la que tenían un enorme cariño, no había acudido aquella mañana al salón de Miramar donde impartía sus clases a la princesa y a la infanta. La profesora era una mujer muy ilustrada que amaba el País Vasco y había publicado recientemente junto a su hermana un libro sobre las costumbres de estas tierras, *A travers le Guipuzcoa*. Ambas eran hijas de un destacado militar francés y, al quedarse huérfanas, se habían establecido en San Sebastián, donde una se ganaba la vida trabajando como institutriz y la otra se dedicaba a la pintura, especializándose en los cuadros de flores. Mercedes y Teresa compartían con su institutriz el gusto por esta tierra, pero en las clases hablaban, sobre todo, de París, y *mademoiselle* Menassade trataba de paliar con sus relatos el provincianismo de aquellas infantas españolas que no habían viajado nunca al extranjero desde que tenían uso de razón.

Aquella mañana, la profesora no había salido de su dormitorio. Extrañados por el retraso, se pidió a una doncella que fuera a buscarla y, tras llamar a la puerta sin obtener respuesta, esta decidió pasar y la encontró en la cama: una angina de pecho había acabado con su vida durante la madrugada.

Las hermanas no podían asumir tanto dolor. Toda la corte, empezando por la reina, se hallaba consternada por el asesinato de Cánovas, cuyos restos habían sido trasladados desde el balneario de Cestona a Madrid, donde se le dispensó una impresionante despedida. En Miramar se suspendieron las salidas por el doble luto y se ofició un funeral por la profesora de francés.

El Gobierno había dado órdenes de reforzar la seguridad y a palacio llegaban constantemente telegramas de pésame e informes con las últimas novedades sobre el asesino del político, que permanecía en su celda. Un clamor popular pedía que se endurecieran las leyes contra los anarquistas.

El enviado de la reina a las exequias, el duque de Sotomayor, transmitió un telegrama a palacio, en el que relataba, impresionado, el comentario que le había hecho la viuda de Cánovas justo en el momento en el que el cadáver abandonaba la residencia familiar de la Huerta, en el paseo de la Castellana,

para emprender su último viaje hacia el cementerio de San Isidro, a la espera de que terminaran las obras en el Panteón de Hombres Ilustres: «Deseo hacer constar que en los momentos de angustia y dolor que ahora estoy atravesando —le dijo doña Joaquina—, el mayor sacrificio que puedo hacer es perdonar al asesino».

Una vez más, los veranos de San Sebastián se teñían de luto. Mercedes celebró su diecisiete cumpleaños con un almuerzo íntimo y familiar. La corte no estaba para grandes celebraciones. Para compensar a su hija de tantas calamidades, la reina le hizo un valioso regalo: un broche de turquesas y brillantes que pronto tendría ocasión de lucir.

Otro verano trágico llegaba a su fin, pero cuando la familia real se disponía a regresar a Madrid hubo que retrasar el viaje porque María Teresa se encontraba indispuesta como consecuencia de una gastroenteritis que cursaba con fiebre de más de treinta y nueve grados. Tres días después, la infanta se encontraba algo mejor, pero aún muy débil, por lo que la reina dispuso que se midieran las puertas de la estación y se comprobara si podían pasar los coches de caballos hasta los mismos andenes para evitar el paseo a pie a María Teresa. Finalmente no fue necesaria esta operación: la infanta se repuso y recuperó las fuerzas necesarias para caminar hasta el tren.

El estreno de la princesa

A los pocos días de regresar a Madrid, la reina recibió una de las visitas más pintorescas de toda la regencia: la del rey de Siam, que viajaba acompañado por sus tres hijos, su hermano y un enorme séquito. Mercedes y Teresa estaban entusiasmadas ante la exótica visita, que rompería la monótona y aburrida vida de la corte.

Antes de acudir al Palacio Real, los huéspedes habían visitado el monasterio de El Escorial, desde donde se trasladaron en tren hasta Madrid. Tanto la estación como las calles del recorrido hasta palacio y la plaza de Oriente congregaban a miles de personas que querían ver a la exótica delegación siamesa, a la que se le tributaron los más altos honores. A la propia Mercedes, que esa noche asistía por primera vez a una ceremonia de corte, le llamó la atención el brillo con el que se había engalanado el Palacio Real para recibir a los invitados asiáticos. Flores y plantas decoraban la imponente escalera principal en cuya meseta esperaba la reina, ataviada con sus mejores galas y joyas. En el momento del saludo, el rey de Siam dobló su cintura como una escuadra para hacer la reverencia más pronunciada que habían visto los muros de palacio. En las galerías colgaban los tapices más valiosos y el comedor de gala lucía con todo su esplendor. Asesorada por los diplomáticos, la reina había dado instrucciones para que se recibiera con todo el brillo posible al monarca de un país en el que imperaba una estricta etiqueta palaciega.

A lo largo de la mesa del comedor se enfilaban los magníficos candelabros de plata y los centros de porcelanas del Retiro entre grupos de flores. Se escogió una preciosa vajilla de Sèvres para servir el banquete a los setenta comensales. Junto a los platos se distribuyeron los menús, que estaban decorados con el escudo de armas de España en oro rodeado del Toisón. En ellos figuraban los nombres en francés de los ocho platos que se sirvieron y los vinos que se ofrecieron. Desde el salón próximo al comedor, la banda de alabarderos interpretaba piezas de Bizet, Wagner, Pérez Casas y Waldteufel. El rey de Siam, que había recorrido todas las cortes europeas en una larga gira que terminaría en Portugal, se mostró encantado con el recibimiento que le había brindado la reina de España.

A partir de ese momento, la vida de Mercedes empezó a cambiar. Tras asistir por primera vez a un acto oficial de la corte, comenzó a acompañar a su madre a las funciones del Teatro Real. Convertida en la novedad social, las miradas de todas las damas se dirigían hacia el palco regio para escrutar a la joven Princesa de Asturias que acababa de ponerse de largo por primera vez en un banquete oficial. La hija de la reina había vivido tan alejada de la vida pública hasta ese momento, que la mayor parte de las personas no sabían cómo era su rostro. «No es guapa. Pero qué fina es, qué elegante — comentaban las señoras—. Pobre niña, la verdad es que se ha pasado toda su vida encerrada en el palacio. Ya era hora de que su madre la sacara».

En aquella época, Mercedes también empezó a salir a pasear en milord por la Casa de Campo guiando ella misma las dos yeguas, como le gustaba hacer a su tía Isabel. Solía acompañarla la condesa de Mirasol, que se mostraba flexible ante la forma de desenvolverse de la joven princesa. Una tarde, tras pasear por el Retiro, de regreso a palacio por la calle de Alcalá, Mercedes oyó a un joven voceando un periódico vespertino. Con una rápida reacción, la princesa paró el coche de caballos y compró un ejemplar ante la sorpresa del vendedor, que identificó a la joven por el escudo real del milord.

Por aquellos días también regresó a Madrid su primo Fernando, que seis meses antes había contraído matrimonio con María Luisa. Tras el viaje de novios, la pareja había pasado una temporada en la residencia de los Caserta, en Cannes, donde los recién casados recibieron la visita de nostálgicos monárquicos sicilianos que aún soñaban con recuperar el reino extinguido. Ahora, los duques de Calabria regresaban a España para instalarse en Madrid. La infanta Isabel les había comprado, como magnífico regalo de bodas, un palacete en el barrio de Argüelles, en la calle Mendizábal, pero mientras se terminaban las obras de su nueva residencia, se hospedaron en el Palacio Real.

—Tenemos que anunciaros algo —comentó el príncipe Fernando, en cuanto se reunió con toda la familia real.

—Cuéntanos —le invitó la reina.

—Estamos esperando nuestro primer hijo.

—Qué felicidad. Fernando, hace solo unos meses que tuviste un nuevo hermano y ya vas a ser padre. Enhorabuena, María Luisa, ¿te sientes bien en

tu nuevo estado? —preguntó María Cristina.

—Me siento muy bien y estoy feliz. Creo que nunca he sido tan feliz como ahora.

—¿Y para cuándo esperamos que llegue el bebé? —quiso saber Mercedes, ilusionada ante el nacimiento de su primer sobrino segundo.

—Si todo va bien, para abril.

Aunque Mercedes descubría cada día nuevas distracciones, su verdadera pasión seguía siendo la música. Ninguna otra manifestación artística conseguía emocionarla como una buena obra. Por eso, en cuanto le llegaban noticias de alguno de los grandes maestros que preparaban un viaje a Madrid, o a San Sebastián en verano, convencía a su madre, lo que no le costaba demasiado, para que le invitara a tocar en palacio. En aquellos días era el genial Camille Saint-Saëns quien iba a visitar la capital española. La princesa consiguió que el eminente compositor francés ofreciera dos conciertos a la familia real: el primero sería de órgano y se celebraría en la iglesia de San Francisco el Grande y, al día siguiente, iría a tocar el piano en palacio.

Saint-Saëns les recibió en el coro del templo vestido de frac con la placa de comendador de Isabel la Católica y estuvo hora y media tocando sus *Preludios y Fugas*, sus tres *Rapsodias* sobre cánticos bretones, un fragmento de *Sansón y Dalila*, y una *Fuga* de Bach. Al concierto del que estaba considerado en aquel momento como el mejor organista del mundo también se sumaron los duques de Calabria y el príncipe Carlos, que compartían con Mercedes su afición a la música. Al terminar el concierto, la reina, sus hijos, su cuñada Isabel y sus sobrinos Caserta felicitaron al maestro y le agradecieron el concierto con efusivas palabras.

—He tocado muy mal —se lamentó Saint-Saëns, convencido de que no había sido su mejor día y de que las condiciones acústicas de la iglesia tampoco eran buenas.

—De ninguna manera. Ha sido un prodigio de ejecución y maestría —le dijo la reina, y se despidió del compositor hasta el día siguiente.

—¿Habéis visto cómo ha improvisado con el *pedalier*? —preguntó Mercedes a sus primos, a la salida del templo.

—La verdad es que toca con los pies mucho mejor que muchos maestros con las manos —respondió Carlos, haciendo reír a todos.

Las Navidades de 1897 fueron especialmente felices para Mercedes y Teresa, porque ellas, su madre, su hermano y la tía Isabel estuvieron acompañados por sus primos Fernando y Carlos y por la esposa de este, María Luisa. La tarde de Nochebuena visitaron los puestos de Navidad que se habían instalado en la plaza Mayor y la plaza de Santa Cruz, cuyos vendedores les regalaron panderetas, tambores, flores y rabeles. Tras compartir la cena en palacio, todos juntos asistieron a la misa del gallo en la capilla real y, a la jornada siguiente, día de Navidad, acudieron al espectáculo que se ofreció en el Teatro Real a beneficio de la Asociación de la Prensa. Era la primera vez que el niño rey, de once años, asistía a una función teatral, y acaparó toda la atención.

El extraño comportamiento de Nino

A finales de abril, como estaba previsto, la esposa del príncipe Fernando dio a luz a su primer hijo. La niña nació en el palacio de la calle Mendizábal, donde ya se habían instalado los duques de Calabria, pero su bautizo se celebró en el Palacio Real. La recién nacida recibió las aguas en el Salón Gasparini, a donde se llevó la pila bautismal de la capilla real, de bronce y madera. Sus padrinos fueron el papa León XIII y la gran duquesa de Toscana, tatarabuela de la niña, ambos representados por el nuncio y por la archiduquesa Isabel.

Mercedes nunca había dedicado tanto tiempo a arreglarse como aquella mañana. Iba a estrenar el vestido azul celeste de ceremonia que había encargado, junto con otros muchos, al principio de la temporada. La etiqueta establecida para las señoras que asistieran al bautizo era «vestido alto y mantilla negra». La palabra «alto» se refería al escote, pero ella siempre los llevaba hasta el cuello, casi hasta la barbilla, por indicaciones de su madre. La reina solo permitía un ligero escote en los vestidos de baile. «Más es vulgar», decía a las modistas.

La mayor parte de los vestidos que se había encargado eran de ceremonia y de calle. Aquel invierno había renovado todo su armario. Tenía vestidos para la mañana, la tarde y la noche, y las modistas le habían explicado con qué sombreros, guantes, abanicos o joyas iban cada uno de ellos. Lo primero que hizo fue elegir los modelos en unos figurines traídos de París que le mostraron y después debía escoger las telas en unos muestrarios con tanta variedad que la aturdió. Las modistas le aconsejaron qué telas eran las más adecuadas para cada vestido y su madre la ayudó a decidir. Había dos grupos de tejidos: los franceses y los catalanes, y ella solo podía elegir entre los segundos.

—¿Es que son más baratos, mamá? —preguntó Mercedes.

—Es que son españoles, y una Princesa de Asturias tiene que apoyar a la industria textil de su país.

En aquel Madrid de finales del siglo XIX se habían instalado numerosos talleres de moda, la mayor parte de ellos con nombres afrancesados que atraían a una clientela entregada a los dictados de París. Las exigentes normas

sociales de la época obligaban a cambiarse de traje varias veces al día, por lo que llenar el armario de una sola clienta mantenía con trabajo a muchas modistas durante varios meses. Los vestidos de Mercedes y, más adelante los de Teresa, se encargaban a Dionisia Ruiz, a Petra Sánchez y a las hermanas Presentación y Julia Cervera.

En la mañana del bautizo de la pequeña Calabria, lo que menos convencía de su aspecto a la Princesa de Asturias era el peinado que acaban de hacerle. Hasta hacía pocos meses solía llevar un semirrecogido y el resto de la melena le caía suelta y larga por la espalda. Se trataba de un peinado de niña que ya no podía seguir luciendo. Aquel día la peinadora le hizo largas y diminutas trenzas que finalmente recogió formando una diadema sobre un moño ahuecado. Mercedes se veía rara con ese peinado, pero ya no tenía tiempo para cambiarlo, solo para corregir ligeramente su nuevo aspecto de adulta.

A pesar de sus temores iniciales, la princesa suscitó muchos elogios de las damas de la corte. «¿Serán sinceras? —se preguntaba—. ¿O será eso que mamá llama cortesanimismo?». Pero, en realidad, fue una sola mirada, que ella interpretó de aprobación, la que le devolvió la confianza en sí misma. Cuando Mercedes entró en la sala, todos los asistentes ocupaban ya sus puestos, excepto la reina, que sería la última en llegar. En primera fila se encontraban sus primos Fernando y Carlos, que lucían con elegancia el uniforme de artillería y varias condecoraciones. Era la primera vez que ambos veían a la princesa vestida de largo, y Mercedes notó un brillo especial en los ojos azules de Carlos. La princesa dejó de mirar inmediatamente a su primo, pues en aquel momento toda la atención de los invitados al bautizo estaba puesta en ella. Aquella ceremonia religiosa se le hizo interminable. Estaba deseando que el bautizo acabara para hablar con Carlos y escuchar de sus labios lo que ella supuso que le había dicho con la mirada. Pero cuando la misa terminó y los primos se reunieron, lo único que el napolitano atinó a comentar fue: «Llevas un vestido precioso, Pola. Te sienta muy bien». Mercedes esperaba algo más. Sabía que su primo era extremadamente tímido, pero con ella nunca se había mostrado así, y le extrañaba que a estas alturas su presencia le cohibiera.

La princesa se acercó a contemplar a la niña recién bautizada, que estaba envuelta en finísimos encajes blancos, y a felicitar a los padrinos y, cuando

decidió recriminar a su primo lo escueto del comentario que le había dirigido, descubrió que Carlos estaba mirándola. Pero, en cuanto los ojos de Mercedes se posaron en los del príncipe napolitano, este retiró la mirada, y Pola comprendió que algo extraño se estaba interponiendo entre los dos. Fuera lo que fuera, habría que aclararlo, porque ella no estaba dispuesta a renunciar a la relación que siempre había tenido con Carlos, al que admiraba desde niña.

Tras la ceremonia y los saludos a los invitados, la familia real se trasladó a la casa de los duques de Calabria para saludar a la madre de la bautizada. Mercedes no encontró ocasión en todo el día para aclarar las razones del distanciamiento de su primo Carlos, que se mostraba cortés con ella pero seguía encerrado en sus pensamientos.

Otro cumpleaños sangriento

Las malas noticias que llegaban de Cuba habían sumido al país en la desolación. La incorporación de Estados Unidos al conflicto armado había arruinado toda esperanza por parte de España, cuya inferioridad militar era insalvable. Agotadas las posibilidades reales, ya solo se podía esperar un milagro que evitara la pérdida de las últimas colonias y, con ese fin, se sucedían las rogativas en la capilla del Palacio Real. Pero, a esas alturas, la guerra estaba perdida y la única salida era negociar el final más honroso posible.

España había tenido que renunciar a las últimas colonias de su pasado imperial: Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y Filipinas, las Carolinas y las Marianas, en el lejano Pacífico. En la defensa de estos territorios se había pagado un alto precio que ahora pasaba factura: el Estado se había endeudado y la nación había perdido en la guerra una parte importante de su mano de obra. La derrota hacía más amargo aún el luto de la mayoría de las familias, pero lo más difícil de superar parecía la ruina moral que ahogaba a un país incapaz de asumir aquel fracaso.

En pleno desánimo nacional, el niño rey cumplió doce años y estaba preparado para recibir la primera comunión, que se celebró en la mañana del 22 de junio. Ese mismo día por la tarde Alfonso recibió el sacramento de la confirmación. En ambas ceremonias se rezó por las tropas españolas, y a la reina y a la infanta María Teresa se les saltaron las lágrimas. Mercedes las pudo reprimir haciendo un esfuerzo enorme de contención. Desde que tenía cinco años y había perdido a su padre, la vida la había sometido a duras pruebas que habían fortalecido su entereza y su voluntad.

La situación era tan grave en aquel momento que cuando su madre comunicó a Mercedes y a Teresa que ese verano no irían a San Sebastián, ambas encajaron la decisión con resignación, aunque las estancias en Miramar eran lo que más les gustaba. Sin embargo, cuando a finales de julio, Alfonso cayó enfermo, Mercedes y Teresa se sintieron abatidas. Cada vez que el rey enfermaba, Pola se hundía. Por un lado, quería a su hermano y, por otro, sentía el enorme peso de la responsabilidad que se le vendría encima si

el niño no lograba sobrevivir. Teresa tenía tal devoción por su hermano que estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por él, incluso dar su vida.

En aquella ocasión, la angustia duró poco tiempo, ya que a la mañana siguiente los médicos aseguraron que se trataba de un caso de sarampión que se estaba desarrollando sin la menor complicación. Como la princesa había pasado ya esa enfermedad, intentó acudir al encuentro de su hermano para animarle. No obstante, los facultativos habían ordenado el aislamiento del niño en palacio y ni Mercedes ni Teresa pudieron acercarse a consolarle.

Hasta entonces, Pola y Gorriona nunca habían pasado un verano en Madrid ni habían sufrido las calurosas noches de agosto en las que resultaba imposible conciliar el sueño. Si querían salir a montar a caballo o pasear en coche, tenían que hacerlo por la mañana temprano o ya caída la tarde, cuando las temperaturas refrescaban un poco. Aquel verano Mercedes descubrió las novelas de José María Pereda y dio forma a una idea que llevaba tiempo pensando. Muchos de los soldados que estaban siendo repatriados de Cuba y Filipinas eran analfabetos o carecían de formación alguna para labrarse un porvenir. Los industriales que acudían a palacio exponían las dificultades que tenían para encontrar mano de obra preparada, y la clase obrera se quejaba de que no había trabajo.

Los soldados que regresaban sanos y salvos tenían ciertas prisas por incorporarse a trabajar. Pero gran parte de ellos volvían enfermos o mutilados y, durante su convalecencia, si se les ayudaba, podrían aprender a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir, así como un oficio con el que ganarse la vida. Mercedes expuso a su madre el plan y, poco a poco, juntas le fueron dando forma. Finalmente, la princesa costearía la formación básica de los militares repatriados que se restablecieran en el hospital del Buen Suceso y en los sanatorios dependientes de la real casa. La iniciativa de Mercedes se puso en marcha, tal como ella pudo comprobar en una visita al centro sanitario. Allí descubrieron que, en la última fase del tratamiento, los médicos prescribían a muchos soldados largos paseos diarios con los que fortalecer sus organismos convalecientes. La reina empezó a ofrecer todas las tardes en la Casa de Campo caldo, leche, pastas y vino a los soldados que estaban en condiciones de salir a pasear.

Cuando el verano llegaba a su fin, Mercedes esperaba con ilusión la celebración de su décimo octavo cumpleaños. Con ese motivo iba a ofrecer una recepción en la que tenía previsto estrenar otro de los preciosos vestidos que le habían hecho las modistas. Pero, una vez más, una terrible desgracia teñiría de luto su aniversario. La emperatriz de Austria, tía de su madre, había sido asesinada la víspera en Suiza. La tía Sissi era una mujer muy complicada y extravagante, pero las terribles desgracias que había sufrido como madre tras perder a dos de sus cuatro hijos hicieron que la reina Cristina sintiera una gran compasión hacia ella.

Su hija mayor, Sofía, había fallecido de tifus cuando tenía dos años, pero la muerte que Sissi nunca pudo superar fue la de su único hijo varón y heredero del imperio austrohúngaro, Rodolfo, a los treinta años y en unas circunstancias en las que nunca se aclaró si se trató de un crimen o un suicidio por amor. Desde entonces, la emperatriz vestía de negro y viajaba con frecuencia para distraerse. Por ese motivo, la víspera del cumpleaños de Mercedes, Sissi se encontraba en el hotel Beau-Rivage, a orillas del lago Lemán, en Lausana. Cuando se dirigía al embarcadero para dar un paseo en barco, un hombre que se ocultaba tras un árbol se abalanzó sobre ella y le dio un puñetazo en el pecho con tanta fuerza que la tumbó. Sissi se levantó del suelo con la ayuda de su dama de honor y de su lacayo, y comentó: «Me ha pegado porque quería quitarme el reloj».

La emperatriz siguió caminando hasta el embarcadero y subió a un vapor que la aguardaba, pero en ese momento se desmayó. Su dama de honor empezó a desabrocharle el corsé para que respirase mejor, cuando descubrió una manchita de sangre en la camisa. Al retirársela, pudo apreciar una herida en el pecho de la que brotaban gruesas gotas de sangre. El vapor acababa de levar anclas, pero la dama de compañía dio la orden de que atracara de nuevo. Con dos remos, un trozo de vela y unas cuerdas, se improvisó urgentemente una camilla en la que se trasladó a la emperatriz hasta el hotel, donde los médicos certificaron que nada se podía hacer para salvar su vida porque el anarquista le había clavado un estilete finísimo en el corazón. Sissi recibió la extremaunción y falleció dos horas después.

Aunque el agresor trató de huir, dos cocheros que habían visto el ataque le retuvieron y se lo entregaron a un barquero que, a su vez, lo tuvo amarrado

hasta que llegó un gendarme. Conducido ante el juez de instrucción, se declaró anarquista y afirmó: «No tengo pan y aborrezco a los ricos». Se llamaba Luigi Lucheni y era italiano. Reconoció que «esa muerte aislada nada resuelve, pero la he llevado a cabo para que sirva de ejemplo, porque si todos los anarquistas hiciesen lo que yo, pronto desaparecerían los burgueses».

El emperador Francisco José se encontraba en Viena, reunido en Consejo de Ministros, cuando recibió la noticia del asesinato de su esposa. En ese momento, se llevó las manos a la cabeza, se desplomó en un sillón e, instantes después, exclamó: «¡Ninguna pena he dejado de sufrir sobre la tierra!».

Cuando el telegrama que anunciaba la trágica muerte de Sissi llegó a Madrid, la reina se quedó muy afectada y pidió a su hija que se cambiara el alegre vestido de corte por otro de luto riguroso para recibir a las autoridades y a los miembros de la corte que acudieron a palacio con el doble y contradictorio cometido de felicitar a Mercedes por su cumpleaños y dar el pésame a la reina por el asesinato de su tía. María Cristina decretó veintiún días de luto en la corte, once riguroso y diez de alivio, pero aquel 11 de septiembre, las tropas y los servidores de palacio vistieron de gala porque era el cumpleaños de la Princesa de Asturias. Otra vez, los anarquistas habían teñido de sangre el aniversario de Mercedes, y con este nuevo crimen consiguieron también amedrentar el ánimo de la princesa.

—Mamá, yo no podría soportar que a ti te pasara algo así —susurró a la reina mientras la abrazaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Pola, querida, no tienes nada que temer. Sabes que estamos muy protegidos —le respondió la reina, tratando de tranquilizar a su hija.

—Sí, mamá, pero contra los anarquistas no hay protección que valga. Y tú también lo sabes. Nos consideran su enemigo —insistió Mercedes.

—Prométeme, Pola, que nunca expresarás esa debilidad en público. Y escúchame con mucha atención: a mí no me van a matar los anarquistas, pero si me pasara algo antes de que tu hermano alcanzara la mayoría de edad, tu deber será defenderle y conseguir que sea proclamado rey. No permitas que nadie altere el orden histórico.

—Mamá, por favor, no digas esas cosas... Además, si a ti te pasara algo, la regencia caería en la tía Isabel, ¿verdad?

—Supongo que sí, Mercedes, pero ella necesitaría entonces toda tu ayuda. Demuéstrame que dentro de ti hay una persona sólida como el acero que no se va a derrumbar ante las dificultades. Tú eres el eslabón de una cadena que empezó a construirse hace más de diez siglos, y tu misión es que esa cadena no se rompa.

—Puedes confiar en mí, pero me asusta oírte hablar así. ¿Es que te ocurre algo? ¿Estás enferma? —preguntó Mercedes, alarmada.

—Estoy sana como una manzana, pero uno nunca sabe lo que le deparará la vida. Cuando yo tenía tu edad, jamás pensé que podría quedarme viuda y, menos aún, que acabaría siendo regente de un país que entonces ni siquiera conocía.

Dos meses después del asesinato de Sissi, Pola, Teresa y la reina organizaron una velada musical que devolvió la alegría al palacio. En la capilla del alcázar se conservaban tres de los cinco Stradivarius que el genial lutier de Cremona había realizado para Felipe V, y la princesa había invitado a Pablo Casals a tocar el violonchelo, cuyo sonido era único. El concierto resultó impresionante por la calidad del músico y del instrumento, pero Casals explicó a Mercedes y a Teresa que, en realidad, esos Stradivarius habían sido fabricados para sonar juntos en un quinteto, pero que dos violas habían desaparecido de palacio durante la invasión francesa.

A principios de 1899, la Princesa de Asturias asistió por primera vez a la recepción palatina ofrecida con motivo del santo del rey, a la que acudieron unas dos mil personas. Mercedes, que estrenaba un elegante vestido de raso *groom* color rosa con la Banda de María Luisa y la Cruz de Pelayo, ocupaba por primera vez el sitio de honor que le correspondía en el Salón del Trono como heredera de la Corona y todas las miradas estaban puestas en ella. Las únicas joyas que lucía eran unos pendientes de rubíes que entonaban con el traje de corte y llevaba el pelo recogido a ambos lados. La prueba la superó con creces. Durante más de una hora la princesa estuvo recibiendo los saludos de las autoridades, el cuerpo diplomático, los caballeros del Toisón, las damas de la corte y demás invitados a la recepción. «Qué distinguida es», comentaban las señoras en los corrillos.

En aquellas fechas, Mercedes también empezó a recibir audiencias, como la que concedió a los organizadores de la exposición regional de Gijón, al tratarse de un asunto de máximo interés para el principado de Asturias. La incorporación de Mercedes a un mayor número de actividades oficiales coincidió con el aumento de las medidas de seguridad, que se reforzaron en palacio y en el resto de la ciudad. El gobernador de Madrid había recibido un telegrama desde el extranjero en el que se advertía que dos peligrosos anarquistas habían partido hacia la capital española. La alerta restringió las salidas de todos los miembros de la familia real cuya vida transcurría dentro de los muros del alcázar. Para romper aquella monotonía, los duques de Calabria invitaron a almorzar a su residencia a la reina, sus hijas y a la infanta Isabel. La esposa de Fernando estaba esperando otro bebé y pidió a la reina que aceptara ser la madrina de su nuevo hijo y a su cuñado Carlos que fuera el padrino.

Psicosis en Madrid

Transcurridas algunas semanas, la familia real fue retomando la normalidad y, a finales de abril, Mercedes acudió con su madre y su tía Isabel al Teatro de la Comedia para ver la comedia italiana *Chi non prova non crede*. Al poco tiempo de empezar la función, un inspector de policía advirtió el comportamiento sospechoso de un hombre joven que, desde la segunda fila del anfiteatro principal, no cesaba de mirar al palco real. En ese momento, llegaron dos señoras que mostraron sus entradas al joven y le pidieron que dejara libre esa butaca, pues le correspondía a una de las dos. Como el hombre no se movió, las damas llamaron al acomodador, quien exigió al individuo que abandonara esa localidad y se sentara en la número diez, que era la que había comprado. El inspector de policía no quitaba ojo al hombre y, al levantarse este, advirtió que de uno de los bolsillos de la americana le asomaba lo que podía ser el mango de un puñal o cuchillo envuelto en un pañuelo blanco.

Vigilado por el inspector y dos agentes, el hombre bajó entonces al vestíbulo del teatro, donde empezó a contemplar unos retratos. El individuo sospechoso fue detenido inmediatamente y, aunque no se resistió, elevó su protesta. «Yo soy Patricio Chamón, y basta. Patricio Chamón, un hombre honrado, un caballero, y no hay más que decir. Y esto es un atropello», afirmó. Con toda discreción, los agentes le llevaron al guardarropa del teatro para registrarle. Le encontraron en uno de sus bolsillos un gran cuchillo con puño de pata de cabra, envuelto en un pañuelo. Además, llevaba un revólver Smith, una llave inglesa y unas tijeras grandes.

—¿Por qué lleva usted todas estas armas? —le preguntó el agente.

—No lo sé, porque la verdad es que no suelo llevar armas ni por casualidad —respondió el individuo, que se negó a aportar más información y tampoco quiso decir dónde las había adquirido.

Los agentes comunicaron la detención al gobernador, Liniers, que también estaba en el teatro, y este decidió que se le trasladara, esposado, al Gobierno Civil, adonde él mismo se desplazó para interrogarle. El gobernador consideró que aquella detención era suficientemente grave como para dar aviso al presidente del Consejo de Ministros, Silvela, y al ministro

de la Gobernación, Eduardo Dato, quienes no tardaron en acudir. En el teatro, muy pocas personas se dieron cuenta de lo que había ocurrido y ni siquiera se comunicó el hecho a la familia real hasta que finalizó la función.

Patricio Chamón y Moya tenía treinta y tres años, vestía decentemente y no tenía mal aspecto. Llevaba un certificado con sus datos personales en el que constaba que era veterinario militar. Insistió en la extrañeza de su detención y relató que tenía familia y conocidos en Madrid que podrían responder por él y explicar quién era. El gobernador mandó a buscar a esas personas, y una de ellas relató que Chamón acababa de presentarse a unas oposiciones del cuerpo de veterinaria del Ejército y había obtenido el puesto número uno. Su madre y su hermano se mostraron muy sorprendidos por la detención de Patricio, del que dijeron que era un hombre muy estudioso y un buen hijo, pues todo lo que ganaba se lo daba a sus padres. Según relataron, recientemente había tenido una discusión con un forjador muy corpulento que le había amenazado, y Patricio, atemorizado, había decidido hacerse con esas armas para defenderse ante un posible ataque.

Cuando llegaron Silvela y Dato, hablaron con el detenido y, como este les respondió con incoherencias, llegaron a la conclusión de que era un perturbado. En cualquier caso, descartaron que fuera lo que más temían: un anarquista. El presidente y el ministro se dirigieron entonces al Palacio Real para dar cuenta a la reina y a la infanta Isabel de todo lo ocurrido y, de regreso al Ministerio de la Gobernación, Dato informó a los periodistas que le aguardaban. Era la una y media de la madrugada, pero había que evitar la alarma que provocarían los periódicos al día siguiente si salían publicando un supuesto intento de atentado anarquista contra la familia real.

A la princesa se le ocultó lo sucedido para no impresionarla, pero Mercedes descubrió todo lo que había ocurrido a la mañana siguiente, en cuanto leyó los periódicos, que incluso recogían expresamente la intención de que ella no fuera informada.

Una relación cortés, pero nada más

Mercedes nunca llegó a pedir explicaciones a su primo por el cambio de actitud que había detectado en él. Carlos seguía siendo amable y correcto con ella, aunque se había vuelto más introvertido. Ya no bromeaba con ella ni se burlaba cariñosamente de sus zapatos, de su vestido o de su forma de montar a caballo, como hacía cuando era una niña. Ahora la princesa notaba que él la observaba cuando creía que ella no se daba cuenta. Pola se sentía entonces enormemente reconfortada, porque veía que no le era indiferente. Pero todo aquello se esfumaba en el momento en que ella posaba sus ojos en él. Nino era incapaz de sostenerle la mirada.

Se conocían desde hacía once años, pero últimamente Carlos le parecía un extraño. Su primo, que la había ayudado mil veces a subir o a bajar del caballo, con el que se había bañado en la playa de San Sebastián, quien había tirado de ella cuando se sentía incapaz de seguir subiendo cuestras en sus excursiones estivales... ahora, sin embargo, trataba de evitar el menor contacto físico con ella. De eso se dio cuenta en una de las recepciones de palacio. A Mercedes se le cayó un abanico al suelo, Carlos se agachó a recogerlo y, al devolvérselo, el cierre de la pulsera de la princesa quedó enganchado de un hilo de la manga de su primo. En otros tiempos, ese percance hubiera sido motivo de risas entre ambos, pero en esta ocasión Carlos no pudo ocultar que se sentía francamente incómodo mientras estuvo «atado» a su prima, y su rostro se puso rojo en cuestión de segundos. «¿Será eso amor?», se preguntaba Mercedes. La princesa nunca pensó que el amor, si es que aquello lo era, pudiera manifestarse de una forma tan extraña.

Aquella soleada tarde de primavera, Pola se preparaba para asistir al bautizo de la segunda hija de los duques de Calabria, que apadrinarían la reina y Carlos, quien había viajado a Madrid expresamente para acudir a la ceremonia. Se puso uno de sus vestidos de ceremonia color rosa, que eran los que más le favorecían, y escogió una fina mantilla de encaje negro que le había regalado su madre. Por la mañana se había lavado el pelo, y tuvo que estar un buen rato sentada al sol, junto a una ventana, hasta que se le secó. Ya no lo tenía tan rubio como cuando era una niña. Una de sus institutrices le había dicho que en España se oscurecía el pelo porque se cocinaba con aceite

de oliva, pero Mercedes nunca lo creyó. Tenía el cabello limpio, brillante y perfumado, y la peinadora se lo había recogido con un aire moderno que le gustaba. Ya vestida y peinada, se miró en el espejo de su tocador, se puso los pendientes de rubíes que le había regalado su madre y sonrió. Su piel extremadamente blanca tenía un ligero rubor en las mejillas provocado por el sol que había recibido en sus paseos a caballo. Cualquiera dama de la buena sociedad habría recurrido a los polvos de arroz para igualar el tono de la piel y conseguir el aire enfermizo al que obligaba la moda. Pero ella no los había utilizado nunca y, además, tenía la piel tan blanca que un poco de color en los pómulos le quedaba bien.

Ese día vería a Carlos y el encuentro la llenaba de incertidumbre. Trataba de analizar en qué momento su primo favorito había dejado de tratarla con naturalidad, pero era incapaz de concretarlo. No se atrevía a hablar con nadie de este asunto, y mucho menos con su madre o con su hermana, demasiado pequeña aún para entender sus sentimientos. «Creo que me estoy enamorando de mi primo», pensó y, de repente, le vino una aterradora idea. «¡Los primos no se pueden casar entre ellos!... a menos que —empezó a ver la luz— el papa autorice la boda. Supongo que la nuestra la permitiría, como ocurrió con la primera boda de papá, que se casó con su prima María de las Mercedes. Pero quizá Carlos se muestre tan extraño porque esté enamorado, pero de otra mujer. No debo hacerme ilusiones». Cuando Pola estaba entregada a sus pensamientos, una voz la devolvió a la realidad:

—¡Alteza, alteza, su majestad la espera en sus habitaciones! Va a llegar tarde.

—Gracias, Juana, voy enseguida.

El bautizo de la niña, a la que pusieron el nombre de María Cristina en honor a su madrina, se celebró en el Salón Gasparini, donde se había instalado la pila de bronce y caoba de la capilla real. Según establecía el protocolo, esta pila debía utilizarse cuando los reyes eran los padrinos, de la misma forma que la pila de Santo Domingo se reservaba para los miembros de la familia real. A la ceremonia también asistió la hermana mayor de la bautizada, la princesa María Antonieta, que aún no había cumplido dos años y se convirtió en la distracción de la ceremonia y de la recepción que se ofreció después en el Salón de Carlos III.

Carlos lucía el uniforme de capitán del cuerpo de Estado Mayor y, aquella tarde, todo el mundo se acercó a felicitarle por ser el padrino de su sobrina. Pero, en cuanto tuvo ocasión, se dirigió a Mercedes y empezó a conversar con ella de asuntos cotidianos. En ese tipo de ceremonia, con toda la corte presente, Pola tampoco podía esperar que Nino recuperara la familiaridad de sus encuentros privados.

Mientras Mercedes trataba de recomponer su relación habitual con Carlos, España intentaba recuperar la ilusión tras la enorme decepción colectiva que provocó la pérdida de Cuba. La sociedad buscaba referencias que la ayudaran a sentir de nuevo el orgullo de ser español y surgió, de pronto, la necesidad de rebuscar en la historia y reivindicar a los grandes hombres de la patria. La gloria que no lograron los generales en la batalla, la aportarían los artistas con sus pinceles. Mientras en Francia se desenterraban los restos de Goya, muerto hacía más de sesenta años, para repatriarlos a España, en Madrid se celebró por todo lo alto el tercer centenario de Velázquez. «Honrándoles disminuimos algo la ignominia que nos cubre», dijo la reina, y Mercedes y Teresa tomaron nota del mandato de su madre.

Durante toda la primavera se intercalaron actos oficiales con homenajes a los grandes hombres a los que no faltaron la Princesa de Asturias y la infanta María Teresa. Mercedes asistió, por primera vez, a la ceremonia de apertura de las Cortes, donde acaparó toda la atención, y días después a la bendición de las nuevas banderas del regimiento de San Fernando, que se celebró en la plaza Incógnita del Palacio Real. También el Museo Nacional de Pintura dedicó una nueva sala a Velázquez, que aquella tarde inauguró la familia real.

El acto fue interminable y el calor que reinaba en la pinacoteca era sofocante. Mercedes había elegido el más fresco de sus vestidos, de muselina con florecillas de color rosa, y un sombrero negro, pero a medida que transcurrían los discursos y se elevaba la temperatura en la pinacoteca, empezó a sentirse mareada. Habría dado cualquier cosa por un soplo de aire fresco. Si sacaba su frasco de sales, todo el mundo descubriría que estaba mareada, por lo que desechó esa opción. Disimuladamente, sacó unos caramelos de anís que llevaba en el bolsillo y se los llevó a la boca. El médico le había dicho que el azúcar obraba milagros y, en aquel momento, el consejo funcionó porque la princesa no se llegó a desvanecer. Intentó respirar

hondo, tan hondo como le permitía el corsé, y se sintió mejor. Pero aquel acto parecía que no iba a terminar jamás.

Primero, contempló los cuadros que Velázquez había pintado para su antepasado, Felipe IV, y después tuvo que escuchar interminables discursos y poemas intercalados con piezas de música antigua. Mercedes amaba la música, pero en aquel momento solo quería que todo finalizara lo antes posible para poder tomar un vaso de agua fresca. El acto concluyó con un cóctel y, en cuanto Mercedes tomó un refresco, se sintió mejor. El pintor Aureliano de Beruete, uno de los organizadores del programa del centenario de Velázquez, se acercó a conversar con ella y le contó algo sorprendente.

—Alteza, ¿le han contado lo de Goya?

—¿De Goya? No, la verdad es que llevo días oyendo hablar de Velázquez, pero ¿qué pasa ahora con Goya? —preguntó Mercedes intrigada.

—Ayer fueron exhumados sus restos en el cementerio de Chartreuse, de Burdeos, que, como sabrá, van a ser repatriados a España.

—Sí, sabía que iban a ser repatriados.

—A la exhumación acudieron el cónsul y muy pocas personas más y, cuando abrieron el féretro, descubrieron que el esqueleto estaba completo, pero el cráneo ha desaparecido, y nadie se explica cómo ha podido ocurrir algo así.

—Qué extraño. ¿Y creen que fue enterrado sin cabeza, o que alguien la extrajo después?

—No se sabe nada más. Lo único que sé es que se celebró una misa en una iglesia próxima al cementerio y que los restos llegarán mañana a Madrid en tren.

—¿Sin la cabeza? —quiso asegurarse Mercedes.

—En efecto. Digamos que la cabeza de Goya se ha perdido.

La noticia se extendió por todos los corrillos del cóctel, hasta que, avanzada la noche, la familia real se retiró y regresó a palacio. En cuanto la reina se bajó del coche de caballos a pie de la escalinata, se le comunicó que el portero mayor de la mayordomía, don Inocencio Cayetano Rodríguez, que llevaba sirviendo en el alcázar desde tiempos de Fernando VII, había fallecido a los ochenta y seis años. Después de la agotadora jornada, María Cristina pidió ver a su familia para darle personalmente el pésame y

agradecerle la lealtad y dedicación de toda una vida. La princesa acompañó a su madre.

Un té en el palacete de los Calabria

Por aquellos días, los duques de Calabria invitaron a la reina y a sus hijos a tomar el té en su casa, y Mercedes se ilusionó ante la posibilidad de que también asistiera Carlos a la reunión familiar. No quería demostrar un interés especial en su primo, por lo que prefirió no preguntar y permanecer con la duda hasta que llegara a la residencia de los Caserta. Después del almuerzo, empezó a arreglarse con esmero para la cita y, a las cuatro de la tarde, salió con su madre y su hermana hacia Argüelles. Alfonso se quedó en palacio para no interrumpir sus clases y la instrucción militar habitual.

Cuando llegaron a casa de los Calabria, Fernando, su esposa y Carlos se encontraban esperándoles en la puerta, y Mercedes hizo un esfuerzo para no demostrar demasiada alegría al descubrir la presencia de Nino. Sus primos inclinaron la cabeza ante la reina y, cuando fueron a besarle la mano, María Cristina les besó en la mejilla. También María Luisa le hizo una marcada reverencia antes de recibir dos besos. La estrecha y frecuente relación familiar no eximía a nadie de presentar sus respetos a la regente como mandaba la etiqueta. Carlos besó a sus primas y, mientras su hermano ofreció el brazo a la reina para pasar al interior de la residencia, él y su cuñada acompañaron a Mercedes y Teresa.

Los seis disfrutaron de una íntima reunión familiar mientras tomaban el té acompañado de exquisitos emparedados y dulces. En aquel ambiente de confianza, Carlos lograba vencer su timidez, contaba divertidas anécdotas de su vida en el Ejército y su relación con Mercedes parecía que había vuelto a ser la de siempre. La duquesa de Calabria pidió que llevaran a sus hijas al salón para que las vieran la reina, la princesa y la infanta, que se turnaron para coger en brazos a la pequeña y hacer carantoñas a la mayor.

Al salón llegaba el ruido de la lluvia que había empezado a caer sobre Madrid cuando, de pronto, un fuerte trueno asustó a las niñas, que empezaron a llorar y la niñera se las tuvo que llevar. La lluvia se convirtió en granizo y un ensordecedor estruendo de cristales rotos procedente del exterior invadió la casa de los Calabria. Por las ventanas aún intactas de su residencia se divisaba la calle convertida en un río que arrastraba ramas rotas y los objetos que había encontrado a su paso.

Mercedes miraba horrorizada los daños que había ocasionado el granizo cuando Carlos se le acercó por detrás.

—¿Estás asustada, Pola?

La princesa notó el aliento de su primo en el cuello y habría dado cualquier cosa por congelar ese instante, pero tenía que responderle.

—Nino, estoy preocupada, pero no por nosotros sino por todas aquellas personas que viven en frágiles casitas y que quizá no hayan soportado la tormenta.

—Pobre gente...

—¿Sabes lo que creo que habría hecho ahora mi padre?

—No lo sé.

—Pues habría recorrido las zonas afectadas por la tormenta y habría tratado de ayudar a quienes han sufrido daños. Y a mí me habría gustado acompañarle.

—Eso es lo que siempre me ha gustado de ti, Pola, y veo que sigues siendo la misma.

—¿Qué te hacía pensar que había cambiado?

—No sé por qué tenía mis dudas... Temía que, al hacerte mayor, perdieras tu bondad, tus deseos de ayudar a los demás... Temía que dejaras de ser idealista y que te empezaran a preocupar más los vestidos, las joyas y los peinados que las cosas realmente importantes. Eso les pasa a muchas jóvenes que conozco, pero veo que tú sigues siendo la misma de siempre. No cambies nunca, Pola.

—Nino, claro que me gustan los vestidos, los sombreros y todas esas cosas, pero no hasta el punto de perder la cabeza. Si mañana tuviera que abandonar el palacio, lo último que me llevaría sería mi armario.

—¿Y lo primero?

—¿Lo primero? Supongo que los recuerdos de mi padre, a mi caballo favorito, mi colección de sellos, el piano, los álbumes de fotos... Bueno, creo que sí cogería un traje...

—No, no lo estropees. Lo estabas haciendo muy bien. ¿Qué traje?

—El de amazona. Es que sin él, no podría montar —añadió Mercedes entre risas.

Mientras los dos primos conversaban ajenos al resto de la familia, la reina empezó a inquietarse ante los destrozos que podía haber ocasionado la tormenta en la ciudad y pidió a Fernando que llamara por teléfono al gabinete telegráfico de palacio. Aunque sabía que aún era pronto para que se conocieran los daños, quería comprobar si se había recibido algún telegrama urgente y dejar aviso de que se la llamara a casa de los Calabria en cuanto hubiera cualquier novedad. María Cristina no podía regresar a palacio hasta que las calles, que permanecían inundadas, volvieran a ser transitables. Cuando Fernando descolgó el auricular del teléfono y esperó a oír la señal para marcar el número de palacio, descubrió que la línea estaba cortada.

—Tía Cristina, lamento informarte de que el teléfono no funciona. La tormenta ha debido romper los cables. No sabes cuánto lo siento —lamentó su sobrino.

Al tratarse de una reunión familiar, la reina y sus hijas habían acudido solas a casa de los Calabria, acompañadas exclusivamente por el cochero, el lacayo y una reducida escolta de la Guardia Real, pero sin nadie de la alta servidumbre de palacio.

—Fernando, por favor, manda aviso al jefe de la escolta para que suba a verme —pidió la reina.

El duque de Calabria envió a uno de sus criados al vestíbulo de la casa, donde el séquito se había resguardado durante la tormenta, y el jefe de la escolta subió a ver a la regente: «Avíseme en cuanto las calles estén transitables para volver a palacio», le ordenó la reina.

Una hora después, la familia real emprendió regreso al alcázar y por el camino se pudo hacer una idea de lo que había ocurrido: árboles partidos, cristales rotos, porteros y ordenanzas achicando agua de casi todos los portales, faroles y claraboyas se habían quedado sin vidrios, techos y marquesinas hundidos por el exceso de peso del granizo acumulado... y un olor nauseabundo emanaba de la tierra. Al cruzar la plaza de la Armería, la reina y sus hijas contemplaron una escena insólita: decenas de palomas muertas desparramadas por el suelo. En la fachada sur de palacio ni un solo cristal había sobrevivido a la tormenta. Una vez dentro del edificio, descubrieron que también habían sucumbido las ventanas de la fachada de poniente.

María Cristina se instaló en su despacho y pidió que se le informara de todas las calamidades que había provocado el granizo: decenas de personas resultaron heridas por el propio pedrisco y por los accidentes derivados de la tormenta. Los daños materiales eran muy cuantiosos, pero no había constancia de muerte alguna.

—¿Y se sabe algo de las obras de arte del Museo del Prado? —preguntó la reina al jefe de palacio.

—Están a salvo. Afortunadamente, a la hora que se ha producido la tormenta había operarios trabajando que han podido protegerlas.

A la infanta Isabel, la tormenta la sorprendió en la exposición de Bellas Artes, cuya cubierta de cristales se rompió y hubo que poner varios cuadros a cubierto, entre ellos, *Comiendo en la barca*, de Sorolla. Cuando la infanta salió, dejó cincuenta pesetas para los empleados que se ocuparon de mover las obras y, en lugar de regresar a palacio, recorrió en carruaje las zonas más afectadas por la tormenta. En cuanto llegó al alcázar, relató a la reina cuanto había visto.

—Crista, hay muchos heridos, pero afortunadamente todos leves. Tenemos que dar gracias a Dios porque podía haber sido mucho peor. Se han desbocado varios caballos y los viajeros han salido despedidos, se han hundido techos de dispensarios, viviendas y fábricas, por la calle Bravo Murillo bajaba un río con más de un metro de profundidad... Podía haber ocurrido una catástrofe, pero no ha habido un solo muerto.

—Ha sido un milagro.

—Un milagro y gente buena que ha evitado desgracias. Fíjate lo que ha pasado en Chamberí: un niño que conducía solo un carro, al ser apedreado por el granizo, se cayó inconsciente en una balsa de agua, justo en el preciso momento en que pasaba por ahí un médico... Me han dicho el nombre, el doctor Nazario Toledano, y este ha recogido al niño, se lo ha llevado a su casa y le ha salvado la vida.

—Deberíamos darle un reconocimiento.

—Si vieras al pastor que he visto en el puente de San Vicente. El hombre estaba descalabrado y sangrando, pero aun así se negó a buscar refugio para no abandonar a sus ovejas.

—Pobre hombre, Isabel. Prefería perder la vida a perder su sustento.

—A otros, sin embargo, les ha dado un síncope al ver los daños que la tormenta había provocado en su jardín.

—No me digas, ¿a quién?

—A la condesa de Montarco. La tormenta la sorprendió en la Castellana y se refugió en la exposición de Bellas Artes, donde estaba yo. A la salida, se fue a su casa del paseo de Santa Engracia y al ver el jardín le dio un síncope.

En cuanto Madrid se recuperó de la tormenta, se retomaron los actos en homenaje a Velázquez y la reina ofreció en palacio un concierto en el que se interpretaron piezas musicales de la época del pintor. Mercedes estrenó un vestido de seda y crespón color rosa con cola y se había puesto unas espléndidas perlas, pero su aspecto era extremadamente sencillo en comparación con el resto de las damas invitadas, que parecían competir entre ellas con sus joyas.

La mayoría iban coronadas con valiosas diademas y les gustaba contar a qué emperatrices o reinas destronadas o arruinadas habían pertenecido sus joyas antes de llegar a sus manos. La duquesa de Nájera llevaba un abanico que había sido de la malograda María Antonieta y la duquesa de Denia un soberbio collar de perlas gruesas que fue de esa misma reina. A Mercedes le horrorizaba la idea de que algún día las joyas de su familia acabaran siendo exhibidas como un trofeo por sus nuevas propietarias.

El concierto fue de gran calidad, pero como la severa etiqueta palatina prohibía los aplausos, el agrado se mostraba con murmullos de aprobación. Cuando concluyó el programa, los invitados pasaron al comedor de gala, en cuya gran mesa había champán, emparedados, dulces y helados. La reina había querido abrir el palacio a todos los sectores de la sociedad y algunos de los asistentes no habían estado nunca antes en el interior del alcázar, por lo que aprovecharon la ocasión para admirar los salones, en especial el del trono, que deslumbraba a todo el que lo contemplaba.

Entre los invitados, había algunos que a Mercedes le parecían muy interesantes y los buscó con la mirada. Eran escritores, pintores, músicos y científicos. Estaba el doctor Santiago Ramón y Cajal, cuyas investigaciones sobre las neuronas habían revolucionado la medicina, y la princesa aprovechó para conversar con el científico, que tenía fama de ser muy amable y sencillo.

—Doctor, ¿me permite que le haga una pregunta profesional?

—Por supuesto, alteza. No sabía que le interesaban los asuntos científicos.

—¿Usted cree que el talento se hereda?

—Yo creo que cada uno es escultor de su propio cerebro. Pero diré más. Hay dos tipos de talento: el adquirido, que se logra mediante un proceso de autoorganización cerebral y que no se trasmite a la prole. Y el talento congénito, que se hereda a menudo, pero hay que saberlo cultivar. Le pondré el ejemplo que pongo a mis alumnos: el hijo de unos padres inteligentes hereda una selva frondosa de neuronas, pero necesita un intenso trabajo para convertir esa selva intransitable en un delicioso jardín.

—¿Y cómo se convierte la selva en jardín?

—Con fuerza de voluntad, que en mi opinión es el don máspreciado.

—¿Solo con fuerza voluntad?

—No. El talento necesita dos condiciones: una buena máquina pensante y combustible para hacerla funcionar. El combustible es la fuerza de voluntad. Si esta se cultiva metódicamente, no solo se aumenta el conocimiento, sino que también se puede superar, dentro de unos límites, una arquitectura mental deficiente. ¿Me permite que le dé un consejo como científico?

—Por supuesto, doctor, eso es lo que he venido a buscar.

—Estudie, lea, piense, cultívese durante toda la vida, porque el desuso entontece.

Empiezan los incómodos rumores

—Mercedes, querida, ya se lo he contado a tu madre, y ahora quiero que te enteres por mí antes de que te lo cuenten por ahí: me he comprado una casa.

—Pero, tía Isabel, ¿es que no estás a gusto con nosotros? —preguntó Mercedes extrañada, ya que la infanta era para ella como una segunda madre y no concebía la idea de que pudiera vivir en otro lugar que no fuera el Palacio Real.

—Claro que estoy a gusto con vosotros, y espero seguir viéndoos con la misma frecuencia que ahora, pero tienes que comprenderme. Yo ocupo muchas habitaciones y lo natural es que se las ceda a tu hermano, que es el rey y dentro de poco alcanzará la mayoría de edad. Tampoco tengo ninguna necesidad de vivir con estrecheces —relató.

—Claro que no, tía Isabel, pero me parece extraño que dejes de vivir con nosotros.

—Llevo ya algún tiempo pensando en trasladarme y ahora ha surgido la oportunidad de comprar una casa que me gusta, el palacio de los condes de Cerrajería, que está en la calle Quintana, en el barrio de Argüelles.

—¿Y cuándo te trasladarás?

—No tengo prisa. De momento, el verano lo pasaré en La Granja, como todos los años, y a la vuelta regresaré a el Palacio Real.

A mediados de julio, la familia real se trasladó a San Sebastián y, como era costumbre, la infanta Isabel viajó con ellos hasta Villalba, donde se apeó para continuar sola el viaje hasta Segovia. A Mercedes y a Teresa siempre les entusiasmaba el traslado a Miramar, pero aquel verano sentían más ganas que nunca porque el anterior se habían quedado en Madrid con su madre y su hermano como consecuencia de los graves momentos por los que atravesaba España.

La princesa y la infanta retomaron los baños en el mar, las excursiones por los alrededores, los paseos en barco y las salidas con su madre y Alfonso al Teatro Principal, pero aquella vida apacible duró poco para Mercedes. A primeros de agosto empezaron a publicarse rumores sobre su supuesto enlace con distintos príncipes europeos y estos ya no cesaron. Cuando era más jovencita, ese tipo de murmuraciones se acababan desinflando en pocos días,

pero ahora, que estaba a punto de cumplir diecinueve años, los chismes adquirirían credibilidad hasta el punto de que algunas personas habían llegado a felicitarla por el supuesto compromiso que le atribuían los periódicos.

Para Mercedes era muy violento desmentir esos noviazgos inexistentes, pero no tenía otra salida. Además, le aterrorizaba la idea de que llegaran a oídos de Carlos, aunque entre él y ella no había ninguna relación más allá que la familiar y la afinidad personal. Todos los pretendientes que se le atribuían eran príncipes herederos de casas reales reinantes, y las crónicas siempre venían acompañadas de argumentos basados en razones de Estado que hacían especialmente aconsejable esa boda para la vida política española. Mercedes temía que si se extendía la creencia de que tenía que casarse con el miembro de una familia real reinante, se cerraría la puerta a una boda con Carlos.

Los ministros que acudían a Miramar a despachar con la reina se veían obligados a preguntar qué había de cierto en los rumores que circulaban porque después, a la salida, los periodistas les preguntaban y algunos de ellos no sabían a qué atenerse. Así le había ocurrido al presidente del Consejo, Francisco Silvela, a quien le sorprendió la prensa en la puerta de Miramar con una pregunta cuya respuesta desconocía: «No tengo conocimiento de la boda de la Princesa de Asturias con el conde de Turín —les respondió— y me ha extrañado que algunos periódicos hayan recogido esa noticia».

Pocos días después, la *Revista General Internacional* publicaba una extensa información sobre la conveniencia para España de casar a Mercedes con uno de los hijos de la reina Victoria de Inglaterra. «Nada nos parecería más conveniente que esto a los intereses generales del país», decía la publicación. «Aún es tiempo de evitar que Inglaterra se nos venga encima. Preferimos ser sus aliados a ser sus víctimas», agregaba.

Mercedes celebró su cumpleaños en la intimidad familiar, en medio de los rumores sobre supuestos enlaces y de desmentidos oficiales. La prensa aprovechaba cualquier hecho cierto para construir un falso compromiso de boda. En aquellos días viajó a San Sebastián el príncipe Enrique de Orleans, que estuvo visitando Loyola y sus pintorescos alrededores. En el momento más inoportuno, el príncipe pasó por Miramar para saludar a la reina, como hacían todos los miembros de las familias reales que viajaban a la zona. Sin embargo, algunos periódicos publicaron que el verdadero motivo de la visita

era concertar la boda con María de las Mercedes. Políticos y diplomáticos alimentaron este rumor al ser preguntados por los periodistas, ya que nadie quería reconocer que, en realidad, nada sabían sobre las intenciones de la princesa. «Algo de cierto tiene que haber —comentó uno de los diplomáticos a la prensa— porque ningún otro príncipe ha sido digno de tantas atenciones como Enrique de Orleans por parte de la familia real española». Cuando el ministro de Fomento, marqués de Pidal, fue preguntado sobre la noticia de la boda y respondió que no la creía con fundamento, su respuesta alimentó aún más el rumor: el ministro no la quería negar porque podía ser cierta.

Finalmente fue el titular de la Gobernación, Eduardo Dato, quien desmontó el rumor del falso enlace. En una audiencia con la reina en Miramar, María Cristina pidió al ministro que desmintiera la noticia de la boda con toda claridad: «Diga a los periodistas que el motivo de la visita ha sido la amistad que yo mantengo con el padre del príncipe de Orleans y que ha sido un acto de pura cortesía». Así se lo transmitió el ministro a la prensa, y agregó: «De modo que la visita a la reina no obedece a lo que suponen los rumores de boda propalados».

A pesar de los rotundos desmentidos, algunos periódicos continuaron alimentando el culebrón mediático del verano con detalles que abonaban la teoría del noviazgo. Nueva prueba de que «algo había» entre la Princesa de Asturias y el príncipe de Orleans fue, a juzgar por aquellas informaciones, que el día de su santo, María de las Mercedes había recibido un telegrama de felicitación de don Enrique y una planta de regalo que tenía los mismos años que la heredera.

Lo cierto es que ese día la princesa había recibido felicitaciones de todas las casas reales europeas, pero la que más ilusión le hizo fue el cariñoso telegrama que le había enviado su primo Carlos, quien lamentaba no haberse podido trasladar a San Sebastián para felicitarla personalmente. Mercedes celebró su santo con un almuerzo en familia, seguido de una recepción de damas y grandes de España y, finalizada esta, acudió toda la familia real al concierto que el organista de París *monsieur* Gigout ofreció en el palacio de Bellas Artes de San Sebastián. En honor de la princesa, el organista improvisó una composición muy emotiva que enlazaba la «Marcha de infantes» con la «Marcha real» y el himno austriaco.

A Mercedes cada día la incomodaban más los insistentes rumores de boda que publicaba la prensa, y Teresa, que se dio cuenta, dejó de bromear a costa de ese asunto. La princesa se sentía presionada y pidió a su madre una medida más enérgica para poner freno a esas falsas noticias y aclarar que su boda no sería de conveniencia. «Mamá, por favor, deja claro que mi boda será una boda por amor». La reina habló con el presidente del Gobierno y Francisco Silvela transmitió a la prensa el mensaje de la regente: «Es absolutamente falso que se haya tratado o se esté tratando actualmente del futuro enlace de la Princesa de Asturias. La reciente visita del príncipe de Orleans a la familia real no ha tenido como objetivo concertar su enlace con la princesa».

Pero, además, Silvela relató a los periodistas lo que la reina pensaba sobre el matrimonio de su hija: «Su majestad la reina regente reconoce que matrimonios de esta índole no se concertan ya como en otros tiempos mediante negociaciones diplomáticas y sin previo trato entre los novios. La reina quiere que la inclinación y el afecto sustituyan a las gestiones de aquel carácter y determinen la definitiva elección de esposo».

El presidente del Gobierno agregó su opinión personal al respecto: «La Princesa de Asturias no tardará en contraer matrimonio, puesto que su juventud, su belleza y sus raras cualidades morales son prendas de segura felicidad, pero hoy por hoy no hay acordado nada absolutamente respecto a su enlace».

Las declaraciones de Silvela tuvieron un efecto limitado en una prensa obsesionada con casar a la princesa y, pocos días después, los periódicos retomaron el asunto con un nuevo enfoque completamente alejado de la realidad: «El desfile de príncipes por las cortes que tienen princesas casaderas es una práctica establecida por las cancillerías. La reina Guillermina de Holanda ha recibido la visita de diez príncipes. Ante nuestra Princesa de Asturias solo han desfilado dos: Luis María de Orleans y Braganza, nieto del emperador del Brasil, y el príncipe Enrique de Orleans. Al primero le apoya el papa y al segundo, Francia», aseguraban los periódicos.

También anunciaban la llegada de nuevos príncipes solteros en cuanto la princesa se instalara de nuevo en el Palacio Real de Madrid. Según relataban, se esperaba al príncipe Víctor, conde de Turín; a Maximiliano de Sajonia; a

Luis de Sajonia Coburgo Gotha; al archiduque José Augusto de Austria; a Francisco de Baviera... Se citaba, como un posible pretendiente más, al príncipe Carlos, hijo de los condes de Caserta. Las apuestas se iban acercando a los deseos de Mercedes.

El verano llegaba a su fin y la reina decidió que el regreso a Madrid se hiciera de día con el fin de que las personas que lo desearan pudieran acercarse a las distintas estaciones en las que tenía parada el tren y ver al rey en persona. Aunque se había construido un nuevo vagón real, este aún no se había terminado de decorar, de forma que el trayecto hubo que hacerlo en el antiguo. A las siete y media de la mañana del 13 de octubre de 1899 la familia emprendió la vuelta a Madrid, a donde llegó a las diez y cuarto de la noche.

A su llegada a las puertas de palacio, Mercedes observó una escena desgarradora. Un grupo de mujeres trataba de acercarse a la comitiva real mientras gritaba: «¡Los prisioneros de Filipinas!», «¿Qué se ha hecho por ellos?». Las mujeres daban voces y algunas lloraban. «¡Que nos reciba la reina!», gritaban. Eran las esposas, madres y hermanas de los españoles que seguían prisioneros en la colonia perdida un año antes. Aquellos españoles sobrevivían en unas condiciones tan duras que, si no se les repatriaba con urgencia, acabarían muriendo todos, pero nadie quería asumir el elevado costo de la operación.

España había dejado olvidados a trece mil militares, civiles y frailes en Filipinas. Ante la inacción del Gobierno, las mujeres recurrían a la reina. «Mamá, ¿las vas a recibir?», preguntó Teresa, casi rogándole que lo hiciera. «Ahora no. Son las diez y media de la noche, pero les enviaré recado para que mañana pidan audiencia. Y hablaré con Silvela. Eso no puede seguir así», le respondió. María Cristina las recibió, las escuchó y trasladó sus peticiones al Gobierno, pero todas las comisiones que se crearon para liberar a los españoles presos acabaron fracasando. Solo cuando Filipinas se consideró incapaz de mantenerlos, en 1900, los cautivos fueron abandonados y lograron escapar. Para entonces, la mitad había muerto.

Un enamorado loco en palacio

En medio de los rumores sobre supuestos pretendientes de la Princesa de Asturias se produjo un incidente en palacio que añadió aún más presión a Mercedes.

—¿Adónde va, señor? —preguntó uno de los guardias reales a un individuo que se dirigía decidido por las galerías de palacio hacia las habitaciones de María de las Mercedes.

—Tengo una cita con la Princesa de Asturias —respondió el joven.

—¿Una cita con su alteza?

—Sí. Me ha citado a las cinco de la tarde, y no puedo llegar tarde.

—Su alteza no espera a nadie esta tarde.

—Está usted muy mal informado; me espera a mí. Déjenme pasar. No puedo retrasarme. Me está esperando —insistió el hombre, que intentó esquivar al guardia e hizo ademán de forcejear con él.

—No puede pasar. Alto... Detenedle —gritó el guardia y, al momento, dos alabardas apuntaron al joven, que se quedó inmovilizado.

El hombre, elegantemente vestido y atildado con exagerada coquetería, había conseguido acceder a palacio y subir las escaleras sin que nadie le preguntara adónde iba, pero cuando caminaba por una de las galerías del alcázar llamó la atención de un guardia real. Su aspecto resultaba pintoresco, ya que traslucía el deseo de parecerse al difunto Alfonso XII y, con ese fin, se había dejado las patillas y el bigote al estilo ya en desuso del rey. Una vez detenido fue entregado a las autoridades, a las que relató su historia.

Trabajaba como mancebo en una farmacia céntrica, donde se ganaba la vida de forma honrada. Desde niño coleccionaba fotografías del rey Alfonso XII y hacía tiempo que había empezado a guardar los retratos de la Princesa de Asturias, de la que se había enamorado locamente. Esa mañana, aseguraba, había recibido una carta de la propia princesa, que le citaba a las cinco de la tarde en palacio y, mientras ellos le tenían retenido, María de las Mercedes estaría esperándole en el alcázar. Los inspectores no lograron descubrir si la carta era producto de la imaginación del mancebo, o si algún bromista le había hecho caer en la trampa. Informado el gobernador civil, decidió acudir en persona a la farmacia donde el joven trabajaba y, ante los

excelentes informes que le dio el farmacéutico, decidió dejar en libertad al enamorado de la princesa con la condición de que no volviera a intentar acercarse a la heredera.

Cuando María de las Mercedes fue informada de la detención, sintió compasión por aquel joven que estaba tan atraído por ella sin ni siquiera conocerla, pero mandó buscar al guardia real que le había retenido para agradecerle en persona su intervención. «Gracias, ya sé que me dirá que solo ha cumplido con su deber, pero a mí me ha evitado una situación muy embarazosa», le dijo. En aquel momento, la princesa empezaba a estar cansada del revuelo que provocaba su soltería. Solo faltaba que a los pretendientes que le atribuía la prensa se sumaran otros espontáneos, como el mancebo de la farmacia.

Aunque el desfile de príncipes solteros que anunciaba la prensa no se llegó a producir, la familia real siguió recibiendo visitas del extranjero y a principios de noviembre llegaron a palacio los príncipes Alberto de Prusia y su hijo, Federico Enrique. Los príncipes alemanes entregaron al rey niño las insignias de la Orden del Águila Negra y, con ese motivo, Alfonso pronunció su primer discurso en público para transmitir el agradecimiento al emperador Guillermo II. Para mayor dificultad, el discurso fue en francés, el idioma oficial de las cancillerías. Mercedes y Teresa, igual que la reina, tuvieron que hacer un gran esfuerzo para que no se les notaran los nervios mientras leía su hermano, de trece años, pero cuando terminó se sintieron orgullosas de lo bien que lo había hecho. Alfonso lo había ensayado muchas veces, pero una cosa era leerlo delante de la familia, y otra en una ceremonia. «Alfonso estaba mucho más sereno que yo», confesó después Teresa a su madre y a su hermana.

Por la noche, la reina ofreció un banquete en honor de Alberto y Federico Enrique, y la novedad fue la presencia de la infanta María Teresa, que asistía por primera vez a una cena oficial. De acuerdo con el protocolo, María Cristina situó al príncipe Alberto a su derecha, seguido de la princesa, y a Federico Enrique a su izquierda, seguido de María Teresa. En aquella época, en la que Alfonso aún no asistía a las cenas oficiales para no alterar su horario de descanso, la reina asignaba la segunda presidencia de la mesa, es decir el sitio que ella tenía enfrente, a su cuñada, la infanta Isabel. Era un

gesto de deferencia, porque en ausencia del rey, la segunda presidencia le habría correspondido a la Princesa de Asturias. Pero a Mercedes no le importaba en absoluto que se alterara el orden protocolario a favor de su tía.

María de las Mercedes estuvo hablando gran parte de la cena con el príncipe Alberto, a quien tenía a su izquierda, pero cuando este conversaba con la reina, la princesa lo hacía con el general Martínez Campos, que se sentaba a su derecha. A Mercedes le gustaba la franqueza un poco brusca de aquel general, leal y desprendido como nadie, que había precipitado el regreso de su padre desde el exilio y la restauración de la monarquía.

Como era habitual en los banquetes oficiales, se ofrecieron varios vinos franceses y alemanes, pero los postres se solían acompañar de Pajarete, un vino dulce de Málaga que casaba a la perfección con todo tipo de tartas, pudines y helados. La princesa solía mojarse los labios y brindar con champán, pero rara vez bebía otro vino que no fuera el Pajarete. Cuando Martínez Campos la vio beber, se permitió darle un consejo:

—Alteza, debo advertirle que ese vino es muy peligroso, y fíjese quién se lo dice. No me gustaría que se le subiera a la cabeza en una cena como esta.

Mercedes abrió los ojos, asombrada por las palabras del militar, al que quería como a un miembro de su familia, pero del que no esperaba un comentario tan atrevido.

—Gracias por su consejo, general, pero solo he tomado un poquito.

—Sí, alteza, pero se lo ha bebido muy rápido e inmediatamente le han vuelto a llenar la copa. Y estos vinos dulces entran muy bien, y uno no se da cuenta de sus efectos hasta que se levanta de la mesa. Haga caso a este viejo militar, que sabe distinguir el verdadero peligro.

—Le haré caso, pero prométame que no le dirá nada a la reina sobre este asunto. Siempre me dice que solo me moje los labios, y ya sabe cómo es de estricta...

Mientras Mercedes respondía al general, la regente dio por finalizada la cena y todos los comensales se levantaron de la mesa. Al incorporarse, la princesa se dio cuenta de que Martínez Campos tenía razón: notaba una especie de mareo que amenazaba su equilibrio, pero en ese momento el general le tendió el brazo y disimuladamente la acompañó tras los pasos de la

reina. Como si estuviera terminando de contar algo a la princesa, la llevó hasta la puerta de las dependencias privadas.

—Gracias, general, creo que esta noche ha prestado un nuevo servicio a la Corona —le comentó divertida la princesa antes de despedirse.

—De nada, alteza, pero aprenda la lección. No siempre tendrá al lado el brazo de un caballero dispuesto a ayudarla a mantener el equilibrio.

La reina interviene

En otoño arrecieron los rumores de boda, a los que se sumó la prensa italiana con un supuesto compromiso entre la Princesa de Asturias y el príncipe de Turín, que una vez más tuvo que desmentir el presidente Silvela: «Esas noticias son tan inexactas como las que hace no mucho se publicaron sobre el enlace de la princesa con el príncipe de Orleans», afirmó.

Mientras tanto, Mercedes y Carlos seguían viéndose en el espacio íntimo del Palacio Real y en la casa de los duques de Calabria, donde la presencia de ambos era tan natural que no sorprendía a nadie. Sin embargo, la prensa seguía buscando fuera de las fronteras a los supuestos pretendientes de la Princesa de Asturias, sin reparar en el único hombre que estaba cerca de ella.

Quien sí se percató de cuanto estaba sucediendo fue la reina. María Cristina sentía cierta urgencia en casar a sus hijas y que estas tuvieran lo antes posible descendencia masculina. Con un par de nietos varones, quedaría garantizada la continuidad dinástica. Ella sabía mejor que nadie lo delicada que era la salud de su hijo Alfonso, aún adolescente. Si le ocurriera algo —«Dios no lo quiera»—, la sucesión estaría representada solo por mujeres: sus dos hijas, demasiado jóvenes e inexpertas, y sus tres cuñadas: Isabel, Paz y Eulalia.

En cambio, sus rivales carlistas contaban con Carlos, que acababa de cumplir cincuenta años pero rebosaba salud y, además, tenía un hijo varón y mayor de edad, Jaime, en perfectas condiciones físicas y psíquicas para asumir la Corona cuando fuera necesario.

En esas circunstancias, era muy importante casar a Mercedes, y sobre todo casarla bien. Había que conciliar los intereses nacionales y dinásticos con el deseo personal de buscar la felicidad de su hija. Cristina creía desde hacía años que Carlos reunía todas las cualidades necesarias para convertirse en marido de una Princesa de Asturias. Descendiente de Carlos III, su linaje era paralelo al de María de las Mercedes, por lo que desde el punto de vista dinástico el matrimonio estaría a la altura de lo que se esperaba de una heredera de la Corona. Aunque eran primos, el parentesco era lo suficientemente lejano como para que el matrimonio no fuera endogámico. Además, Nino era católico, conocía España y se sentía español, aunque aún

conservara su nacionalidad del extinguido reino de Nápoles. Como oficial del Ejército había demostrado su valor y capacidad en las guerras de Melilla y de Cuba. Pero la reina también quería para su hija un hombre con el que encontrara la felicidad que ella nunca tuvo en su hogar. A diferencia de Alfonso, a Carlos no se le conocían escándalos de faldas. Habría conocido mujeres, pero jamás había dado que hablar por amoríos. También había encajado a la perfección en esa corte severa, monótona y aburrida, marcada por las ceremonias palatinas. Era amable, educado, responsable, alto y guapo. Sin lugar a dudas, no existía un yerno mejor en toda Europa. Aunque Mercedes y Carlos demostraban una gran afinidad e incluso se les escapaban algunas miradas que podrían hacer pensar en un enamoramiento, lo cierto es que algo pasaba entre ambos jóvenes que estaba obstruyendo el noviazgo, y la reina se propuso descubrirlo.

El asunto era demasiado íntimo y delicado como para encargárselo a terceros, por lo que Cristina prefirió resolverlo personalmente. Con ese fin, aprovechó una soleada mañana para invitar a pasear a su hija mayor por un apartado bosquecillo de la Casa de Campo:

—Pola, me ha parecido apreciar que Nino y tú compartís cierta afinidad, y quisiera saber si esto pudiera ser el inicio de un noviazgo.

—Mamá, yo creo que me he enamorado de Nino, pero me temo que él no siente lo mismo por mí. Es cortés, educado y amable pero, a veces, se muestra huidizo y lejano. Él nunca había sido tímido conmigo, y últimamente lo es.

—¿Nunca te ha expresado ningún sentimiento? —quiso saber la reina.

—De amistad y de aprecio, sí; pero nada más.

—¿Y dices que últimamente se comporta de forma distinta contigo?

—Se ha vuelto más tímido. Me mira, pero apenas habla conmigo.

—A veces, los hombres no saben expresar lo que sienten por miedo a ser rechazados. Yo creo adivinar en su mirada, en sus gestos, que está enamorado de ti. Pero creo que no se atreve a dar el paso.

—¿Y por qué no se va a atrever?

—Porque tú eres una princesa heredera de una casa reinante, y él es el segundo hijo de una familia real destronada. Creo que le da miedo dar el

paso, que le rechaces y arriesgarse a perder la relación que mantiene con nosotros.

—¿De verdad es tan grave que su familia haya sido destronada? —preguntó alarmada Mercedes.

—Para nosotros no lo es; pero él no lo sabe. Si te fijas, casi todos los pretendientes que se te atribuyen son príncipes herederos extranjeros, que serían precisamente los matrimonios más complicados desde el punto de vista institucional, porque tendrías que elegir entre ser consorte del reino de tu marido o heredera en España.

—¿Y qué puedo hacer, mamá?

—Esperar, Pola, esperar a que Carlos se dé cuenta. No te preocupes, tarde o temprano, dará el paso.

Cuando la reina confirmó sus sospechas sobre los sentimientos de su hija, mandó llamar a Carlos, al que citó en sus dependencias privadas de palacio. La gran pasión de Nino era viajar y precisamente en aquellos días acababa de regresar de Viena, donde se había visto con la archiduquesa Isabel, sobrina de Francisco José y una de las solteras de oro de la realeza europea. Lo primero que tenía que hacer María Cristina era preguntarle por ella.

—Nino, te he mandado llamar como tía tuya que soy, no como reina, y quería hablar de tu futuro personal. Acabas de cumplir veintinueve años, y en tu vida profesional has desarrollado una carrera impecable en el Ejército español, pero creo que ya va siendo hora de que elijas esposa y fundes tu propia familia. Sin embargo, no tengo información de que mantengas relación con ninguna joven.

—No, tía Cristina. Nunca adquiriría un compromiso matrimonial sin pedirte permiso antes. A ti y a mi padre.

—¿Es que no has conocido a ninguna joven con la que quisieras compartir tu vida? —preguntó la reina.

—Sí, tía Cristina. Sí la he conocido, pero el respeto que me inspira su persona y su posición me ha sellado los labios. Y después de haberla conocido, no existe otra mujer en el mundo a la que quiera convertir en mi esposa.

—Tengo entendido que has sido candidato a la mano de la archiduquesa Isabel y que acabas de visitarla en Viena.

—Ignoro si he sido o no candidato a la mano de Isabel, pero te aseguro que ahora no lo soy. A ella le tengo un gran aprecio, pero nada más.

—Y ese amor del que hablas, ¿por qué es imposible? ¿Acaso te has enamorado de una mujer casada o que ya está prometida? —quiso saber María Cristina para cerrar el círculo de sus sospechas.

—No, está soltera. Pero es un amor desigual —respondió.

—Entiendo, ella no es de sangre real, y sería un matrimonio morganático, ¿verdad? —insistió la regente, a sabiendas de que ese no era el caso.

—No es exactamente así. Perdóname, tía Cristina, que no hable con mucha claridad, pero esta situación es muy incómoda para mí. Ella es princesa heredera de una casa real reinante...

—Nino, no creo que eso sea un impedimento.

—¿Para ti no lo sería? —preguntó Carlos con un brillo especial en los ojos.

—No, no lo sería.

—Entonces, ¿tengo tu permiso para hablar con Mercedes?

—Lo tienes, Nino, pero antes debo hacerte algunas consideraciones.

—Te escucho.

—Tú sabes lo que significa formar parte de una familia real, pero los nuevos tiempos son mucho más exigentes con nosotros de lo que fueron con nuestros antepasados. Antes, el pueblo estaba al servicio de la Corona; ahora somos nosotros los que estamos a su servicio. Si te casas con Mercedes, te espera una vida de entrega y sacrificio. Y tu conducta deberá ser ejemplar. No nos podemos permitir el lujo de cometer un error. Las monarquías solo sobrevivirán si demuestran que son útiles y necesarias, y no crean problemas.

—Puedes contar conmigo, tía Cristina. Estaré a la altura de lo que se espera de mí.

—Quiero que grabes estas palabras en tu cabeza y en tu corazón, y que nunca las olvides. Dicho esto, Carlos, ten confianza en ti mismo. Eres una persona con muchas cualidades —respondió María Cristina, al tiempo que se levantó para dar por terminada esa conversación que tanto incomodaba al príncipe napolitano.

Ya de pie, Carlos inclinó la cabeza ante la reina y dio un sonoro taconazo, mientras acercaba emocionado la mano de la regente a sus labios. María

Cristina le dio dos besos. Nino se sentía el hombre más feliz del mundo cuando cruzó aquella tarde las galerías de palacio. Una vez en la plaza de la Armería, contempló la maravillosa puesta de sol que teñía el cielo de rosas y violetas. Creía vencido el principal obstáculo para su felicidad, pero lo peor, en realidad, estaba por llegar.

Como en un circo romano

Cuando Mercedes llamó a su doncella, Juana, para que la ayudara a cambiarse el vestido de tarde por otro de noche, la encontró hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Juana?

—Ay, señora, es mi marido, Paco, que ha ido a los toros y le han herido en un ojo.

—¿Cómo que le han herido? ¿El toro?

—No, alteza, que le han dado un perdigonazo y puede perder la vista.

—¿Un perdigonazo en los toros?

—Es que no sabe la que se ha liado. Ha habido más de veinte heridos. Además de toros, había lucha de fieras y para sacar a las fieras de las jaulas, pues no querían salir, les han disparado con perdigones, con tan mala fortuna que algunos han dado al público... No sabe la que han liado.

—¿Y dónde está su marido?

—Le han curado en el dispensario y se ha venido a casa porque le ha dicho el médico que se tumbe.

—Pues abróchame rápido el vestido y vete a acompañarle, que esta noche ya me apañaré con Dolores.

En cuanto terminó de arreglarse, Mercedes acudió a las habitaciones de su madre, donde la reina se encontraba leyendo.

—Mamá, me ha contado Juana, la doncella, lo que ha ocurrido esta tarde en la plaza de toros. Dice que ha habido más de veinte heridos, entre ellos su marido en un ojo.

—Para ser exactos, veintiún heridos, pero no sabía que uno de ellos era su marido. También ha resultado herido en un ojo un miembro de la embajada austrohúngara. Pero ¿cómo se les habrá ocurrido ir a semejante espectáculo?

—Lo siento por las personas heridas, pero esos espectáculos con fieras habría que prohibirlos. Ahora tienes el argumento perfecto para pedírselo al Gobierno.

En ese momento llegó al salón la infanta Isabel, a la que la reina estaba esperando. Antes de hablar con el Gobierno, María Cristina quería conocer la opinión de su cuñada.

—Isabel, una vez más, necesito tu consejo. A ti te gustan los toros, pero ¿qué piensas de la lucha de fieras, como la que ha habido hoy en la plaza?

—Hace unos años yo fui a ver una lucha entre un tigre de Bengala y un toro, y no me gustó nada. Eso no tiene nada que ver con los toros.

—No es una fiesta española tradicional, ¿verdad?

—Dicen que siempre ha habido luchas de fieras en España desde la época de los romanos, pero yo no diría que es una tradición española como son los toros.

—¿Qué crees que pasaría si se prohibieran? —insistió la reina.

—No lo sé, Crista, porque las luchas de fieras han resucitado ahora por la pérdida de Cuba.

—Pero ¿qué tiene que ver Cuba con todo esto? —preguntó la reina asombrada.

—Pues que a alguien se la ha ocurrido la idea de que la mejor forma de devolver el orgullo a los españoles es demostrar que el toro de lidia, símbolo de España, es más poderoso que cualquier otra fiera.

—Qué barbaridad —respondió María Cristina.

En ese momento Mercedes intervino en la conversación.

—Pero, tía Isabel, ¿no se dan cuenta de que la imagen que transmitimos al mundo es la de un país cruel, bárbaro y atrasado?

—Pola, no olvides que fuera nos pueden criticar lo que quieran, pero en cuanto los extranjeros vienen a España lo primero que hacen es ir a los toros. Dirán que es horrible, pero no se pierden una corrida.

—No estamos hablando de los toros sino de las luchas de fieras —sentenció la reina—. Hablaré con Silvela y ya veremos qué se puede hacer, pero lo que es intolerable es que haya heridos y no se haga nada.

La regente había dado aviso para que le llevaran los periódicos vespertinos en cuanto salieran y fue entonces cuando se los entregaron.

—Veamos qué cuenta la prensa sobre lo ocurrido. Lee en alto, Mercedes —ordenó la reina.

—Os leo: «Primero han soltado a una leona. Como no quería salir de la jaula, la han sacado a tiros. Después a una pantera y un oso. El oso ha atacado a la leona y la ha vencido y luego ha ido a por la pantera, que se ha subido en el lomo del oso y los han separado a tiros. Entonces han soltado a un toro,

que ha lanzado al oso por el aire en tres ocasiones. La leona permanecía agachada y la pantera se quería subir al techo de la jaula, pero el toro ha atacado a los tres. El oso, con el cuerpo desgarrado por los pitones, era el único que se defendía. El toro, que echaba sangre por los belfos rajados, siguió corneando a las tres fieras. Embistió nuevamente al oso, al que campaneó y corneó atrozmente. Corría la sangre...». No puedo seguir leyendo, la verdad —lamentó la princesa, que sentía repugnancia.

—Deja la descripción de la pelea, pero ¿qué dice del público? ¿Qué cuentan que hacía el público mientras contemplaba ese espectáculo? —pidió la reina a su hija.

—«La multitud, entusiasmada, bate palmas en obsequio al triunfador. Qué hermosura». Eso es lo que hacía el público. Qué horror.

—¿Y de los heridos qué cuentan? —insistió la regente.

—Dicen que el domador de las fieras, un tal *monsieur* Malleu, disparó perdigones para separar a los animales y que golpeó al oso con una escopeta cargada, que se disparó accidentalmente. El caso es que los perdigones fueron a dar al tendido número tres y resultaron heridas veintiuna personas, dos de las cuales han quedado ciegas. Mientras los heridos fueron desfilando hacia la enfermería, la lucha continuó como si no hubiera pasado nada.

—¿Y las autoridades no actuaron?

—Aquí dice que «a las seis y media de la tarde se presentó en la plaza, activo y agitado, el gobernador de la provincia, quien empezó a instruir el expediente». Y añaden: «Malleu fue inmediatamente detenido y llevado por una pareja de la Guardia Civil al Gobierno», pero «cuando terminó la corrida», lo llaman así, ¿eh?, corrida, «muchas personas le aguardaban en la puerta para tomar la justicia por sus manos».

—Creo que hay dos austriacos heridos y que son los más graves —comentó Isabel.

—Sí, el periódico dice que, además del agregado de la embajada, ha resultado herido el jefe de la panadería Viena, un tal Leandro José Gorll, que también se quedará ciego.

—Mirad, el *Heraldo de Madrid* no se anda con sutilezas. Fijaos cómo titula la noticia: «Espectáculo salvaje» —observó la reina—. Mercedes, por favor, lee lo que dice.

—Leo: «El espectáculo de esta tarde ha sido eminentemente brutal, pero los incidentes lo han hecho más repugnante todavía, añadiendo las desgracias a la barbarie. Todo lo que ha sucedido ha sido fruto de una improvisación, de una desgracia, pero nadie puede evitar que el telégrafo transmita esta noche a todo el mundo la noticia de que esta tarde ha habido en la plaza de toros de Madrid veintiún heridos con motivo de celebrarse una lucha de fieras con un toro».

—Por lo menos, no somos las únicas a las que nos repugna.

—Claro que no, Crista, de eso puedes estar segura. Muchos de mis amigos aficionados a los toros han criticado la lucha de fieras. Puedes estar tranquila —le aseguró la infanta.

La reina no tuvo que convencer al Gobierno de la brutalidad de esa lucha porque el propio Silvela sabía que un espectáculo en el que el público podía resultar herido era un riesgo inasumible para las autoridades. Además, las luchas de fieras cayeron en el olvido en el momento en que llegaron otras formas de divertirse, como fueron los carnavales, a los que ese año se sumó la familia real, acudiendo al desfile de carrozas y disfraces que se celebró en el parque del Retiro.

Al terminar el espectáculo, la reina y sus hijos abandonaron la tarima que se había instalado para la ocasión y antes de subir en los coches de caballos recibieron el saludo de algunas de las personas que les aguardaban. Una gitana, que esperaba entre la multitud, consiguió acercarse a Mercedes y quiso leerle el futuro, pero cuando cogió la mano de la princesa y la volteó para interpretar sus líneas, un gesto de espanto invadió el rostro de la gitana: «¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia más grande!», afirmó antes de salir corriendo ante el desconcierto de Mercedes.

En el trayecto de regreso a palacio, la princesa contó lo sucedido a su madre y a su hermana.

—No te preocupes, Mercedes, no son más que supersticiones. Nadie puede adivinar el futuro —respondió la reina, tratando de calmar a su hija, aunque las palabras de la gitana también dejaron en María Cristina un sentimiento de angustia.

—Déjame ver tu mano, Pola —le pidió su hermana mientras se la cogía y la comparaba con la suya—. Pero qué tontería te ha dicho esa gitana, ¿no ves

que tenemos las líneas iguales?

Mercedes miró ambas manos y se dio cuenta de que su hermana tenía razón: sus líneas eran exactas, y aquella similitud la tranquilizó.

El esperado compromiso

Carlos estaba impaciente por hablar con Mercedes y empezar a soñar con su nueva vida juntos, pero tenía que buscar un momento en el que nadie más pudiera oír su conversación. Estar solos era imposible, porque Mercedes siempre estaba acompañada por la duquesa de San Carlos, pero una cosa era estar a la vista de los demás, y otra que estos escucharan lo que tenían que decirse. Carlos buscaba un encuentro sencillo, nada ceremonioso, para decirle a Pola lo que seguramente ella ya intuía, pero él no podía invitar a Mercedes a pasear por una finca que no era suya, sino de la familia real. Tendría que esperar a que ella le invitara, algo que podía ocurrir en días, semanas o meses, y Carlos no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo.

Lo que sí podía organizar era una reunión familiar en el palacio de Mendizábal, donde residía con su hermano Fernando y su familia, cuyos salones eran suficientemente amplios como para mantener una conversación en una zona sin que la oyeran los demás. «Esta opción es la más segura», pensó el príncipe y, a la mañana siguiente, relató los planes a su hermano y decidieron invitar a la familia real a tomar el té. Fernando se alegró enormemente de que Carlos se decidiera, por fin, a dar ese paso.

Lo habitual, en esas circunstancias, era dirigir la invitación sin una fecha concreta, para que fuera la reina la que fijara el día en función de sus compromisos. Los duques de Calabria enviaron la invitación a palacio y cuando se encontraban a la espera de recibir la respuesta, fue María Cristina la que se adelantó con otra invitación en nombre su hijo, el rey: Alfonso había organizado una cabalgada para presentarles a su nuevo caballo, Rústico, un ejemplar de pura raza andaluza y de gran alzada que le había regalado el marqués de la Laguna. Les esperaban el 12 de diciembre de 1899.

Llegado el día, los tres Caserta que residían en España y la esposa del mayor acudieron a la cita en la caballeriza real, donde primero contemplaron los progresos del niño rey como jinete en el picadero y después salieron todos juntos a montar por la Casa de Campo. A Carlos le pareció que nunca había visto tan elegante a Mercedes como aquel día, con el traje de amazona de corte británico, pero, a medida que se alejaban de palacio y se adentraban en el campo, se fue poniendo más nervioso. Nino transmitió su agitación interna

a su caballo, que empezó a hacer quiebras e imprevistos, por lo que se separó del grupo, y solo cuando vio que Mercedes se colocaba a su derecha, en paralelo, el jinete recuperó la serenidad y la concentración.

—¿Qué le ocurre hoy a tu caballo? —preguntó Mercedes.

—Que se ha puesto nervioso al verte, Pola, porque ahora entiendo lo que me dijiste el otro día —comentó Carlos.

—¿A qué te refieres?

—A que si tuvieras que salir corriendo de tu casa, el único traje que salvarías sería el de amazona.

—Ah, sí, ya recuerdo, el día de la tormenta te dije eso.

—Pues ahora que te veo así vestida lo entiendo perfectamente, porque fíjate que te conozco desde hace años... creo que desde hace quince años..., y al verte así... he sentido el deseo irrefrenable de pedirte que te cases conmigo. —Al tiempo que pronunciaba estas palabras, Carlos frenó su caballo con la mano izquierda y con la derecha tiró levemente de las riendas de la montura de Mercedes para pararla también. Miró fijamente a los ojos de Pola y agregó—: Mercedes, lo digo completamente en serio. Quiero casarme contigo. Hacía mucho tiempo que quería pedírtelo, pero un malentendido no me permitía hacerlo.

—¿Un malentendido? —preguntó Pola, extrañada.

—Dada la posición de tu familia y la situación de la mía, pensé que quizá yo no reuniera los requisitos necesarios. Y esa suposición equivocada me ha hecho sufrir enormemente en el último año y medio, desde que me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

—Nino, yo también he sufrido en los últimos meses.

—Pero Pola, aún no me has respondido, ¿quieres casarte conmigo, fundar una familia y que vivamos juntos el resto de nuestras vidas?

Justo en el momento en que Mercedes iba a responder, el caballo de Alfonso irrumpió a galope tendido y, en una rápida frenada, paró junto a ellos.

—¿Estáis bien? ¿Tenéis algún problema? Porque hemos salido a cabalgar y os habéis quedado los últimos —preguntó el niño rey.

—No es nada, Alfonso. Es que Carlos me estaba contando una obra de teatro que vio el otro día, pero ya vamos con vosotros —improvisó Mercedes

a la vez que hacía avanzar a su caballo.

—Pero Pola, no me puedes dejar así, sin respuesta... —imploró Carlos.

—Claro que no te voy a dejar así, Nino: te respondo que sí. Sí a las tres preguntas que me has hecho —afirmó justo antes de que su caballo, inquieto al verse rezagado del grupo, arrancara a galopar, seguido por el de Carlos.

Mercedes nunca se había sentido tan feliz. Tras la cabalgada, la reina ofreció a los Caserta una merienda, a la que también se unió la infanta Isabel, pero ni Carlos ni la princesa les anunciaron su compromiso. Ambos conocían perfectamente la jerarquía interna de una familia real, y la primera que debía ser informada era la reina. En un rincón del salón, los novios aprovecharon para terminar la conversación que el rey había interrumpido. «Mercedes, me gustaría que nos casáramos lo antes posible. Bastante tiempo hemos perdido ya por mi culpa», comentó Carlos, y la princesa se mostró completamente de acuerdo. Cuando los príncipes napolitanos abandonaron el palacio y María Cristina se retiró a sus habitaciones, la princesa acudió junto a su madre para contarle, a solas, lo que había ocurrido entre Carlos y ella, que estaba pletórica de felicidad.

—Mamá, ¿has tenido algo que ver con todo esto? Me parece mucha casualidad que justo después de nuestra conversación, Carlos se haya decidido a dar el paso.

—He tenido muy poco que ver. Solo le he hecho llegar el mensaje de que yo le vería con buenos ojos.

Mercedes expuso a su madre que el deseo de ambos era casarse lo antes posible, y la reina explicó a su hija que, aunque Carlos y ella se conocían desde hacía años, lo razonable era que se tomaran unos meses antes del anuncio oficial. Las bodas reales llevan su tiempo: primero había que anunciar el noviazgo a las dos familias y, más adelante, al Gobierno. Entonces se celebraría la petición de mano y se comunicaría al Parlamento y, por último, la boda. Cristina también pidió a su hija que fuera discreta con el noviazgo hasta que el compromiso fuera anunciado por los cauces oficiales.

Aquella noche, Mercedes estuvo rezando el doble del tiempo habitual, dando gracias a Dios por haber escuchado sus súplicas y, después, cuando se acostó, incapaz de conciliar el sueño, oyó marcar las horas a casi todos los relojes de palacio: las doce, la una, las dos... «Es curioso, para dormir bien

tan mala es la tristeza como la felicidad... Pero prefiero no pegar ojo a perderme esta sensación tan maravillosa», pensó.

Los príncipes consiguieron mantener su compromiso en la intimidad hasta marzo de 1900. En aquellos días la reina ofreció una cena al duque de Oporto, Alfonso de Braganza, de visita en Madrid. Aunque esa noche el protocolo sentó al príncipe Carlos casi enfrente de Mercedes y era inevitable que la mirada de uno cayera en el otro, al día siguiente, algunos periódicos trataron de convertir al príncipe portugués en pretendiente de la Princesa de Asturias. Sin embargo, pocos días después, una de las más famosas escritoras y periodistas del momento, Emilia Pardo Bazán, desmintió esa noticia y publicó otra que se aproximaba mucho más a la realidad: «Bastaba ver al duque de Oporto, que cuenta treinta y pico de años, y representa muchos más, y está gordo y calvo, para comprender que no tiene trazas de aspirante a la mano de una jovencita como la Princesa de Asturias. El enlace de esta primavera flor de lis se supone ya concertado con un primo suyo, vástago de una dinastía destronada de la rama de Borbón (no es don Jaime, el hijo de don Carlos)».

A primeros de abril, la *Revista General Internacional* informaba del «enlace de la Princesa de Asturias con el príncipe don Carlos de Borbón, hijo del conde de Caserta y capitán de Estado Mayor de nuestro Ejército», y planteaba el debate sobre si la razón de Estado se oponía a no a esta boda. Aquel artículo no gustó a la reina ni a la princesa ni al propio Carlos, porque se empeñaba en mantener vigentes en la nueva monarquía las normas de los viejos tiempos, aquellas que despreciaban las razones del corazón en nombre de unas supuestas razones de Estado.

Si supieran a cuántos reyes y reinas, príncipes y princesas, infantes e infantas habían condenado a la infelicidad a lo largo de los siglos con matrimonios desgraciados. Los enlaces de Estado tenían sentido en la Edad Media, cuando los monarcas eran propietarios de sus reinos porque el matrimonio se traducían en la unión de territorios. Pero a finales del siglo XIX, esa costumbre carecía de fundamento. Por supuesto que las bodas reales tenían que ser entre iguales, entre miembros de las distintas familias reales, pero esa era una cuestión que nadie ponía en duda desde que Carlos III lo dejó escrito en la Pragmática Sanción.

Lo que no se imaginaban en aquel momento es que aquella primera información, escrita en tono comedido y equilibrado, iba a prender la mecha de un incendio que, con el paso de los meses, adquiriría proporciones monumentales. Casi todos los periódicos de aquella España que se jactaba de liberal y moderna se sumaron a una campaña contra la boda de la Princesa de Asturias. «Los idilios de amor son muy respetables entre particulares, pero no resuelven los problemas cuando se trata de bodas entre príncipes, y menos si un día estos príncipes pueden llegar a ser soberanos de un Estado», afirmaba *La Época*.

Mientras la prensa española cuestionaba si esta boda era contraria o no a los asuntos de Estado, el periódico francés *Les Temps* echaba más leña al fuego de la polémica. Según la publicación extranjera, los sectores liberales rechazaban esa boda porque el padre del novio, el conde de Caserta, había combatido en su día en las filas carlistas.

La alegría inicial de los novios y de sus familias fue moderándose a medida que iba subiendo el tono del debate periodístico, pero todos estaban convencidos de que las aguas no tardarían en volver a su cauce. La vida continuaba en palacio, al margen de la campaña que empezaba a orquestarse en contra del enlace, y la reina decidió que había llegado el momento de que sus hijas acudieran por primera vez a un baile. Si dejaba pasar unos meses más, se iba a dar la extraña circunstancia de que el primer baile al que asistiera la Princesa de Asturias fuera después de casada.

Por una extraña decisión, María Cristina decidió que en las invitaciones no se mencionara la palabra «baile»: «De orden de su majestad la reina regente, tengo el honor de invitar a usted a tomar el té que se servirá en sus reales habitaciones el martes 8 del corriente a las nueve y media de la noche. Palacio, 2 de mayo de 1900. El duque de Sotomayor».

—Teresa, ¿no te parecen un poco raras las invitaciones que ha enviado mamá? —preguntó Mercedes a su hermana, que estaba tan ilusionada como ella con el baile.

—No las he visto, ¿por qué dices raras?

—Porque en ellas se invita a tomar el té. No sé por qué no ha querido poner baile —respondió la princesa.

—Ja, ja, ja, a tomar el té a las nueve y media de la noche. Pues sí que suena raro. Menos mal que todos los invitados saben que va a haber baile en el comedor de gala, y vendrán preparados para la ocasión. Estoy deseando que llegue ese día.

—Yo también.

Tras catorce años de luto

La noche del 8 de mayo se celebró en el Palacio Real el primer baile de la regencia. Aquella tarde, mientras se arreglaba para la gran fiesta, Mercedes pidió a su madre, como un favor especial, que la dejara mirarse en un espejo de cuerpo entero, algo que hasta entonces no se le había consentido. La reina accedió y la princesa corrió a contemplarse en el gran espejo que le había regalado su tía, la infanta Isabel. Después de quince años de silencio y quietud, el comedor de gala recuperó el esplendor de tiempos pasados y, convertido en salón de baile, abrió sus puertas a las nuevas generaciones de aristócratas cuyos padres, abuelos y bisabuelos habían asistido décadas atrás a las entonces frecuentes fiestas palatinas. Se enviaron unas mil invitaciones, pero acudieron la mitad. Casi todos los que fallaron fueron cargos oficiales, mientras que la nobleza y la diplomacia asistieron al completo. Los invitados, en número suficiente para llenar de ambiente los salones del palacio sin la incomodidad de las grandes aglomeraciones, empezaron a llegar a las nueve de la noche. Media hora después, la «Marcha real» anunció la entrada de la reina, la princesa y la infanta María Teresa, seguidas de sus damas y de la alta servidumbre de palacio.

A medida que la familia real avanzaba, la reina saludaba con gestos y sonrisas a los invitados que aguardaban a ambos lados, y estos le respondían con reverencias. Mercedes y María Teresa lucían idénticos vestidos de gasa color rosa con flores prendidas en la falda y en el pelo. Sus collares de perlas de varios hilos contrastaban con la opulencia de las joyas de las que hacían alarde la mayoría de las invitadas. Las acompañaba una joven alta, rubia, muy bella, con el pelo corto y ensortijado y profundos ojos azules. «¿Quién es?», se oyó preguntar entre los invitados, que no recordaban haberla visto antes. Era la princesa Luisa de Orleans, vestida de raso blanco, cuyo moderno peinado con la raya en medio era la última moda en París, de donde acababa de llegar. Junto a la princesa Luisa entró el apuesto príncipe Carlos, que lucía el uniforme de oficial de Estado Mayor con una banda extranjera cruzada en el pecho. Meses después, esa antigua condecoración napolitana sería utilizada como arma para tratar de apartarlo como pretendiente de la princesa.

La reina tomó asiento con sus damas y, con ese gesto, transmitió el mensaje de que las verdaderas protagonistas de la fiesta eran sus hijas. Aunque en la invitación solo se hablaba de té, la fiesta consistió en realidad en un baile «chico». A diferencia de los «grandes bailes», en estos no se tocaba el tradicional rigodón de honor con el que se inauguraban. Este detalle fue interpretado como el deseo de dar un aire moderno de sencillez. A falta del rigodón de honor, las hijas de la reina abrieron el baile con un vals, Mercedes con el duque de Luna y María Teresa con el duque de Bivona, al que se sumó la infanta doña Isabel con el príncipe Carlos.

Impresionaba el derroche de luz eléctrica que derramaban las quince lámparas del salón de baile, repleto de flores y decorado con los magníficos tapices de palacio. La iluminación destacaba aún más el colorido de los vestidos de las invitadas y el brillo de sus joyas. «Me he traído los grandes de España», comentaba la duquesa de la Laguna en referencia a sus brillantes. Entre los hombres predominaban los uniformes militares o diplomáticos sobre los negros fracs, y la mayoría de los jóvenes de la grandeza vestían de maestranes, con casaca, calzón blanco de seda y medias del mismo color.

Las invitadas podían disponer de su carné de baile, pero los miembros de la familia real tenían vetado su uso. Siguiendo las costumbres de palacio, a las parejas de Mercedes y Teresa las había elegido la reina. Antes de que empezara la fiesta, María Cristina había dado las dos listas con los nombres de los escogidos a la duquesa de San Carlos, quien encargó a los mayordomos de semana, marqueses de Tovar y San Felices, que los buscaran entre los invitados y los fueran citando cuando les llegara el turno de disfrutar el honor de bailar con una de las hijas de la reina.

La princesa bailó después con el marqués de la Mina y, por fin, con Carlos. Era la primera vez que bailaba con su prometido y no pudo ocultar el rubor que aquello le producía, pero superado el momento inicial, se habría pasado toda la noche en sus brazos si su madre no le hubiera puesto otros compromisos. Hacían una pareja perfecta. Carlos era más guapo que ella, pero Mercedes se movía con una elegancia admirable. Y eso se lo debía a su madre que, como buena austriaca, había puesto todo su empeño en que sus hijas bailaran el vals a la perfección, y al estilo vienés, es decir, girando graciosamente la cabeza en cada vuelta.

—Es muy guapo. ¿Será verdad que se ha prometido con la princesa? Me encantaría preguntarlo, pero sería una descortesía —comentó una de las invitadas.

—Fíjate en la infanta doña Isabel: no ha dejado de bailar un solo rigodón, y eso que a las seis de esta mañana ya estaba en la escalera del príncipe esperando a la condesa de París, que llegó de viaje. Esta infanta es de acero —destacó otra de las concurrentes.

Además de valeses y rigodones, se rescataron las polkas y los lanceros, tan caídos en desuso que habían dejado de bailarse en los salones del gran mundo. Fue precisamente mientras se interpretaba un lancero cuando se produjo la anécdota del baile: uno de los invitados, Rodrigo Villalobar, que había sacado a bailar a la mujer del embajador del Reino Unido, dio un mal paso, resbaló y cayó con tan mala fortuna que perdió el peluquín, los dientes postizos y las prótesis que le mantenían en pie. Algunas de las parejas que bailaban a su alrededor se acercaron para ayudarlo.

—¡Que nadie me toque hasta que venga mi criado, que es quien conoce el mecanismo! —advirtió el marqués.

—¿Qué pasa? —preguntó la reina al ver el revuelo que se había formado en medio del salón.

—Señora, que el marqués de Villalobar se ha desarmado sobre el parque.

La animación fue subiendo hasta las once de la noche, que se abrió el bufé, servido en la galería. Entre los invitados se encontraba Angelita, la hija de Martínez Campos, en silla de ruedas por una parálisis, a la que la reina había rogado que no faltara. La infanta Isabel aprovechó ese momento para presentar varias jóvenes a sus sobrinas y, tras una nueva ronda de bailes, la familia real se retiró a la una y cuarto de la madrugada. El palacio había roto el luto después de catorce años.

Un secreto a voces

Desde que Carlos y Mercedes se comprometieron, el príncipe no dejó de asistir a ninguna de las ceremonias de palacio. Las más importantes de cuantas se celebraron en aquellos días fueron con motivo del décimo cuarto cumpleaños del rey. En el banquete, el protocolo les separó dos puestos en la mesa y apenas pudieron hablar. Entre Carlos y Mercedes, estaban la reina y el duque de Calabria, pero tuvieron muchas otras ocasiones para conversar. Además de las habituales recepciones, se organizaron algunos actos curiosos para celebrar el cumpleaños de Alfonso. La Sociedad Colombófila de Barcelona soltó quinientas palomas mensajeras en la plaza de la Armería, y los novios contemplaron el espectáculo desde uno de los balcones de palacio. Las aves formaron una nube y, en cuanto se orientaron, volaron rumbo a Cataluña.

En aquellos días también visitó Madrid el archiduque Fernando Carlos de Austria, y la reina ofreció un baile en su honor, muy parecido al celebrado diez días antes. A esas alturas, el compromiso de la princesa con Nino era un secreto a voces, por lo que los periódicos empezaron a atribuir pretendientes a María Teresa y publicaron el rumor de que la infanta contraería matrimonio con Fernando Carlos el mismo día que lo hiciera la Princesa de Asturias con Carlos de Borbón. Pola y Nino también se dejaron ver fuera del alcázar y acudieron juntos a las carreras de caballos, acompañando al archiduque, que durante su estancia en Madrid visitó el monasterio de El Escorial y el Museo de Pinturas, antes de viajar a Sevilla.

Mientras tanto, avanzaban los preparativos de la boda. Carlos había escrito una respetuosa carta a sus padres en la que les comunicaba sus deseos de casarse con Mercedes y que la reina veía con buenos ojos esa relación. También les decía que esperaba que apoyaran su enlace con la princesa, cuyas cualidades ocupaban la mayor parte de la misiva. A los condes de Caserta, que ya empezaban a preocuparse ante la larga soltería de su segundo hijo, el anuncio les llenó de felicidad y respondieron con otra carta cargada de bendiciones para los novios.

Si hubiera sido por Pola y por Nino, la boda se habría celebrado ese mismo verano; sin embargo, la reina prefirió esperar a que Mercedes

cumpliera los veinte años y dejar un margen de tiempo para los preparativos y para acondicionar las habitaciones que ocuparían los recién casados en el Palacio Real, donde seguirían viviendo tras la boda. En principio, el enlace se celebraría en noviembre. Mientras tanto, el palacio parecía recuperar la alegría de los viejos tiempos. La reina, que se había propuesto animar la actividad del comercio y la industria de la alicaída ciudad, organizó un multitudinario *garden party*, al que invitó a unas seis mil personas, para inaugurar los nuevos jardines del Campo del Moro. Carlos y Mercedes asistieron juntos a aquella fiesta y con su presencia confirmaron lo que ya todo el mundo sabía, aunque el compromiso no se había anunciado de forma oficial.

Los nuevos jardines eran el resultado de diez años de trabajo en los que se habían realizado colosales movimientos de tierra, instalaciones de riego, abonados del terreno, construcciones de paseos y senderos y enormes plantaciones. Todo ello respetando los árboles de la época de Isabel II, aunque gran parte de las plantas tuvieron que ser renovadas en la última temporada al quedar destrozadas durante la terrible tormenta de hacía unos meses.

Las invitadas, que acudieron con vaporosos vestidos de primavera y sombreros decorados con flores, fueron recorriendo el jardín para contemplar las distintas composiciones vegetales, las fuentes y las pequeñas construcciones, como el llamado chalé de la reina, que era de estilo suizo. En otra zona del jardín, junto al chalé del rey, se podían apreciar los aparatos con los que Alfonso hacía sus ejercidos gimnásticos, así como columpios y balancines. Detrás de la fuente de las Conchas se encontraba el *lawn-tennis*, en el que la familia real practicaba este deporte importado del Reino Unido y que empezaba a ponerse de moda en España. A Carlos se le daba francamente bien, pero en palacio no encontraba ningún rival a su altura.

Cuatro bandas de música repartidas por el jardín amenizaban el paseo, en el que se habían colocado unas cuatro mil sillas de hierro, así como bancos rústicos para el descanso de los invitados. También se dispusieron tres bufés en los que se ofrecían refrescos, vinos y dulces. La mayor de las mesas tenía más de cien metros de largo.

La fiesta fue un éxito, pero la alegría no duró mucho tiempo. Las ventajas que la reina veía en el príncipe Carlos como esposo de su hija eran consideradas inconvenientes por algunos sectores políticos. María Cristina aún no había comunicado oficialmente el compromiso de la princesa al presidente del Gobierno, Francisco Silvela, pero los dirigentes de los distintos partidos ya estaban marcando posiciones, y la mayoría estaban en contra del enlace. La prensa sugería que el líder de la oposición, Sagasta, con quien María Cristina mantenía una excelente relación desde hacía veinte años, no apoyaría la boda de Mercedes con Carlos. La regente comprendía que los republicanos y los carlistas rechazaran al novio de su hija por distintas razones, pero que lo hicieran los liberales no tenía ningún sentido. Al menos el Gobierno de Silvela parecía respetar la decisión de la princesa, pero habría que celebrar la boda antes de las elecciones, porque era muy probable que los conservadores pasaran a la oposición y, en ese caso, el nuevo Parlamento podría poner dificultades al enlace. ¿Hasta cuándo podría resistir Silvela en el Gobierno? «Pobre Mercedes, nada en la vida le ha sido fácil», lamentó Cristina.

Ni siquiera los más viejos de palacio recordaban que una boda real hubiera levantado tanta polémica, y eso que algunos de los antiguos consortes habían sido un compendio de verdaderos inconvenientes, y no como los que ahora se atribuían al príncipe Carlos. La reina quería conocer la opinión de la calle, convencida de que los partidos políticos tenían intereses particulares, ajenos a la personalidad del novio, para rechazar el enlace. Como no podía salir ella misma a preguntar a la gente, mandó llamar a Dolores, su doncella más antigua, que era una mujer prudente y con gran inteligencia natural.

—Dolores, ¿qué has oído en las calles del compromiso de la princesa?

—Ay, señora, menuda pregunta me hace.

—Quiero saber la verdad.

—Pues todo el mundo opina, a unos les parece bien y a otros mal. Pero todos se creen con derecho a opinar... Cómo si se fueran a casar ellos con el príncipe.

—¿Qué dicen los que están en contra?

—Me va a perdonar, señora, pero si quiere que le diga la verdad, tendré que decírsela. Dicen que don Carlos no tiene un real, ni él ni su familia, que

fue destronada. Y que la princesa se merece otro marido mejor. Vamos, que don Carlos va a dar el braguetazo con su alteza, y perdone la expresión.

—¿Qué quiere decir braguetazo?

—Pues una boda por dinero, por posición social... Cuando un muerto de hambre se casa con una rica y resuelve todos sus problemas.

—¿Y qué más dicen?

—Otros dicen que su padre es carlista, y qué le voy a contar a la señora de los carlistas. Dicen que si la princesa fuera algún día reina, con don Carlos al lado, volveríamos al pasado, al viejo régimen.

—¿Y no hay nadie que defienda a don Carlos?

—Unos pocos dicen que la princesa se debe casar con quien quiera porque tiene muy pocas posibilidades de reinar y, sin embargo, al marido tendrá que aguantarle toda la vida y, al menos, que lo elija ella.

—Gracias, Dolores, por todo lo que me has contado. Una última cosa, no le digas a nadie que te he preguntado. A nadie.

—No se preocupe, señora, que a mí se me olvida todo lo que veo, oigo y hablo aquí dentro, en cuanto salgo por la puerta.

Razones de Estado y de corazón

Los periódicos eran un hervidero de opiniones para todos los gustos. Las mismas cabeceras que un día criticaban el enlace, al día siguiente lo defendían. «Las costumbres son otras a fin de siglo: las personas reales necesitan un hogar. Será mejor para la nación contemplar la felicidad de los príncipes que padecer su desgracia». «Déjese a los príncipes el derecho a su felicidad en la vida privada». «Es indiscutible el derecho no solo a estar informado de la boda sino también a formar juicio, primero por la identificación de los pueblos con los reyes y segundo por la trascendencia que tiene para una nación cuanto afecta al jefe del Estado». «En la historia de España ha sido notoria la influencia del consorte de la reina en los destinos del país. Por tanto, la princesa debe elegir marido pensando en la patria». «Una boda real influye en la vida nacional. Nuestra princesa debe unirse con un príncipe de los que en Europa brillan por su cualidades».

La reina seguía sin comunicar oficialmente la boda de la princesa al Gobierno, pero ello no le impedía recoger las opiniones que el enlace suscitaba. Sabía que, cuando llegara el momento, los conservadores de Silvela le darían su apoyo, y ahora María Cristina quería conocer de primera mano lo que pensaba hacer el dirigente de los liberales, Sagasta. El líder de la oposición acudió al Palacio Real y estuvo dos horas reunido con María Cristina, a la que confirmó su opinión contraria al enlace. Además, la advirtió de que tanto las Cortes como la gente de la calle estaban mayoritariamente en contra de la boda con el príncipe Carlos.

Los principales argumentos esgrimidos contra el enlace eran tres. El primero, que la boda no obedecía a razones de Estado, por lo que España desperdiciaba la oportunidad de establecer una alianza con una potencia extranjera casando a la princesa con un príncipe reinante. El segundo, que el enlace podía afectar a las relaciones con Italia cuyo rey no vería con buenos ojos que la dinastía de los Borbón-Dos Sicilias se asentara en el trono de España, y, por último, la heredera de la Corona no podía casarse con el hijo de un carlista.

La felicidad de Carlos y Mercedes se vio ensombrecida por las noticias que recogían los periódicos. La princesa trató de eludir el asunto de la

polémica ante su prometido, pero el príncipe napolitano insistió en abordarlo.

—Pola, estoy angustiado. Nunca me imaginé que nuestro compromiso iba a suscitar rechazo alguno y, mucho menos, que yo pudiera ocasionar un daño a la Corona. Llevo quince años viviendo en España y, salvo algunas críticas que recibimos mi hermano y yo al principio, nadie había vuelto a recordarme jamás que mi padre luchó con los carlistas.

—Carlos, el ambiente político está envenenado. No creas que es algo personal contra ti. Estoy convencida de que habrían criticado a cualquier persona que hubiera elegido. Pero ya tendrán tiempo de conocerte y de descubrir que eres el mejor hombre del mundo.

Transcurridos unos días, las críticas a Carlos fueron subiendo de tono, en lugar de desvanecerse, como Mercedes esperaba que ocurriera, y el príncipe consideró que había llegado el momento de hablar con la reina sobre esta cuestión.

—Tía Cristina, sabes que lo que más quiero en este mundo es casarme con Mercedes, y que la amo por encima de todo, pero estoy muy preocupado con las críticas. Desde que llegué a España, no habéis hecho más que ayudarme y ahora he causado este problema.

—Nino, querido, superaremos esta situación. Todo pasará.

—Eso me dijo Mercedes hace unos días, pero lo cierto es que las críticas han ido en aumento.

—En algún momento cesarán de la misma forma que empezaron.

—Pero ¿qué ocurrirá cuándo la boda se vote en las Cortes?

—La boda no se tiene que votar en las Cortes.

—¿No obliga a ello la Constitución?

—Te voy a leer el artículo 56 de la Constitución de 1876, que es el que hace referencia a las bodas reales: «El rey, antes de contraer matrimonio, lo pondrá en conocimiento de las Cortes, a cuya aprobación se someterán los contratos y estipulaciones matrimoniales que deben ser objeto de una ley. Lo mismo se observará respecto del inmediato sucesor a la Corona. Ni el rey ni el inmediato sucesor pueden contraer matrimonio con persona que por la ley esté excluida de la sucesión a la Corona».

—Eso quiere decir que tienes que informar a las Cortes de la boda, pero que estas no tienen que someterla a votación.

—Exactamente.

—Lo único que habría que someter a votación sería el contrato matrimonial, pero solo el que deba ser objeto de una ley, como, por ejemplo, el que afectara al Presupuesto General del Estado.

—En efecto, Carlos.

—Pues, tía Cristina, te comunico ahora formalmente que renuncio a cualquier contrato matrimonial que deba ser aprobado por ley.

—Carlos, estás renunciando a tu derecho a recibir una dotación como Príncipe consorte de Asturias.

—Sí, lo he entendido perfectamente.

—Es un gesto muy generoso por tu parte, y que me emociona en lo más profundo de mi corazón, pero no te voy a aceptar tu renuncia en este momento. Quiero que sea una decisión meditada y, como aún quedan muchos meses por delante, volveremos a hablar de este asunto después del verano.

—Hablares cuando tú digas, pero te adelanto que no voy a cambiar de opinión. No voy a recibir una dotación por casarme con la mujer a la que amo. No quiero que nadie pueda pensar, ni por asomo, que me he beneficiado económicamente de mi matrimonio con Mercedes.

—Carlos, llevas más de diez años sirviendo en el Ejército de forma honoraria, sin recibir un sueldo. Has expuesto tu vida en Melilla y Cuba, y has dado mucho más de lo que se podía esperar de ti. Quiero que sepas que me siento orgullosa de tu comportamiento.

—Gracias, tía Cristina, yo tengo una deuda contigo que nunca en mi vida podré saldar.

—No, eso no es verdad. Todas las casas reales de Europa te hubieran recibido con los brazos abiertos, y yo tuve la suerte de que vinieras a España.

Carlos tiene que lavar su imagen

Los pronósticos de la reina no se cumplieron, y el rechazo a la boda continuó aumentando día a día, por lo que el Gobierno decidió tomar cartas en el asunto y cambiar de estrategia. Hasta ese momento, cada vez que los periodistas preguntaban a los ministros de la Corona su opinión sobre el prometido de la princesa, la respuesta había sido la misma: no hay comunicación oficial de la boda, por lo tanto no hay nada que decir. Los sectores críticos, sin embargo, ofrecían sus opiniones, aunque no hubiera anuncio oficial, y estas eran las únicas que se publicaban, de manera que se transmitía una imagen de rechazo unánime al enlace matrimonial.

Había cierto temor a hacer público el anuncio oficial de la boda, porque se pensaba que, a partir de ese momento, se avivarían las críticas, pero también se estaban demorando las negociaciones con el padre del novio, el conde de Caserta, por lo que palacio y Gobierno coincidieron en que era mejor seguir aplazando el comunicado. Aun así, a falta de la confirmación, había que empezar a defender el matrimonio de la princesa. Ya se había perdido mucho tiempo. El ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, estrenó la nueva estrategia en cuanto los periodistas le preguntaron por la boda: «Cuando la reina comunique este asunto al Gobierno, habrá ocasión de debatirlo, pero ya les adelanto que un matrimonio por amor hallará siempre el aplauso del pueblo español».

Mientras tanto, Mercedes y Carlos seguían dejándose ver juntos y confirmando con su presencia un compromiso que aún no era oficial. Por primera vez en su vida, la princesa no tenía prisa alguna en trasladarse a San Sebastián. El 30 de junio de 1900 su hermano Alfonso escribió en su diario íntimo: «A mi hermana Mercedes no le convence que nos vayamos pronto, porque tendrá que separarse de su novio, el príncipe don Carlos de Borbón y Borbón. Ya son novios desde el 12 de diciembre de 1899, y todavía les quedan cinco meses. ¡Qué noviazgo más largo! Quién aguanta un año, o sea trescientos sesenta y cinco días de noviazgo. ¡Pobres novios! ¡Espero que sean muy felices!».

Diez días después, los prometidos se despedían en la estación del Norte. Carlos permaneció a pie del vagón real hasta que el tren partió, como hacían

por aquellas fechas miles de enamorados que se separaban de sus novias durante el estío. En aquel trayecto, la familia real estrenó los dos nuevos vagones, de veinte metros de longitud cada uno, que acaba de construir para la reina la Compañía del Norte en los talleres de Valladolid. Por fuera estaban charolados en azul, con el escudo real en las puertas, y por dentro estaban decorados en blanco y oro.

La llegada a San Sebastián fue impresionante por la multitudinaria bienvenida que les brindaron las autoridades y los ciudadanos, pero al día siguiente Mercedes recibió su primer disgusto en cuanto leyó la prensa. El político Francisco Romero Robledo había pronunciado un discurso en el Círculo de Madrid, abarrotado de gente, en el que calificó a Carlos de «descendiente de los enemigos de las libertades públicas» y a ella le pedía que renunciara a sus derechos dinásticos si quería mantener su «idilio» y casarse por «inclinación», que es como llamaban a los matrimonios por amor.

A finales de julio, Carlos se desplazó a San Sebastián para pasar unos días con Mercedes antes de proseguir viaje hacia Cannes, donde tenía previsto reunirse con su padre, y, por primera vez, se le dio un aire oficial al viaje del futuro Príncipe de Asturias. En Madrid, acudieron a la estación a despedirle el presidente del Gobierno, Francisco Silvela; el alcalde de la capital, duque de Santo Mauro, y una comisión de jefes y oficiales del cuerpo de Estado Mayor. Y, a su llegada a la capital vasca, fue recibido en el andén por el ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, quien le acompañó al hotel de Londres, donde se instaló. Carlos llevaba consigo los periódicos que había comprado en Madrid para ojear durante el viaje y, al verlos, el ministro le preguntó si había leído los últimos ataques que le habían dirigido Romero Robledo y Sagasta.

Carlos le respondió que se sentía impotente ante esas críticas y que lamentaba mucho que por su culpa se pudiera ocasionar un daño a la Corona. El ministro sabía que el príncipe era un hombre profundamente católico, pero moderno, tolerante y abierto a las nuevas ideas. Sin ninguna duda, los principios carlistas no habían arraigado en él, por mucho que los liberales se empeñaran en decirlo. Dato creía honestamente que la mejor forma de contrarrestar las críticas era mostrar a Carlos tal como era, y así se lo comentó.

Los honores oficiales de prometido de la princesa se mantuvieron durante toda la estancia de Carlos en San Sebastián. Por la mañana, se le enviaba un coche de palacio a recogerle al hotel para salir a pasear con la familia real por la playa o a navegar en la *Guipuzcoana* antes de almorzar o cenar en Miramar, y por la noche otro coche de palacio le devolvía a su hotel. Nunca se habían prodigado estas distinciones a ningún otro príncipe de los muchos que acudían a visitar a la reina en su residencia estival.

La idea que Dato había sugerido de mostrar al príncipe tal como era empezó a tomar cuerpo y en palacio se debatieron las ventajas y los inconvenientes de que el prometido de la princesa mantuviera un encuentro con un periodista y le transmitiera su forma de pensar.

—La familia real tiene que ser neutral; es un error hacer declaraciones — afirmaban unos.

—El problema es que don Carlos ya no es neutral para muchos. Se le ha etiquetado falsamente de carlista —respondían otros.

—¿Qué pasaría si no hacemos nada?

—Muchos piensan que quien calla otorga.

—¿Y qué puede pasar si el propio don Carlos se defiende?

—Se le criticará también por hacerlo.

Finalmente se acordó que el príncipe hablara a título privado con un periodista y se eligió al director de *La Voz de Guipúzcoa*, señor Castell, que a su vez era corresponsal de *El Imparcial*. En un encuentro celebrado en el hotel de Londres, el príncipe Carlos le expuso sus ideas: «Se heredan los títulos, la sangre, hasta los sentimientos. A veces se heredan también las ideas, pero no siempre. Si esta transmisión de ideas fuese forzosa, el progreso político no existiría. Tendríamos las ideas de nuestros padres, que serían las de los padres de nuestros padres y las de los hijos de nuestros hijos». En su artículo, Castell agregó lo siguiente: «Puedo asegurar a ustedes que el príncipe don Carlos piensa a la moderna, sin que sean obstáculo sus sentimientos religiosos para que acepte como buenas y legales todas las libertades que disfruta España y que pueda obtener por su voluntad expresada en las leyes que voten sus Cortes». Las declaraciones fueron muy comentadas y causaron un buen efecto el mismo día de su publicación, aunque después se le volvieron en contra.

—Eres católico, moderno y tienes ideas propias. Eso es lo que se desprende de tus declaraciones —resumió Mercedes a su futuro marido, tras leer el periódico. Los prometidos habían almorzado en Miramar con el resto de la familia real y Carlos apuraba sus últimas horas antes de despedirse de Mercedes porque al día siguiente saldría de viaje hacia Cannes.

—¿No me digas, Pola, que tú también has necesitado leer *El Imparcial* para saber cómo soy? —bromeó Carlos.

—Si te juzgara por lo que he leído hasta ahora en los periódicos, pensaría que me voy a casar con un señor del siglo pasado, que aún se alumbra con velas, utiliza armadura, se desplaza en silla de manos, usa peluca empolvada y no sabe utilizar un teléfono —respondió Mercedes siguiéndole la broma.

—¿Y ya no lo piensas?

—Se supone que te estoy descubriendo, ¿no? Para eso sirven los noviazgos.

—Yo cada día descubro cosas nuevas en ti, Pola, y me gustas y te quiero más.

—Te voy a echar mucho de menos estos días.

—Mi intención es estar poco tiempo en Cannes, y piensa que después, cuando nos casemos, tendremos toda la vida por delante para estar juntos.

Carlos se despidió de Mercedes y de la reina, y regresó al hotel a dormir, pero cuando se metió en la cama le vino a la mente una idea que le atormentaba y que debía exponer lo antes posible a su padre: antes de casarse con Pola tendría que renunciar a sus derechos dinásticos a la Corona de las Dos Sicilias. Con todo el dolor de su corazón tendría que romper sus vínculos con el reino de su familia. Un reino que le había sido arrebatado a los suyos por la dinastía de los Saboya para unificar Italia. Era verdad que el heredero era su hermano mayor, Fernando, pero si a él le pasara algo, el siguiente en la línea de sucesión era Carlos. Si al menos su hermano tuviera hijos varones; pero hasta ahora solo había tenido dos hijas, y los Borbones de Nápoles aplicaban la ley sálica, que impedía el acceso de las mujeres al trono.

Si se casaba sin hacer efectiva su renuncia, se produciría un choque de intereses y podría comprometer al Gobierno español con el reino de Italia, ya que, si en un momento dado se convertía en heredero, tendría que hacer pública su protesta contra la anexión del reino de las Dos Sicilias, lo que

crearía un problema diplomático a España con Italia. Bastantes críticas había provocado ya su boda como para dar nuevos argumentos a sus enemigos. Pero había otra razón de peso que le obligaba a renunciar: las Coronas de España y de las Dos Sicilias no podían llegar a unirse en una misma persona. Así lo había establecido Carlos III en una Pragmática que prohibía expresamente esa posibilidad.

Otra vez los anarquistas

Avanzada la madrugada, el príncipe cayó vencido por el sueño y, cuando se despertó a la mañana siguiente y bajó a ojear los periódicos del salón de lecturas del hotel, no daba crédito a la noticia que todos comentaban: «El rey de Italia, Humberto de Saboya, había sido asesinado».

Fue el ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, quien acudió a primera hora de la mañana a palacio para informar a la reina de la muerte del rey italiano. El monarca asesinado, que tenía cincuenta y seis años, era hermano de Amadeo, el que fue rey de España tras el exilio de Isabel II. De joven, estuvo visitando La Granja, El Escorial y Madrid, por lo que algunos de los viejos empleados de palacio le recordaban. El crimen había ocurrido a las once menos cuarto de la noche anterior en Monza (Lombardía), donde se encontraba la residencia de verano de la familia real italiana, pero la noticia no llegó a España hasta esa misma mañana. El rey acababa de repartir unos premios en el Colegio Gimnástico y, cuando se despedía del público desde el coche de caballos, un hombre le disparó tres tiros, uno de los cuales le atravesó el corazón. Tres cuartos de hora después, Humberto expiró en el mismo carruaje que le llevaba a toda prisa a palacio. El atentado fue perpetrado ante una multitud que quería linchar al asesino, Gaetano Bresci, que fue detenido y confesó orgulloso el crimen.

—Pero, señora, hay algo más que debe saber —advirtió el ministro a la reina.

—Dígame.

—El Gobierno de Austria advirtió el pasado 20 de junio al de Italia de que una sociedad secreta había planeado el asesinato del rey Humberto. Al encargado de perpetrarlo se le detuvo en la frontera, gracias a la denuncia de su padre, pero claramente le sustituyó otro asesino.

—¿Y no se reforzó la seguridad del rey?

—Sí, el Gobierno de Italia aumentó su seguridad, pero el monarca se quejó y ordenó que se restableciera la escolta anterior... Y hay algo más, Austria también informó de que otros cuatro reyes seguirían la misma suerte que el de Italia.

—Dios mío, ¿se sabe qué cuatro reyes son? —preguntó la regente.

—No se han facilitado los nombres, por lo que reforzaremos también su seguridad.

Tras informar a la reina, Dato acudió al hotel Continental, para dar el pésame al embajador de Italia, conde de Collobiano, que se encontraba alojado en ese establecimiento durante el verano. Sorprendentemente, el embajador se enteró de la terrible noticia por el ministro español. Desde el hotel, Dato se trasladó a la estación para despedir oficialmente al príncipe Carlos, a quien informó con todo detalle del asesinato del rey. Carlos sintió sinceramente la muerte del monarca. Una cosa era el conflicto que mantenía su familia con los Saboya, porque estos les habían destronado para anexionarse el reino de las Dos Sicilias, y otra cosa era que, como buen cristiano, no lamentara el asesinato de un ser humano.

Durante el trayecto en tren, no dejó de pensar en las consecuencias que podría tener este fallecimiento en su propia familia y en la boda. Las circunstancias de la muerte a manos de un anarquista habían convertido en mártir al enemigo de su familia. Ahora su padre tendría que renovar la protesta contra la anexión en cuanto el hijo de Humberto, Víctor Manuel, fuera proclamado rey, de la misma forma que lo hizo cuando el monarca ahora fallecido estrenó su reinado. Y este gesto coincidiría en el tiempo con su renuncia a los derechos dinásticos de la Corona de las Dos Sicilias. De todo eso, hablaría con su padre en cuanto llegara a Cannes.

Mientras Carlos se alejaba rumbo a Cannes, en palacio, la regente envió un telegrama de pésame a la reina Margarita de Italia, declaró veintiún días de luto oficial y salió al encuentro de sus hijas, que a esas horas ya conocían la noticia.

—Qué horror, mamá. Otro asesinato más —lamentó Mercedes.

—Y seguro que han sido también los anarquistas —agregó Teresa.

—Que yo sepa, los anarquistas han matado al zar Alejandro II de Rusia, a la emperatriz Isabel de Austria, al presidente de Francia, *monsieur* Sadi Carnot, y a Cánovas —enumeró Mercedes.

—Y a todos los que murieron en el atentado del Liceo y en la procesión del Corpus —añadió Teresa.

—Además, intentaron matar al príncipe de Gales en Bélgica y a Martínez-Campos en Barcelona.

—Sí, es terrible, pero quiero haceros una reflexión en este momento, para que sepáis hasta dónde llegan las servidumbres de un príncipe —anunció la reina a sus hijas.

—Sí, mamá, cuéntanos.

—¿Sabéis dónde está Víctor Manuel, el hijo del rey Humberto? —preguntó María Cristina.

—Yo no lo sé.

—Ni yo.

—El asesinato de su padre le ha sorprendido de viaje por Oriente en su yate con su esposa. Una diversión que no tiene nada de malo, pero que en este momento ha creado un problema. Primero, porque han tenido que localizarle para informarle del atentado; segundo, porque su regreso obligará a demorar la proclamación del nuevo rey y, como tarde mucho, tendrán que decretar una regencia provisional, y tercero, porque ahora Víctor Manuel debería estar consolando a su madre, que no tiene más hijos, y velando el cuerpo de su padre.

—Tomamos nota, mamá. La verdad que ha tenido mala suerte —comentó Teresa.

—La suerte se busca. Hay diversiones a las que un rey o un heredero de la Corona debe renunciar. Ya me hubiera gustado a mí haber viajado todos los años a Austria, y no he podido hacerlo.

El verano continuó con un alto nivel de alerta frente a los atentados. En Alemania fue detenido un anarquista, llamado Bernardi, por declarar que, después del rey Humberto de Italia, el siguiente en morir sería el emperador de Alemania. Y en París, el sah de Persia, que se encontraba de visita, fue atacado cuando salía de palacio por un hombre con un palo al grito de «¡vivan los hijos del pueblo!». Una vez detenido se le descubrió un revolver cargado con cinco balas. Se llamaba Francisco Salsón y tenía antecedentes anarquistas. Ninguna familia real europea estaba a salvo de aquella nueva amenaza.

Las críticas no cesan

En cuanto se pasó la conmoción por el asesinato del rey de Italia, España volvió a retomar sus propios asuntos, y fue entonces cuando se analizaron con lupa las declaraciones que había realizado Carlos al periodista de *La Voz de Guipúzcoa*. Algunos periódicos acusaron al prometido de la princesa de haber hecho una profesión pública de liberalismo totalmente inapropiada: «Tiene la desfachatez de declararse liberal y renegar de las ideas de su padre, amparándose en las bendiciones de su santidad», aseguraban. Y otros llegaron a la conclusión de que el encuentro entre el príncipe y el periodista había sido un montaje gestado por el ministro Dato, lo que, en su opinión, le quitaba toda credibilidad.

Al final, las declaraciones de Carlos se volvieron en su contra porque provocaron un aluvión de críticas y despertaron los viejos fantasmas de una guerra civil que todo el mundo se había propuesto enterrar. La prensa responsabilizó al padre del príncipe, Alfonso Caserta, de las atrocidades ocurridas allá donde él combatió. «Caserta fue el que organizó el bombardeo de Irún, el de Guetaria, el de Hernani y el de San Sebastián», aseguraba el *Heraldo de Madrid*. «Su afán de destruir los pueblos liberales le creó antipatías profundas entre los vascongados —añadía—. Caserta quería batir a Martínez Campos...».

Ni siquiera los carlistas apoyaban la boda: «La combatiremos en el Congreso porque entendemos que la razón de Estado debe predominar sobre las bodas de inclinaciones», declaró el diputado carlista Pradera. Sagasta, que estaba pasando las vacaciones en Ávila, interrumpió su descanso para volver a arremeter contra el príncipe: «Preferiría que el esposo de la princesa fuera un hombre de espíritu y de convicciones liberales, circunstancias que no creo que existan en su prometido».

A mediados de agosto, la familia real emprendió un viaje de tres semanas de duración por la costa cantábrica, desde Bilbao a Galicia, a bordo del barco *Giralda*, cuyo fin era que el rey, que ya tenía catorce años, conociera el norte de España. En todos los puertos fueron recibidos con manifestaciones de cariño, pero fue en Muros donde, entre los gritos, se oyó uno que llegó especialmente al corazón de Mercedes: «¡Viva el príncipe de Caserta!». No

todo estaba perdido; a pesar de las críticas de la mayoría de los políticos, el pueblo todavía demostraba cierta comprensión con su boda por amor.

Sin embargo, en El Ferrol se produjo un hecho muy distinto. Varios países enviaron barcos de sus respectivas Armadas para rendir honores a la familia real, e Italia destacó a las costas gallegas el buque *Castellammare*, cuyo nombre no significaba nada para la mayoría de los españoles, pero los más informados sí se percataron de que así se llamaba el lugar donde se libró la batalla que supuso la caída de la dinastía de las Dos Sicilias. Probablemente Italia había escogido ese buque porque era el más próximo a la zona, pero los críticos con la boda lo interpretaron como un mensaje de advertencia de Milán a la reina.

Quienes rechazaban a Carlos como Príncipe de Asturias propusieron entonces, como alternativa, al duque de los Abruzos, el único hijo del rey Amadeo de Saboya que había nacido en España. El príncipe Luis Amadeo, que nació en el Palacio Real pocos días antes de que su familia emprendiera el exilio, tenía veintisiete años, era un joven inteligente, atractivo y con una personalidad muy interesante. Gran admirador de los avances científicos, acababa de regresar de una expedición al Polo Norte, por lo que se interpretaba que, una vez saciada su sed viajera, ahora sentaría cabeza con un matrimonio entre iguales, y qué mejor candidata que la Princesa de Asturias.

Luis Amadeo representaba todo lo contrario a la caricatura que habían hecho de Carlos. Para ellos, el primero simbolizaba una monarquía liberal constitucional y democrática, y el segundo representaba los tiempos del absolutismo, el fanatismo y la intolerancia. Mientras que al príncipe italiano le veían como al sobrino de un rey liberal asesinado por los anarquistas, al príncipe napolitano le definían como al hijo de un carlista con miles de muertes sobre su conciencia. Pero el duque de los Abruzos tampoco gustaba a los sectores más católicos porque su padre, Amadeo de Saboya, era masón. En cualquier caso, el príncipe italiano jamás hizo ningún acercamiento a la Princesa de Asturias, y siguió entregado a sus exploraciones científicas, que era lo que verdaderamente le importaba.

La muerte del general

A finales de septiembre, en vísperas del santo de Mercedes, Carlos regresó de Cannes y se quedó unos días en San Sebastián, para asistir a la fiesta que se iba a ofrecer en Miramar el día 24 y a la que se había invitado a quinientas personas. Pero una nueva desgracia obligó a cancelar la celebración de la onomástica de la princesa.

Al general Arsenio Martínez Campos, el hombre que había precipitado la restauración de la monarquía de Alfonso XII con un pronunciamiento en Sagunto, la muerte le sorprendió en Zarauz, donde pasaba el verano con su mujer y su hija Angelita, que estaba impedida. Días antes, Angelita había sufrido un terrible accidente al tomar un baño con agua tan caliente que le produjo unas gravísimas quemaduras. La dolencia crónica de su hija constituía la principal preocupación del general, pero al ver las ampollas en el cuerpo de Angelita, cuyo dolor solo se mitigaba con inyecciones de morfina, Martínez Campos recibió tal impresión que se agravó aún más su delicado estado de salud, lastrado por la diabetes y su caso omiso a los médicos.

Hombre austero y sobrio, el militar no se cuidaba como debía hacerlo a su edad y por sus padecimientos. Su esposa había llamado al médico con la esperanza de que este lograra convencerle de que tenía que cambiar su estilo de vida. Cuando el facultativo subió a la habitación en la que permanecía encerrado desde hacía días, le dijo que no podía seguir recluido en ese ambiente viciado por el humo del tabaco. El general, fumador empedernido, compraba paquetes de cinco céntimos, que eran los cigarrillos más baratos que fabricaba Tabacalera, y rechazó los consejos del médico, que insistía con sus recomendaciones.

—Déjeme en paz —le espetó el militar.

—Le advierto que cuando un médico visita a un enfermo, el médico es el rey y el enfermo un soldado, aunque sea general —le dijo el doctor.

—Es que yo ya no soy ni general ni soldado; soy un arpa vieja —respondió Martínez Campos.

A pesar de la resistencia del militar, el médico logró sacarle el compromiso de que haría un plan depurativo, pero cuando al día siguiente volvió a visitarle, descubrió que el paciente había desatendido sus

recomendaciones, por lo que le llamó la atención afectuosamente. El general no estaba dispuesto a ceder.

—¿Sabe lo que le digo? Que usted y yo tenemos muy claros nuestros papeles. Usted receta lo que le parece y yo hago lo que me da la real gana, con lo que usted en su casa y yo en la mía somos reyes absolutos.

Pero las energías que Martínez Campos empleó contra el médico no duraron mucho. Días después, cuando vio el cuerpo de Angelita lacerado por las quemaduras, los ojos del general se llenaron de lágrimas. Desarmado ante el sufrimiento de su hija, aquel hombre, que en tantas ocasiones había ejercido el mando militar de una forma heroica, se desmoronó y se acostó rendido en la cama a la espera de que la muerte acudiera a buscarle.

Martínez Campos no hizo testamento, aunque dejó dicho a su esposa cuál era su última voluntad. El viejo general quería ser enterrado sin honores, vestido con el uniforme de campaña del Ejército español, sin condecoraciones, en una caja de madera de pino y en el cementerio de la localidad donde le sobreviniera la muerte. Algunos de sus deseos no pudieron o no quisieron cumplirse. Como murió en domingo, no fue posible encontrar a nadie que fabricara el ataúd de pino, y fue colocado en una caja metálica forrada de paño; sobre su cuerpo depositaron la Cruz de San Fernando y el Toisón de Oro, que retiraron cuando se selló el féretro. También la reina le concedió por decreto los honores que le correspondían como capitán general del Ejército que muere con mando en plaza, aunque estos honores no se le brindaron porque su familia se opuso. Sí se respetó su deseo de ser enterrado donde muriera, en Zarauz, pero solo por unos años, los que tardaron sus seres queridos en trasladar los restos a Madrid.

Martínez Campos murió sin dar a conocer nunca su opinión sobre la boda de la Princesa de Asturias. Por un lado, la novia era la hija del rey cuya monarquía había ayudado a restaurar y, por otro, el novio era el hijo del general contra el que había luchado a muerte en la última guerra carlista. Pero Martínez Campos había tenido oportunidad de conocer a Carlos y sabía que no era el príncipe absolutista e intolerante que algunos decían. Aun así, por lealtad, por respeto o por discreción, el militar jamás desveló lo que pensaba a cuantos fueron a preguntarle. Cuando Carlos tuvo conocimiento de la muerte del general, envió a su viuda un telegrama muy cariñoso.

La familia real recibió la noticia de su muerte como un mazazo. Con Martínez Campos desaparecía otro de los hombres leales. Mercedes y Teresa acudieron con su madre y su hermano a la estación a despedir a su viuda y a su hija, que regresaban a Madrid tras dejar enterrado al general en Zarauz. Para Angelita se puso un vagón especial dada la gravedad de sus quemaduras. «Todos sufren una desgracia, pero no dos, como yo», lamentaba la viuda. Teresa sintió que se le agarrotaba el corazón ante la tristeza que transmitían madre e hija. Angelita soportó el traslado a la capital, pero murió el 15 de noviembre, tras dos meses de terrible agonía.

Carlos aprovechó su estancia en San Sebastián para visitar al presidente del Gobierno, Francisco Silvela, y transmitirle la conversación que había mantenido con su padre. En cuanto la reina le comunicara oficialmente el enlace, lo que se había aplazado a diciembre, él presentaría la renuncia a los derechos dinásticos del reino de las Dos Sicilias y adoptaría la nacionalidad española; después, el conde de Caserta pediría a la regente la mano de la Princesa de Asturias y la boda se celebraría en febrero o marzo del año siguiente. Además, habría que redactar y firmar las capitulaciones matrimoniales, pero como Carlos estaba dispuesto a renunciar a la dotación que le correspondía de los Presupuestos Generales del Estado, esa negociación sería una cuestión privada entre las dos familias. Todos esos pasos irían acompañados de una intensa correspondencia entre la madre de la novia y el padre del novio. Desde San Sebastián, Carlos viajó de nuevo a Cannes para informar a su padre de todo lo que había hablado con la reina y con el presidente del Gobierno con motivo de la boda.

Transcurrido el luto por la muerte de Martínez Campos, se celebró en Miramar la fiesta del santo de Mercedes, que había sido aplazada, pero ya no pudo asistir Carlos, que se encontraba en Cannes. Una vez más, en las invitaciones que se distribuyeron se empleaba la palabra «té», cuando allí se tomó de todo (emparedados, refrescos e incluso champán) mucho más que té. Como era habitual, a las fiestas en San Sebastián las señoras acudían vestidas con más elegancia que en Madrid, quizá por su proximidad a París o por la excelente escuela de modistas que existía en la capital donostiarra. Aun con trajes de paseo, como los que desfilaron aquella tarde por los jardines de Miramar, se notaba la diferencia. Durante la fiesta, dos bandas de música

interpretaron diversas piezas, entre ellas *La Bohème*, la ópera de Puccini que se había puesto de moda aquel verano y empezaba a eclipsar a la *Cavalleria rusticana*. Si alguien quería conocer las últimas tendencias musicales, las encontraría con toda seguridad en las fiestas de palacio.

A los pocos días también se celebró otra fiesta que había tenido que ser aplazada por el luto. Se trataba de una sesión de magia, a la que la reina era muy aficionada, interpretada por el ilusionista Martin Senespleda Tarley y la vidente telepática Blanca Bonetti. Entre otros trucos espectaculares, los artistas consiguieron que el reloj del duque de Sotomayor acabara en la muñeca de la regente, que una sortija de María Cristina terminara en el dedo de la condesa de Mirasol y que un prendedor de la Princesa de Asturias apareciera en la cabeza de la propia Bonetti. Esta fiesta fue también la despedida de San Sebastián, pues el 11 de octubre la familia real regresó a Madrid, mientras el prometido de Mercedes continuaba en Cannes con sus padres. Su hermana María Cristina iba a casarse el 8 de noviembre en Niza con el archiduque Pedro Fernando de Austria, y Carlos se quedó hasta después de la boda.

En España los periódicos seguían entregados a la campaña contra el matrimonio de la princesa, que presentaban como lo más funesto que podía ocurrir a la nación. En su búsqueda de argumentos contra la boda, recordaron las críticas que el entonces diputado García Alix y ahora ministro de Instrucción Pública hizo en su día en el Congreso al ingreso de Carlos y su hermano en el Ejército español. La reproducción de aquellas frases demoledoras pronunciadas nueve años antes por un político que entonces estaba en la oposición no solo avivaban la polémica contra el enlace, sino que además colocaban al ministro en una situación difícil. «Si entonces criticaba que los dos hermanos entraran en el Ejército por una puerta falsa, ¿qué dirá hoy cuando vea que uno de ellos va a entrar en la Corona por la puerta de la vicaría?».

En aquellos días, también empezó a venderse el libro *Las bodas reales en España. El futuro de su alteza*, en el que el periodista Jerónimo Becker hacía un estudio detallado y objetivo de todos los casamientos de la Corona desde los orígenes de la monarquía y ofrecía una información muy completa para poder abordar con conocimiento histórico y sin demagogia el debate sobre la

boda de la Princesa de Asturias. Becker concluía que el matrimonio de María de las Mercedes se ajustaba a la costumbre y no suponía ningún peligro para el Estado. Sin embargo, el mismo día que salió a la venta, el autor del libro recibió la orden del Gobierno de retirarlo, porque no se consideraba «oportuna» su publicación en ese momento, y Becker se ocupó personalmente de recorrer librería por librería para recoger los ejemplares.

Mientras tanto, el presidente del Gobierno, Francisco Silvela, fue sustituido en el cargo por el general Marcelo Azcárraga, pero el cambio no alteró un ápice las posiciones enfrentadas con la oposición con motivo del enlace. La reina seguía sin comunicar a las Cortes la boda de su hija, por lo que el Parlamento continuaba sin debatir oficialmente un asunto que se discutía acaloradamente en cafés, tabernas, despachos, redacciones y reuniones familiares. Algunos diputados, como Azcárate, llegaron a pedir en el Congreso a la princesa que renunciara a sus derechos dinásticos si seguía empeñada en casarse por amor en contra del criterio de gran parte de la opinión pública, lo que provocó un enorme disgusto a María de las Mercedes.

En plenas críticas por el oscurantismo del Gobierno, llegó a España la noticia desde Roma de que el papa había recibido en audiencia al conde de Caserta y a su hijo Carlos, a quien había felicitado por su próxima boda con la Princesa de Asturias. «Pero ¿quién ha comunicado el enlace al papa, si todavía no es oficial?», se preguntaba todo el mundo. El Parlamento y la opinión pública reconfirmaban cada día con nuevos datos su convencimiento de que se les estaba ocultando el enlace. A falta de información sobre la boda, los periódicos especulaban con la posibilidad descabellada de que la Princesa de Asturias perdiera su nacionalidad española en el momento que contrajera matrimonio con Carlos porque el artículo 22 del Código Civil establecía que, al casarse con un extranjero, la mujer seguía «la condición y la nacionalidad de su marido».

En la España de 1900, las mujeres perdían la capacidad legal de obrar por sí mismas cuando contraían matrimonio. A partir de la boda, la ley las obligaba a obedecer a sus esposos, a seguirlos donde quisieran fijar su residencia y, salvo que se estableciera otra cosa en unas capitulaciones previas al enlace, era el hombre quien administraba los bienes de la pareja. Una mujer no podía vender ni comprar ni pedir un préstamo sin la

autorización de su marido. Las únicas adquisiciones que se le permitían eran las destinadas al consumo ordinario de la familia, pero si quería comprar joyas, muebles u objetos preciosos, necesitaba la autorización del marido. La esposa ni siquiera podía vender o hipotecar sin el permiso de su marido los bienes que había heredado de su propia familia. Incluso la patria potestad de los hijos correspondía al padre y solo en su defecto a la madre.

Se daba por hecho que la Princesa de Asturias y su prometido firmarían unas capitulaciones matrimoniales que permitieran a Mercedes seguir administrando su fortuna. Incluso se pensaba que dichas capitulaciones serían debatidas en el Congreso porque supuestamente incluirían la dotación que los Presupuestos del Estado destinarían el príncipe consorte y, por ello, tendrían que ser objeto de una ley. Pero los planes de la reina y el Gobierno eran muy distintos.

Los preparativos de la boda

El clima político estaba tan crispado y la situación era tan tensa que el 9 de noviembre el Gobierno decidió suspender por decreto las garantías constitucionales. De esta forma, se podrían censurar los ataques injuriosos al prometido de la princesa y también sofocar algunas revueltas carlistas que amenazaban con volver a tiempos pasados. Entre todas las voces críticas a la boda de María de las Mercedes, la que sonaba más alto era la de Romero Robledo. El político que en su día había apoyado sin fisuras la restauración de la monarquía se mostraba ahora muy crítico con dos cuestiones que afectaban a la Corona: la «desastrosa educación» que estaba recibiendo el niño rey, que en menos de dos años alcanzaría la mayoría de edad y empezaría a reinar, y el matrimonio de la heredera, que consideraba peligroso para España.

Romero Robledo argumentaba que si la restauración de la monarquía había sido «gloriosa para España» se debía en gran parte a la educación que había recibido Alfonso XII durante el exilio, en colegios donde alternaba con otros alumnos y estudiaba «las pasiones humanas en el libro abierto de la vida». En contraste, su hijo, Alfonso XIII, había crecido «entre lisonjas y adulaciones», capaces de malograr los mejores propósitos, advertía con bastante razón.

En cuanto a la boda de la princesa, al político le preocupaban las consecuencias que pudiera tener en la escena internacional por las pretensiones de la familia Caserta de recuperar un reino que estaba ya plenamente incorporado a una de las principales potencias de Europa. «¿Creéis que Italia, potencia importante de la triple alianza, ha de ver con simpatía y sin prevención que un individuo de la familia destronada de Nápoles se enlace con la Princesa de Asturias?», preguntaba Romero Robledo al Gobierno en las Cortes.

El político estaba empeñado en que el Parlamento debatiera el matrimonio de la heredera. «Es vergonzoso y triste que haya quien sostenga que no se puede discutir sobre la boda en las Cortes, cuando se hizo con otros matrimonios en épocas menos liberales. Pero ¿es que la princesa es una señorita como otra más? La familia real es la única en la que nosotros,

representantes de la patria, tenemos derecho a que se oiga nuestra opinión», reclamaba.

El diputado utilizaba un argumento que dolía enormemente a Mercedes: «El idilio no puede existir en determinadas esferas. Es un duro sacrificio, pero la monarquía no solo disfruta de ventajas, también padece contrariedades. Además, yo soy de los que creen muy poco en idilios en esa edad juvenil en la que las impresiones se suceden. Si el idilio no es respetado en las familias modestas, cómo lo va a ser en las altas esferas».

Pero lo que más preocupaba en palacio era la posición que mantenía la reina Isabel, abuela de Mercedes, desde el exilio. Ella, que había sufrido el horror de una desastrosa boda de conveniencia, aunque luego se había compensado generosamente con un sinfín de amantes, criticaba el matrimonio por amor de su nieta. Y Romero Robledo se encargó de airear en público los comentarios que la reina destronada hacía en privado: «Por lo menos en París, una respetable dama que ciñó la Corona de España hace públicas demostraciones de hostilidad hacia esa boda».

Mercedes estaba hecha un manojo de nervios. Solo la serenidad de Carlos y la templanza de su madre lograban calmarla, pero cada vez que leía los periódicos se llenaba de indignación. Se propuso no hacerlo más, pero «ignorar la realidad no la cambia», se decía, por lo que, a los pocos días, volvía a ojearlos y a angustiarse. Nunca se imaginó que las cosas podían llegar a ese extremo. Lo que más le dolió fue oír a un político decir que su padre, Alfonso XII, no habría tolerado su matrimonio con Carlos. «Pero cómo puede afirmar eso, cuando mi padre recibió con los brazos abiertos a todos los carlistas que se cambiaron de bando».

A mediados de noviembre la reina recibió al general Azcárraga en palacio para hablar, por fin, de los preparativos de la boda. En cuanto se celebrara la petición de mano, María Cristina lo comunicaría a las Cortes. Pero antes había que cerrar las negociaciones con el padre de Carlos, que se hacían a través del marqués de Ruffano, jefe de la casa real del conde de Caserta, quien se encontraba esos días en Madrid. Se acordó que Ruffano transmitiera un delicado mensaje verbal de la reina al padre del novio: primero, era necesario que su hijo Carlos adquiriera la nacionalidad española e hiciera expresa renuncia de su nacionalidad anterior, porque así lo establecía el

Código Civil. Segundo, Carlos también tenía que renunciar a sus derechos dinásticos al trono de las Dos Sicilias. A cambio, la reina se comprometía a otorgarle la dignidad de infante de España y la princesa aportaría una dote muy sustanciosa que permitiría a Carlos renunciar a su parte de la herencia dejada por Francisco II, el último rey de las Dos Sicilias, a sus herederos.

Ruffano también debería advertir al conde de Caserta de que cuando viajara a Madrid para pedir la mano de la princesa no se le podrían tributar los honores que le correspondían como jefe de la casa real de las Dos Sicilias, para no ofender al reino de Italia y para apaciguar los ánimos en España, ya que se habían anunciado manifestaciones de protesta contra su presencia. A María Cristina le dolía profundamente que tuviera que ser así, porque pensaba que «la majestad caída es la más digna de respeto», pero no le quedaba otra salida.

Carlos viajó a Cannes con el marqués de Ruffano y, a pesar de la delicadeza con la que este expuso las peticiones de la reina, a Alfonso de Caserta se le fue congelando la mirada a medida que las iba escuchando. «¿Cómo podía pedirle María Cristina que traicionara a su familia y que aceptara la humillación de renunciar a los honores?», lamentó. Su respuesta la enviaría por carta a la reina el 6 de diciembre. En ella exponía que estaba de acuerdo en que su hijo se nacionalizara español y «se convierta en príncipe español». También calificaba de «justa idea» que su hijo renunciara a los derechos dinásticos de las Dos Sicilias, pero se negaba a hacer más concesiones porque no lo consideraba «necesario».

Si España no podía tributarle los honores que le correspondían, no viajaría a Madrid y buscaría una fórmula alternativa para pedir la mano de Mercedes sin tener que someterse a cesiones indignas. La persona más indicada para representarle en la petición de mano de la princesa era su hijo mayor, el duque de Calabria, pero se descartó porque su presencia plantearía los mismos problemas que la del padre. El protocolo de la monarquía establece que a la persona que represente al rey le corresponden los mismos honores que al monarca, por lo que la presencia de Fernando podría ofender igualmente al reino de Italia.

Al día siguiente, Carlos envió otra misiva a María Cristina en la que le exponía que la única solución era que su padre formalizara la petición de

mano por carta y se la encomendara al jefe de su casa, el marqués de Ruffano. El tiempo se echaba encima y la reina quería iniciar los trámites parlamentarios antes de que las Cortes cesaran su actividad por las vacaciones de Navidad, por lo que el 10 de diciembre escribió una carta a Caserta en la que le urgía a hacer oficial la petición de mano de la Princesa de Asturias por el medio que fuera. El día 11 le hizo llegar un telegrama en el que se declaraba «muy sorprendida», al que Carlos respondió con otro el día 13: «Recibo carta del día 10. Partiré mañana y llevaré carta de petición de mi padre».

La renuncia de Carlos

Antes de abandonar Cannes, Carlos afrontó una de las decisiones más dolorosas de su vida: la renuncia formal a sus derechos al trono de las Dos Sicilias. Pero en aquel momento creía que no tenía otra opción. Sabía que probablemente Mercedes nunca llegara a ser reina de España, ni él consorte de la reina, pero se sentía presionado por las circunstancias. Ante su padre, su hermano mayor y varios testigos, Carlos firmó el acto de Cannes el 14 de diciembre de 1900:

Ante nos, don Alfonso de Borbón, conde de Caserta por legítima sucesión de su majestad el rey Francisco II, nuestro augusto y llorado hermano, jefe de la casa real y dinastía de las Dos Sicilias, y de su alteza el príncipe Fernando de Borbón, duque de Calabria, nuestro amadísimo hijo, comparece su alteza real el príncipe don Carlos, nuestro amadísimo hijo, y declara que: debiendo casarse él con su alteza real la infanta doña María Mercedes, Princesa de Asturias, y asumiendo por tal matrimonio la nacionalidad y calidad de príncipe español, entiende renunciar, como por la presente acta renuncia solemnemente por sí y por sus herederos y sucesores, a todo derecho y razón a la eventual sucesión a la Corona de las Dos Sicilias y a todos los bienes de la real casa que haya en Italia y en otras partes, y ellos según nuestras leyes, constituciones y costumbres de familia y en cumplimiento de la Pragmática del rey Carlos III, nuestro augusto antepasado, del 6 de octubre de 1759, a cuyas prescripciones él declara libre y explícitamente adherirse y obedecer.

Declara además particularmente renunciar por sí, sus herederos y sucesores a aquellos bienes y valores existentes en Italia, Viena y Múnich, destinados por su majestad el rey Francisco II (q.s.g.h.) para la fundación de un mayorazgo para el jefe de la dinastía y familia de las Dos Sicilias y para la constitución de un fondo dotal de las reales princesas solteras, nietas de nuestro augusto padre el rey Fernando II (q.s.g.h.); pero conservando sus derechos a la parte de los bienes que le fueron legados testamentariamente por su llorado tío el rey Francisco II, en el caso de que el Gobierno italiano, que indebidamente los retiene, efectuase la debida restitución, y lo mismo a todo aquello que pudiera llegar a él por otros legados testamentarios.

En vista de tal declaración, hecha por el arriba citado real príncipe, nos, al permitir y aceptar la antes mencionada renuncia, hemos firmado, junto con el príncipe real, su alteza real el duque de Calabria y los testigos nombrados, la presente acta, la cual, provista de nuestro real sello, vendrá conservada provisionalmente en los archivos de nuestra real casa para valer en su día.

Mientras María Cristina negociaba confidencialmente con su consuegro, el Parlamento asistía a una de las broncas más monumentales que se recuerdan. El Gobierno había censurado por injurioso un artículo crítico contra el prometido de Mercedes que, bajo el título «Petición de mano», había publicado el *Heraldo de Madrid*. El periódico se distribuyó con la

columna en blanco, y aquel trozo de papel sin escribir acabó ocasionando mucho más daño a la Corona y al Gobierno que el más duro de los artículos. El texto en blanco actuó como detonante del descontento de un pueblo que llevaba años sufriendo demasiado.

En pleno ambiente de rechazo, la reina puso en marcha el procedimiento que establecía la Constitución para la boda de una heredera de la Corona. La regente volvió a citar al presidente del Gobierno para comunicarle que el domingo 16 se celebraría la petición de mano de la princesa y que, en cuanto se produjera, informaría al Parlamento. También le dijo que había decidido nombrar infante de España a Carlos y que el príncipe renunciaba a la dotación que podría corresponderle. Además, pidió al general que iniciara los trámites para concederle la nacionalidad española.

Azcárraga citó esa misma tarde a siete de sus ministros con el objetivo de poner en marcha el procedimiento. «Para cumplir la Constitución de 1876 basta con dar lectura ante las Cortes al mensaje de la reina; no sería necesario hacer nada más —les explicó el presidente del Gobierno—. Pero creo conveniente crear una comisión con los grupos de la oposición y que esta elabore un dictamen, con el fin de que se discuta ampliamente esta cuestión y no nos acusen de hurtarles el debate», añadió, y los demás apoyaron la iniciativa. El general dio instrucciones al ministro de Gracia y Justicia para que agilizara la nacionalidad española de Carlos. Ya solo quedaba redactar el mensaje que la reina dirigiría a las Cortes en los términos exactos.

El ministro de Estado propuso que el mismo día que se leyera en el Parlamento se comunicara el enlace a los Gobiernos extranjeros. «Por la información que tengo, creo que Italia se sumará a las felicitaciones, con lo que zanjaremos parte de las críticas». Y así se acordó.

Mientras tanto, en el Congreso, algunos diputados seguían buscando argumentos para impedir la boda. Uno de ellos, Muro, pidió en las Cortes que se investigara el pasado del prometido de la princesa, y solicitó oficialmente que se le facilitara la orden que le autorizó a ingresar en la Academia de Artillería y un certificado por escrito que detallara en qué concepto había cobrado sus haberes el oficial al que se le había encargado de su formación.

La petición de mano de la Princesa de Asturias se celebró al mediodía del 16 de diciembre de 1900 en el Palacio Real, pero en unas circunstancias muy

diferentes a las que establecía la costumbre. Carlos había llegado esa misma mañana en el tren de Barcelona con el marqués de Ruffano. En la estación les recogió un coche que les llevó al palacio de Mendizábal, su residencia en Madrid, donde ambos se cambiaron de traje y se dirigieron al alcázar. Allí se celebró una ceremonia íntima, a la que asistieron la reina, el marqués de Ruffano y los novios. El jefe de la casa real del conde de Caserta entregó a la reina la carta que había escrito el padre de Carlos en francés en la que pedía la mano de María de las Mercedes. María Cristina expresó su consentimiento «con mucho gusto» a la boda y, en ese momento, Carlos regaló a la princesa una diadema de brillantes *cabouchon* y una flor de lis, y Mercedes a su novio una botonadura de perlas y brillantes y un alfiler de corbata. Poco después se sumaron la tía Isabel y los hermanos de la princesa, Alfonso y María Teresa, y todos juntos acudieron a las habitaciones de «la abuelita», la archiduquesa Isabel, para presentarle formalmente al prometido de Mercedes, antes de asistir a un almuerzo. Los ministros habían sido citados a las dos de la tarde para anunciarles la noticia y, tras felicitar a los novios, se trasladaron al Ministerio de Estado, donde estuvieron redactando durante una hora el mensaje de la reina que, al día siguiente, se leería en el Parlamento. Dadas las circunstancias, el Gobierno decidió referirse al novio como «príncipe don Carlos de Borbón» y omitir «Dos Sicilias», que era su apellido completo. Además, había que dejar claro que el matrimonio no supondría ningún gasto para el Estado.

Esa misma tarde, la reina, los novios y la infanta María Teresa salieron en un coche abierto tirado por cuatro mulas a pasear por la Casa de Campo. A su paso por la plaza de Oriente encontraron un ambiente muy distinto del que reflejaba el Parlamento, pues solo recibieron muestras de simpatía por parte de los ciudadanos.

Al día siguiente, a las dos y media de la tarde, el general Azcárraga leyó finalmente ante las Cortes el esperado mensaje de la reina:

Su majestad la reina regente nos ha ordenado comunicar a las Cortes, cumpliendo el precepto del artículo 56 de la Constitución, que ha resuelto otorgar su consentimiento para el matrimonio de su muy querida hija doña María de las Mercedes, Princesa de Asturias, con su amado sobrino el príncipe don Carlos de Borbón.

Esta resolución de su majestad, formada en su conciencia, tras meditadas consideraciones de los deberes todos que las leyes de Dios y del reino le trazan, ofrece esperanzas ciertas de

felicidad para el nuevo hogar, y con ella condiciones de rango y firmeza para la monarquía.

No somete el Gobierno a las Cortes proyecto de ley relativo a estipulaciones matrimoniales, porque ninguna alteración se ha de hacer en la dotación de la familia real, ni por aumento de presente, ni por pensiones eventuales para lo porvenir.

Confía su majestad la reina en que sus intenciones merecerán ser protegidas y premiadas por Dios con los beneficios de la paz y la prosperidad para la nación y para la dinastía.

Una vez leído el mensaje, se constituyó la comisión que debía hacer un dictamen, y el diputado José Muro pidió la palabra para solicitar una copia de la carta por la que el conde de Caserta pidió la mano de la princesa, en busca de cualquier resquicio que permitiera todavía suspender la boda. «La carta es propiedad de quien la ha recibido, es decir, de la reina. No obstante, el Gobierno estudiará la conveniencia de llevarla al Congreso», le respondió el ministro de Estado.

Mientras el mensaje se debatía, la reina envió una cariñosa carta, fechada el 18 de diciembre, al conde de Caserta, en la que le expresaba sus complacencias ante el próximo enlace de sus respectivos hijos. Era su respuesta formal a la misiva de la petición de mano.

Sin embargo, la oposición no se había resignado a tirar la toalla y, ese mismo día, un grupo de liberales presentó una enmienda al proyecto de contestación al mensaje de la Corona que contenía dinamita para Mercedes. En ella, pedían directamente a la Princesa de Asturias que renunciara a sus derechos dinásticos si quería casarse con Carlos de Borbón. Con ese gesto, decían, «prestaría un servicio indudable a su propia familia y dejaría de estar a la vez cerca del trono y alejada del país». La petición la firmaban políticos tan destacados como Gumersindo Azcárate y José Canalejas. «Que se conforme con ser condesa de Caserta en lugar de Princesa de Asturias», manifestaron. En un intento desesperado por defender a Mercedes, el ministro de Gracia y Justicia, marqués de Vadillo, llegó a afirmar algo tan inexacto como que el derecho de sucesión era irrenunciable.

La voz que todos querían oír

Pero la voz que todos querían oír en aquel momento era la de Sagasta, que se encontraba en una encrucijada: como jefe de la oposición liberal tendría que oponerse a la boda; pero no iba a romper a estas alturas su lealtad probada a la reina desde hacía décadas. «Mi situación en este debate es por extremo difícil... El personal aprecio por los hijos de la reina me pone en trance durísimo», empezó a explicar el político ante un hemicycle que le escuchaba en absoluto silencio. «Pero yo he de decir la verdad de lo que siento: quisiera para nuestra Princesa de Asturias un candidato de abolengo liberal, de antecedentes liberales, de educación liberal, de costumbres liberales y hasta de sangre liberal», declaró, y sus palabras fueron respondidas por largos aplausos de sus partidarios, olvidando todos que, en realidad, la Corona debía ser neutral.

«La princesa —continuó— merece que aquel que haya de compartir con ella su vida no solo sea el elegido de su corazón, sino que sea también el aplaudido del pueblo». Y tras afirmar que «este enlace puede traer males para la dinastía, para la monarquía, para la libertad y para la patria», admitió que «no puedo asociarme al mensaje que está sobre la mesa». El silencio se cortaba en el aire. No obstante, Sagasta no quería ser el responsable del rechazo de las Cortes a la boda y, después de exponer su posición contraria, recurrió a una astuta estrategia que le permitió apoyar el enlace, aun estando en contra. Sagasta afirmó que si la mayoría de los diputados apoyaban el mensaje, el partido liberal se sumaría como gesto de respeto a las instituciones y a los acuerdos del Parlamento. Tras salvar la cara ante su electorado, la salvaba también ante la reina.

Desde el palacio, la familia real seguía el debate y la votación del Parlamento con la respiración contenida y, cuando se conoció el resultado, una enorme alegría invadió a todos: el mensaje de la reina había sido aprobado en el Senado por 150 votos a favor y 47 en contra, y en el Congreso por 184 votos favorables frente a 85. Contra todo pronóstico, la batalla política se había ganado. Mercedes y Carlos empezaron a soñar con los preparativos de la boda, convencidos de que lo peor ya había pasado. Sin embargo, después de tantos meses de polémica, las críticas de los políticos

habían llegado a envenenar a un sector de la población que no estaba dispuesto a ceder ante lo que le habían presentado como una amenaza para el Estado.

Ajenos a este movimiento hostil, Carlos y Mercedes compartían los momentos más felices de sus vidas. Una vez superados los trámites legales, el príncipe Carlos comunicó a la reina que deseaba regalar a la princesa su vestido de novia, como mandaba la tradición, y le pidió que se dispusiera a encargarlo. María Cristina y Mercedes acordaron encomendárselo a la modista Dionisia Ruiz, que ya le había cosido varios trajes a la princesa con los que había quedado muy satisfecha. Cuando la modista acudió a palacio con los muestrarios de tela y los figurines para que eligieran el tejido y el diseño, se quedó sorprendida con lo que había adelgazado Mercedes.

—Alteza, no me coincide ninguna de las medidas que le estoy tomando ahora con las que tengo apuntadas en su ficha —comentó mientras medía los contornos de la princesa.

—Dionisia, es que han sido unos meses muy complicados —le respondió Mercedes—, pero quizá gane peso ahora, que lo peor ha pasado.

—Todas las novias adelgazan en las vísperas de la boda. Si lo sabré yo, que llevo cosidos setenta y tres vestidos nupciales.

—No está mal la cifra. Pero, dime, ¿cuántas de esas novias han provocado un encendido debate en el Parlamento?

—Ninguna, alteza, pero hay otro tipo de nervios, que es común a todas las novias, y me temo que la señora tampoco se va a librar de esos.

Mercedes se sonrojó ante el comentario pícaro de la modista porque sabía a qué se refería. Su madre le había hablado muy superficialmente de esa cuestión, pero fue la duquesa de San Carlos la que trató el tema con más naturalidad y le confirmó con toda sutileza lo que ella sospechaba desde que dejó de ser una niña. En realidad, fueron las escapadas de su hermano adolescente las que le abrieron los ojos. Una vez más, gracias a los comentarios desinhibidos del servicio, ella y su hermana descubrieron qué era lo que hacía Alfonso «cuando salía a hombrear». «Es como su padre», decían, y Mercedes y Teresa supieron de esta forma que la vida conyugal de su madre no había sido tan idílica como siempre habían pensado. Pero en ese

momento, ante la modista, la princesa tenía que rebajar el tono de la conversación porque no era de buen gusto hablar de esas cuestiones íntimas.

—Bueno, Dionisia, tú deja suficiente tela en las costuras por si luego tuvieras que sacar. No me gustaría ir apretada como un embutido —bromeó la princesa.

Después de más de una hora viendo muestras de tejidos, la reina y Mercedes eligieron un raso blanco para el vestido nupcial, que iría bordado de plata fina, cubierto con encaje antiguo Alençon y llevaría una guirnalda de flores de azahar recogida con lazos Luis XV. Además, iría guarnecido con unas gasas tan finas que parecían espuma. El manto llevaría flores de lis blancas bordadas.

—¿Cuándo debe estar terminado el vestido? —quiso saber la modista.

—Dionisia, tienes un mes para todo —respondió la reina.

—Señora, la princesa tendrá el vestido terminado en un mes aunque para ello ni mis costureras ni yo durmamos una sola noche. Pero ¿cómo no me han avisado antes? —preguntó extrañada.

—Discúlpenos por las prisas, Dionisia, pero no me parecía correcto encargarle el vestido nupcial antes de comunicar la boda a las Cortes —se excusó la reina.

—No me extraña que la llamen Doña Virtudes —comentó la modista en voz baja.

—¿Cómo dice, Dionisia?

—Nada, señora, nada. Estaba pensando en alto.

Destitución del confesor

María Cristina encargó a la duquesa de San Carlos que se ocupara del nuevo equipo de la princesa y de que este estuviera a tiempo, a pesar de que los plazos eran realmente angustiosos. Era condición indispensable que todos los proveedores fueran españoles y que no se diera preferencia a los de mayor renombre. Además del vestido nupcial, se encargaron elegantísimos trajes, batas, *matinéés*, saltos de cama, abrigos, faldas, blusas y sombreros a los modistos Julia Cervera, Antoine, Lacloche, Julia Herze, *madame* Legrosse y Cimarra. En casa de los Sobrinos de Ruiz de Velasco hubo que comprar gran cantidad de batistas, holandas, encajes, mantelerías y otros géneros destinados al ajuar. La duquesa de San Carlos encargó dos trajes de amazona a Magallón, uno para la princesa y otro para la infanta María Teresa. Todo tenía que estar listo para el 20 de enero y se prohibía expresamente a los proveedores de la real casa que expusieran los encargos en los escaparates de sus establecimientos. El equipo completo costó cerca de ciento cincuenta mil pesetas.

Después de tantas emociones, la familia real soñaba con disfrutar de unas Navidades en paz, pero la mañana de Nochebuena estalló un auténtico polvorín en palacio provocado por el padre Montaña, el confesor de la reina. Este sacerdote había llegado al alcázar hacía veinte años porque hablaba alemán, además de otros doce idiomas y en esos momentos era también el profesor de religión y moral del joven rey. Montaña era un hombre de ideas antiguas e inamovibles, pero a la estricta reina le gustaba su elevada exigencia, aunque al joven rey le resbalaban sus sermones dieciochescos. A Montaña le habría encantado hacer de Alfonso un nuevo Felipe II, cuya vida le fascinaba hasta el punto de haberse convertido en un estudioso del monarca, sobre el que llegó a escribir varios libros. Pero Alfonso no reunía ni las cualidades ni los defectos de su antepasado.

Últimamente, el sacerdote estaba encendido contra un joven científico que se llamaba Darwin y que había ideado una teoría, según la cual los seres vivos no habían sido creados como ahora los conocemos, sino que las formas de vida habían ido evolucionado en la Tierra con el paso de los siglos. Pero

aquel era un debate que interesaba a muy pocas personas en una España preocupada por asuntos mucho más perentorios.

Lo que provocó el incendio palaciego aquella Nochebuena fue un artículo que el padre Montaña decidió publicar, sin consultar a nadie, en el diario *Siglo Futuro*. En el escrito, que derrochaba fanatismo e intransigencia, el sacerdote afirmaba, entre otras barbaridades, que «el liberalismo es pecado. Sí, lo es, y pecado muy grave porque así lo tienen declarado y enseñado urbi et orbi los vicarios de Jesucristo». Montaña acusaba a Canalejas y a sus seguidores de defender «ideas y doctrinas reprobadas y proscritas por la Iglesia de Dios». El artículo provocó un escándalo mayúsculo y avivó la enorme llama de anticlericalismo que había enraizado en algunos sectores de la sociedad. La reina tuvo que cambiar de confesor y destituirle como profesor de Alfonso.

Entre unas cosas y otras, la familia real vivía en permanente sobresalto, y la Princesa de Asturias apenas encontraba la serenidad necesaria para disfrutar plenamente el momento ilusionante que vivía. El 28 de diciembre Mercedes escribió una carta a la infanta Paz, que la había felicitado ante su próximo matrimonio: «Me siento feliz de poder casarme pronto con Nino, pero me da pena que mamá haya tenido tantos contratiempos por este motivo». No se imaginaba que lo peor aún estaba por llegar.

En aquellos días se produjo un suceso menor, pero que publicaron los periódicos porque uno de los protagonistas era Genaro de Borbón, hermano menor de Carlos, que se formaba para ingresar en la Armada. El joven iba a bordo de la fragata *Asturias*, donde un oficial reprendió a un aspirante y le impuso un arresto de veinte días. Los demás aspirantes consideraron injusto el castigo e hicieron causa común con el arrestado, lo que se consideró un episodio de insubordinación. Cuando otro oficial les reprendió, los alumnos le respondieron con silbidos y otras muestras de desobediencia, por lo que el domingo siguiente todos permanecieron arrestados en el barco y no pudieron bajar a tierra a disfrutar de su día libre. Como consecuencia del motín, varios aspirantes fueron expulsados de la Armada y a otros se les aplicaron serios castigos. Aquellas Navidades los únicos del grupo que tuvieron vacaciones fueron el hermano de Carlos y un hijo del duque de Montpensier.

Cambio de siglo

El 1 de enero de 1901 no solo empezó un nuevo siglo; España también adaptó un nuevo horario que compartían casi todas las naciones de su entorno. Hasta ese momento, cada región tenía su propia hora y entre La Coruña y Baleares la diferencia era de cincuenta minutos. La capital, que se regía por el meridiano de Madrid, aceptó sustituirlo por el de Greenwich, que servía de referencia mundial. Las salidas de todos los trenes enganchados al sistema ferroviario español venía determinada por la hora de la capital, que adelantaba catorce minutos y cuarenta y un segundos respecto al de Greenwich, por lo que hubo que retrasar un cuarto de hora todos los horarios para garantizar las conexiones en las fronteras con Francia y Portugal.

Además, a partir de aquella Nochevieja, el día quedaría repartido en veinticuatro horas, en lugar de dos series de doce, y en los horarios oficiales ya no se emplearían las palabras «de la mañana, de la tarde o de la noche». Según el real decreto que entraba en vigor con el Año Nuevo, las siete de la tarde serían a partir de ahora las diecinueve horas. Para ello, se añadirían en color rojo los números del trece al veinticuatro en las esferas de los relojes de las estaciones ferroviarias, de los puertos marítimos y de las oficinas de correos, telégrafos y teléfonos. España adoptaba el llamado «tiempo de la Europa Occidental», pero a los ciudadanos les costó mucho incorporar estas novedades.

El cambio de hora de los trenes se dispuso a las once cuarenta y cinco de la noche del 31 de diciembre, aunque el reloj de la Puerta del Sol, que era el que marcaba la vida en el centro de Madrid, no se actualizó hasta la medianoche del día 2 de enero, por lo que nadie estuvo pendiente de adelantar los relojes aquella Nochevieja. Qué más daba ir unos minutos antes o después. Lo que sí hicieron muchas familias esa Nochevieja fue asistir a las tradicionales ceremonias religiosas, mientras que otras ofrecieron cenas en sus casas para recibir entre amigos el nuevo siglo. Como había que hacer algo diferente en aquella fecha tan singular, alguien propuso interpretar al piano la «Marcha real» cuando las agujas marcaran la medianoche, y la idea fue acogida con simpatía en varias casas.

La familia real despidió el siglo XIX con un tedeum y estrenó el Nuevo Año con un homenaje a Cánovas del Castillo. A las dos de la tarde del día 1, la reina y sus tres hijos acudieron al Senado para inaugurar el monumento que se había erigido a la entrada de la Cámara Alta por suscripción popular y por iniciativa de Romero Robledo. Iba a ser la primera vez que Mercedes se encontrara cara a cara con los políticos que habían estado a punto de arruinar su felicidad, pero ella sabía que no tenía otra opción que pasar página y disimular. Aunque le habría gustado decir unas palabras a más de uno de los que la recibían ese día con reverencias, su madre le había enseñado a reprimir los sentimientos en público y a morderse la lengua. Después de los agrios debates sobre la boda, aquel reencuentro con los políticos en un día tan señalado y marcado por el recuerdo al político asesinado tuvo un efecto aparentemente balsámico, aunque las cosas ya nunca más volvieron a ser como antes. De hecho, el 10 de enero el Gobierno clausuró las Cortes en medio de un silencio sepulcral: venía siendo costumbre que al cerrarse el Parlamento se diera un viva a los reyes y aquel día, tanto en los bancos del Gobierno como en los de la oposición, se guardó absoluto silencio.

En esas fechas, Mercedes y Carlos firmaron las capitulaciones matrimoniales. Por parte de la princesa, fueron testigos el presidente del Gobierno y los ministros de la Corona y, por parte del príncipe los generales Weyler, Echagüe y Fernández Bernal, a cuyas órdenes había servido en Cuba. Además, el Ministerio de Estado pidió al Vaticano la dispensa del papa para que pudiera celebrarse el enlace, ya que los novios eran parientes.

Los preparativos de la boda marchaban a todo ritmo cuando un nuevo nubarrón se avistó en el horizonte. La reina Victoria de Inglaterra había sufrido un síncope cerebral y los médicos auguraban el peor de los pronósticos. Mercedes temía, una vez más, que una desgracia ajena acabara tiñendo de luto su vida. Desde que era una niña había tenido que suspender o aplazar numerosas celebraciones de cumpleaños y santos por muertes, guerras, atentados, accidentes o explosiones, y ahora le aterrorizaba la idea de que la muerte de la monarca obligara a retrasar su boda. No podía alejar el sentimiento de fatalidad que se había ido apoderando de ella, especialmente desde que aquella gitana que la había abordado en el Retiro años atrás interpretara un negro presagio en las líneas de su mano.

—Mamá, ¿qué va a pasar si muere la reina Victoria?

—No te preocupes, Pola. Tu boda se celebrará el 14 de febrero, como está previsto. Bastante tiempo habéis esperado ya Nino y tú.

El 22 de enero murió la reina Victoria de Inglaterra, a quien sucedió su hijo Eduardo VII. En España se declararon veintiún días de luto, de forma que terminaría el 12 de febrero, dos días antes de la fecha prevista para la boda. Igual que hicieron otros países, el Gobierno decidió enviar el mejor de sus barcos, el *Carlos V*, al cortejo naval de la difunta monarca; pero cuarenta y cuatro horas después de partir desde El Ferrol, el buque tuvo que regresar a puerto tras sufrir una avería en ocho de las doce calderas. El incidente afectó mucho a la reina. «Vamos a ser la única nación que no esté representada», se lamentaba María Cristina. Ya no había tiempo para enviar otro barco, pero la Armada española tampoco disponía de ninguna otra embarcación, por lo que se telegrafió al embajador en Londres para que informara a la Corona británica del percance sobrevenido.

Dos días después, un nuevo suceso trágico llevó la tristeza a palacio y alimentó el fatalismo de la princesa. El general José Sanchís y Castillo, jefe de estudios del rey Alfonsito desde 1893, había sufrido un ataque al corazón cuando se encontraba en las habitaciones de Mercedes y María Teresa. Parecía que el militar, de setenta y cuatro años, se había recuperado, pero a las cuatro y media de la tarde del 24 de enero, cuando subía los setenta y dos peldaños de la escalera principal de palacio, un segundo infarto acabó con su vida.

La niña que quería ser monja

Mientras tanto, la ola anticlerical que invadía Europa seguía extendiéndose por España. El papa León XIII publicó una encíclica sobre la democracia cristiana que apenas logró apaciguar los ánimos. El pontífice elogiaba la limosna y pedía a los católicos que trabajaran cerca de los obreros y cultivaran la paz social, pero cada día se producían manifestaciones y protestas contra el poder que había tomado la Iglesia y que algunos sectores consideraban excesivo. En aquel momento, la opinión pública estaba pendiente del caso de Adelaida Ubao, una niña burguesa de Bilbao que se había escapado de su casa y se había encerrado en el convento de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús porque quería ser monja. Su madre, Adelaida de Icaza, acusó ante los tribunales al director espiritual de la menor, el jesuita Fernando Cermeño, de haber inducido a su hija a tomar tal decisión. El caso llegó al Tribunal Supremo, donde los intereses de la madre fueron defendidos por el expresidente de la república Nicolás Salmerón y los de la menor por Antonio Maura. La enardecida defensa de Adelaida que hizo Salmerón encendió tanto los ánimos que, a la salida del tribunal, fue acompañado por una multitud hasta su domicilio en paseo triunfal. Hubo manifestaciones en las calles con gritos de «mueran los jesuitas», pedradas a los frailes que se encontraban a su paso, palos y detenidos.

Cuando solo faltaban dos semanas para la boda de la Princesa de Asturias y en medio de ese ambiente viciado, el 30 de enero se estrenó en el Teatro Español la obra *Electra*, de Benito Pérez Galdós, en la que la protagonista era obligada a tomar los hábitos por su tutor, un malvado jesuita que quería apartarla de su amado. El drama alcanzó un éxito sin precedentes en España por sus connotaciones anticlericales y el día de su estreno el autor fue acompañado y llevado en hombros hasta su domicilio de la calle Hortaleza por una multitud encendida. Durante las representaciones, el público rompía en gritos de «¡mueran los jesuitas!», «¡viva la libertad!», «¡viva Galdós!». Intelectuales como Ramiro de Maeztu, Azorín, Miguel de Unamuno o Marcelino Menéndez Pelayo quedaron fascinados en aquel momento por *Electra*. La representación de esta obra, que lograba exaltar el ánimo de quienes asistían a verla, ocasionó desórdenes, manifestaciones y altercados

públicos, y algunos obispos llegaron a afirmar en sus pastorales que ver *Electra* era pecado mortal.

Desde palacio se contemplaban con preocupación estos acontecimientos, pero Mercedes estaba tan entretenida con las últimas pruebas de los vestidos que había encargado que no tenía tiempo para angustiarse por las protestas que se sucedían en las calles. Las modistas acudían al alcázar con las prendas, que ajustaban sobre el cuerpo de la princesa y, si era necesario, allí mismo descosían y cosían los últimos arreglos. El 4 de febrero, el equipo de la princesa quedó expuesto en el comedor de gala del Palacio Real. La casa había enviado tres mil invitaciones de tres colores: amarillas para el lunes, rosas para el martes y azules para el último de los tres días que duraría la exposición. Con cada tarjetón podían entrar hasta cinco personas, y el texto decía lo siguiente: «Permítase al dador y a cuatro personas que le acompañen ver en el día de la fecha, de nueve a cuatro de la tarde, el equipo de boda de la serenísima señora Princesa de Asturias, que se expondrá en las reales habitaciones. La entrada por la puerta del Príncipe. Palacio, 4 de febrero de 1901. El duque de Sotomayor».

La iniciativa tuvo tal éxito que desde muy temprano empezaron a formarse largas colas, integradas fundamentalmente por mujeres, que querían contemplar el ajuar y el vestido de novia de la princesa y, al finalizar el horario previsto, hubo que prolongarlo porque todavía quedaban un millar de personas a la espera de pasar. A lo largo del salón, veinticinco maniqués lucían los nuevos trajes de la heredera y a su lado se mostraban las medias y los zapatos a juego, así como los sombreros, tocados, abanicos y pañuelos. El vestido nupcial se encontraba protegido en una vitrina, igual que las joyas que había recibido la novia como regalos de boda de su familia.

La reina había obsequiado a su hija con un fabuloso joyero compuesto por un collar de dos hilos de sesenta y cinco brillantes chatones cada uno, un aderezo completo de perlas, un prendedor de brillantes con forma de rama para el cabello, un pasador con una esmeralda, medio aderezo de brillantes y zafiros, un collar y un alfiler de turquesas, otro collar, dos brazaletes y una gran diadema de brillantes estilo renacimiento, y un broche de esmalte figurando una flor en capullo. También se exhibía el aderezo de brillantes y rubíes que la infanta Isabel había regalado a la novia y la diadema de

brillantes comprada por sus hermanos, el rey y María Teresa, entre otras muchas joyas enviadas por los abuelos, tíos y demás familiares de la princesa. Entre los muchos presentes, llamaba la atención la sombrilla con puño de oro y brillantes que regaló la marquesa de Nájera a Mercedes.

En una vitrina se mostraban los obsequios que habían intercambiado los prometidos: la diadema y la flor de lis, ambos de brillantes, que el príncipe Carlos había regalado a su novia, así como la botonadura de perlas y brillantes, y el alfiler de corbata, con un rubí y un diamante unidos, que la princesa había entregado al novio. Además, se exponía un mosaico con un busto del apóstol san Pedro, con el que el conde de Caserta había obsequiado a Mercedes. En otro mostrador se podían contemplar los regalos que Carlos había recibido: gemelos, bastones, petacas y estuches de aseo, entre otros. El regalo de la reina a su futuro yerno no podía ser expuesto en el comedor, ya que María Cristina había comprado a Carlos varios caballos de silla y de tiro, que fueron adquiridos en Tarbes y que ya habían llegado a las caballerizas reales.

La exposición era tan completa que hasta se mostraban los veinticuatro juegos de prendas de uso interior que había confeccionado la casa Ondategui para la princesa, los dos juegos de cama bordados por El Paraíso con escudos Luis XIV y Luis XV, así como peinadores, *matinéés*, refajos y cubrecorsés.

Demasiados honores en un día

El 7 de febrero, en palacio, la reina firmó cinco decretos que tenían a Carlos como protagonista. En el primero se le reconocía la nacionalidad española y establecía que «este reconocimiento deberá ser inscrito en el libro de ciudadano de la real familia, mandado abrir por real decreto el 28 de enero último».

En el segundo le otorgaba la dignidad de infante: «Queriendo dar un apueba de mi buen afecto a mi muy amado sobrino el príncipe don Carlos de Borbón y Borbón: en nombre de mi augusto hijo el rey don Alfonso XIII y como reina regente del reino, vengo en concederle los honores y prerrogativas de infante de España, y mando, por lo tanto, se le guarden las preeminencias y demás distinciones correspondientes a tan alta jerarquía. Dado en palacio a 7 de febrero de 1901».

Con el tercero, le concedía la más alta distinción que podía otorgar, el Toisón de Oro; en el cuarto, el Collar de la distinguida Orden de Carlos III, y en el quinto, la Gran Cruz de Isabel la Católica. También se le ascendió a comandante. En la opinión pública no gustó que se le concedieran tantas distinciones en un mismo día.

Esa mañana Carlos juró la Constitución en una emotiva ceremonia celebrada en el Salón del Trono del Palacio Real. El ministro de Gracia y Justicia leyó el extracto del expediente de naturalización y, cuando terminó, el nuevo infante, de rodillas y con la mano puesta sobre los Evangelios, afirmó: «Juro cumplir la Constitución española. Si así lo hago, Dios me lo premie; y si no, me lo demande». Una vez finalizada esta ceremonia, la reina impuso a su sobrino las condecoraciones que le había otorgado y quiso entregarle el mismo collar del Toisón que había utilizado Cánovas del Castillo, cuyos herederos devolvieron a la Corona tras su asesinato.

Mientras tanto, los padres de Carlos y sus tres hijas emprendieron viaje hacia Madrid para asistir a la boda. Cuando se esperaba su llegada a Atocha, la ciudad amaneció tomada por los manifestantes y las fuerzas de orden público. Todo el mundo reconocía que el padre del novio era «un cumplido caballero y un hombre de honor», pero a esas alturas, Caserta se había

convertido en el rostro de la España ultrarreligiosa y reaccionaria a la que había que derribar, y ya no había marcha atrás.

Acudieron a la estación a recibirles las infantas Isabel y Eulalia, el infante don Carlos, con uniforme de comandante del Estado Mayor y la insignia del Toisón de Oro; sus hermanos Fernando y Genaro, el ministro de Estado, el gobernador civil y el alcalde de Madrid, entre otras autoridades civiles y militares. Poco antes de las once, se bajaron del vagón los condes de Caserta con sus tres hijas y la alta servidumbre de su casa. Tras los saludos y las presentaciones, los diez miembros de las dos familias reales se subieron en dos coches descubiertos que les trasladaron al Palacio Real, donde los padres del novio se hospedarían, pero en el recorrido surgieron los primeros contratiempos.

Advertidos de la llegada de Caserta, los estudiantes de las universidades Central y San Carlos habían convocado una manifestación contra la presencia del antiguo carlista y, al paso de las comitivas, lanzaron gritos de «¡muera Caserta!» y «¡mueran los carlistas!». Los agentes cargaron contra los estudiantes y detuvieron a uno de ellos, a la vez que los manifestantes consiguieron retener a uno de los guardias, al que llevaron a la facultad.

Los agentes pidieron a los estudiantes que liberaran al compañero, pero estos pusieron sus condiciones:

—Mientras no nos devuelvan al estudiante detenido, no entregaremos al guardia y, además, le moleremos a palos —afirmó uno de ellos, y sorprendentemente los agentes accedieron al intercambio.

También había estudiantes en la plaza de Oriente esperando la llegada de los Caserta, a quienes abuchearon y silbaron justo antes de que las fuerzas de seguridad disolvieran la manifestación. «Ahí va el príncipe “consuerte”», coreaban en su retirada. Pero los manifestantes volvieron a reunirse en la Puerta del Sol, donde sumaban unos pocos miles, y ante la imposibilidad de acercarse al alcázar, alguien empezó a gritar: «¡A los Luises, a los Luises!», y la manifestación corrió hacia el convento jesuita conocido con ese nombre cuyas puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto.

«¡Mueran los jesuitas!», «¡Abajo los Luises!», «¡Muera el padre Sanz!», «¡Muera el padre Garzón!», gritaban. Los manifestantes empezaron a relatar las «infamias» supuestamente cometidas por los jesuitas.

—¡La araña negra debe ser aplastada! —gritaba un obrero con todas sus fuerzas.

—¡Viva la libertad!

—¡Viva *Electra* y viva Galdós!

—¡Mueran los frailes!

—¡Mueran los jesuitas!

—¡El fuego lo purifica todo! —gritaba otro manifestante.

—¡Quememos esta casa!

—¡A la capilla! ¡A la capilla! —jalearon otros, y la protesta se dirigió hacia el templo de los Luises.

Justo en el momento en el que se proponían quemar la capilla, la policía disolvió la protesta.

—¡Nos vamos a recobrar fuerzas, pero volveremos! —gritó alguno de los manifestantes mientras se retiraban.

El ministro de Instrucción Pública, en un intento por evitar las aglomeraciones de estudiantes en la fecha del enlace de la princesa, cometió un grave error: pidió a los rectores de las universidades que adelantaran las vacaciones de carnaval, y así lo hicieron. Ahora los universitarios ociosos tenían todo el tiempo para dedicarlo a las protestas, pero además se les daba un nuevo motivo para manifestarse. Más de seiscientos estudiantes se negaron a aceptar las vacaciones porque consideraban que la boda que motivaba ese permiso era, en realidad, una «desventura nacional». Los alumnos acudieron a clase, pero en la universidad no encontraron a ningún profesor. En un manifiesto dirigido al Gobierno, afirmaban que el enlace «lejos de ser motivo de regocijo, debe ser de duelo».

Una boda en estado de guerra

Una vez reunidas las familias de los novios en Madrid, los festejos de la boda empezaron el 8 de febrero con la asistencia a una representación de gala de la obra *La Africana* en el Teatro Real. La princesa estrenó esa noche la diadema de brillantes que le había regalado su prometido y la combinó con un vestido verde pálido de lentejuelas. Al día siguiente, las celebraciones continuaron en el Palacio Real, donde la reina ofreció un banquete en honor de los padres del novio al que asistieron un centenar de invitados. El día 10, las dos familias acudieron al ayuntamiento, que celebró un concierto y una recepción con motivo de la boda, pero durante el festejo el edificio tuvo que permanecer rodeado por la fuerza pública. Y el día 11 el alcázar se engalanó para ofrecer un esplendoroso baile que abrieron los prometidos con un vals.

Mientras se sucedían estas celebraciones, en las calles no cesaban las protestas contra los jesuitas y contra Caserta. Las manifestaciones violentas se fueron extendiendo a Zaragoza, Granada, Salamanca, Alicante, León, Cádiz y Almería. El Gobierno contemplaba impotente cómo el vandalismo se apoderaba de varias ciudades españolas. Había dado instrucciones de actuar con extrema suavidad porque no quería empañar de sangre las fiestas nupciales, pero la situación no podía continuar. El ministro de la Gobernación había atribuido inicialmente las protestas a «cuatro golfos», pero pronto se dio cuenta de que eran muchos más, y aprovechó el baile de palacio para recabar el apoyo de los demás miembros del Gobierno antes de adoptar medidas enérgicas. De entrada, se prohibió a los periódicos publicar las protestas y los comentarios que pudieran aumentar la agitación pública.

Para entonces, en las residencias de los jesuitas no quedaba un cristal sano. Los guardias habían tenido que hacer varias cargas en el centro de Madrid y hubo heridos y decenas de detenidos. El carruaje del nuncio se vio sorprendido en la calle de Toledo por unos manifestantes que le recibieron con silbidos y pedradas, y lo mismo le ocurrió al ministro de la Gobernación y a dos frailes que paseaban por la calle. Por la noche, la inseguridad se disparaba ante la presencia de bandas que destrozaban a pedradas los faroles del alumbrado público y también los cristales de muchos balcones privados. Hubo cargas de la Guardia Civil de caballería, heridos y unos pocos muertos.

Madrid parecía una ciudad sin ley, sumida en la indisciplina, el desorden, la anarquía y el caos. Los coches oficiales no podían circular por las calles sin exponerse a los abucheos y las pedradas de quienes protestaban, y a los agentes de seguridad se les lanzaban piedras, botellas y tuestos desde algunos balcones. En el asalto a una armería de la calle Mesones, se cruzaron seis disparos entre el dueño y los manifestantes, y resultó herido en el pecho un niño de doce años, Ángel Navarro González.

Unas nuevas declaraciones de Sagasta echaron más leña al fuego. El jefe de la oposición liberal criticó la presencia de Caserta en Madrid. «Puesto que este señor no vino a pedir la mano de la Princesa de Asturias, lo natural es que tampoco hubiera venido a la boda. ¿A quién puede extrañar lo que ahora sucede? Sucesos de esta índole se sabe cómo empiezan, pero jamás cómo terminan».

El periódico *El Progreso*, de Alejandro Lerroux, líder del Partido Republicano Radical, agitaba las protestas y facilitaba una receta para hacer resbaladizas las calles y derribar a los caballos de las fuerzas del orden: «Diez céntimos de jabón, diez de aceite y dos litros de agua. Mézclese según arte y cuézase a fuego rápido. Distribúyase en botellas que puedan regar el suelo y hacerlo resbaladizo». También incitaba a la violencia sin disimulo alguno: «Hay un modo eficaz de no dejar cojo al enemigo. Tirarle al corazón o a la cabeza. Es probado». Lerroux fue encarcelado.

A pesar de su carácter sereno por naturaleza, Mercedes estaba inquieta. Nunca se había imaginado que el rechazo a su boda iba a llegar tan lejos, pero tampoco podía permitir que las protestas le amargaran el que debía ser el día más feliz de su vida. Como le pronosticó la modista Dionisia, siguió perdiendo peso y aún hubo que estrechar un poco su vestido de novia en la última prueba, días antes del enlace. A Pola le aterrorizaba la idea de que todavía pudiera ocurrir una desgracia que arruinara su boda. Desde que era una niña le había pasado muchas veces. Cuántos vestidos de fiesta había dejado sin estrenar porque en el último momento se había tenido que vestir de luto. Cuántas celebraciones de cumpleaños y santos habían quedado anuladas a última hora. «Esta vez no, por favor; Dios mío, ayúdanos a que todo salga bien», imploraba Mercedes en sus oraciones.

Los días previos al enlace, las batallas campales entre manifestantes y fuerzas de orden público no cesaron en la Puerta del Sol y sus alrededores. A los gritos habituales de «mueran los Casertas», «mueran los jesuitas» y «viva la república», se sumó uno nuevo, que sonaba aterrador en los oídos de Mercedes: «Que no se casen, que no se casen». Cada vez que las fuerzas de seguridad disolvían, sable en mano, a los manifestantes, estos corrían a la desbandada para volverse a agrupar unas calles más allá, y volver a corear «La Marsellesa» o la cancioncita del «Que no se caaaaasen».

Un retén permanente de la Guardia Civil trataba de alejar a los manifestantes de la plaza de Oriente, pero estos se les escurrían entre los dedos a los agentes por las numerosas callejuelas que desembocaban ante el Palacio Real. En cuanto disolvían a un grupo, se acercaba otro por la calle de enfrente y sus gritos atravesaban las ventanas de los salones y los dormitorios. Dentro del alcázar, madre e hija trataban de infundirse ánimos la una a la otra, pero ambas sabían que habían llegado demasiado lejos. Se había empezado criticando la boda y ahora también se cuestionaba la monarquía.

Hubo muchos heridos, sesenta detenidos y algún muerto. Después de ocho días de desórdenes, el Gobierno declaró el estado de guerra, que devolvió la paz a las calles. Para evitar problemas, se había acordado que la boda se celebraría en la capilla del Palacio Real y quedaba suprimido el tedeum en los Jerónimos y el tradicional recorrido del cortejo nupcial por las calles de la ciudad. Por primera vez en la historia, la heredera de la Corona no podía compartir su enlace con el pueblo. Para festejar la boda, la reina había concedido numerosos indultos, entre otros a anarquistas y republicanos condenados por graves delitos; había doblado su habitual generosidad con los más desfavorecidos, había repartido alimentos y ropa a cientos de niños sin recursos y el día del enlace obsequió a la tropa de los tres Ejércitos con un puro y una ración extraordinaria de rancho. Pero nada podía ya reconciliar al pueblo con el novio de su hija.

La mañana del 14 de febrero, día del enlace, en todas las esquinas de Madrid apareció colgado el bando por el que el capitán general de Castilla la Nueva, Valeriano Weyler, declaraba el estado de guerra. «Artículo 1. Queda declarado el estado de guerra en la plaza y provincia de Madrid. Artículo 2. Se prohíben los grupos de más de tres personas en la vía pública, cualquiera

que sea su actitud [...]. Artículo 3. Los niños menores de quince años que se unieran a manifestación pública no autorizada serán detenidos en el acto y entregados a sus padres, los cuales satisfarán una multa de cinco a ciento veinticinco pesetas, según los casos [...]. Artículo 4. Se establece la previa censura para toda la prensa [...]. Artículo 5. Serán considerados como reos de sedición y sometidos al correspondiente consejo de guerra todos los que propalen noticias o viertan especies que puedan servir de pretexto para alterar el orden público...».

La hipocresía de algunos invitados

Aquella mañana, Mercedes se levantó más temprano de lo habitual. A las nueve había citado a la peinadora y quería estar bañada y con el pelo lavado y seco para ese momento. Hacía mucho frío en Madrid y el sol que entraba por las ventanas no tenía apenas fuerza para secarlo el cabello. Tampoco quería acercarse demasiado a la chimenea porque el pelo acababa cogiendo olor a humo, por lo que tuvo que recurrir a las socorridas toallas.

Sus doncellas estaban casi más nerviosas que ella cuando acudieron a llenarle la bañera de agua caliente. Después se empeñaron en untar la blanquísima piel de la novia con aceite de almendras y Mercedes cedió ante aquella muestra de coquetería con la que no estaba familiarizada. La ayudaron a vestirse y celebraron con elogios cada una de las delicadas prendas de lencería que la princesa se disponía a estrenar, pero dejaron para el último momento el precioso vestido nupcial que aguardaba en un maniquí. Cubrieron a Mercedes con una de sus batas habituales y, cuando la estaban limando las uñas y terminando de secarlo el cabello, la alta servidumbre de la heredera anunció su llegada. La camarera mayor de la princesa, la duquesa de Santo Mauro, Casilda de Salabert, pasó a las habitaciones de Mercedes para acompañar a la novia y supervisar que todo estuviera a punto. Al rato, llegó su hermana, María Teresa, y poco después, la peinadora y la modista Dionisia, que quería estar presente en el momento en que vistieran a la novia. Finalmente, apareció el aya de la princesa, la duquesa de San Carlos, y las siete mujeres llenaron de bullicio las habitualmente silenciosas habitaciones de la princesa.

Una vez peinada y vestida, ya solo faltaban el velo y las joyas, que la duquesa de Santo Mauro se ocupó de sacar del joyero. Además de la tiara y de los pendientes, la novia debía llevar la insignia de Princesa de Asturias. Así lo había dispuesto la reina. Mercedes tenía que remarcar con ese broche que seguía siendo la heredera de la Corona después de que algunos políticos hubieran pedido en el Parlamento que renunciara a sus derechos dinásticos. La insignia sobre el vestido de novia disiparía cualquier duda al respecto.

Mientras Mercedes terminaba de arreglarse en sus habitaciones, el novio se preparaba en las dependencias que habían pertenecido a la infanta Isabel.

En ellas se alojaba estos días la familia Caserta. Carlos terminó de colocarse las condecoraciones en el uniforme de gala de comandante del Ejército español. A su lado, su padre, vestido de frac, lucía la banda y la placa de Carlos III.

A las once de la mañana, Mercedes salió de sus habitaciones y, precedida por su madre y su hermano, se dirigió a la capilla real, donde minutos antes había llegado el novio, acompañado de su comitiva. A pesar de lo emocionada que estaba, la princesa logró mantener la serenidad hasta que el cardenal arzobispo de Toledo, Ciriaco María Sancha, le hizo la inevitable pregunta: «¿Quiere vuestra alteza por legítimo esposo y marido, y por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana, al serenísimo señor infante don Carlos de Borbón y Borbón?». En ese momento, Mercedes debía dirigirse a su madre, la reina, y besar su mano, lo que simbolizaba que le estaba pidiendo permiso para contraer matrimonio con Carlos. Y fue precisamente en ese instante, cuando los ojos se le llenaron de lágrimas. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento, se lo habían puesto tan difícil, que cuando por fin se hacía realidad, Mercedes no consiguió mantener la entereza y rompió a llorar.

María Cristina, que había sufrido noche a noche el dolor de su hija, tampoco pudo reprimir las lágrimas, y la infanta María Teresa, al ver a su madre y a su hermana llorar, estalló en inconsolable llanto. Atrás quedaban meses y meses de sufrimiento e incompreensión en los que la mayoría de los políticos habían estado a punto de arruinar la felicidad de Mercedes. Debates en los que todo valía, incluso las calumnias, con tal de vencer a sus rivales. Y algunos de esos políticos, que irresponsablemente habían inyectado en el pueblo el rechazo a Carlos, estaban ahora ahí sentados, en la capilla del Palacio Real, como si no pasara nada. Como si fuera normal que una princesa no pudiera salir a la calle el día de su boda, porque fuera cientos o miles de personas, quién sabe cuántos, se habían creído las infamias que algunos políticos habían inventado contra su prometido. Con una gran irresponsabilidad, habían prendido la mecha de un incendio que ahora nadie sabía cómo sofocar.

En un alarde de cinismo, ahí estaba Práxedes Mateo Sagasta, el líder de los liberales. El hombre que se había opuesto a su boda porque «puede traer

males para la dinastía, para la monarquía, para la libertad y para la patria», asistía ahora como invitado al enlace. Sagasta no era el único de los asistentes que había rechazado a Carlos, pero ya daba igual. Mercedes no les guardaba rencor porque, aunque lloraba, se sentía la persona más feliz del mundo.

La princesa también lloraba por la ausencia de su padre, que era a quien tendría que haber besado la mano en aquel momento para que le autorizara el matrimonio. Lloraba porque, si él no hubiera muerto, todo habría sido diferente. Pero la ceremonia tenía que continuar, y el cardenal Sancha le había repetido la pregunta, como estaba previsto que se hiciera: «¿Quiere vuestra alteza por legítimo esposo y marido, y por palabras de presente, como lo manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana, al serenísimo señor infante don Carlos de Borbón y Borbón?».

—Sí, quiero —respondió la princesa con voz entrecortada.

A continuación, el cardenal formuló la misma pregunta a Carlos.

—Sí, quiero —contestó el infante con energía.

Después el cardenal bendijo a los contrayentes con agua bendita, los novios se intercambiaron los anillos, se pasaron las arras, que eran trece antiguas monedas de oro de tiempos de Felipe V y Fernando VI, y se les impuso el velo y el yugo que les convertían en cónyuges. En ese momento, el oficiante les dijo: «Ya que vuestras altezas han recibido las bendiciones según la costumbre de la Iglesia, lo que les amonesto es que se guarden lealtad el uno al otro y, en tiempo de oración y mayormente de ayunos y festividades, guarden castidad. Ámense vuestras altezas recíprocamente, como marido y mujer, y permanezcan en el santo temor de Dios. Amén».

La ceremonia terminó con el «Ite in pace», y el órgano interpretó la «Marcha nupcial» de Wagner. Los recién casados se dirigieron entonces al Salón de Armaduras, donde tuvo lugar la inscripción del matrimonio en el registro civil, y después se celebró un almuerzo en familia. Esa misma tarde los condes de Caserta y sus hijas emprendieron regreso a Cannes. Cuanto menos tiempo permanecieran en España, mejor. Y el resto de los familiares que se habían desplazado para asistir a la boda fueron abandonando Madrid progresivamente. La última en partir fue la «abuelita Isabel», la madre de María Cristina. Con ella regresó a Austria la señorita Paula, institutriz de la princesa y la infanta desde 1890.

El 19 de febrero el Tribunal Supremo dio la razón a la madre de Adelaida Ubao, y la menor tuvo que abandonar el convento y regresar a su domicilio por mandato judicial. La sentencia solo sirvió para calmar temporalmente los ánimos anticlericales en la opinión pública porque cuatro años después, en cuanto Adelaida alcanzó la mayoría de edad, regresó al noviciado de las salesianas de Azpeitia, donde fallecería en 1906 víctima de la gripe.

Los recién casados dejaron pasar dos meses antes de emprender el viaje de novios, a la espera de que se calmaran los ánimos, y el 11 de abril partieron a Cannes y París, de donde regresaron el 14 de mayo. Tras una despedida oficial, a la que acudieron la familia real, seis ministros, el nuncio del papa, los embajadores de Inglaterra y de Rusia, y numerosos aristócratas, Pola y Nino subieron al vagón real que se había enganchado al expreso de Barcelona para su traslado. Doce guardias civiles les escoltarían durante el trayecto. Era la primera vez que Mercedes se separaba de la reina y, cuando el tren empezó a circular y sonaron los acordes de la «Marcha real», la princesa se asomó por la ventana para despedirse de su madre y su hermana, y no pudo reprimir las lágrimas. También ellas se emocionaron al verla partir. Desde que se había casado, la princesa no había vuelto a tener la regla y las tres sospechaban que estaba embarazada.

Mercedes descubre la felicidad

La primera parada de los recién casados fue Zaragoza, donde visitaron a la Virgen del Pilar y, al pasar junto a la sagrada figura, Mercedes se quitó un valioso broche de oro y brillantes que llevaba en el pecho y lo prendió en el manto de la Virgen. La princesa fue recibida con un gran entusiasmo por la población y algunas mujeres le besaron el abrigo y el vestido, gesto que a Mercedes le avergonzaba. Carlos, por el contrario, comprobó dolorido el rechazo que su persona suscitaba. El matrimonio se alojó en el hotel de Europa, desde cuyo balcón se asomó para saludar a la muchedumbre. En un momento dado, la princesa se quedó sola y el público empezó a gritarle «Vivas» y a corear «A ti sola, a ti sola». Cuando Carlos apareció de nuevo en el balcón, se hizo el silencio.

Desde Zaragoza, los príncipes continuaron viaje a Cannes para visitar a los condes de Caserta en la Villa María Teresa, y prosiguieron hacia París, donde se alojaron en el hotel Maurice, a pesar de que Mercedes contaba con varios familiares residiendo en la capital francesa. En la estación les recibió la infanta doña Eulalia, tía de la princesa, pero sus abuelos, los reyes Isabel y Francisco, enviaron a sus representantes.

Mercedes estaba fascinada con la ciudad de la que tanto había oído hablar y Carlos, que la conocía bien, la llevó en coche de caballos a recorrer sus principales calles y a pasear por el bosque de Boulogne. Fue ese el momento que la princesa escogió para dar la buena noticia a su marido:

—Nino, creo que vamos a tener un bebé.

—Nada me haría más feliz, Pola, pero no me imaginé que sucedería tan rápido. Vas a volver del viaje de novios en estado...

—No es exactamente así. Cuando salimos de Madrid, ya lo estaba, pero preferí esperar unas semanas más para asegurarme.

—Y, según tus cuentas, ¿cuándo crees que seremos padres?

—Creo que en noviembre, justo nueve meses después de la boda.

—No diremos nada hasta que informemos a tu madre. Debe ser la primera en saberlo.

—Nino, perdóname, pero tuve que compartir con ella mis sospechas antes de viajar. Con ella y con Teresa.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Soy el último en enterarme?

—No, eres el tercero... Bueno, el cuarto. El doctor Ledesma también lo sabe. Pero todos me dijeron que, a veces, el primer embarazo se malogra y que esperara hasta la tercera falta para asegurarme. No quería que te ilusionaras hasta que no estuviera segura.

—Soy tan feliz, Pola, que esta vez te perdono, pero prométeme que la próxima seré el primero en saberlo.

—Te lo prometo, Nino, pero aun así creo que todavía es muy pronto para decírselo a nadie más.

A los pocos días, los recién casados visitaron a la reina en su residencia, el palacio de Castilla, pero no le dijeron nada del bebé que estaban esperando. Isabel les regaló dos preciosas joyas: una sortija con una esmeralda rodeada de brillantes a Mercedes, y un alfiler de corbata de brillantes y rubíes para Carlos. Otro día se acercaron a la casa de Épinay-sur-Seine, donde vivía el rey Francisco de Asís.

Carlos realizó entonces su primera misión diplomática de las muchas que le encargaría después su primo el rey Alfonso. El príncipe visitó al presidente de Francia, Émile Loubet, en el palacio del Elíseo, donde fue recibido con mucha ceremonia, y esa misma tarde el presidente de la república devolvió la visita a Carlos y a Mercedes en el hotel Maurice. También la embajada de España ofreció un almuerzo en honor de los recién casados.

El 14 de mayo los príncipes regresaron a Madrid y Mercedes confirmó personalmente a su madre y a sus hermanos que seguía «en estado interesante». Esa era la mejor noticia que podían recibir. Por primera vez en mucho tiempo, la princesa se sentía plenamente feliz. Mercedes y Carlos retomaron su papel en la corte y, cuando estaban preparando su traslado veraniego a San Sebastián, se recibió la noticia de que la abuela materna de Carlos, la condesa de Trapani, había fallecido en Suiza. La reina declaró seis días de luto, la princesa lo guardó durante tres meses y el príncipe emprendió viaje acompañado por su hermano Genaro, que acababa de ser ascendido a guardia marina, para asistir al entierro. Era la primera vez que Carlos y Mercedes se separaban desde que contrajeron matrimonio, pero Pola no debía exponerse en su estado a un viaje tan agitado. Una semana después, los recién casados se reencontraron en San Sebastián.

Con el tiempo, todos recordarían aquel verano que transcurrió plácidamente y cuyas novedades fueron el sorprendente automóvil que había adquirido la duquesa de Alba, en el que pasearon algunas tardes, y la reaparición del violonchelista Pablo Casals, quien acudió de nuevo a tocar en Miramar. La incorporación plena de Carlos a la familia no solo llenó de felicidad a Mercedes, que hacía una vida reposada a la espera del alumbramiento, sino que también el rey Alfonso contaba por primera vez con un «hermano» que le acompañaba en sus excursiones privadas y oficiales. El 7 de septiembre una llamada telefónica anunció que Nando había tenido un varón, al que llamarían Ruggiero, y Pola y Nino viajaron en el barco *Giralda* desde San Sebastián a Santander para asistir a su bautizo. Por fin, la familia real napolitana tenía un heredero.

A principios de octubre todos regresaron a Madrid y retomaron la vida monótona y aislada de palacio. Los periódicos hablaban de una nueva ideología que estaba recorriendo Europa y empezaba a prender en las clases más desfavorecidas. Los obreros convocaban huelgas para exigir mejoras salariales y laborales a los patronos. Una parte de España comenzaba a protestar, pero sus quejas llegaban diluidas a oídos de los reyes. El alto personal de la corte interpretaba como un tranquilizador signo de lealtad monárquica el hecho de que las muchedumbres se acercaran a aclamar a la familia real allí donde fuera. Nadie quería ver que aquellas masas ya no eran las de antes. Cuando los reyes, los príncipes o las infantas mostraban su inquietud por las noticias, la corte se apresuraba a restarles importancia, abortando cualquier intento de intervención. Cegado por su privilegiada situación, el entorno de la familia real estaba convencido de que todo debía seguir igual que antes.

El nacimiento de un infante

Cuando se acercó la fecha del alumbramiento, Mercedes empezó a visitar los distintos templos del centro de Madrid para pedir un buen parto. A las seis de la tarde del viernes 29 de noviembre notó los primeros síntomas del alumbramiento, pero hasta las diez de la mañana del día siguiente el médico, el doctor Manuel Ledesma, no consideró necesario avisar a las autoridades que debían asistir a la presentación del recién nacido. Entre otros, fueron alertados el presidente del Gobierno, Práxedes Mateo Sagasta, y el ministro de Gracia y Justicia, marqués de Teverga, que ejercía como notario mayor del reino.

A las doce y seis minutos del mediodía del sábado 30, nueve meses y catorce días después de la boda de sus padres, nació el primer hijo de los Príncipes de Asturias, un varón que llenó de alegría a una familia muy necesitada de hombres pero en la que predominaban las mujeres. El médico envolvió al niño en ricas vestiduras y lo colocó en una bandeja de plata que entregó al duque de Granada y este se lo llevó al Príncipe de Asturias: «Señor, es un infante». Carlos, visiblemente emocionado, tomó entonces la bandeja e hizo la presentación de rigor.

La venida al mundo del infante fue anunciada con dieciséis cañonazos, que habrían sido trece en el caso de que hubiera nacido una niña, y en la Punta del Diamante del Palacio Real se izó la bandera de España. También se dispuso que ondeara la enseña en la fachada del Congreso de los Diputados, pero como el nacimiento del infante coincidió con la muerte del expresidente de la república, Pi y Margall, los republicanos decidieron por su cuenta bajar la bandera a media asta.

Tres días después el recién nacido recibió las aguas bautismales en el Salón Gasparini, donde ya había sido instalada la pila bautismal de Santo Domingo. No fue bautizado en la capilla real porque no era hijo de rey. Días antes del parto, María Cristina había regalado a su hija el traje de cristianar que Isabel II le regaló a ella y con el que habían sido bautizados Alfonso XII, la propia Princesa de Asturias, su hermana María Teresa y el rey Alfonso XIII. El infante recibió los nombres de Alfonso María León Cristino Alfonso de Liborio Antonio Carlos Andrés y Francisco Javier, pero su familia le

llamó Bebito hasta que se hizo mayor. Tras la ceremonia religiosa se le impusieron el Toisón de Oro, el Collar de Carlos III y la Gran Cruz de Isabel la Católica. El bebé estuvo dormido durante todo el tiempo, incluso cuando recibió el agua.

No había día que la reina no acudiera a visitar a su primer nieto y, enseguida, advirtió que el niño apenas ganaba peso y era demasiado llorón. Su ama de cría reconoció que le costaba mucho darle de mamar y la princesa decidió buscar una nueva nodriza para su hijo. Sin embargo, el pequeño tampoco engordaba con la nueva ama y se probó con una tercera, que ofreció los mismos resultados que las anteriores. Los médicos de palacio no conseguían resolver el problema de nutrición que angustiaba, con razón, a los padres y a la abuela del niño, y finalmente se optó por alimentarle con biberón, lo que alivió solo en parte los cólicos del lactante. Pero transcurridos tres meses desde su nacimiento, desapareció la dispepsia que le habían diagnosticado los facultativos y Alfonsito recuperó el peso y las medidas que le correspondían a su edad, y volvió a tomar el pecho con normalidad. En aquellos días también se cumplió la cuarentena del alumbramiento y Mercedes asistió a la misa de purificación.

Resuelto el problema del nieto de la reina, llegó desde Francia la noticia de que Francisco de Asís, abuelo de Mercedes, Teresa y Alfonso, se encontraba muy grave, y sus tres hijas, Isabel, Paz y Eulalia, viajaron a Épinay para acompañarle en sus últimos días. El rey consorte murió el 17 de abril y sus restos fueron trasladados al monasterio de El Escorial. Pero, en aquellas fechas, la familia real al completo se concentraba en los preparativos del momento histórico que se avecinaba: el 17 de mayo de 1902 el rey cumpliría dieciséis años, la mayoría de edad, y asumiría el ejercicio efectivo del poder real. Alfonso era consciente de la enorme responsabilidad que iba a recaer en él a pesar de su juventud y de la complejidad del momento. «Este año me encargaré de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal y como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la monarquía borbónica o la república», apuntó en su diario íntimo.

El rey describía a la nación que recibía como «un país quebrantado por nuestras pasadas guerras», sabía que hacía falta «una reforma social en favor de las clases necesitadas» y añadía: «La Marina, sin barcos»; el Ejército,

atrasado; «La bandera, ultrajada; los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes». «Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando la patria, pero también puedo ser puesto en la frontera». Sus dos hermanas y Carlos conocían y compartían las inquietudes del joven rey.

La regencia llegaba a su fin, después de diecisiete años, y María Cristina, que además de reina era madre y suegra, cometió un grave error que fue muy criticado. Uno de los últimos reales decretos que firmó tenía como fin ascender a general de brigada a su yerno, el príncipe Carlos, que era comandante. El gesto cayó como un jarro de agua fría en una opinión pública que empezaba a levantarse contra los privilegios y se alejaba día a día de la monarquía.

Un futuro de esperanza

Aunque en aquellos momentos se temió que el juramento de Alfonso como rey se celebrara en el mismo ambiente de protestas que la boda de Mercedes, eran muchos más los que veían en el joven monarca un futuro de esperanza, y las calles de Madrid se llenaron de miles de personas que vivían con simpatía y entusiasmo el momento histórico. Las vísperas de la ceremonia, lo que más preocupaba a la familia real y al Gobierno era dónde albergar dignamente al elevado número de príncipes y mandatarios extranjeros que llegaron con sus séquitos para asistir a los festejos.

El día del juramento, cuando los reyes salían del palacio para dirigirse al Congreso, se produjo un incidente que todo el mundo interpretó erróneamente como un atentado y que avergonzó a María Teresa.

—¡El rey! ¡Ya sale el rey! —se oyó comentar entre los miles de ciudadanos que aguardaban en las puertas del alcázar y que se descubrieron al verle aparecer.

Era la primera vez que vestía el uniforme de capitán general y le acompañaban la reina y la infanta María Teresa.

—¡Qué buen mozo! —gritó una joven.

—¡Dios le bendiga! —añadió una señora.

En ese momento, un individuo con bigote rubio recortado y ojos muy inquietos, que se había colocado en primera fila, se lanzó sobre la portezuela del coche, la abrió y se subió. Alfonso, sorprendido, le metió «un puñetazo tremendo en la cara», según contó el monarca después, y la guardia le agarró por la espalda y se lo llevó. Los príncipes no llegaron a ver la escena porque habían salido poco antes del alcázar hacia el Congreso de los Diputados, donde fueron informados de lo ocurrido justo antes de que empezara la ceremonia.

Pero las intenciones de aquel hombre no eran, en absoluto, atentar contra el rey. «No sé por qué se me detiene —afirmó—. Yo estoy enamorado de la infanta María Teresa. Le he escrito una carta al rey pidiéndole la mano de su hermana, gracia que no podía negarme hoy porque jura». En efecto, cuando los guardias le registraron encontraron la misiva.

Mientras el rey recorría las calles despacio para poder saludar a la multitud y responder a las manifestaciones de afecto y adhesión, la noticia del supuesto atentado llegó al Congreso, donde la gente se puso en pie alarmada, y el marqués de la Vega de Armijo tuvo que transmitir en alto un mensaje tranquilizador: «Su majestad ha sido objeto de un criminal atentado que, por fortuna para la patria, no ha tenido consecuencias. No se sabe si se trata de un criminal o de un loco». Los asistentes lanzaron varios «¡viva el rey!».

En el lugar que habitualmente ocupaba la mesa presidencial se colocaron dos sillones —para el rey y la reina—; a la izquierda, otros cinco sillones para los Príncipes de Asturias y las infantas María Teresa, Isabel y Eulalia y, a la derecha, dos mesas cubiertas de terciopelo carmesí con los símbolos de la monarquía: la corona y el cetro. La familia real fue recibida con una sonora ovación y, cuando empezó la ceremonia, se impuso un gran silencio. El momento era solemne. Alfonso puso la mano derecha sobre los Evangelios y afirmó: «Juro ante Dios y sobre los Santos Evangelios guardar la Constitución y las leyes. Si así lo hiciere, Dios me lo premie y, si no, me lo demande». Una vez recibido el juramento, se sucedieron los «vivas» y la familia real se dirigió entre aclamaciones a la iglesia de San Francisco el Grande, donde se ofició un tedeum. De vuelta en el Palacio Real, Alfonso se asomó al balcón para saludar a la multitud que aguardaba en la plaza de Oriente. Esa misma tarde, el nuevo rey firmó los indultos de seis personas que habían sido condenadas a pena de muerte.

A partir de ese momento, Mercedes, Teresa y Carlos se dedicaron en cuerpo y alma a apoyar a Alfonso. Del amor de Teresa a su hermano queda la prueba de la apasionada dedicatoria que le escribió en la libreta negra que le regaló en julio de ese año para que siguiera escribiendo su diario: «Querido Alfonso: sigue apuntando en este cuaderno todas las fechas que sean de interés para ti. Al pedirme tú que te lo dedicase, pensé que asegurándote una vez más el gran cariño que yo te profeso, y que te profesaré siempre, había puesto todo lo que tú podías esperar de mí, pues ya sabes que estoy dispuesta a emprender el mayor de los sacrificios por ti. Te ruego no te olvides de mí, y acuérdate alguna vez de tu amante hermana, que estará siempre, en pensamiento y con todo corazón, a tu lado. María Teresa».

Una vez casada la princesa, los periódicos empezaron a atribuir novios a la infanta. El primero de la lista era el príncipe Nicolás de Grecia, que había viajado a la proclamación de Alfonso y se había quedado unos días más en Madrid; el segundo era un grande España que tenía «sangre real» y una elevada fortuna, y el tercero, Genaro, hermano de Carlos.

En esos días, los príncipes y su hijito Alfonso emprendieron viaje a París y Cannes para presentar al niño a los padres de Carlos. Tras pasar un mes en el extranjero, regresaron directamente a San Sebastián, donde ya se había instalado la familia real. Pero aquel verano en el que María Cristina se sentía por primera liberada del peso de la regencia, la reina había decidido realizar un viaje a Austria para ver a su familia. El nuevo rey, que se había propuesto recorrer todas las provincias españolas, empezaría su gira ese mismo mes por Asturias, donde visitaría, por primera vez, la ermita de Covadonga, un lugar simbólico para la monarquía española. A la reina la acompañaría María Teresa y al rey los Príncipes de Asturias, que tampoco habían visitado hasta entonces la cueva de la Santina.

Sin embargo, durante el verano de 1902, se habían diagnosticado varios casos de tifus en San Sebastián, lo que había disuadido a muchos veraneantes. Si la familia real también se ausentaba al completo, se dispararía la alarma. Con el fin de ayudar a la ciudad a restablecer la normalidad, Mercedes y Carlos accedieron a dejar a su hijo en Miramar mientras ellos acompañaban al rey Alfonso. San Sebastián nunca olvidó aquel gesto con el que la princesa ahuyentó los temores.

Termina la aventura americana

Después de cinco años en Estados Unidos, Marcelino Calleja consideró que había llegado el momento de regresar a España. Estaba a punto de cumplir cuarenta años y llevaba nueve en América. Se había enriquecido en dos ocasiones y en otras tantas se había arruinado. A veces pensaba qué habría sido de él si se hubiese quedado en Madrid y se alegraba de haber seguido el consejo de su amigo Jerónimo Becker. Incluso había llegado a la conclusión de que había sido positivo que le robaran sus ahorros en Central Park porque aquella situación le forzó a dar el paso de empezar a trabajar en el *New York Tribune* de la única forma que le podían haber admitido: por el escalón más bajo.

Pero aquella situación solo duró unos pocos meses, porque pronto requirieron sus servicios en la redacción, donde empezó repartiendo los montones de teletipos que le daban ya clasificados y acabó siendo él quien los recibía, valoraba y distribuía. Precisamente estaba al frente del gabinete telegráfico cuando llegó la noticia del asesinato de Cánovas en España y ese día le pidieron a él que la escribiera porque nadie de la redacción lo podría hacer mejor. Si su inglés escrito no era perfecto, ya se lo editaría algún compañero.

Lo pasó mal cuando Estados Unidos se incorporó a la guerra de Cuba y llegó a temer que tendría que abandonar el país, pero no fue necesario y, a pesar de las circunstancias, nunca le faltó la amistad de sus compañeros de redacción. Del gabinete telegráfico pasó a ocuparse del cierre nocturno del periódico y, un buen día, cansado quizá de los horarios inhumanos, decidió aceptar la oferta que le hicieron dos veteranos periodistas del *Tribune* de montar una agencia de noticias por su cuenta. Esa fue la segunda vez que se arruinó y lo pasó muy mal. Tuvo que abandonar su apartamento, buscarse una humilde pensión y conformarse con una comida al día porque todos sus ahorros se habían ido con la agencia de noticias. Lo único que pudo salvar del naufragio económico fue su máquina de escribir y su humilde biblioteca, que yacía en cajas amontonadas junto a la cama de la pensión.

Hacía varias semanas que había recibido un aviso del consulado español, pero entre el papeleo de la liquidación de la empresa y el pago de las deudas,

se le había olvidado por completo. Como ya no tenía nada que hacer, decidió ir caminando esa mañana hasta la oficina.

—Buenos días, soy Marcelino Calleja y tenía un aviso de los servicios consulares —explicó al funcionario.

—Déjeme ver de qué se trata—le respondió el hombre, mientras revisaba un montón de expedientes—. Aquí está su sobre. Es un asunto relacionado con el señor Manuel Cienfuegos.

—¿Manuel Cienfuegos? —preguntó Calleja.

—¿No le conoce? —insistió el funcionario.

—No sé, me suena el nombre, pero no tengo ni idea de qué.

—Este señor es español y residente en Brasil —le informó.

—Pues yo solo he estado en la frontera de Venezuela con Brasil. No sé qué puede querer este señor de mí.

—Déjeme leer el expediente... Señor Calleja, el señor Cienfuegos, instalador eléctrico de profesión, ha pedido a los servicios consulares que se le confirme que usted se encuentra en Nueva York y, en ese caso, se le notifique que le quiere pagar una vieja deuda contraída en Venezuela en 1893.

—¿Instalador eléctrico? ¿No me diga que es él? No se lo va usted a creer. A este hombre le pagué yo, sin conocerle de nada, parte de su pasaje a Venezuela hace ya nueve años, y mire por dónde que ahora soy yo el que no tiene dinero para regresar a España.

—Salvo que se quiera comprar un barco entero para regresar, creo que el dinero de la deuda le va a dar para mucho más. Son cincuenta mil pesetas o el equivalente en dólares. Tiene que firmar aquí y dejar el número de la cuenta bancaria en la que quiere que se le ingrese. En dos o tres semanas, le llegará.

—Yo solo le pagué... creo que fueron ciento treinta pesetas —recordó Marcelino en voz alta, visiblemente emocionado con la generosidad de aquel hombre.

—Pues esa ha sido la mejor inversión de su vida.

—¿Y cómo me ha localizado en Nueva York?

—Dice usted que le conoció en Venezuela, ¿no? Pues allí habrá preguntado por usted a algún conocido que le ha debido de decir que está aquí y, como usted está registrado en el consulado, todo ha salido bien. Por

eso decimos siempre a los españoles que vienen que es muy importante estar registrado, porque, de otra manera....

Marcelino ya no podía seguir escuchando al funcionario. Afortunadamente, había saldado sus deudas tras la quiebra y cuando le llegara el dinero podría disponer de él en su totalidad. «Esta vez sí que regreso a España», pensó mientras escribía en el papel oficial los datos de su cuenta para que le hicieran la transferencia.

—¿Y hay alguna manera de ponerme en contacto con Manuel Cienfuegos? —preguntó.

—Aquí viene una dirección, pruebe...

Cuando Marcelino divisó, a lo lejos, la costa de España, pensó en todas las cosas que habían ocurrido mientras él no estaba. «Me fui con la reina Cristina y llego con el rey Alfonso; España es ahora más pequeña, sin las colonias de Ultramar, y aquella niña cuyo nacimiento y bautizo cubrí cuando apenas era un aprendiz, se ha casado y ha tenido un infante. Lo único que sigue igual es el gobierno de turnos entre liberales y conservadores». El barco atracó en Vigo y, una vez reunido su equipaje —también se había llevado con él las cajas de libros y la máquina de escribir—, tomó el tren hacia Madrid. Su casa hacía muchos años que se había quedado vacía, pero probablemente necesitara una reforma antes de instalarse a vivir en ella. De momento, iría a un hotel.

Aquella misma noche acudió al Teatro Real y se quedó a la tertulia que solía empezar cuando terminaba la representación. Allí se encontró con un par de viejos compañeros de la profesión, que casi no le reconocieron y le presentaron a los demás asistentes. Calleja relató brevemente su estancia en Nueva York y su paso por el *Tribune*, y notó que uno de los contertulios le escuchaba con mucha atención. Era Torcuato Luca de Tena, editor y director de la revista *Blanco y Negro*, y cuando la reunión se disolvió, le pidió a Calleja que fuera verle al día siguiente a su despacho de la calle Serrano para que le contara con más detalle su experiencia en la prensa norteamericana.

Marcelino acudió a la cita, donde estuvo casi una hora respondiendo a las preguntas del editor, que conocía a fondo la prensa extranjera y había visitado muchas de sus redacciones. Luca de Tena sabía quién era Calleja porque

recordaba alguna de las crónicas que había publicado de jovencito sobre la familia real en *La Iberia*, pero cuando este diario cerró, le perdió la pista.

—Marcelino, como usted sabe, la revista que edito va muy bien, pero ahora quiero dar un paso más. Quiero sacar un diario de información general que sea algo nuevo y diferente a todo lo que existe. Un periódico gráfico, informativo, literario y que además sea fácilmente manejable —empezó a relatar.

—¿Manejable?

—¿No ha observado usted cómo casi todo el mundo, para leer el periódico, dobla y redobla las hojas hasta dejarlo reducido a su cuarta parte? Pues esa cuarta parte que buscamos casi por instinto es precisamente el tamaño que tendrá *ABC*, porque así se llamará.

—¿Y dónde se situará políticamente?

—En eso también será diferente a todo lo demás. *ABC* defenderá sus principios, pero quiero que sea un periódico independiente, que se financie exclusivamente con lectores y publicidad.

—La verdad que es un proyecto apasionante.

—Pues ya he encargado a Alemania las máquinas más modernas del mundo y el 1 de enero espero que estemos en la calle. Que sepa que cuento con usted.

El primer viaje de Teresa

María Teresa estaba fascinada ante su primer viaje al extranjero. Ahora agradecía a su madre y a sus institutrices que le hubieran enseñado a hablar francés y alemán. Viajaba de incógnito con su madre, que utilizaba el título de condesa de Covadonga, pero los recibimientos en todas las estaciones fueron multitudinarios. Lo que no se imaginaba Teresa era que el viaje iba a ser tan emotivo para la reina, que en los primeros días no paró de llorar. Al cruzar la frontera de España, en Irún, María Cristina se emocionó cuando descubrió a los cientos de personas que habían acudido a despedirla, pero el momento más duro fue cuando llegaron al hotel Maurice, en París, el mismo establecimiento en el que la reina se había alojado veintitrés años antes, cuando iba de camino a Madrid llena de ilusiones para casarse con Alfonso.

Los responsables del hotel habían redecorado la primera planta exactamente igual que estaba en 1879. Cristina logró dominar sus sentimientos durante los saludos de bienvenida en el vestíbulo del Maurice, pero cuando llegó a sus habitaciones se derrumbó ante el tropel de recuerdos y emociones. Aquella novia regresaba ahora convertida en una viuda inconsolable. Teresa se tumbó con ella en la cama, le sujetó la mano y la dejó llorar hasta que le venció el sueño.

A la mañana siguiente, la reina, la infanta y la duquesa de San Carlos recorrieron el centro de París en un landó cerrado, oyeron misa en la iglesia de la Magdalena y cruzaron el gran bulevar hasta la plaza de Ópera, donde se bajaron para ir de compras a pie. Contemplaron los escaparates de las tiendas y entraron en la casa del modisto Worth para encargarse unos vestidos. Después el landó las llevó a los grandes almacenes de El Louvre, en Saint Honoré, donde compraron unos guantes. «Estoy mareada de ver tantas cosas», afirmó la reina y regresaron al hotel.

Durante los días que estuvieron en París, Teresa visitó el Museo del Louvre, el jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y subió a la Torre Eiffel con su madre y el ingeniero que la había construido. También hicieron una excursión a Versalles y otra en tren para visitar a su abuela, la reina Isabel, que se encontraba en el palacio de Compiègne, su residencia de

verano. Desde París, Teresa y su madre viajaron a Múnich, donde visitaron a la infanta Paz y a sus hijos, y siguieron viaje a Baden y a Viena.

Ninguna de las dos se imaginaba entonces que esa iba a ser la última vez que verían con vida a su madre y abuela, la archiduquesa Isabel. Cinco meses después, en febrero de 1903, la reina y la infanta regresaron a Viena para asistir a su entierro. Cristina no pudo soportar tanto dolor y, cuando vio el féretro de su madre, cayó desvanecida. Siguiendo la tradición de la familia real austriaca, al cadáver de Isabel le extrajeron el corazón y lo colocaron, junto a los de sus antepasados, en una pequeña urna en la cámara funeraria de la capilla de Loreto de la iglesia de los Capuchinos, en el palacio imperial de Hofburg. De regreso a Madrid tras el entierro, cuando hicieron noche en París, la reina no quiso hospedarse en el hotel Maurice, que le traía tantos recuerdos de su madre, y escogió el hotel Bristol, en la plaza Vendôme. Durante su corta estancia en la capital francesa, visitaron a la reina Isabel. Cristina pidió que no se le hiciera ninguna recepción de bienvenida en España. Su hijo, Alfonso, viajó a Arévalo para recibirla y acompañarla en el último trecho del triste viaje.

En el Palacio Real la esperaban los Príncipes de Asturias, y María Cristina sonrió, por primera vez en muchos días, al ver el abultado vientre de Mercedes, que esperaba su segundo hijo. El bebé, un segundo varón que reforzó la continuidad de la dinastía, llegó el 6 de junio y recibió el nombre de Fernando. Con dos niños correteando por los salones del alcázar, la reina empezaba a sentirse tranquila, aunque aún tenía que casar a María Teresa y a Alfonso. Ojalá encontrara otro príncipe como Carlos para su segunda hija, pero la verdad es que había muy pocos candidatos convenientes entre los que escoger. Además, Cristina deseaba que su hija permaneciera en España después de su boda para que siguiera prestando su apoyo al rey. Alfonso, en cambio, tenía un amplio abanico de princesas que soñaban con convertirse en su esposa. Lo difícil era acertar en esa elección. La reina sabía que su hijo había heredado la misma inclinación a las faldas que su padre.

El flechazo de Fernando de Baviera

Cuando terminaron las fiestas de Navidad, en enero de 1904, la familia real recibió la visita de la infanta Paz, su marido y sus tres hijos, Fernando, Adalberto y Pilar. El mayor, que había nacido diecinueve años antes en el alcázar, estaba feliz de volver como adulto a la tierra que su madre le había enseñado a amar desde la distancia y que había visitado de niño, pero pronto descubrió otra poderosa razón que le ataba a España y, en concreto, a Madrid: su prima Teresa. Fernando era dos años menor que la infanta y temía que Teresa siguiera viéndole a él como a un primo menor. Cada día se sentía más atraído por ella y se estremecía cada vez que pensaba que pronto tendría que regresar a Baviera. Si no aprovechaba este viaje para declarar su amor a la infanta, pensaba, se le adelantaría cualquier otro príncipe y su felicidad se arruinaría para siempre porque no conocía otra mujer «tan natural, buena, simpática, culta y sencilla como ella».

Apenas llevaban quince días en Madrid, cuando el rey celebró su santo con las habituales recepciones palatinas. Fernando asistió a las ceremonias con el uniforme de gala del Ejército alemán, que realzaba aún más su porte germánico y le hacía parecer mayor. Cuando vio a Teresa, vestida de azul celeste, pensó que ya no podía dejar pasar más tiempo sin compartir con ella sus sentimientos. Durante la cena en el comedor de gala, el protocolo les sentó muy separados, pero cuando terminó acudió en su búsqueda y habló con la infanta.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Fernando se lo contó a sus padres:

—Estoy enamorado de María Teresa —les dijo.

Su padre se quedó tan asombrado con el anuncio que dejó caer la cuchara en el plato, y su madre, que veía confirmadas sus sospechas, quiso saber más.

—¿Y se lo has dicho a María Teresa? —preguntó Paz.

—Sí, anoche me declaré, después de la cena. Estaba muy asustado, pero Teresa me ha dado esperanzas.

—Teresa vale su peso en oro, Fernando, y creo que has hecho una elección muy buena, pero también pienso que no conviene acelerar estas

cosas y que necesitáis tiempo para pensarlo. Solo tienes diecinueve años. Tu padre y yo también tuvimos que esperar —respondió la infanta Paz.

—Fernando, dos semanas es muy poco tiempo para saber si ese sentimiento se consolidará, pero en cualquier caso tienes que pedir permiso a María Cristina para seguir hablando en esos términos con su hija —le ordenó su padre.

—Hablaré con mi tía y esperaré el tiempo que haga falta, pero mi determinación es casarme con María Teresa.

—Nando, quiero que sepas que cuando yo he hablado con María Cristina sobre el futuro de Teresa, sin pensar que te ibas a enamorar de ella, le he dicho que a España no se le debía quitar a María Teresa. No sé si me estoy explicando con claridad: la infanta tiene que quedarse a vivir aquí porque es una niña muy querida por el pueblo, y Alfonso la necesita a su lado.

—Me agrada mucho la idea de vivir en España, pero para mí lo importante es estar cerca de Teresa.

La tía Paz no se podía creer que, por tercera vez en la historia, un Baviera se enamorara de una Borbón, pero los dos matrimonios anteriores —el suyo y el de los padres de su marido— habían sido inmensamente felices. Claro que le preocupaba una tercera boda consecutiva entre primos hermanos, pero en las familias reales estos enlaces eran habituales.

En cuanto Paz y su marido se quedaron a solas, hablaron del enamoramiento de su hijo mayor.

—Luis, me da la impresión de que te has quedado preocupado con el anuncio de Fernando.

—Tengo que reconocer que me ha sorprendido. Primero, por la rapidez con la que Fernando se ha declarado; segundo, porque seguía viendo a nuestro hijo como un niño hasta esta mañana; tercero, porque ha procedido por su cuenta con Teresa, sin consultar antes a nadie, y cuarto, porque Fernando tiene que regresar a Baviera y, desde allí, los dos no van a poder conocerse.

—¿No te recuerdan a nosotros? —preguntó Paz a su marido.

—Claro que me recuerdan, Paz, pero espero que si, al final, esto se consolida, Teresa no sea tan dura con nuestro hijo como lo fuiste tú conmigo —comentó sonriendo con nostalgia.

Además del amor que sentía por su prima, Fernando se había integrado a la perfección a la vida de la familia real española. Él también vivía en un palacio en Baviera, pero sus padres eran unos príncipes muy especiales, pues su progenitor ejercía como médico. De hecho, durante su estancia en Madrid, Luis Fernando realizó varias operaciones quirúrgicas con éxito en el hospital de Carabanchel y a los demás facultativos les sorprendía ver a un príncipe con las mangas de camisa arremangadas para abrir el vientre a una paciente sin recursos económicos y extirparle un tumor.

Fernando, que no había heredado la vocación médica y seguía la carrera militar, había congeniado con Alfonso, a quien tan pronto acompañaba a ver maniobras castrenses como a cazar. Pero los momentos más felices de Fernando eran los paseos con Teresa por la Casa de Campo, acompañados siempre por la reina, que también observaba complacida la inclinación que mostraban los dos jóvenes. María Cristina apoyaba esa relación, pero era partidaria de dejar pasar algún tiempo para que los jóvenes se aseguraran de sus sentimientos. Sabía que la infanta Paz había educado a su hijo en un ambiente muy parecido al que había rodeado a Teresa. Fernando era un chico sano, disciplinado, discreto y culto. Y tenía algo que resultaba muy importante para la reina: la única mujer que parecía existir para él era María Teresa. Alto, rubio y con ojos claros, Fernando atraía todas las miradas femeninas, pero él ni siquiera se daba cuenta.

—Menudo flechazo —le respondió Mercedes cuando Teresa le contó lo ocurrido.

—Y menuda sorpresa, Pola, porque yo nunca me imaginé que pudiera casarme con Fernando.

—Lo mismo le ocurrió a Nino, hasta que un día dejó de verme como a su prima pequeña y se dio cuenta de que estaba enamorado de mí.

—Pero Fernando debe regresar a su país y tendremos que esperar a otro viaje para vernos y conocernos más.

—Acuérdate de que Carlos y yo también tuvimos que esperar mucho y en unas circunstancias muy difíciles. Con Fernando, al menos, no tendrás ese problema. A su padre le adoran en España. Pero, Teresa, ahora soy tan feliz que ya ni me acuerdo de aquello y estoy deseando que tú también te cases,

seas madre y nuestros hijos jueguen juntos. Creo que, al final, Dios me ha compensado de una infancia tan triste como ha sido la nuestra.

Separación forzosa

A finales de febrero, los Baviera dejaron Madrid. La familia real acudió al completo a despedirles en la estación, pero Fernando y Teresa ya lo habían hecho antes en privado. «Volveré lo antes posible para casarme contigo», prometió el príncipe alemán a su prima. De camino a Múnich, la infanta Paz, su marido y sus tres hijos pasaron por París, donde visitaron a la reina Isabel, que se encontraba delicada de salud por una gripe que no acababa de curarse.

El 9 de abril, la reina moría lejos de su España querida, rodeada de sus hijas y en brazos de su yerno, el príncipe de Baviera, a quien había mandado llamar a su lado momentos antes. El fallecimiento de su abuela sorprendió al rey Alfonso en Barcelona, donde acababa de ser recibido con muestras de entusiasmo. Alfonso no suspendió el viaje pero declaró seis meses de luto y ordenó que se tributaran a la reina los máximos honores. También envió al príncipe Carlos a París para que se ocupara personalmente del traslado de los restos mortales al monasterio de El Escorial. Justo antes de partir, Mercedes comunicó a su marido que creía que estaba embarazada por tercera vez.

—Espero que esta vez sea una niña —le dijo Pola.

—A mí me da igual niño o niña, Mercedes, con tal de que todo vaya bien.

Durante los meses siguientes, Fernando y María Teresa mantuvieron por carta su incipiente relación. Aún era muy pronto para anunciar el compromiso, sin embargo, alguna persona muy próxima a la familia real española cometió una imprudencia y, durante el verano, un periodista desplazado a San Sebastián anunció el noviazgo entre los dos príncipes. Aunque en esta ocasión no había razones para que los políticos rechazaran a Fernando, como había ocurrido con Carlos, la reina no quería que se hablara de este asunto hasta que el compromiso se afianzara. De hecho, Fernando y Teresa no se habían vuelto a ver desde el febrero anterior y, aunque los dos mantenían la intención de casarse, era demasiado prematuro hablar de boda.

Para desbloquear la situación, la reina invitó a Fernando a pasar una temporada en Madrid el mes de octubre, en cuanto la familia regresara de San Sebastián. Oficialmente, se diría que el rey había invitado a su primo a presenciar unas maniobras militares. No obstante, diez días antes de que

llegara Fernando, los periódicos ya habían anunciado el verdadero motivo de la visita.

Para entonces, el embarazo de Mercedes ya se acercaba a su fin y, como había hecho en los dos anteriores, la princesa empezó a visitar las iglesias para rogar por un buen parto. Sin embargo, en la noche del 15 de octubre se sintió indispuesta por un cólico intestinal. Los médicos la trataron y pasó el día 16 muy aliviada hasta que en la madrugada del jueves empezó a sentir los síntomas del alumbramiento. El parto se adelantaba y a las dos de la mañana hubo que avisar al presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura, y a las demás autoridades que debían asistir a la presentación del recién nacido. También se mandó llamar a una partera, pero cuando esta llegó el alumbramiento ya había terminado.

A las tres de la madrugada del 17 de octubre, Mercedes dio a luz a una niña frágil, que nació prematura como consecuencia del cólico que había padecido la madre. Los médicos no podían asegurar que la pequeña lograra sobrevivir, pero ocultaron sus temores a la princesa. Al confirmar que había sido una niña, como ella quería, Pola dispuso que se la inscribiera en el registro con los nombres de Isabel Alfonsa Teresa Antonia Cristina Mercedes y Carolina. A la duquesa de Santo Mauro, que correspondía hacer la presentación del recién nacido como camarera mayor de los príncipes, el nacimiento la sorprendió fuera de Madrid, y fue la propia reina quien lo hizo.

«*Nadie viene a recibirme*»

Aquella misma mañana, el tren en el que viajaba Fernando de Baviera llegó a la estación de Madrid. Desde que partió de Múnich, el príncipe alemán iba contando las horas que le separaban de su amada. Si todo salía como él esperaba, regresaría a Baviera con una fecha fijada para la boda. En las cartas que se habían cruzado, Teresa le había manifestado su deseo de que después de la boda residieran en Madrid, y a él le parecía lo más adecuado. Aunque su aspecto fuera el de un alemán, tenía tanta sangre española como germana, y pensaba que se adaptaría a la perfección a vivir en ese país. Su principal objetivo era mejorar su pronunciación del español, idioma que hablaba con sus padres desde que era niño, pero aún tenía un gran acento alemán. Tras su regreso a Baviera se había leído todos los libros en castellano que había en el palacio de Nymphemburg y aseteaba a su madre con preguntas sobre las costumbres españolas.

Tan ilusionado estaba Fernando con ver a Teresa que los últimos kilómetros del trayecto se le hicieron eternos. Impaciente por encontrarse con ella, se asomó por la ventana en cuanto el tren entró en la estación. Buscaba en el andén a la familia real, acompañada por un pequeño séquito, como era habitual en estos casos, pero no apareció nadie. Tal vez estuviera esperando en una sala de la estación a que el tren parara por completo, pensó. Cuando finalmente se dispuso a bajar del vagón, Fernando sintió una profunda decepción al ver que nadie había acudido a recibirle. Justo en ese momento, un ayudante de campo del rey se presentó y le notificó que la Princesa de Asturias había dado a luz a una niña y que, por ese motivo, la familia real no había podido acudir a recibirle.

Cuando Fernando llegó al Palacio Real, su tía y sus primos le recibieron sin la alegría que él esperaba encontrar.

—Estamos preocupados por Mercedes y por la niña. El parto ha sido prematuro porque Pola tiene un cólico que los médicos no aciertan a curar. Ha venido a verla el mejor tocólogo de Madrid, el doctor Gutiérrez —le explicó la reina.

—Discúlpanos que no hayamos ido a recibirte a la estación —dijo Teresa.

—Lo importante es que Mercedes se recupere lo antes posible. Por mí no os preocupéis. Lo único que lamento es no ser médico, como mi padre, para tratar a mi prima —afirmó Fernando, tras comprender que había llegado al palacio en el momento más inoportuno.

A las doce del mediodía, el estado de la princesa empezó a agravarse y la preocupación se adivinaba en el rostro de los médicos. Le había subido repentinamente la fiebre y los facultativos empezaron a sospechar de una infección generalizada. Mercedes estaba ardiendo y casi inconsciente, pero se aferraba a la vida. En pocas horas, su situación se había vuelto alarmante. Los médicos pidieron a la reina, a Carlos y a María Teresa que abandonaran la habitación y, en un intento desesperado por salvar la vida de la princesa, el doctor Grinda procedió a hacerle una punción en el abdomen, con el fin de que expulsara los gases acumulados que le estaban oprimiendo el corazón. Pero aquella intervención no dio el resultado esperado y se perdieron todas las esperanzas.

La reina mandó llamar al confesor de la princesa, el padre Joaquín Pérez San Julián, y pidió que se le administraran los santos sacramentos. Informado del agravamiento, Fernando acudió junto a sus primos al dormitorio donde yacía Mercedes. Era la misma habitación en la que él había venido al mundo en 1884. El príncipe de Baviera empezó a rezar al lado de Teresa. Sentía que, en ese momento, la quería aún más y se imaginaba el dolor que estaba padeciendo Carlos al perder a Mercedes.

Pola sufrió entonces un intenso colapso cardíaco y expiró acompañada por su madre, su marido, su tía, sus hermanos y su primo. La Princesa de Asturias murió a los veinticuatro años, pero solo hacía tres que era plenamente feliz. La reina se abrazó al cuerpo inerte de su hija y permaneció, entre sollozos, durante largo rato; Carlos no podía asumir lo que acababa de ocurrir, Alfonso trató de consolar en vano a su madre y Teresa y su tía, la infanta Isabel, rompieron a llorar.

El príncipe viudo no quiso que se llevaran a su esposa del dormitorio conyugal y pidió que se instalara allí mismo un altar. Ninguno de los cinco quería apartarse del cadáver y decidieron velar a la princesa en la intimidad durante un día más. Después, la trasladarían al Salón de Columnas para que

los ciudadanos se despidieran de la heredera de la Corona. Su madre ayudó a amortajarla con el hábito del Carmen.

El doctor Chacón, que había acudido a ver a la princesa junto con el doctor Cervera y los médicos de palacio, explicó que Mercedes había fallecido de un síncope cardiaco provocado por los gases intestinales que comprimían la cavidad torácica y dificultaban los movimientos del corazón. «Ha muerto como un pajarillo», agregó.

Mientras todos lloraban a Mercedes, su hija recién nacida se debatía entre la vida y la muerte. La pequeña había venido al mundo veinte días antes de lo previsto y, ante la gravedad que presentaba, a las tres de la tarde fue llamado a palacio con urgencia el doctor Alabert, que la estuvo reconociendo sin ofrecer demasiadas esperanzas. Las colgaduras que se habían colocado aquella mañana en los balcones del alcázar para celebrar su natalicio fueron retiradas inmediatamente por la muerte de la madre.

En la mayordomía de palacio se colgó un parte: «Su alteza real la serenísima Princesa de Asturias ha fallecido a las dos de la tarde». La noticia empezó a correr por Madrid y la plaza de Oriente se llenó de gente, impresionada por la repentina muerte de la joven heredera. Con apenas diez horas de diferencia, la casa real había hecho públicos dos comunicados. En el primero, demasiado optimista, anunciaba el «feliz nacimiento de una infanta sana y bien constituida», y en el segundo, el fallecimiento de la madre. En la cartería del alcázar los telegramas de felicitación se mezclaban con los de pésame.

Dos días después, Fernando escribió una carta a su madre: «Incluso tú misma no puedes imaginar la impresión que esta desgracia me ha causado. ¡Es terrible! A mi llegada el rey y los demás me dijeron que Mercedes estaba enferma. No sé por qué pero sentí de pronto que todo iba a acabar mal, pero por supuesto no dije nada [...]. Poco después, el marqués de Casa Irujo vino a anunciarnos que se iban a llevar los últimos sacramentos a Mercedes. Corrimos todos hacia su cuarto y allí, tras recibir los sacramentos, ella dijo que se estaba agotando y comenzó su agonía. Podíamos oírla intentar recobrar la respiración. En unos cinco minutos todo terminó. La reina y Nino se arrodillaron junto al lecho como si se hubieran convertido en piedra. El rostro pálido de María Teresa estaba inundado de lágrimas; me sentí

profundamente apenado por ella y tuve que aguantarme para contener la emoción. Lo peor de todo fue cuando trajeron a la estancia a su hijito para que pudiese besar la mano de su madre muerta... Salimos mientras la reina, María Teresa y Nino se dedicaron a amortajarla. Falleció a las dos en punto, y a las ocho la reina y Nino seguían arrodillados junto al lecho. La visión era inolvidable».

Carlos, que no paraba de rezar ante el lecho mortuario, había pedido que le llevaran a su hijo mayor, el infante Alfonso, que en noviembre cumpliría tres años, para que se despidiera de su madre. El niño entró temeroso en la cámara mortuoria, en la que se habían puesto enormes cirios, y por indicación de su padre, besó a la princesa.

Cuantos intentos se hicieron por apartar a la familia real del cadáver fueron inútiles y ninguno de sus miembros accedió siquiera a ingerir algún alimento en todo el día. Al rey solo se le pudo arrancar del lado de su hermana a las once de la noche, y a la reina, a las doce, mientras que la infanta Isabel, el Príncipe viudo de Asturias y el príncipe Fernando de Baviera se quedaron toda la noche velando a Mercedes. De madrugada llegaron desde Valladolid los hermanos de Carlos, Genaro y Raniero, y la escena fue muy conmovedora. El príncipe viudo abrazó a sus hermanos y, entre sollozos, les contó lo ocurrido. Poco después llevaron el féretro, en cuyo interior se depositó el cuerpo de la princesa, que había empezado a descomponerse. Los médicos ordenaron que se aplicaran desinfectantes en la habitación, y el personal de palacio vertió los líquidos en porcelanas del Retiro que distribuyó por el dormitorio.

La muerte de la princesa paralizó España. Se declararon seis meses de luto, se suspendieron las clases y las sesiones de teatro, se anularon las maniobras militares que iban a celebrarse esos días, los comercios cerraron sus puertas y en el Congreso de los Diputados se interrumpieron los debates hasta que la heredera fuera enterrada. Madrid se quedó sin flores, porque el ayuntamiento ordenó a sus jardineros que las cortaran para la ceremonia fúnebre y comenzó a discutirse sobre quién sería el nuevo Príncipe de Asturias: unos apostaban por la infanta María Teresa y otros, por el primogénito de Mercedes, el infante Alfonso.

Teresa, princesa del pueblo

A la mañana siguiente, el pueblo y la prensa habían declarado erróneamente Princesa de Asturias a María Teresa. La Constitución establecía en su artículo 59 que «el rey legítimo de España es don Alfonso XIII de Borbón» y el 60 añadía: «La sucesión al trono de España seguirá el orden regular de primogenitura y representación siendo preferida siempre la línea anterior a las posteriores; en la misma línea el grado más próximo al más remoto; en el mismo grado, el varón a la hembra, y en el mismo sexo, la persona de más edad a la de menos».

Era precisamente la frase de «siendo preferida siempre la línea anterior a las posteriores», la que llevó a creer a la mayoría que María Teresa estaba llamada a convertirse en la nueva Princesa de Asturias. Además, argumentaban que era la única hija con vida de Alfonso XII y que no había habido nunca Príncipes de Asturias que no fueran hijos de reyes, y María Teresa sí lo era. Pero lo que aquella defensa demostraba era el gran cariño que la infanta había sabido ganarse, y así lo interpretaba su primo Fernando.

Sin embargo, un real decreto del rey dejó claro que el sucesor era su sobrino, aunque no le concedió al niño el título de Príncipe de Asturias. «El infante don Alfonso, hijo de mi idolatrada hermana María de las Mercedes, Princesa de Asturias, que en gloria esté, gozará de los honores que le corresponden como inmediato sucesor a la Corona».

Mientras, el cadáver de Mercedes seguía descomponiéndose en su lecho de muerte. Los médicos intentaron empezar a embalsamarla al amanecer, pero les resultó imposible separar a la familia real del cuerpo de la princesa hasta la una de la tarde. El rey quiso quedarse durante el proceso, pero tuvo que abandonar la habitación afectadísimo. También hubo que pedir un nuevo hábito del Carmen, pues el primero se estropeó por los humores que desprendía el cadáver. Cuando los médicos terminaron su trabajo, empezó el ceremonial palatino de la muerte.

Ocho grandes de España sacaron el féretro con los restos mortales de la princesa de la habitación en la que había fallecido y se lo entregaron a los mayordomos de semana que, a su vez, lo pasaron a los gentilhombres y estos a los monteros de Espinosa, que se encargaron de llevarlo en impresionante

comitiva a la capilla real y de custodiarlo en todo momento. El ataúd de la princesa se situó ante el altar, en el mismo catafalco forrado de damasco amarillo utilizado en las muertes de la reina María de las Mercedes y de Alfonso XII. Aunque el féretro estaba cubierto por un cristal, la profundidad del ataúd unida a la altura del catafalco protegían de las miradas el rostro desfigurado de la princesa. Terminado el oficio de difuntos, se abrieron las puertas del palacio para que fuera pasando la multitud que se había congregado ante el alcázar, pero en pocos instantes se formó tal aglomeración que hubo que cerrar de nuevo las puertas.

A las cuatro y media de la tarde se permitió el acceso por grupos de cincuenta personas y los soldados de guardia tuvieron que hacer grandes esfuerzos para contener la avalancha. La muchedumbre empezó a empujar con tanta fuerza que cientos de personas quedaron aplastadas y medio asfixiadas por la presión del gentío y otras tantas acabaron en el suelo, arrolladas por la multitud. Cuando se incorporaron, algunas mujeres tenían el cabello despeinado y los vestidos destrozados y un hombre salió con la americana partida en dos. En palacio hubo que improvisar un botiquín para asistir a los heridos y a quienes tenían síntomas de asfixia.

El público protestaba indignado por la falta de organización y los maleantes aprovecharon el barullo para sacar ganancias. Entre los heridos y contusionados se encontraba una mujer a la que le habían robado los pendientes de una forma brutal: se los arrancaron de las orejas y le colgaban los lóbulos desgarrados. A la casa de socorro del distrito de palacio llegaron varios heridos, entre ellos un estudiante con la clavícula rota, que mientras le hacían la cura se percató de que le habían robado el reloj y la cadena en el tumulto.

Los policías trataron de imponer el orden sable en mano y la consecuencia fue más desorden y caos. Al final tuvo que intervenir la sección de caballería de los Húsares de la princesa para desalojar la plaza y formar dos filas ordenadas, pero cada vez que se abrían las puertas de palacio se formaban nuevos tumultos. Poco a poco se fue imponiendo la calma y hubo que prorrogar el acceso hasta altas horas de la noche para permitir el paso a las miles de personas que querían despedirse de la heredera.

En la mañana del miércoles 19 de octubre, la familia real asistió destrozada a la última misa que se ofició en palacio antes de que los restos mortales de la Princesa de Asturias fueran trasladados a la estación del Norte y, desde allí, en tren al monasterio de El Escorial, donde el ministro de Justicia se los entregaría a los monjes. Acompañada por un impresionante cortejo fúnebre, pero sin nadie de su familia, porque así lo establecía la costumbre, Mercedes abandonó el palacio en el que había nacido, llorado y amado y en cuyos muros una nueva vida ganaba cada hora que pasaba una batalla a la muerte.

El bautizo más triste

Una semana después de su nacimiento, la infantita recibió las aguas bautismales en una de las ceremonias más tristes que se recuerdan en palacio. El padre de la niña, roto por el dolor, ni siquiera pudo asistir y se quedó en sus habitaciones, y el traje blanco de la recién nacida contrastaba con el luto riguroso de los presentes. La reina llegó con su nieto cogido de la mano. A los dos niños huérfanos, Alfonso y Fernando, se les habían puesto anchas cintas de seda negra sobre sus trajes de encaje blanco. El rey y la infanta Isabel fueron los padrinos y, al terminar la ceremonia, se impuso a la pequeña la Banda de María Luisa. Era la misma condecoración que se colocó en su día sobre la princesa Mercedes y la infanta Teresa, que aguardaba desde entonces en un estuche de terciopelo morado que tenía en la tapa el escudo de España repujado en plata. Pero cuando la reina cogió la diminuta banda morada y blanca y la cruzó sobre el cuerpo de la infantita, María Cristina tuvo un gesto enternecedor. Como si comprendiese que la niña, más que honores, lo que necesitaba eran caricias, la estrechó contra su pecho y la besó con un enorme cariño.

Esa misma tarde, Carlos viajó a El Escorial acompañado por sus hermanos y pidió que se improvisara un altar en la zona del pudridero, donde reposaban los restos de la princesa, y se oficiara un funeral por su eterno descanso. A partir de entonces, no había semana en la que el príncipe viudo no se acercara hasta el monasterio para orar por su esposa. Además de sus hermanos, la madre de Carlos viajó a Madrid para acompañar a su hijo en esos momentos tan dolorosos.

Poco a poco, los demás miembros de la familia real fueron retomando sus costumbres. Un mes después de la muerte de la princesa, la reina y María Teresa salieron por primera vez de palacio para dar un paseo por el Campo del Moro. Fernando de Baviera, el prometido de Teresa, volvió a acompañar al rey en sus desplazamientos, como hizo durante su anterior visita a España. En aquellos días llegó a palacio el automóvil que Alfonso XIII había encargado en París y el joven rey empezó a practicar con él por los caminos de la Casa de Campo, pero en cuanto ganó seguridad hizo una excursión a El Pardo y otra a Getafe. Le enseñó a conducirlo un mecánico enviado por la

propia empresa fabricante, que le acompañó en sus desplazamientos durante los primeros días. El vehículo era un Packard de diez caballos, pero en cuanto Alfonso concluyó su aprendizaje, le llegó otro automóvil de veinticuatro caballos, mucho más potente que el anterior. A partir de ese momento, el exceso de velocidad a la que conducía el rey se convirtió en una preocupante cuestión de Estado que el Gobierno intentó abordar imponiéndole unos límites, pero Alfonso no estaba dispuesto a obedecer. En algunas ciudades estaba prohibido circular a más de diez kilómetros por hora, bajo multa de cincuenta pesetas, pero la mayoría de los automovilistas incumplían esa norma.

Fernando veía que se aproximaba la fecha de regreso a Múnich, donde debía estar el 1 de diciembre porque ese día terminaba la licencia que había pedido como oficial del Ejército bávaro. Los sueños que había ido tejiendo a lo largo de ocho meses sobre su próxima boda con Teresa tendrían que aplazarse una vez más tras la muerte de Mercedes, pero había sido tan grande la desgracia ocurrida en Madrid, y la había vivido tan cerca, que hasta el último momento no se atrevió a plantear la situación ante su entristecida novia y mucho menos ante la reina. Teresa quería dejar pasar un año antes de contraer matrimonio. «Así es la vida —le contaba Fernando por carta a su madre—. Vine buscando la felicidad y me encontré con esta tragedia».

Durante el mes y medio que había pasado en el Palacio Real, Fernando se había dedicado en cuerpo y alma a acompañar a la reina, a sus hijos y a Carlos con entereza y con la cercanía familiar que solo él podía ofrecer en esos momentos. Si lo que se habían propuesto durante su estancia de seis semanas en Madrid era que Teresa y él se conocieran a fondo, el objetivo se había conseguido, aunque habían pagado un precio demasiado alto en sufrimiento. Él había visto cómo su novia llenaba el hueco que había dejado Mercedes y se deshacía en cuidados maternos con sus tres sobrinos, especialmente con la recién nacida Isabel Alfonsa, a la que empezó a llamar Bela y con ese apodo se quedó. «Será la madre perfecta para nuestros hijos», pensaba.

Fernando también había aprovechado para conocer la ciudad a la que se iba a trasladar a vivir. Como su rostro no era conocido por los vecinos de Madrid, el príncipe podía salir a pasear por los barrios ricos y pobres con toda

tranquilidad y hablaba con la gente sin que nadie sospechara que aquel joven humildemente vestido iba a convertirse en el marido de la infanta. A Teresa también le gustaba el contacto con la gente, pero a ella sí que la reconocían en cuanto ponía los pies en la calle y acababan acompañándola, entre vivas y ovaciones, de regreso a palacio. Ahora estaba demasiado triste para salir por la ciudad y prefería limitarse a pasear por el Campo del Moro o la Casa de Campo.

El 28 de noviembre Fernando emprendió regreso a Múnich.

—Teresa, lo que más me duele es no poder seguir acompañándote en estos momentos tan duros y compartir tu tristeza. Pero, antes de partir, tengo que decirte que, después de lo que hemos vivido, es mayor aún el deseo que tengo de casarme contigo.

—No sé qué habría sido de mí si no hubieras estado aquí. Mamá, Alfonso, Carlos y yo te vamos a echar mucho de menos.

—¿Sabes, Teresa? El día que llegué a Madrid y no fuisteis a recibirme a la estación, cuando me dijeron que Mercedes había tenido una niña, sentí sana envidia de Carlos. En aquel momento, yo ansiaba casarme contigo y formar una familia como él había hecho; pero horas después, cuando le vi rezar arrodillado ante el lecho de Pola, pensé que no había un hombre más desgraciado en el mundo que él. Sin embargo, creo que muchas personas mueren sin haber conocido nunca la felicidad y, al menos, Mercedes y Carlos la conocieron.

—Siempre nos quedará ese consuelo. Pola fue muy feliz los últimos tres años de su vida.

El primer día que la familia real salió por las calles de Madrid tras la muerte de la princesa fue el de Nochebuena, cuando la reina, la infanta María Teresa y el príncipe Carlos acudieron a misa en el santuario de la Virgen de la Paloma y a comprar los regalos de Navidad para la servidumbre. Tanto al entrar como al salir, los pobres de aquel humilde barrio les entregaron numerosas cartas con peticiones de ayuda, y al día siguiente Carlos decidió socorrer con tres pesetas a cada una de las más de cien personas necesitadas. La princesa había muerto sin hacer testamento, por lo que el juez del distrito de palacio, el señor Ortega Morejón, instruyó el expediente de declaración de herederos a favor de sus tres hijos —Alfonso, Fernando e Isabel Alfonsa— y

de su viudo, y Carlos procuró asumir con su parte del legado las donaciones benéficas que hacía su esposa en vida.

Aquellas Navidades fueron especialmente tristes en el Palacio Real y ni siquiera la presencia de los tres hijos de la princesa alivió el luto de la familia. En esos días también recibieron la visita de la condesa de París y su hija la princesa Luisa de Orleans, que estuvieron un día en Madrid camino de Villamanrique en Sevilla. Luisa, que tenía veintiún años y seguía soltera, se había hecho muy amiga de Teresa desde que asistió al primer baile celebrado en palacio, justo antes de la boda de Mercedes. Pero con quien le unía una amistad más profunda era con el príncipe Carlos, que seguía sumido en la más profunda de las tristezas tras la muerte de su esposa. Refugiado en su profunda fe, pasaba las horas rezando y ni Alfonso ni María Teresa conseguían distraer sus pensamientos.

—¿Sabes dónde está Carlos? —preguntó el rey a su hermana una mañana de enero.

—Dicen que ha vuelto a El Escorial y que se iba a quedar a dormir allí, en una de las habitaciones de la planta baja, para asistir mañana a la misa por Pola. Se cumplen tres meses de su muerte.

—Nosotros iremos mañana, Teresa. Saldremos a las siete de la mañana y en mi automóvil llegaremos enseguida. Pero no digas nada; le daremos una sorpresa.

La mañana del 17 de enero de 1905 hacía un frío terrible, más intenso aún a medida que el coche se alejaba de Madrid y empezó a nevar. Alfonso conducía a gran velocidad y Mercedes le pedía, en vano, que fuera más despacio. Cuando llegaron, el monasterio estaba cubierto de blanco y el fuerte viento hacía más cruda la temperatura. En ese momento, Carlos se disponía a bajar al pudridero de infantes, donde descansaban los restos de Mercedes, y agradeció la compañía de sus cuñados. Finalizada la misa, el rey y la infanta regresaron en coche a Madrid, lo que les llevó setenta minutos, mientras que Carlos y sus acompañantes lo hicieron en tren. En palacio acudieron a otra misa por la difunta princesa.

Al día siguiente, llegaron al alcázar los archiduques de Austria, Federico e Isabel, acompañados por sus tres hijas, Isabel, Enriqueta y Gabriela. Federico era el hermano mayor de la reina María Cristina y el motivo del

viaje era que las tres primas acompañaran a María Teresa, que se había quedado muy sola tras la muerte de su hermana y la partida de Fernando. De todos modos, en aquellos días la prensa buscaba cualquier pretexto para atribuir novias a Alfonso y la presencia de las archiduquesas se interpretó erróneamente en esa clave.

Mientras Teresa se distraía mostrando a sus primas Madrid y sus alrededores, el rey envió a Carlos en visita oficial a Berlín. Como muestra de deferencia, Alfonso había nombrado al emperador Guillermo de Alemania capitán general honorario del Ejército español, y había designado al príncipe embajador extraordinario para la misión de llevarle los uniformes que le correspondían. Durante la visita, Carlos tuvo que pronunciar algunos discursos en francés, pero ese tipo de intervenciones en público no le ocasionaban incomodidad alguna; su timidez se limitaba al terreno personal.

Cuando Carlos regresó de Berlín, se quedó muy satisfecho con el cambio que había experimentado su hija, Bela. En cambio, ahora era Fernando, el segundo, el que presentaba problemas de salud. El niño estaba pálido, demasiado delgado y desganado.

Una novia para Alfonso

En el tercer año del reinado de Alfonso los problemas políticos, económicos y sociales no hicieron más que agravarse. El invierno de 1905 fue especialmente crudo para los jornaleros andaluces y extremeños. Una larga sequía había esquilado los campos y miles de ellos marcharon hacia las ciudades implorando pan, trabajo y limosnas. Algunos gobernantes pidieron refuerzos a la Guardia Civil, pero los agentes no actuaron contra aquellos hombres desesperados por el hambre y la pobreza, y en otras ciudades ordenaron a los asilos que les alimentaran y les prometieron trabajos que nunca se materializaron. La miseria empujó a la emigración a miles de ellos, y en el puerto de Málaga se sucedían escenas desgarradoras. Los emigrantes llevaban consigo cientos de niños desnudos y hambrientos que eran socorridos por los transeúntes antes de embarcar rumbo a América.

En esos mismos días, las «señoras de Madrid», a las que se unieron la reina y las infantas Isabel y María Teresa, costearon con donativos en metálico y más de quince mil piedras preciosas una valiosísima corona para la Virgen del Pilar. Algunos periódicos cuestionaron la inoportunidad de aquel alarde de devoción: «Más le habría agradado a Dios que alimentaran a los hambrientos».

El 9 de abril una desgracia evitable actuó como mecha en el polvorín de descontento en que se había convertido Madrid. La cubierta del tercer depósito de agua del Lozoya, que iba a abastecer la ciudad, se hundió por la mala calidad de los materiales, y en la catástrofe murieron cuarenta obreros y muchos más resultaron heridos. El rey acudió al lugar de la tragedia y se desató la mayor explosión de caridad que se recordaba en la ciudad. Todo el mundo se volcó en la entrega de donativos para las víctimas y sus familias. Sin embargo, con la catástrofe también explotó el descontento de los obreros, que organizaron una gran manifestación de protesta. A su paso, obligaron a cerrar las puertas de los establecimientos y las viviendas privadas en señal de luto, desalojaron a la fuerza los teatros y a los ciudadanos que transitaban por las calles les exigían con violencia que se descubrieran ante una bandera negra en señal de respeto. Al día siguiente, una nueva manifestación, en la

que se llegó a apedrear el hospital de la Princesa y la casa de socorro del distrito de Universidad, se saldó con un muerto y varios heridos.

Al frente de las manifestaciones, el veterano dirigente político Pablo Iglesias arengaba a la muchedumbre: «Pero esta protesta no debe ser contra los que han tenido la culpa de esta desgracia, sino contra el régimen en que vivimos, que para subsistir necesita el sacrificio de la vida de muchos trabajadores». En las fábricas, los cafés, el Parlamento, las iglesias, los teatros y las redacciones empezaba a hablarse de justicia social, pero la realidad de las clases desfavorecidas apenas mejoraba.

En palacio, una vez confirmado el compromiso de Teresa con Fernando, cuya boda se celebraría a principios de enero, una de las prioridades de la reina era encontrar una esposa para Alfonso en las casas reales europeas. Pero el rey, que conocía los gustos de su madre, había dejado claro desde el principio que sería él quien la escogería. Al joven monarca le llovían las invitaciones internacionales y el Gobierno programó dos desplazamientos al extranjero: esa primavera emprendería viaje hacia Francia e Inglaterra y, cuatro meses después, a Alemania y Austria.

Cuando la mañana del 1 de junio llegaron a palacio las primeras noticias de que el rey había sufrido un atentado en París, la reina y María Teresa se llevaron una gran impresión, pero esos mismos telegramas, enviados por el propio Alfonso y por el presidente de Francia, aclaraban que había resultado ileso. A María Cristina le tranquilizó saber que los autores no eran españoles y la llenó de orgullo conocer la templanza y serenidad con la que su hijo había reaccionado tras estallar la bomba que un anarquista había lanzado bajo su carruaje a la salida de la Ópera de París. Al contrario de lo que se proponían los terroristas, a partir de ese momento Alfonso se hizo más popular en toda Europa y aumentó su atractivo entre las princesas casaderas, que le veían como un joven valiente y lleno de aplomo. Con esa aura, Alfonso desembarcó en Inglaterra, donde le esperaba el rey Eduardo VII para presentarle a sus sobrinas. En primera fila estaban las princesas de Inglaterra y en segunda fila, por ser solo alteza serenísima, se encontraba la princesa Victoria Eugenia de Battenberg, que era muy bella y alta y atrajo al joven rey desde el primer momento.

Durante la cena que le ofreció en el palacio de Buckingham, servida en una vajilla de oro para los treinta y seis comensales, Alfonso intentó recabar información sobre aquella princesa: «¿Quién es esa joven de pelo casi blanco?», preguntó. Al día siguiente, volvieron a coincidir en un banquete ofrecido al cuerpo diplomático, y más adelante en el teatro del Covent Garden, donde ambos asistieron a una representación de *Romeo y Julieta*. Hablaron en francés, porque Alfonso no se sentía cómodo con el inglés. No quería hablarlo porque, desde la pérdida de Cuba, era «el idioma del enemigo de España, los americanos». Además, la víspera había cometido un fallo que provocó las risas de los británicos. Quiso decir que se había «constipado», pero al traducir mal al inglés dijo que estaba «estreñado» (*constipation*). En la breve conversación que mantuvo con Ena, que era como llamaban a esa princesa, Alfonso se dio cuenta de que se estaba enamorando, y en el baile de despedida celebrado en el palacio de Buckingham, la sacó a bailar.

—¿Coleccionas postales? —preguntó Alfonso a la princesa para romper el hielo mientras bailaban.

—Sí —respondió Ena, por mostrarse agradable.

—Bueno, pues entonces te enviaré algunas con la condición de que me contestes.

—Oh, sí, te prometo que te responderé.

—Espero que no me olvides —insistió Alfonso.

—Es muy difícil olvidar la visita de un rey extranjero.

Antes de regresar a España, Alfonso dejó en el palacio de Kensington una foto suya para Ena, que la princesa colocó en su cuarto encima de una mesa, y pronto empezaron a llegar las postales del rey, que la princesa contestaba puntualmente pero con cierta frialdad.

En manos de Dios

Mientras el rey se encontraba en el extranjero, el segundo hijo de Carlos, Fernando, sufrió una afección en los ojos, que los médicos de la casa real no sabían tratar. Temían que el niño se quedara ciego, y el príncipe viudo decidió llevarle a París para que le reconocieran unos afamados especialistas. Todos los médicos que vieron al infante coincidieron en que se trataba de un estado de debilidad general muy acentuado y le recomendaron un régimen de vida sano y tranquilo. Carlos envió a su hijo durante una temporada a un pintoresco pueblo francés, Salies de Béarn, donde el pequeño mejoró notablemente. Fernando superó la afección de la vista y recuperó la alegría y el buen color, de forma que regresó a San Sebastián, donde le esperaban impacientes su abuela y su tía Teresa.

Semanas después, el niño volvió a enfermar, pero esta vez su cuadro se agravó de forma alarmante. Los médicos confirmaron el terrible diagnóstico: el infante tenía meningitis, y no disponían de remedios para salvar al niño cuya vida estaba en manos de Dios. Lo único que podían hacer era preparar a su padre, a su abuela y a sus tíos para el fatal desenlace. Se dio aviso a la infanta Isabel, que se encontraba en La Granja, para que se desplazara con urgencia a San Sebastián. Durante los días que se prolongó la terrible agonía, Carlos, la reina, María Teresa e Isabel no se apartaron del cuarto del niño, que se despedía de la vida con terribles convulsiones. Con el corazón encogido, asistían impotentes al sufrimiento del pequeño. Ocho meses después de la muerte de su madre, el infante Fernando falleció a los dos años de edad. En apenas año y medio, la reina había perdido a su madre, a su hija mayor y ahora a uno de sus nietos.

El cadáver se instaló en uno de los salones de Miramar, convertido en capilla ardiente, y tras el embalsamamiento se expuso al público en la iglesia del Antiguo, donde se cantó una misa de gloria. Después, el féretro fue trasladado a la estación y se introdujo en un furgón tapizado en raso blanco que se enganchó al expreso de la tarde hasta El Escorial. El duque de Sotomayor y los marqueses de Hoyos y de Mesa de Asta acompañarían los restos hasta el monasterio, y el príncipe Carlos solo tuvo fuerzas para pedirles que depositaran el ataúd de Fernando junto al de su madre.

Como ocurría en todos los momentos importantes, la maquinaria del protocolo de palacio empezó a funcionar de forma casi automática: se pidieron fuerzas de caballería y de artillería a Vitoria para que rindieran honores al infante en San Sebastián y se ordenó el desplazamiento de otras unidades a El Escorial. Se utilizaría la misma carroza que en el entierro de la princesa, pero forrada de blanco y con galones dorados, y las guarniciones serían encarnadas con penachos blancos y caballos tordos. También se citó por telégrafo a los grandes de España, a seis mayordomos de semana y a otros tantos gentilhombres de casa y boca para que estuvieran el domingo, a las seis de la mañana, en la estación de El Escorial, y recibieran los restos mortales.

Durante los diez días siguientes, la reina y Teresa no salieron de Miramar, pero Carlos, desconsolado, viajó al monasterio de El Escorial para rezar ante las tumbas de su esposa e hijo. El mismo día que el príncipe partió, la infanta María Teresa recibió la visita de su prometido, Fernando de Baviera, que se instaló en el Pabellón Illumbe, situado en el palacio de Miramar pero en un edificio separado de la residencia real. Aquella tarde, Fernando acudió con el rey por primera vez a los toros, afición que mantendría durante toda su vida.

La reina también había aprovechado la estancia estival en San Sebastián para hacer obras en el Palacio Real de Madrid. Además de sustituirse las viejas chimeneas de leña, que estropeaban con sus humos las obras de arte, por calefacción a vapor, se redistribuyeron y arreglaron las habitaciones destinadas al príncipe viudo y a sus dos hijos, las que ocuparían la infanta Teresa y su marido, cuando se casaran, y las de la futura esposa del rey.

En cuanto las obras terminaron y la familia real regresó a Madrid, Alfonso anunció oficialmente el compromiso de Teresa y Fernando mediante un real decreto: «Por convenir al bien de mi real familia y al de la nación; oído mi Consejo de Ministros, he venido en prestar mi real consentimiento para que mi muy amada y querida hermana la infanta doña María Teresa contraiga matrimonio con mi muy amado primo el príncipe Fernando María de Baviera y Borbón. Mi Gobierno pondrá en conocimiento de las Cortes esta mi real consideración».

Fernando se hace español

Fue el propio Fernando quien entregó a la reina y al rey sendas cartas de sus padres en las que pedían la mano de Teresa y, tras la breve y cariñosa respuesta de María Cristina, la prometida regaló al príncipe una sortija y el novio una pulsera de diamantes a la infanta. A Fernando se le concedió la dignidad de infante y, como había nacido en Madrid y era hijo de una infanta española, se le dio a elegir entre la nacionalidad española y la alemana; eligió la primera y, acto seguido, fue a sus habitaciones para cambiarse el uniforme del Ejército bávaro por el de capitán de los Húsares de Pavía.

Como era tradición, también se le impuso el Toisón de Oro y, aunque no estaba programada, se improvisó una comparecencia de los prometidos ante la prensa. La facilitó el rey, quien al bajar las escaleras del palacio para dirigirse a las habitaciones que ocupaba Fernando en la planta baja encontró a un numeroso grupo de fotógrafos y periodistas esperando en el zaguán. Tras el saludo, Alfonso les indicó:

—Si se esperan ustedes, ahora mismo podrán retratar en el patio a mi primo el príncipe don Fernando con el uniforme del Ejército español.

Al rato volvieron a aparecer el rey y el infante y, al ver que Fernando mostraba excesiva formalidad ante las cámaras, Alfonso le dijo:

—¡Vamos, hombre, más suelto y airoso! ¡No es necesario ponerse tan rígido, que ya no eres alemán!

Mientras los fotógrafos tomaban imágenes, uno de ellos insinuó que ya solo faltaba la infanta.

—¿Por qué no? Vengan conmigo —añadió el rey, y condujo a los informadores hacia la terraza de la plaza de Armas, donde obtuvieron imágenes de la reina, la infanta y su prometido.

Esa misma tarde, María Cristina, Teresa y Fernando salieron a pasear en carruaje descubierto por las calles de Madrid cuyos vecinos contemplaban con curiosidad al novio de la infanta. El compromiso de Teresa y Fernando agradaba a ambas familias, al gobierno y al pueblo de Madrid, que siempre se sintió más cerca de la infanta que de su hermana, la difunta Mercedes. Mientras la Princesa de Asturias asistía a las ceremonias palatinas con las autoridades, en Teresa recaían la mayor parte de las actividades benéficas y

esto le permitía entrar en contacto con el pueblo llano. La infanta no solo entregaba importantes donativos, sino que, durante sus visitas a hospicios o comedores sociales, se ponía un sencillo delantal blanco y ella misma servía los platos de los más humildes.

Teresa se presentaba de improviso en los templos de barrios humildes, como el de la Virgen de la Paloma, al que iba con frecuencia, y atendía en la medida de sus posibilidades, que eran muchas, las peticiones que le entregaban los vecinos por escrito. Los trabajadores de palacio, tan discretos cuando se les preguntaba por los miembros de la familia real, nunca ocultaron su inclinación por esta infanta: Teresa se sabía el nombre de todos ellos y el de sus familiares, y se interesaba por sus alegrías y sus desgracias. En más de una ocasión, había mandado parar el coche que la trasladaba para bajarse a preguntar por el hijo o la esposa de uno de ellos.

La infanta solía vestir excesivamente sencilla, lo que creaba problemas a algunas de las damas que la rodeaban, pues resultaba chocante que el séquito fuera más elegante que la hermana del rey. En una ocasión, le hicieron llegar a Teresa sus comentarios sobre la excesiva discreción con la que se había vestido para asistir a un acto y, al día siguiente, la infanta asistió a una recepción con el más lujoso de sus trajes y las más llamativas joyas, lo que motivó elogios a su «espléndida *toilette*». «Es que ayer me vestí para mí, y hoy me he vestido para el pueblo», les respondió la infanta.

Tan austera era Teresa que hasta el encargo de su equipo de novia supuso una enorme discusión familiar en la que tuvo que intervenir el rey. La infanta quería que, sin pecar de pobre, no se derrochara en el *trousseau*. Y, al final, entre su hermano y su madre pudieron convencerla con el argumento de que cuanto más lujoso fuera, más artesanos trabajarían para elaborarlo y más dinero ganarían estos. Además, gran parte del ajuar se encargaría a las asiladas y alumnas de la inclusa, trinitarias, María Cristina, Santa Isabel, San Alfonso, Sagrado Corazón y San Juan de Dios, por lo que tendría una parte de ayuda benéfica.

Otros dos hechos que contribuyeron a reforzar la popularidad de Teresa fueron el cariño con el que trató a su madre tras la muerte de la princesa —«Ahora tengo que quererla por mi hermana y por mí», decía— y la condición que puso a Fernando para casarse con él —«Nos quedaremos a

vivir en Madrid»—. Al contrario de lo que ocurrió durante el noviazgo de Mercedes con Carlos, en esta ocasión nadie cuestionó la idoneidad del príncipe de Baviera como marido de la infanta. El 21 de octubre se leyeron en el Congreso y en el Senado las comunicaciones de mayordomía de palacio en las que se daba cuenta de la petición de mano de la infanta, y la respuesta de las Cortes fue crear una comisión para felicitar a los reyes por «tan fausto suceso».

Sin embargo, había otro noviazgo en la familia real que se miraba con preocupación. La princesa británica con la que Alfonso había empezado a escribirse a su regreso de Londres no era vista con tan buenos ojos por todo el mundo. Cuando la infanta Eulalia llegó a Madrid para asistir a la boda de Teresa y confirmó la inclinación de su sobrino Alfonso hacia Ena, le avisó de que aquel enlace podría acarrear graves consecuencias porque algunas de las mujeres que descendían de la reina Victoria de Inglaterra eran portadoras de hemofilia. La infanta relató el caso de ocho descendientes varones de la monarca inglesa que habían muerto en la infancia como consecuencia de aquella enfermedad. «Bastantes dramas tenemos con los nuestros, como para traerlos de fuera», advirtió a Alfonso, pero el rey estaba enamorado y no quiso escuchar ni a su tía Eulalia ni a los políticos que le desaconsejaron el enlace por otras razones. Ena tampoco le gustaba a María Cristina: «¡Por primera vez en la historia, un rey de España no se casa con una alteza real!», comentó la reina y, en cuanto estas palabras llegaron a oídos del rey de Inglaterra, este la elevó de rango.

La boda despierta el entusiasmo

—La duquesa viuda de Bailén me ha pedido el consentimiento para organizar un baile en tu honor, Teresa.

—¿En mi honor? Habrás que dicho sí, ¿verdad, mamá? Nunca he asistido a ningún baile fuera de casa.

—Le he dicho que por mí no había nada que objetar. Al contrario, le he dado las gracias.

El 15 de diciembre la familia real al completo asistió al baile que la duquesa ofreció en su magnífico palacio de la calle Alcalá y abrió la fiesta con el tradicional rigodón de honor. Todos bailaron, excepto la reina. El rey lo hizo con la anfitriona, Teresa bailó por primera vez con Fernando, y la infanta Isabel con el embajador de Austria-Hungría. Después, la orquesta del maestro Barbero continuó con vales y hubo cambios de pareja, mientras los invitados se distribuían por los magníficos salones para contemplar las obras de arte que decoraban el palacio, entre las que destacaban los techos de Rosales, bronce de Benlliure, tapices de Goya y cuadros de Madrazo.

Diez días después, los padres de Fernando llegaron a Madrid, donde fueron recibidos con el cariño de siempre, y el príncipe aprovechó su estancia para operar a algunos pacientes en el hospital de la Princesa. En aquellas fechas se expuso en el comedor de gala del Palacio Real el equipo de la novia y algunos de los regalos de boda, como la impresionante colección de joyas con la que la reina obsequió a su hija. También se mostró, por primera vez, el vestido nupcial, elaborado en raso blanco con encajes *point d'Alençon* que Fernando había regalado a su prometida, igual que el magnífico velo antiguo, y el manto de tres metros de largo, que iba prendido a la cintura. Lo rodeaban espectaculares vestidos de baile, de ceremonia, de corte y de paseo, faldas, blusas, abrigos, capas, chales, batas, saltos de cama...

Igualmente se podía admirar la ropa blanca, cuyos delicados bordados llamaban la atención del público que tuvo acceso a contemplar la exposición. Junto a finas camisas de batista se exhibían los refajos, cubrecorsés, enaguas y pantalones, mantas de Sajonia, colchas de Damasco y juegos de cama con preciosos encajes y tiras bordadas. En otra zona del comedor se exponían los más de catorce sombreros de la infanta, su valiosa colección de abanicos,

antiguos y modernos; un abrigo de piel de nutria y varias estolas y manguitos de marta y chinchilla, entre otros. Lo único que no se expuso porque debía ser elaborado en el último momento fue el ramo de la novia. Teresa se lo había encargado a Pagés, un peluquero artista que también había hecho el buqué de Mercedes y al que se rifaban las damas para que les hiciera tocados y las peinara en las grandes ocasiones.

Dos años después del flechazo que sintió por su prima, el príncipe de Baviera, nacionalizado español y convertido en el infante don Fernando, hacía realidad su sueño de casarse con la mujer que amaba. Ella tenía veintitrés años y él veintiuno. La boda se celebró el 12 de enero de 1906 en la capilla del Palacio Real, que aquella mañana amaneció sitiado por una multitud entusiasmada con el enlace. El rey y la infanta Paz fueron los padrinos y, durante la ceremonia, la novia se emocionó cuando el arzobispo de Toledo, cardenal Sancha, le dirigió las habituales preguntas:

—Vuestra alteza serenísima señora infanta doña María Teresa de Borbón y Austria, ¿quiere por esposo a su alteza real el serenísimo señor infante don Fernando María de Baviera y Borbón?

Teresa, conmovida, abrazó a su madre entre lágrimas durante unos segundos que se hicieron eternos y luego respondió afirmativamente a esa y a las siguientes preguntas, las mismas que, a continuación, fueron formuladas a Fernando, quien pidió la venia a su padre antes de contestar.

Tras la ceremonia y la inscripción en el registro civil, Teresa quiso que su primer acto fuera saludar al pueblo y los recién casados salieron al balcón principal de la plaza de Oriente, donde les recibieron con largos aplausos y vivas, que incluso continuaron durante varios minutos cuando la pareja se retiró. Por la tarde, los infantes acudieron a la iglesia de la Virgen de la Paloma, y los vecinos del barrio populoso les brindaron una calurosa ovación. De regreso a palacio, cruzaron las principales calles de Madrid hasta el Retiro y la Castellana, que estaban rebosantes de público. Solo había un recuerdo que nublabla la felicidad de Teresa: no podía evitar comparar su boda con la de su hermana. «Qué injusto fue aquello», lamentaba para sí misma.

Teresa y Fernando se instalaron provisionalmente en el Palacio Real hasta que finalizaran las reformas del palacete que les había regalado la reina. Era la antigua casa de la familia Castro Serna, estaba situada en la Cuesta de la

Vega, justo enfrente de la catedral de la Almudena, a muy pocos metros del alcázar, y la pensaban decorar con los muebles que el rey consorte Francisco de Asís había dejado a Fernando, su nieto preferido, a quien legó el castillo de Épinay y casi todos sus muebles y obras de arte. El compromiso de los recién casados era permanecer en el Palacio Real al menos hasta que Alfonso se casara y tuviera descendencia, y la intención del rey era contraer matrimonio esa misma primavera con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg.

El rey se casa con Ena

Los infantes descartaron la posibilidad de hacer un viaje de novios porque en aquel momento tenían demasiados compromisos institucionales y familiares que atender. A finales de enero era el santo del rey, probablemente el último que celebrara como soltero, y debían asistir a la ceremonia. En febrero, Alfonso pidió a Fernando que le representara en el funeral por el rey Christian IX de Dinamarca y en marzo acudieron en el palacio de Miramar de San Sebastián a la conversión al catolicismo de la princesa Victoria Eugenia de Battenberg, que era protestante. Como recuerdo de aquel día, Teresa regaló a su futura cuñada un crucifijo de oro. Aunque la infanta hubiera hecho cualquier cosa por agradar a su hermano, lo cierto es que congenió con Ena desde el principio, a pesar de que ambas jóvenes no podían ser más distintas. A la princesa inglesa le encantaban las joyas y seguir la última moda, se acortaba las faldas por encima del tobillo, era de constitución fuerte, fumaba, dedicaba el tiempo que fuera necesario a cuidar su imagen y le gustaba la vida social, como a cualquier joven de su edad. Teresa, sin embargo, apenas se arreglaba y, cuando lo hacía, era por obligación; tenía que hacer grandes esfuerzos para vencer su delicada salud y disfrutaba de la vida familiar y el hogar.

Ese mismo mes, los infantes acompañaron a Alfonso en los viajes que realizó a las islas Canarias y a Sevilla y después llegaron los preparativos de la boda del rey, programada para el 31 de mayo. Días antes Alfonso tuvo que firmar un tratado con el monarca de Inglaterra por el que se comprometía a pagar cuatrocientas cincuenta mil pesetas al año a su esposa a lo largo del matrimonio y a garantizarle doscientas cincuenta mil, si se quedaba viuda. A cambio, Ena renunciaba a sus hipotéticos derechos a la Corona de la Gran Bretaña.

La mañana de la boda Teresa sintió un leve mareo que le vino a confirmar lo que sospechaba: estaba embarazada, pero ese día todo el mundo estaba demasiado atareado con el enlace de Alfonso, por lo que decidió esperar para compartir la buena noticia. El rey se había ido a las seis y media de la mañana a desayunar con Ena, que se había instalado en el palacio de El Pardo, y ambos regresaron juntos a Madrid, aunque la novia fue al Ministerio de la

Marina, desde donde saldría hacia la iglesia de los Jerónimos, y Alfonso regresó al palacio de la plaza de Oriente.

En el alcázar, un montón de príncipes e infantes se acomodaban en los carruajes por orden protocolario para acudir a la ceremonia religiosa. Teresa y Fernando irían en el penúltimo lugar, ya que la reina había salido con otra comitiva real a recoger a la novia. En el último coche iban el rey, el príncipe don Carlos y su hijo mayor, el heredero de la Corona. El pequeño infante Alfonso iba vestido con un traje de raso blanco y respondía a los saludos militares con tanta seriedad que hacía gracia a todos. Si la bomba que el anarquista Mateo Morral lanzó al carruaje de los reyes pocas horas después hubiera acabado con la vida de Alfonso, Bebito habría sido proclamado rey a los cinco años de edad.

Cuando ocurrió el atentado en la calle Mayor, tras la ceremonia religiosa, los reyes recién casados iban solos en el carruaje. Los coches que llevaban a Teresa y Fernando, y a Carlos con su hijo acababan de pasar por el lugar de la tragedia. Al oír la explosión, un escalofrío de horror les recorrió el cuerpo, pero cuando fueron a reaccionar vieron al general Bascarán, que se acercaba a todo galope para decirles a ellos, a la reina y a las infantas Isabel, Paz y Eulalia, que los reyes estaban ilesos y que continuarían el recorrido en la carroza de respeto. El príncipe Carlos, demudado, sí que se bajó de su coche y se acercó corriendo hasta Alfonso y Ena para escuchar de su propia voz que no habían resultado heridos. Aun así, Carlos se quedó espantado con la escena que rodeada a los recién casados. La sangre y las vísceras de las personas muertas se mezclaban con las de los caballos reventados.

Una vez en palacio, Teresa y Fernando esperaron en el zaguán la llegada de los reyes. Ena, con el vestido blanco de novia manchado de sangre, y Alfonso, con el rostro desencajado, lograron mantener la serenidad hasta que llegaron a sus habitaciones y en la intimidad familiar se vinieron abajo. Teresa abrazó fuertemente a Ena y la reina a su hijo. El rey pidió a sus dos cuñados, Carlos y Fernando, que acudieran en su nombre a dar el pésame a las familias de los muertos y que visitaran a los heridos.

—Ena, mañana, a las doce del mediodía, saldremos solos, sin escolta, a recorrer las calles de Madrid. Esa será mi respuesta a los terroristas: no

lograrán amedrentar al rey. Visitaremos las capillas ardientes de los muertos y a los heridos en el hospital.

¡Tenemos la foto del atentado!

El día de la boda del rey, en la redacción de *ABC* no había un alma. Todos los redactores y fotógrafos se habían distribuido por donde iban a pasar los novios para ofrecer la mejor cobertura de aquel acontecimiento. Marcelino Calleja había estado en los Jerónimos y, a la salida, siguió los pasos del cortejo nupcial para ver el ambiente festivo que se respiraba en la ciudad. Por indicaciones de Luca de Tena, había encargado a los tres mejores fotógrafos del momento, Goñi, Irigoyen y Franzen, la cobertura de la boda, pero el periódico también se nutría de las imágenes que enviaban los espontáneos: «A los señores fotógrafos de profesión y a los aficionados que envíen a la redacción de *ABC* fotografías sobre algún asunto de interés y de palpitante actualidad, se les abonarán diez pesetas por cada prueba que publiquemos. Al pie de cada fotografía se indicará el nombre de su autor». En aquella ocasión, el precio de cada foto publicada se elevaría a veinticinco pesetas.

Cuando se aproximaba a la Puerta del Sol, Marcelino se vio sorprendido por los coches de Cruz Roja que trasladaban a numerosos heridos. Informado del atentado, acudió corriendo al lugar de la tragedia y, entre lo que vio y lo que le contaron, se pudo hacer una idea del horror que se había vivido allí. Calleja regresó a la redacción para empezar a preparar el periódico y, nada más sentarse en su butaca de madera, se le acercó uno de los botones.

—Señor Calleja, hay un joven en portería que dice que tiene fotos del atentado del rey.

—¿Fotos del atentado? Que suba inmediatamente.

—¿Le traigo a la redacción?

—Llévale al patio andaluz, que ahora mismo voy.

Calleja salió al encuentro del joven, que llegaba con una cámara de fotos en la mano.

—Buenos días, me dicen que tiene fotos del atentado.

—Buenos días. Yo estaba haciendo fotos desde un balcón de la calle Mayor cuando se produjo la explosión. No sé cómo habrán salido porque enseguida se ha formado una gran humareda que tapaba todo, pero cuando se revelen se podrá ver si les valen o no.

—Acompáñeme. Vamos al «cuarto oscuro» para salir de dudas y, mientras revelan las placas, si no le importa, me cuenta todo lo que vio para la crónica.

Cuando el estudiante terminó su relato detallado de lo que había pasado, el operario del taller les avisó de que ya estaban reveladas las fotos e iba a encender la luz.

—¡Dios mío! ¡Es la foto de la explosión de la bomba! —exclamó Marcelino, maravillado ante el documento histórico que tenía entre sus manos. En la foto se apreciaba a los caballos encabritados, los jinetes a punto de ser desmontados, a la gente despavorida, a personas en el suelo y una nube de humo blanco tras la carroza.

Luca de Tena pagó trescientas pesetas al estudiante por la foto, que al día siguiente fue la portada de *ABC* y supuso el mayor éxito de la prensa universal, que la reprodujo en todos los rincones del planeta. Era la primera vez que un periódico publicaba la foto de un atentado y la imagen ocasionó tal sorpresa que algunos sostenían que era un dibujo. «Si de verdad alguien lo duda, tenemos el cliché para demostrar que es una foto», argumentaba Calleja a quienes lo cuestionaban, con más envidia que fundamento.

Aquella portada de *ABC* también impresionó en el Palacio Real, donde los reyes y los infantes miraban asombrados ese segundo congelado en el que a punto estuvo de cambiar la historia de España.

Carlos ya no está tan triste

Teresa temió que la impresión del atentado malograra su embarazo, pero aquel niño estaba fuertemente aferrado a la vida y, transcurridas unas semanas, anunció la buena noticia a su familia. Mientras la infanta mantenía su actividad benéfica, con visitas a asilos, incluso, hospitales e iglesias, donde trataba de aliviar las penalidades de los más desfavorecidos, Fernando emprendió algunos viajes en representación del rey, como venía haciendo Carlos, que en las últimas semanas había experimentado un cambio de actitud.

—Fernando, creo que Nino se está enamorando de Luisa —comentó una noche Teresa a su marido.

—¿De Luisa? ¿De Luisa de Orleans? —preguntó sorprendido el príncipe.

—Creo que sí. Cada vez que ella pasa por Madrid, Carlos se muestra alegre y la mira de una forma especial. Le conozco perfectamente y sé que algo está pasando.

—¿Y te parece mal?

—Tengo sentimientos encontrados. Por un lado, pienso que Carlos es muy joven, solo tiene treinta y seis años, y supongo que es natural que no quiera estar solo el resto de su vida; pero, por otro lado, me da pena que alguien ocupe el lugar de Mercedes. Ha pasado tan poco tiempo...

—Lo comprendo, pero Carlos ha sufrido mucho por la muerte de Pola y tiene derecho a volver a enamorarse.

—Mamá no lo hizo cuando se quedó viuda.

—Tu madre era la regente y, si se hubiera vuelto a casar, habría ocasionado un grave problema al Estado y a la Corona. No lo puedes comparar.

—Aunque mamá hubiera sido una simple modista, no se habría vuelto a casar porque para ella no existe ningún hombre como mi padre. Además, Carlos también tiene unos deberes que cumplir: es el Príncipe consorte y viudo de Asturias. Es el padre del heredero.

—Pero su hijo dejará de ser el heredero en cuanto Alfonso tenga descendencia. Además, Carlos es un hombre muy responsable. Estoy seguro de que no tomará ninguna decisión que perjudique a la Corona.

—Me duele que ya se haya olvidado de Mercedes.

—Imagínate que hubiera sido al revés y que hubiera sido Mercedes la que se hubiese quedado viuda, ¿la habrías animado a volver a casarse?

—Supongo que sí, que me habría gustado que se hubiera vuelto a casar. Aunque estaba tan enamorada de Carlos...

—Y Carlos también lo estaba de Mercedes. No lo dudes.

Las sospechas de Teresa se fueron confirmando a medida que transcurrían los meses y el noviazgo de Carlos y Luisa empezó a ser un secreto a voces. El príncipe viudo llevaba una brillante carrera militar en los Húsares de la princesa y se había ganado el respeto de todos. Cinco años después de su boda con Mercedes, había desaparecido el rechazo de la opinión pública a su persona y recibía muestras de afecto allá donde iba. No obstante, Carlos se sentía enormemente solo hasta que empezó a relacionarse con Luisa. Ella no solo era la mujer que amaba sino que también sería una perfecta madre para sus dos hijos, que debían ser educados de acuerdo a la alta posición que ocupaban.

Sofisticada, cosmopolita y de porte regio, pero severa y estricta hasta el extremo, Luisa era nieta del duque de Montpensier y de la infanta de España Luisa Fernanda y estaba estrechamente vinculada con Sevilla. La princesa creció entre la residencia inglesa de sus padres, los condes de París, y la finca andaluza de Villamanrique, que su madre había heredado del duque de Montpensier.

Carlos conocía a Luisa desde que era una niña. Cada vez que su madre pasaba por Madrid o por San Sebastián, acudía con ella a visitar a la reina y a sus hijas. De la misma edad que Teresa, su prima segunda, la princesa Luisa había asistido a todos los acontecimientos importantes de la familia real. Cuando Carlos empezó a encontrar en Luisa el alivio de su tristeza, enseguida notó que los sentimientos eran recíprocos, pero el príncipe viudo se sintió obligado a advertirla de que su boda no podría celebrarse hasta que se produjeran una serie de acontecimientos.

—Mi deseo es casarnos lo antes posible, pero mi deber es esperar a que el rey Alfonso tenga un hijo. En el momento en que nazca el Príncipe de Asturias, mi hijo Alfonso dejará de ser el inmediato heredero de la Corona, y

podremos contraer matrimonio. No puedo asegurarte cuándo ocurrirá, pero lo razonable es que ocurra pronto —expuso Carlos a Luisa.

Si el rey Alfonso moría antes de tener un varón, el hijo de Carlos sería proclamado rey y Carlos debía ejercer como regente hasta que Bebito alcanzara la mayoría de edad, pero si el príncipe viudo contraía de nuevo matrimonio quedaría descartado para ocupar esta elevada responsabilidad. Luisa, que tenía un alto sentido de sus derechos pero también de las obligaciones que tenían los miembros de las familias reales, se comprometió a esperar el tiempo que fuera necesario.

El príncipe viudo aún tuvo que superar el amargo trago de comunicar su enamoramiento a la reina María Cristina, a Alfonso y a Teresa, que no solo se mostraron comprensivos con la decisión de Carlos de volverse a casar, sino que además apoyaron la elección de Luisa, a la que todos querían mucho. Igualmente, agradecieron a Carlos que aplazara la boda hasta que naciera un heredero. Hasta entonces, los enamorados trataron de mantener su relación en secreto ante la opinión pública, pero los periódicos extranjeros no tardaron en desvelar aquella nueva historia de amor, que volvía a unir a un Borbón con una Orleans. Aun así, Carlos seguía fiel al recuerdo de Mercedes y, cuando se cumplió el segundo aniversario de su muerte, el príncipe viudo viajó a El Escorial, pasó la noche en el monasterio y, al día siguiente, asistió a las misas por el eterno descanso de la que había sido su primera esposa. Lo único que la familia real pidió a Carlos fue que la boda se celebrara fuera de España para evitar malos entendidos.

El palacio se llena de infantes

La mañana que se cumplían once meses de su boda, el 12 de diciembre de 1906, María Teresa dio a luz a su primer hijo, después de largas horas de dolores. El inevitable recuerdo trágico de la muerte de su hermana tras dar a luz a su tercer hijo hizo que se extremaran las medidas de precaución, de forma que los doctores Grinda y Gutiérrez hicieron guardia en palacio en cuanto empezaron las molestias. La reina y Fernando apenas se separaron del lecho de la infanta durante los diez días que permaneció recuperándose en la cama. El alumbramiento se había desarrollado con normalidad, pero Teresa, que siempre había tenido una salud quebradiza, necesitó más tiempo del habitual para restablecerse.

El niño, que fue presentado a las autoridades de acuerdo con el ceremonial de palacio, vino al mundo antes de lo que se esperaba y hubo que telegrafiar al pueblo de Villacarriedo pidiendo que enviaran una nodriza con urgencia para que le amamantara. También se avisó a los padres de Fernando para que emprendieran viaje a Madrid y pudieran asistir al bautizo de su primer nieto, que recibió el nombre de Luis Alfonso y al que su tío, el rey, concedió mediante real decreto el título de infante de España.

En aquellos días también se anunció oficialmente que la reina Victoria Eugenia había entrado en el quinto mes de embarazo, lo que llenaba de alegría a todos porque garantizaría la continuidad dinástica, pero para Carlos la noticia también suponía que su boda con Luisa estaba más cerca. Para que todo saliera perfecto solo hacía falta que el bebé que esperaban los reyes fuera un varón. Pero pocas semanas antes del alumbramiento, la alarma saltó en el Palacio Real. El infante Fernando cayó enfermo y los médicos le diagnosticaron sarampión, por lo que ordenaron su aislamiento en sus habitaciones. Estas estaban suficientemente alejadas de las dependencias de la reina, en cuyo estado una infección de ese tipo podría haber sido peligrosa para la madre y para el niño que esperaba.

Días después fue Teresa la que empezó a presentar los mismos síntomas que su marido y, como la infanta había estado en contacto muy estrecho con su cuñada, se temió que la reina pudiera contagiarse también. Afortunadamente, Victoria Eugenia no enfermó y dio a luz un niño

aparentemente sano que tranquilizó a todos. Sin embargo, Teresa y Fernando no pudieron asistir al acontecimiento histórico que supuso aquel nacimiento ni a la presentación del Príncipe de Asturias, que reunió a las más altas autoridades en el interior del palacio y a una impresionante multitud en la plaza de Oriente. Aislados en sus habitaciones, los infantes tuvieron que conformarse con la información que recibían por teléfono. «¡Un niño! ¡Ha sido un niño! Y ambos están muy bien. Sin problemas», les informó rápidamente María Cristina por teléfono desde la misma habitación de Victoria Eugenia, pero la reina madre no podía darles muchos más detalles porque tenía que asistir a la ceremonia. El príncipe había venido al mundo el 10 de mayo, el día que Fernando cumplía veintitrés años. Los infantes estaban deseando reponerse para conocer a su nuevo sobrino, que estaba llamado a reinar como Alfonso XIV, pero hasta que no finalizara la llamada «fase de desescamación», los médicos no les permitirían romper el cordón sanitario. Tampoco podían ver a su hijo, Luis Alfonso.

Cuando el príncipe Carlos oyó decir al presidente del Gobierno, Antonio Maura: «Señores, su majestad la reina acaba de dar a luz un príncipe. ¡Viva el rey! ¡Viva la reina!», una profunda emoción le recorrió todo el cuerpo. Sintió alivio por la Corona, por María Cristina, por Alfonso y por sí mismo; porque ahora era de verdad libre para iniciar una nueva vida con Luisa. Al día siguiente acudió a firmar las escrituras de la casa que él y su futura esposa habían escogido para crear un hogar. La reina madre les había ofrecido que se quedaran a vivir en el Palacio Real, donde Luisa haría compañía a Victoria Eugenia, pues ambas eran amigas de juventud, pero los prometidos prefirieron tener su propia casa. Carlos no tenía patrimonio personal con el que afrontar la adquisición y María Cristina les compró con su propia fortuna el palacio de Villamejor, situado en el paseo de la Castellana.

Tal y como había prometido a su novia, el tercer día del nacimiento del nuevo heredero, Carlos viajó en tren a Sevilla y, desde allí, a Villamanrique para cerrar su boda con la princesa Luisa de Orleans, que se celebraría el 17 de noviembre de 1907 en Wood Norton (Reino Unido), la residencia del hermano de la novia, el duque de Orleans. Carlos apenas estuvo dos días en la finca sevillana y, en cuanto regresó al Palacio Real, aprovechó que aún permanecía la princesa Beatriz de la Gran Bretaña, madre de Victoria

Eugenia, para pedir permiso a través de ella al rey Eduardo VII y que le autorizara a celebrar el enlace en Inglaterra. El anuncio oficial del matrimonio también se hizo desde el extranjero, en concreto lo hizo el duque de Orleans en ausencia de Carlos, durante un almuerzo familiar celebrado el 25 de mayo en Bruselas, al que asistieron la condesa de París y su hija, la princesa Luisa.

El nacimiento del hijo de Alfonso XIII supuso que el primogénito de Carlos y Mercedes dejara de ser el heredero de la Corona. A Bebito, que ya tenía seis años, nunca se le había otorgado la dignidad de Príncipe de Asturias, pero su padre creyó que tenía derecho a cobrar la asignación que el Estado establecía para los infantes que dejaban de ser príncipes. Unos pocos días antes de su boda con Luisa, Carlos envió a través de la intendencia de palacio una comunicación al Ministerio de Hacienda en la que se solicitaba que se concediera al infante don Alfonso la pensión de doscientas cincuenta mil pesetas anuales, en razón de haber sido Príncipe de Asturias, o en caso contrario la de ciento cincuenta mil pesetas por ser infante de España.

Aquella petición se consideró muy inoportuna en un país en el que miles de niños fallecían en la miseria. La situación llegaba a tal extremo que el Gobierno se veía incapaz de hacer cumplir la ley que prohibía la mendicidad infantil porque condenaba a los niños a morir de hambre. Además, si se concedía tal pensión, se iba a producir la extraña discriminación de que los hijos de Carlos cobrarían una asignación, mientras que los de la hermana del rey, Teresa, solo tendrían derecho a la dignidad de infantes, pero esta no iría acompañada de dotación alguna.

La solicitud de la pensión fue denegada por el Ministerio de Hacienda. A pesar de todo, Carlos no se dio por vencido y, a través de la intendencia de palacio, presentó un recurso en el Consejo de Estado donde, tras un duro debate, la pensión fue aprobada por siete votos a favor y cinco en contra.

A la boda de Carlos y Luisa en Inglaterra asistieron los reyes Alfonso y Victoria Eugenia, pero ni María Cristina ni Teresa quisieron presenciar la ceremonia en la que el viudo de Mercedes se casaba en segundas nupcias.

—Nando, yo me siento más cómoda si me quedo aquí. Entiendo que Carlos se case y le deseo de corazón que sea muy feliz con Luisa, pero no me gustaría estar presente en el momento en el que el sacerdote les declare

marido y mujer. Les arruinaría la ceremonia con mi tristeza —argumentaba la infanta a su marido.

Tras la boda, los recién casados emprendieron el viaje de novios hacia el Bósforo antes de instalarse en su nueva residencia de Madrid. Pero ellos no fueron los únicos que abandonaron el Palacio Real. En cuanto terminaran las obras del palacete de la Cuesta de la Vega, Teresa y Fernando también dejarían el alcázar en el que nacieron.

Los infantes se acercaban de cuando en cuando a supervisar la remodelación de su nueva residencia y en una de esas visitas se llevaron un enorme disgusto cuando les informaron de que uno de los albañiles, Pedro Gutiérrez Martín, se había caído del andamio sobre el empedrado y, tras sufrir conmoción cerebral y diversas contusiones por todo el cuerpo, había sido ingresado en estado grave en el hospital Provincial. Al parecer, el andamiaje no se ajustaba a las disposiciones vigentes, por lo que la autoridad judicial estaba depurando responsabilidades.

—Fernando, ni siquiera en nuestra casa se cumplen las normas de los andamios para proteger a los obreros. Imagínate en qué condiciones trabajarán en otros sitios —lamentó Teresa.

—Tienes razón, de nada sirven las leyes si no se hacen cumplir. Nosotros nos ocuparemos de que a este albañil herido y a su familia no les falte nada hasta que pueda reincorporarse al trabajo, pero de los albañiles que sufren accidentes en otras obras, ¿quién se ocupará?

En la primavera de 1908, los infantes viajaron a Múnich para asistir a las bodas de plata de los padres de Fernando, y en aquellos meses, la familia real creció con el nacimiento de dos nuevos infantes. Primero llegó Jaime, hijo de los reyes, y en septiembre nació Carlos, el primer hijo de Carlos y Luisa, que vino al mundo en Santillana del Mar, donde sus padres pasaban las vacaciones. Alfonso concedió a este niño —como hizo con sus hermanos que nacieron después— el tratamiento de alteza real y honores de infante de España y les otorgó un lugar en la línea de sucesión.

Para entonces, Teresa había vuelto a quedarse embarazada y, después del verano, se trasladó con su marido y su primogénito a su nueva residencia. Allí nació el 26 de marzo de 1909 el segundo de sus hijos, José Eugenio, que fue presentado por su padre y por su abuela la reina María Cristina siguiendo

el ceremonial de costumbre. En cuanto el pequeño vino al mundo se mandó aviso a los príncipes de Baviera para que asistieran al bautizo, que se celebró en el Palacio Real.

Dos meses después, Ena daba a luz una niña, Beatriz. Aunque la reina Victoria Eugenia había tomado la decisión de dar la lactancia a sus hijos, Teresa consideró más conveniente en su caso mandar llamar a una nodriza de Santander, como había hecho siempre la familia real. «Si yo hiciera como tú, me temo que mi hijo se moriría de hambre, Ena. Seguro que la leche del ama de cría es de mejor calidad que la mía, que cada dos por tres estoy enferma», se lamentaba ante su cuñada.

Antes de terminar ese año, Carlos y Luisa también tuvieron otro bebé. Dolores, a la que todos llamaban Dola, nació el 15 de noviembre de 1909 en el palacete de la Castellana, pero fue bautizada en el Palacio Real, a donde se trasladó una vez más la pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán. Además, Ena había vuelto a quedarse embarazada.

Un extraño presentimiento

—¿Y dices que has estado inaugurando el asilo de las golfas? ¿Así se llama?

—preguntó Fernando a Teresa.

—Así es como lo conoce la gente, pero el nombre da igual. Hacía falta un sitio así y ya existe. Claro, que enseguida se quedará pequeño, porque solo caben cincuenta internas, pero por algo se empieza. No te puedes imaginar la buena obra que están haciendo y lo difícil que es trabajar allí.

—¿Por qué es tan difícil?

—Porque la mayoría de las mujeres y niñas que recogieron el primer día se resistían a ir. Las pobrecillas decían que no querían perder su libertad. ¡Como si fueran libres viviendo en la calle! Una vez llevadas al asilo, se rebelaron y se negaban a bañarse, que es lo primero que se hace con ellas porque tienen piojos, pulgas y huelen mal las pobres. También hay que cortarles el pelo... bueno, la maraña de pelo, hasta que se acostumbren a mantener la higiene.

—¿Y lograron convencerlas?

—No exactamente. Llamaron a los guardias para que pusieran orden, pero ellas salieron corriendo y se prendieron alfileres en las mangas de los vestidos para que se pincharan al cogerlas.

—¿Y qué hicieron?

—Las castigaron durante quince días sin poder salir del centro y, al final, fueron cediendo. Además, esa medida hizo que las nuevas se portaran de una forma más dócil a su llegada.

—Y supongo que allí les enseñarán a ganarse la vida de otra manera.

—Además de dormitorios, comedor, cocinas y baños, tiene una escuela, donde les enseñan. Lo primero es que se acostumbren a las tareas de limpieza y cocina y, a la vez, les dan la posibilidad de aprender trabajos manuales para que el día de mañana puedan vivir libres, pero honradamente.

—¿Y no volverán a la mala vida?

—Dicen que la mayoría de ellas estaban en esa vida más por las circunstancias que por inclinación natural, y que pronto comprenderán que es mejor esta nueva vida que la que antes llevaban. La verdad es que el asilo está muy bien: es un hotelito de dos plantas que está en la calle Zurbano. He

felicitado al doctor Tolosa Latour y a la señora García del Real por la iniciativa.

—¿Y cómo va el proyecto del que te habló la condesa de San Rafael?

—Viento en popa. Se llamará el Bazar del Obrero, y, a través de él, distribuiremos ropa, instrumentos de trabajo, menajes... en fin, todo lo que consigamos que nos donen y que los vecinos del barrio de la Paloma puedan necesitar.

Desde que la condesa le había planteado la idea, la infanta se volcó en esa iniciativa destinada a sacar a aquel barrio obrero de la pobreza. Cada vez que Teresa visitaba a la Virgen de la Paloma, los vecinos le entregaban decenas de cartas con peticiones de ayuda y, en la mayoría de las ocasiones, bastaba con una pequeña donación para resolver el estado de necesidad que atenazaba a las familias. Eran cartas de mujeres que se ganaban la vida cosiendo y a las que se les había roto la lámpara de petróleo que utilizaban para trabajar en las largas noches de invierno; albañiles y fontaneros que necesitaban nuevas herramientas, madres de niños tullidos que pedían muletas...

Aquellos momentos eran los más felices en la vida de Teresa. Cada día que pasaba se sentía más enamorada de Fernando y también más querida y apoyada por él. Entre el cuidado de sus dos hijos, que crecían sanos; el trabajo del bazar y las jornadas en los asilos, hospitales y comedores sociales, tenía la vida llena. Sin embargo, temía que alguna desgracia arruinara de nuevo su vida, como le había ocurrido tantas veces antes. Desde la muerte de su hermana, la perseguía el recuerdo de aquella gitana que había vaticinado una tragedia a Mercedes en las líneas de la mano. Es verdad que ella se burló del augurio en aquel momento, pero lo cierto es que, cuando comparó su mano con la de Pola, las tenían exactamente iguales. «Si el destino está escrito en las manos, ¿será el mío tan trágico como el de mi hermana?», se preguntaba para sus adentros.

Sabía que esos pensamientos no los podía compartir con nadie de su confianza, y mucho menos con Nando. Él era tan racional que este tipo de comentarios le habrían parecido impropios de una persona culta y cristiana. La acusaría de supersticiosa, de ignorante y de miedosa, y probablemente con razón. Pensándolo fríamente no tenía sentido, pero la idea de un destino

trágico no se la podía borrar de la mente y se estaba convirtiendo en una obsesión.

Su temor a una muerte repentina la llevó a pensar que no había hecho testamento. No le preocupaba el reparto de su herencia, que en cualquier caso sería para sus hijos y su marido; lo que no quería era llevarse a la tumba todas las cosas que quería decir a sus seres queridos y que, en vida, no se pueden decir, algunas porque son demasiado profundas y otras porque podrían ser malinterpretadas. Tenía tanto que agradecer... y no quería que le pasara lo que a su hermana, que falleció sin testar y hubo que adivinar su última voluntad. La noche del 20 de noviembre de 1910, en el silencio del palacete de la Cuesta de la Vega, mientras sus hijos dormían y su marido se encontraba de viaje, Teresa escribió su testamento ológrafo: «Hallándome buena y sana, conozco cuán incierto es el día de mi muerte...», empezó a escribir.

A veces, muchas veces, Teresa regresaba a palacio de sus visitas benéficas con el corazón encogido por las desgracias que había conocido y que ella no podía más que aliviar en una pequeñísima parte.

—Qué dura es la vida para tanta gente —se lamentaba entonces ante su marido.

Y otras, volvía fortalecida tras ver cómo alguna familia había conseguido salir adelante gracias a la ayuda que ella y otras muchas señoras prestaban.

—Cuanto más pobres, son también más agradecidos. Si vieras las cosas que nos dicen y el cariño que nos tienen... Me quieren nombrar presidenta de honor del barrio de la Paloma.

—¿Y has aceptado?

—Por mi parte, no hay problema alguno, pero ya sabes que esas cosas hay que consultarlas con la casa antes de responder. Supongo que dirán que sí.

—Teresa, mi madre siempre dice que a las personas sin recursos no hay que darles solo la pesca, sino que hay que darles la caña y enseñarles a pescar —le explicaba su marido.

—Y tiene razón. Eso es lo que ella está poniendo en marcha con el Pedagogium Español. Me ha contado que quiere llevarse a Múnich a un grupo de niños pobres pero espabilados para formarles como maestros en las

escuelas alemanas y que, cuando ellos regresen a España, eduquen a otros niños. La idea es buenísima, pero habría que hacer algo también por los que se quedan aquí.

—Piensa, Teresa, a ver qué se te ocurre.

Fernando, a la guerra del Rif

Aunque los infantes ya llevaban más de dos años viviendo en el palacete de la Cuesta de la Vega, aún no habían «estrenado» su casa, es decir, no habían hecho ninguna fiesta y, en enero de 1911, aprovechando que los archiduques Federico e Isabel de Austria estaban pasando unos días en Madrid decidieron organizar un baile que permitió a los invitados admirar la reforma del edificio y las obras de arte y la decoración de los salones. Como era habitual, Teresa contrató al maestro Barbero para que amenizara la fiesta con su música y la orquesta tuvo que interpretar cuatro veces la «Marcha real» para anunciar la llegada de los miembros de la familia real, que acudieron por separado.

En esa fiesta Carlos anunció que, a partir de ese año, todos los 6 de marzo y 24 de septiembre ofrecería un almuerzo a cuarenta mujeres pobres en memoria de su hijo Fernando, la primera, y de Mercedes, la segunda. A Teresa le agradó doblemente la noticia: primero porque veía que su cuñado se acordaba aún de su hermana y segundo porque toda obra de caridad debía ser bien acogida en una ciudad con tantas necesidades.

Ese invierno Teresa volvió a quedarse embarazada. Igual que le había ocurrido a su hermana, deseaba que este tercer bebé fuera una niña, a la que quería poner el nombre de María de las Mercedes en su honor, seguido de María Teresa, por ella misma; María de la Paz, por su abuela paterna; Fernanda, por su padre; Adalberto, por su tío; Cristina, por su abuela materna, y otros muchos nombres más. Teresa tenía todo pensado para su nueva hija, pero después de que a los reyes se les muriera un bebé, Fernando, a las pocas horas de nacer, ese mismo mes de mayo, a Teresa dejó de importarle que fuera niño o niña. Ya solo rezaba por que estuviera sano. Además, en esas fechas se había confirmado la terrible sospecha de que el Príncipe de Asturias, Alfonso, tenía hemofilia, un riesgo del que ya había advertido la infanta Eulalia, sin que nadie le hiciera caso. Y, para mayor preocupación, se detectó una dolencia al infantito Jaime, que ya tenía dos años. Sus padres recurrieron a los mejores especialistas del mundo, que sometieron al niño a duros tratamientos y operaciones, pero el infante nunca logró superar la sordomudez y tuvo que aprender a leer los labios y a expresarse con sonidos guturales que le ocasionaban un gran esfuerzo.

Finalmente, el 3 de octubre de 1911 Teresa trajo al mundo una niña sana y robusta que recibió el nombre de Mercedes y la hizo enormemente feliz. Para criarla, llamó a Santander a la misma nodriza que había amamantado a su hijo José Eugenio y que, casualmente, estaba en condiciones de alimentar a la recién nacida.

Teresa pensaba que la vida la estaba compensando generosamente por los sufrimientos del pasado. Tenía un marido fiel y unos hijos sanos, algo que su cuñada, Ena, le recordaba con sana envidia cada vez que hablaban en la intimidad. Cuatro años después de su boda con Alfonso, la reina había empezado a sospechar que su marido le era infiel. Ena compartía sus temores con Teresa, y la infanta no podía negárselos porque conocía desde que era muy joven las escapadas nocturnas de su hermano. Solo podía tranquilizarla, haciéndole ver que ella estaba por encima de todo eso.

—Qué suerte has tenido, Teresa. Nando te adora y tus hijos son fuertes y sanos —decía Ena a Teresa, que pasaba muy malos tragos cuando su cuñada se lamentaba ante ella.

La tranquilidad espiritual de Teresa no duró mucho. Cuando pensaba que de verdad tenía todo para ser feliz, una nueva amenaza se ciñó sobre su vida: los disturbios se habían recrudecido en Marruecos y el rey decidió enviar a su cuñado, Fernando, a combatir en Melilla. Aunque Teresa hubiera dado cualquier cosa por evitar el viaje de su marido, sabía que debía asumir con resignación la decisión de su hermano. Fernando, en cambio, marchaba orgulloso a combatir por primera vez por su país. «Teresa, soy militar y mi deber es ir; lo que me produciría verdadera tristeza es quedarme en Madrid como un cobarde».

En cuanto transcurrieron las fiestas navideñas, la noche del 30 de diciembre, el infante partió hacia el norte de África y, desde allí, escribió a su madre: «Confío en que nada me sucederá. Mi ángel de la guarda me protegerá como hace con todos aquellos que cumplen con su deber. Como soldado y como cristiano cumpliré ahora con mi cometido como siempre lo he hecho hasta ahora. El día en que pueda abrazarte de nuevo y decirte que he sido de utilidad para tu patria será uno de los de mayor orgullo de mi vida. Entiendo lo duro que es para todos aquellos que han perdido un hijo, un marido o un padre...».

Teresa echó de menos a su marido cada día y cada noche de los más de tres meses que permaneció en Melilla. Al poco tiempo de partir Fernando, se dio cuenta de que se había vuelto a quedar embarazada, y sintió un negro presentimiento, temerosa de que el niño que esperaba no llegara a conocer a su padre. Cada vez que sonaba el teléfono en su palacete, salía corriendo a contestar ella misma sin darle tiempo a hacerlo al servicio, para asegurarse de que la llamada no se debía a que le hubiera ocurrido algo a Fernando.

A pesar de sus temores, el infante regresó sano y salvo de las tierras del Rif el 12 de marzo, y Teresa viajó esa misma mañana hasta Aranjuez para recibirle y acompañarle en el último trecho del camino. La infanta se sintió más enamorada que nunca cuando vio a Fernando vestido con su sencillo uniforme de campaña, como un soldado más, aunque en la estación de Atocha le estaban esperando los reyes, la infanta Isabel, el infante don Carlos y el presidente del Gobierno, José Canalejas. Durante el trayecto, Teresa le anunció, emocionada, que después del verano, según sus cálculos, volverían a ser padres, y Fernando celebró la buena noticia.

—¿Cómo están los niños, Teresa? —preguntó Fernando.

—Los nuestros muy bien. Mercedes ha crecido mucho en estos tres meses. No la vas a reconocer.

—Estoy impaciente por verlos... Oye, Teresa, ¿por qué me dices «los nuestros» muy bien? ¿Es que los niños de Alfonso y Ena están enfermos?

—No, están bien. Jaime, con sus problemas de siempre, pero no me refería a ellos sino a los niños de los asilos, de la inclusa, del comedor social...

—Claro, cómo no he caído antes. ¿Y cómo están esos niños?

—Pues ya sabes que hace un par de años se creó el Instituto Nacional de Previsión para proteger a los trabajadores, pero ese organismo dejaba fuera a los niños, y ahora lo que hemos conseguido es que se cree la Institución de Mutualidad Infantil.

—Enhorabuena, ese es un paso importante.

—Dentro de unos días voy a ir a Guadalajara a entregar las primeras cuatrocientas cartillas de la mutualidad a los niños de las escuelas municipales, y me va a acompañar nuestro hijo, Luis Alfonso, que está muy ilusionado con venir.

—Me parece una idea excelente. Así verá lo que quieren a su madre y los honores que le rinden por donde va.

—Si hay alguna muestra de cariño, por supuesto que la verá, pero honores no verá ni uno, porque los he suprimido.

—¿Los has suprimido?

—He dicho que con la «Marcha real» es suficiente. Yo solo soy una infanta que quiere poner su granito de arena, hablar con la gente e intentar ayudar. Todos esos honores protocolarios me alejan del pueblo.

Mientras hablaban, el tren llegó a Atocha, donde Fernando fue recibido por la familia real y las autoridades. Tras el saludo protocolario a todos ellos, el rey dio un largo abrazo a su cuñado.

El embarazo de Teresa llegó a su fin el 15 de septiembre de 1912. Aquella madrugada empezaron los dolores del parto y a las ocho de la mañana dio a luz una niña sana. Avisadas las autoridades, la presentación de la nueva infanta se celebró en el Salón Luis XVI del palacete de la Cuesta de la Vega. En una rápida ceremonia, Fernando presentó a su hija llevándola en brazos y prescindió de la tradicional bandeja de plata. A los príncipes de Baviera el nacimiento de su cuarta nieta les sorprendió en Salamanca y a la reina María Cristina, en el tren de regreso desde San Sebastián. A su paso por Segovia, la infanta Paz subió al vagón real para acompañarla hasta Madrid y le comunicó la noticia, pero por un error del telegrama recibido en La Granja, ambas pensaron que había nacido un infante y se quedaron muy sorprendidas cuando ya en la estación del Norte, Fernando, que había ido a recibirlas, les aclaró que era una niña.

Durante varias jornadas estuvieron pasando miles de personas por la residencia de los infantes para firmar en los álbumes de felicitación que se colocaron en el salón de la planta baja. «Teresa, hay colas para firmar, y de todo tipo de personas. Eres la única capaz de unir a todas las clases sociales», le relataba Fernando a su esposa, que se recuperaba en cama del feliz alumbramiento.

En menos de un año, la infanta había tenido dos partos, por lo que el médico, el doctor Eugenio Gutiérrez, conde de San Diego, se pasaba varias veces al día a revisar a su delicada paciente. Sin embargo, todo iba bien. El alumbramiento había sido tan sencillo y la madre y la niña evolucionaban de

una forma tan natural que la infanta Paz regresó a La Granja, los reyes enviaron un telegrama de felicitación desde San Sebastián y mantuvieron su fecha de regreso y los príncipes de Baviera tardaron varios días en llegar.

—Fernando, quiero dictarte una carta para mi hermano —pidió Teresa a su marido al día siguiente del parto.

—Déjame que coja una pluma y un papel de carta, y regreso enseguida.

Cuando Nando volvió, empezó a escribir: «Querido Alfonso, María Teresa te dicta desde la cama lo que sigue: “Ante todo mil gracias por tu cariñosa carta, que nos hizo mucha gracia. Como en ella nos decías que pensabais volver a Madrid el 22 o el 23, me gustaría fuese el bautizo el 24 por ser el santo de nuestra otra niña y de nuestra querida Mercedes. Si te parece bien esta idea te agradecería nos contestaras por telégrafo o teléfono para saberlo. La niña sigue muy bien, gracias a Dios, y mama divinamente, habiéndole pasado el ama de Mercedes, que también mama aún... Tu amantísima hermana, María Teresa”. Quiero añadirte unos renglones — agregó Fernando a la carta— para decirte que María Teresa se encuentra muy bien y está muy contenta con su nueva hija... Tu amante hermano, Fernando María».

Esa misma tarde llegaron los príncipes de Baviera procedentes de La Granja y Fernando viajó en automóvil hasta Navacerrada para recoger a sus padres y traerlos a Madrid, donde conocieron a su nueva nieta. El rey confirmó por telégrafo la fecha del 24 para el bautizo e inmediatamente se dieron instrucciones para que la pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán fuera trasladada una vez más al Palacio Real.

Un malestar inesperado

La víspera del bautismo, la reina madre había estado visitando a Teresa y le contó cómo iban los preparativos. Tan animada encontró a su hija que, a la salida, se fue de tiendas para comprar regalitos a los otros nietos. El médico también había ido a visitarla y la autorizó a levantarse cuando se encontrara con fuerzas suficientes, por lo que a media mañana se dispuso a abandonar el lecho por primera vez desde el alumbramiento, ocho días antes.

—Salvadora, por favor, ayúdame a vestirme —pidió a la comadrona que la asistió en el parto y que la acompañaba durante el restablecimiento.

Cuando se incorporó, Salvadora notó que la infanta se había puesto muy pálida.

—Alteza, ¿se siente bien?

—No es nada, un mareo simplemente. Se me pasará —respondió Teresa, pero en ese momento se desvaneció.

La tocóloga le dio a aspirar un frasco de sales inglesas que halló a su alcance, pero al ver que no hacían efecto alguno, se alarmó y salió inmediatamente a avisar a Fernando.

—Que avisen a mi padre —ordenó el infante y regresó a la habitación junto a su esposa mientras la comadrona llamaba al príncipe Luis Fernando de Baviera, que en ese momento se encontraba reunido en un salón del palacete con otros médicos militares, que habían ido a cumplimentarle.

—Alteza, disculpe, es la infanta, no reacciona, se ha desvanecido... —alertó Salvadora y el príncipe acudió urgentemente al dormitorio de su nuera.

Cuando Luis Fernando llegó a la alcoba, seguido de la infanta Paz, Teresa había recuperado el conocimiento en brazos de su marido.

—¿Cómo estás, Teresa? —le preguntó su suegro a la vez que le cogía la mano para tomarle el pulso.

—Es un vahído, un mareo que se está pasando —le respondió la infanta, pero cuando trató otra vez de incorporarse e intentó hablar, entornó la mirada y su cabeza cayó bruscamente sobre la almohada.

—Papá, dime la verdad, ¿se está muriendo Teresa? —inquirió desesperado Fernando a su padre.

Luis Fernando se dio cuenta desde el primer momento de que su nuera había muerto como consecuencia de una embolia, pero aun así intentó recuperarla en vano por todos los medios a su alcance. Ni las sales ni el masaje cardiaco ni la respiración boca a boca ni las sacudidas ni el agua fría en las sienes... Ninguno de los métodos que probó en un intento desesperado por devolverle la vida hacía reaccionar al cuerpo inerte de su sobrina. María Teresa había muerto a los veintinueve años y diez meses de edad.

—Llamad a un sacerdote —ordenó alguno de los presentes y, al oír esas dolorosas palabras, el infante Fernando cayó como un roble redondo al suelo.

Cuando instantes después recuperó el conocimiento, el viudo solo acertó a decir: «Madre», y abrazó a la infanta Paz con tanta fuerza que casi le impedía respirar. Fernando se dirigió al armario y sacó del interior un sobre abierto que entregó a su madre.

—Léelo tú. Es su testamento, en el que dice lo que hay que hacer, y yo no tengo fuerzas para hacerlo.

Era el testamento de María Teresa, escrito de su puño y letra dos años antes, y la infanta Paz fue leyendo la última voluntad de su sobrina.

—Desea que le pongan el hábito del Carmen, que la entierren con el anillo de boda y que no le envíen coronas —resumió la infanta al ver que en ese momento llegaba el sacerdote—, pero ya lo leeremos con más detenimiento.

El padre Bonifacio Sedeño, párroco de la cripta de Santa María de la Almudena, que había acudido para administrar el sacramento de la extremaunción a la infanta, se fue sin poder hacerlo porque Teresa había fallecido. Para entonces se había dado aviso a los reyes de que acudieran con urgencia y, cuando la reina María Cristina regresó de sus compras y se le comunicó la llamada, sufrió una intensa crisis nerviosa. Ella y el rey partieron rápidamente a la residencia de la Cuesta de la Vega, sin esperar a Ena, que salió minutos después en otro coche, sin tiempo para cambiarse de ropa ni ponerse siquiera el obligado sombrero.

«La llegada de su pobre madre, la reina Cristina, y de su hermano, el rey, que tanto la quería, fueron momentos terribles», relataba después la infanta Paz. La reina se resistía a creer la terrible realidad.

—No lloréis porque María Teresa no ha muerto. Volverá en sí —repetía una y otra vez.

Cuando trajeron el hábito del Carmen y su prima Pilar empezó a vestirla con él, María Cristina exclamó: «¡Qué haces, Pilar! Si María Teresa no ha muerto. Cuando vuelva en sí, no le va a gustar». Los familiares intentaron apartar a la reina madre de los restos de su hija, pero Cristina se negó a abandonarla presa de un estado de confusión mental. Ajeno a las protestas de su suegra, Fernando cruzó las manos de su esposa, puso entre ellas el crucifijo de la cabecera de la cama, la besó en la frente con veneración y empezó a rezar de rodillas. También llegó el infante don Carlos, acompañado por Luisa, y aquella conmovedora escena le hizo revivir con mucho dolor el fallecimiento de su primera esposa, Mercedes.

De repente, en el silencioso respetuoso de la sala se oyeron unos gritos desgarradores que venían de fuera. Eran de Sinforsosa Gómez Higuera, la nodriza cántabra que había amamantado a María Teresa cuando nació y que quería a la infanta como a una hija. Había acudido a preguntar cómo seguía su «niña» tras el parto y, al recibir la noticia de su muerte en la misma puerta del palacete, sufrió tal impresión que empezó a gritar hasta que cayó desvanecida y la trasladaron a la consejería, donde fue atendida. Sus voces hicieron pensar a Fernando en sus propios hijos.

—Mamá, no tengo valor para ver a los niños y creo que yo no voy a poder decírselo. ¿Podrías hablar con ellos y prepararles? —rogó Fernando a su madre.

—Voy ahora mismo, Nando.

La infanta Paz subió las escaleras hasta la segunda planta del palacete, donde se encontraban los tres pequeños con sus ayas, y por el camino fue pensando cómo decírselo.

—¡Dios ha llamado a vuestra madre! —anunció Paz a sus nietos con tanta calma que ella misma se sorprendió.

—Pues no queremos que se vaya —respondió Luis Alfonso, el mayor, que a sus seis años no entendía lo que estaba pasando.

—Cuando Dios llama, no hay más que obedecer —añadió Paz con tanta convicción que aceptaron resignados la sentencia.

—¿Cuándo volverá? —insistió.

—Pasaré mucho tiempo antes de que la volváis a ver —agregó y empezó a besarles y a abrazarles. Cuando vio que se quedaban más o menos contentos, Paz abandonó sus habitaciones y regresó junto al lecho mortuario de su sobrina.

Mientras la familia y los miembros del servicio rezaban un rosario en la cámara mortuoria, el presidente del Gobierno, José Canalejas, y sus ministros se reunieron en el salón de fumar para organizar el sepelio. En presencia de todos los miembros de la familia real, se leyó en voz alta el testamento:

Hallándome buena y sana, conozco cuán incierto es el día de mi muerte, confieso mi dicha de nacer en el seno de la Santa Iglesia católica y protesto que quiero vivir siempre y morir como su humilde y amantísima hija. Pido a todos los que me estimen que recen mucho por mí, seguros de que yo tampoco les olvidaré. Encomiendo mi alma a Dios, rogando por la preciosísima vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, la perdone y reciba en su seno por toda la eternidad. Deseo ser amortajada con el hábito del Carmen, por mi gran devoción a Santa Teresa, y que se me ponga en las manos un crucifijo. Acepté el anillo nupcial como testimonio del juramento que hice en mi matrimonio de ser eternamente fiel a mi marido. Si al morir yo, me lo permite, quiero llevar a mi sepultura ese anillo con el juramento que representa.

Prohíbo terminantemente las coronas por ser demasiado mundanas, y ruego a los que intenten colocarlas sobre mi tumba dediquen estos gastos a sufragios tan necesarios para mi alma. No tengo nada que perdonar a nadie porque no me han hecho más que favores, los agravios he procurado olvidarlos enseguida perdonando de todo corazón. A mí me toca suplicar el perdón de todos a los que haya podido ofender involuntariamente, y dar las gracias más expresivas por su bondades.

Al atardecer llegó el féretro y los restos mortales de la infanta se instalaron en el oratorio del palacete, convertido en capilla ardiente. Retirados todos los adornos de las paredes, estas se habían cubierto de terciopelo negro recamado en oro. Fue entonces cuando Fernando ordenó que se abrieran las puertas de la casa a todos cuantos desearan entrar. «Pudimos ver cómo se conmovían de verdad, los más humildes quizá más que nadie», recordaba después el cuñado de Teresa, el príncipe Adalberto.

La despedida de un ángel

El 24 de septiembre, día de Nuestra Señora de Mercedes, no fue la jornada festiva que habían pensado todos. El rey ordenó suspender el bautizo de su nueva sobrina, que recibiría el nombre de Pilar, en cuanto supo que su hermana había fallecido, y la maquinaria del Palacio Real sustituyó sobre la marcha los preparativos de esta alegre ceremonia familiar por el trágico pero mucho más grandioso espectáculo de la muerte. María Teresa había dejado escrito en su testamento que quería que su entierro fuera lo más modesto posible, pero su hermano ordenó que se le tributaran honores de Princesa de Asturias.

Durante la noche anterior cientos de personas habían pasado en un silencio respetuoso por la capilla ardiente de la infanta —en algunos momentos las colas llegaban hasta la calle Bailén— y aquella mañana las calles por las que debía cruzar el cortejo fúnebre amanecieron ocupadas por la multitud. Todo Madrid había salido para despedir a la infanta y solo a las puertas de su residencia aguardaban unas cinco mil personas. La aristocracia y la burguesía se mezclaban con artesanos, menestrales, obreros, modistas vestidas de domingo, amas de casa, cigarreras, lavanderas y también con los desgraciados a quienes la infanta había socorrido. Los mismos que cada día, cuando se disponía a entrar en palacio, intentaban besar la falda de María Teresa y se ponían de rodillas ante ella, lloraban aquella mañana la pérdida de su benefactora. Había políticos de todas las tendencias, entre ellos el diputado carlista Llorens, que hacían compatible su discrepancia ideológica con la admiración y el afecto a la infanta.

Cuando la muchedumbre vio pasar la carroza fúnebre, tirada por seis caballos negros de pura raza española, unos se arrodillaban, a otros se les humedecían los ojos y algunos la lanzaban bendiciones, pero la mayoría, la inmensa mayoría, contemplaba con tristeza y en silencio el paso de los restos de infanta. Esta vez no era la curiosidad, sino el dolor y el afecto sincero lo que reunió al pueblo de Madrid. En la calle había sobre todo mujeres que hacían suyo el dolor de madre de la reina María Cristina, a la que Canalejas había definido como «la estatua del dolor».

—Era un ángel —gritaba una mujer.

—Era buena y generosa —añadía otra.

—Qué va a ser de nosotros ahora —se lamentaba una tercera.

—No ha habido princesa más buena y más adorada por el pueblo —sentenció un anciano.

El rey había pedido a su primo el infante don Carlos que presidiera la comitiva fúnebre y entregara los restos de María Teresa a los monjes del monasterio de El Escorial. También envió un telegrama al prior de los agustinos en el que mostraba su deseo de que el féretro de su hermana fuera depositado en el pudridero de reyes, en lugar del de infantes. El prior le respondió que no había sitio porque las cuatro únicas plazas estaban ocupadas por los restos de Isabel II, Francisco de Asís, la Princesa de Asturias y su hijo, el infante Fernando, pero al final el marqués de Borja, que no quería contrariar a Alfonso, ordenó que se trasladaran los restos del infantito junto a los de su madre, y se le hizo un hueco a la infanta.

Al día siguiente se celebró una misa en el monasterio antes de que el féretro fuese depositado en el pudridero de reyes. En ese momento, hubo que confirmar la identidad de la fallecida y, al abrir el ataúd, descubrieron que el rostro estaba negro y el cuerpo muy hinchado, lo que causó enorme impresión en los presentes. La infanta permanecería varios años en el pudridero hasta que pudiera ser enterrada en su sepultura definitiva. Varias señoras habían pedido velar el cuerpo de María Teresa, pero los monjes denegaron las solicitudes.

Cinco días después del fallecimiento de su madre, la recién nacida recibió las aguas bautismales en una ceremonia triste en la que se le puso el nombre de Pilar. Los criados de la casa no querían aceptar la gratificación que, como era costumbre, se les daba en los bautizos de los infantes y tanto insistió el padre de la niña que terminaron aceptándola, pero para dedicarla a sufragios por el alma de la infanta.

Durante semanas y meses, se sucedieron en Madrid y en el resto de España las muestras de pésame por el fallecimiento de la infanta. Se suspendieron actos en señal de duelo y se oficiaron misas multitudinarias en infinidad de iglesias, hospitales, asilos, colegios, templos y asociaciones de todo tipo. Hasta los presos de las cárceles organizaron funerales por el alma de María Teresa. Se declararon seis meses de luto oficial, en el que las

banderas ondearon a media asta, pero el verdadero duelo se apreciaba en el rostro triste del pueblo, que se sentía huérfano.

La reina María Cristina y el infante Fernando creían que tenían una idea bastante aproximada del bien que había ido haciendo María Teresa a lo largo de su vida, pero fue después de su muerte cuando descubrieron hasta qué punto llegaba la generosidad de la infanta. Sabían que ayudaba a las Escuelas Salesianas, a la congregación de la Almudena, al «asilo de golfas», al de la Santísima Trinidad, al de lavanderas, al de niños escrofulosos de San Rafael, a las hermanitas de los pobres, a los impedidos de San José, a los tuberculosos del dispensario príncipe Alfonso y a otras muchas organizaciones más; pero se sorprendieron con la cantidad de donaciones que había hecho a personas y familias particulares. En cuanto la reina madre o el infante viudo salían a la calle, se veían asaltados por infinidad de personas que querían darles el pésame y transmitirles su agradecimiento.

—Señora, déjeme darle las gracias —imploró una humilde mujer a la reina.

—¿Qué me quiere agradecer? —le preguntó María Cristina.

—Mi nombre es Ángela Merino, soy cigarrera y le estoy muy agradecida a su hija, y a usted, majestad, por haberla traído al mundo, por el bien que hizo a mi sobrina, Ángela González.

—¿Qué hizo la infanta por su sobrina? —quiso saber la reina madre.

—La infanta ha estado pagando las cuarenta pesetas mensuales que costaba la pensión de mi sobrina en el colegio de María Inmaculada.

—¿Y su sobrina sigue estudiando? ¿Necesita que se le siga pagando la pensión? —interpeló María Cristina.

—No, señora, ella terminó los estudios y ahora está trabajando. No he venido a pedirle nada; solo quería darle el pésame y las gracias.

Apenas recorría la reina unos metros, cuando otra persona se le acercaba para agradecerle alguna acción de su hija, y estas muestras de gratitud ayudaban a fortalecer el ánimo de María Cristina, que todavía no había terminado de asimilar las duras pruebas a las que Dios la estaba sometiendo en su vida. Desde que había muerto su hija, cuando la reina se asomaba por la ventana del Palacio Real casi siempre veía un grupo de personas que, al cruzar la plaza de Oriente, se paraba frente a sus habitaciones. María Cristina

no alcanzaba a oír sus comentarios, pero se imaginaba que la compadecían por tantas desgracias. «¡Pobre reina!», era lo que decían.

Fernando sentía un enorme vacío en su vida. «Los siete años que hemos compartido Teresa y yo me parecen un día, y ahora cada día que pasa sin ella me parece un siglo», se lamentaba ante su madre. El infante viudo acudía con frecuencia a El Escorial para rezar ante la tumba de su esposa, donde concibió la idea de mandar construir una sepultura en la que pudieran ser enterrados los dos juntos. Eligió para su emplazamiento la iglesia de San Lorenzo de El Escorial y encargó el proyecto al arquitecto de la casa real, Luis Landecho, quien propuso construir los nichos en la llamada capilla de las Once Mil Vírgenes, que a partir de ese momento quedaría aislada del resto de la iglesia. El rey dio el visto bueno al proyecto y las obras empezaron el 17 de febrero de 1913, pero nunca llegaron a concluir.

Apenada por su yerno Fernando, que a los veintiocho años se había quedado viudo con cuatro niños pequeños, la reina María Cristina visitaba casi todos los días el palacete de la Cuesta de la Vega. Allí se encontraba cuando le llegó la noticia de que un anarquista había asesinado al presidente del Gobierno, José Canalejas, mientras contemplaba la librería San Martín, en la Puerta del Sol, y sintió terror ante la posibilidad de que a Alfonso le ocurriera algo.

En las visitas a los nietos, a veces la acompañaba una de sus damas, María Luisa de Silva y Fernández de Henestrosa, hija del décimo conde de Pie de Concha y miembro de la más ilustre aristocracia española. Luisa tenía cuarenta y dos años y no se distinguía por su porte ni por su belleza, pero empezó a tratar a los niños huérfanos con tanto cariño maternal que Fernando comenzó a sentir un vacío cuando aquella mujer catorce años mayor que él no estaba cerca. En noviembre de ese año, el infante se rompió el brazo al caerse del caballo y la presencia de Luisa en la casa se hizo más indispensable que nunca para el desvalido viudo.

Atormentado por el testamento

Fernando consiguió mantener sus sentimientos ocultos durante seis meses más. Por un lado, sentía que traicionaba a Teresa, a la que seguía amando inmensamente, si contraía matrimonio de nuevo; pero por otro lado, su corazón le pedía unir su vida a la de Luisa. Él estaba seguro de que si hubiera sido al revés —y él hubiese dejado viuda a Teresa—, ella no se habría vuelto a casar. Además, había una cláusula en el testamento de Teresa que le atormentaba y, cada vez que lo leía, aumentaba su sentimiento de culpabilidad: «Acepté el anillo nupcial como testimonio del juramento que hice en mi matrimonio de ser eternamente fiel a mi marido. Si al morir yo, me lo permite, quiero llevar a mi sepultura ese anillo con el juramento que representa». Estaba claro, Teresa le estaba diciendo que el juramento de fidelidad no terminaba con la muerte. Al menos, por su parte.

Aquella lucha interna le mantuvo muchas noches sin dormir hasta que, un año y ocho meses después de la muerte de Teresa, decidió compartir sus dudas con el rey, y Alfonso, que era muy comprensivo en asuntos de mujeres, le animó a dar ese paso y a borrar su mala conciencia, aunque el monarca se quedó extrañado por la diferencia de edad y escasa belleza de la elegida por su primo como segunda esposa.

—Nando, no te sientas atado por esa cláusula del testamento. Me reconocerás que es mucho más fácil ser fiel en la vida eterna que en la terrenal —le dijo Alfonso.

Después de asegurarse de que contaba con la aprobación del rey y de su madre, la infanta Paz, que conocía a Luisa de sus viajes a España, Fernando decidió comunicar sus propósitos a la reina María Cristina, quien se llevó un enorme disgusto. Todavía no habían transcurrido dos años de la muerte de Teresa y su yerno quería contraer matrimonio. Además, Luisa no pertenecía a ninguna familia real, algo que iba contra las normas de la monarquía. Desde luego, la reina no podía aceptar que una de sus damas pasara a ocupar el lugar de su hija y procedió a su cese fulminante.

Sin embargo, la decisión de Fernando era firme y el rey decidió difundir una nota y acabar con los rumores que estaban circulando por todo Madrid: «Ante la notificación a su majestad el rey hecha por SAR el infante don

Fernando de sus propósitos de contraer matrimonio con la señorita doña Luisa Silva y Fernández de Henestrosa, el augusto soberano ha dado su consentimiento, cesando por consiguiente a dicha señorita en el cargo que desempeña cerca de SM la reina doña María Cristina». Un mes después, el rey concedió a Luisa el ducado de Talavera de la Reina y la grandeza de España.

Fernando esperó a que se cumplieran los dos años de la muerte de Teresa para contraer matrimonio. La boda se celebró en octubre en la más estricta intimidad en la villa de Fuenterrabía en la que veraneaban los padres de la novia, pero ni la infanta Paz ni su marido pudieron asistir porque la guerra europea les mantenía atrapados en Baviera. La reina María Cristina tuvo que aceptar, con gran sufrimiento, que Luisa se instalara en el palacio de la Cuesta de la Vega que ella había regalado a su hija fallecida. Luisa nunca tuvo hijos propios, pero sufrió y celebró como una madre las penas y alegrías de los cuatro infantes que Teresa había traído al mundo. La infanta Mercedes, que tenía dos años cuando su padre se volvió a casar, nunca la toleró como madrastra y mantuvo con ella unas relaciones muy tirantes. No obstante, Alfonso siempre valoró sus desvelos en la educación de sus sobrinos y años después concedió a Luisa la dignidad de infanta de gracia de España, con tratamiento de alteza real. Era la primera vez que un rey de España elevaba a infanta a una persona que no fuera miembro de familia real.

Carlos y Fernando siguieron siendo los hombres de mayor confianza de Alfonso XIII, a los que encomendaba las misiones diplomáticas más delicadas, mientras los hijos de los tres primos crecían juntos y, muchos años después, ya en el exilio, en 1935, la quinta hija de Carlos, María de las Mercedes, se casó en Roma con el quinto hijo de Alfonso XIII y Príncipe de Asturias, Juan.

Solas en la eternidad

Tanto Carlos como Fernando murieron en la España de Franco soñando con la restauración de la monarquía, tras haber conocido la proclamación de la república, el destierro y los horrores de la guerra, que habían borrado para siempre el mundo de su infancia y juventud. Un año antes de que Carlos falleciera, su nieto Juanito, nacido en el exilio, había pisado por primera vez tierra española. Su yerno Juan y Franco habían acordado que el joven príncipe se educara en el país que estaba llamado a reinar, y aquel niño rubio de ojos verdes que tenía diez años devolvió la esperanza al anciano infante, que murió en Sevilla el 11 de noviembre de 1949. Su última voluntad fue que no se le rindieran honores ni se le pusieran flores.

Fernando falleció el 5 de abril de 1958 rodeado de recuerdos en su casa del paseo de la Habana, 85, de Madrid, tres años después que su segunda esposa. Ambos infantes se negaron a que les enterraran en el monasterio de El Escorial hasta que los restos de Alfonso XIII, que había fallecido en 1941 en el destierro, regresaran a España.

Carlos fue enterrado en la iglesia de El Salvador de Sevilla, donde nueve años después le acompañó su viuda, Luisa, y Fernando quiso ser sepultado en la catedral de la Almudena, frente al palacio de la Cuesta de la Vega, donde tan feliz había sido con Teresa.

Poco a poco, el recuerdo de las hermanas de Alfonso XIII se fue diluyendo en la memoria de los españoles y de estas dos infantas de vida breve y destino trágico solo quedan unas calles y algún colegio con su nombre, sin que nadie imagine lo cerca que ambas estuvieron de ser reinas de España.

Marcelino Calleja siguió escribiendo en *ABC*, a pesar de su avanzada edad, hasta que estalló la guerra y murió de pena. Cuando, en el verano de 1989, el periódico se trasladó a su nueva sede, en unos cajones del archivo aparecieron los papeles del viejo periodista que han permitido reconstruir esta historia.

Agradecimientos

A todas las personas que me han ayudado a reconstruir cómo era la vida en el Palacio Real hace más de cien años. Muchos de sus testimonios me han hecho sentir como si hubiera estado contemplando por una mirilla la vida cotidiana de la familia real. A Federico Ayala, jefe del Archivo de *ABC*, por su generosidad, su apoyo y su aliento. A Sol Semprún y José Rodríguez-Spiteri, por abrirme las puertas de Patrimonio Nacional, y a Juan José Alonso, director del Archivo General de Palacio. A José Luis Sampedro Escolar, cuya conferencia en el CSIC sobre el conflicto que provocó el matrimonio de la Princesa de Asturias avivó mi curiosidad sobre las protagonistas de este libro. A aquella primera generación de periodistas que derribó muros para informar sobre la vida privada y pública de la familia real. A Bieito Rubido, por sus consejos; a mis editoras, por haber confiado en mí. Y a mis padres y amigos, por la poca atención que les he dedicado en los últimos meses.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Almudena Martínez-Fornés Galindo, 2015

© La Esfera de los Libros, S.L., 2015

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-9970-550-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

